

Ray
BRADBURY



*Fantasmas
de lo nuevo*

Lectulandia

Esta nueva colección de relatos de Ray Bradbury, la primera luego de cinco años, muestra una vez más la notable versatilidad y el poder de invención que lo han caracterizado siempre, y que le ganaron la admiración de Graham Greene, Bertrand Russell, Jorge Luis Borges, Christopher Isherwood, Bernard Berenson, Thornton Wilder, Ingmar Bergman, Clifton Fadiman, Nelson Aigren, Gilbert Highet. En dieciocho cuentos, poblados de abuelas mecánicas, niños de cuatro dimensiones y humanoides ilustres, Bradbury lleva al lector de viaje por el espacio y el tiempo, a dimensiones ilimitadas del futuro, y a territorios no explorados del pasado.

Lectulandia

Ray Bradbury

Fantasmas de lo nuevo

ePub r1.0

Titivillus 08.02.16

Título original: *I sing the electric body*

Ray Bradbury, 1948

Traducción: Aurora Bernárdez

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Este libro, un poco avanzado el día,
pero con admiración, afecto y amistad,
es para NORMAN CORWIN.*

*Yo canto el Cuerpo Eléctrico;
los ejércitos de los que amo me rodean,
y yo los rodeo;
no me perdonarán hasta que no vaya con ellos,
les responda,
y los purifique y los cargue con toda la carga del Alma.*

WALT WHITMAN

El invento Kilimanjaro

LLEGUÉ EN EL CAMIÓN a la mañana muy temprano. Había conducido toda la noche, pues no había podido dormir en el motel, y entonces pensé que bien podía seguir viaje y llegué a las montañas y colinas cerca de Ketchum y Sun Valley justo cuando salía el sol y me alegré de haber pasado el tiempo conduciendo.

Llegué hasta el pueblo mismo sin echar siquiera una mirada a ninguna de las colinas. Tenía miedo de mirar y equivocarme. Era muy importante no mirar la tumba. Por lo menos yo lo sentía así. Y tenía que seguir ese presentimiento.

Estacioné el camión frente a una vieja taberna y di una vuelta por el pueblo y hablé con unas pocas personas y respiré el aire que era dulce y claro. Encontré a un joven cazador pero no era ése; lo supe después de hablar con él unos minutos. Encontré a un hombre muy viejo, pero no resultó mejor. Después me topé con un cazador de unos cincuenta años y di en la tecla, porque supo o sintió todo lo que yo andaba buscando.

Le pagué una cerveza y charlamos de una cantidad de cosas, y le pagué otra y llevé la conversación a lo que yo había ido a hacer allí y por qué quería hablarle. Estuvimos callados durante un rato y esperé, sin mostrar impaciencia, a que el cazador, por su cuenta, sacara a relucir el pasado, hablara de otros tiempos, de tres años atrás, y de ir hacia Sun Valley en ese momento o en otro, y de lo que había visto y sabido sobre un hombre que alguna vez había estado sentado y había bebido una cerveza conversando de caza o de ir a cazar más lejos.

Y al final, mirando la pared como si fuera la carretera y las montañas, el cazador tomó aliento y se mostró dispuesto a hablar.

—Aquel viejo —dijo la tranquila voz—. Ah, aquel viejo en el camino. Ah, aquel pobre viejo.

Yo esperaba.

—No pude ganarle a aquel viejo en el camino —dijo, mirando ahora el vaso.

Bebí algo más de cerveza, no me sentía bien, me sentía yo mismo muy viejo y muy cansado.

Como el silencio se prolongaba, saqué un mapa local y lo extendí sobre la mesa de madera. El bar estaba tranquilo. Era media mañana y estábamos absolutamente solos.

—¿Aquí es donde lo vio más a menudo? —le pregunté.

El cazador tocó el mapa tres veces.

—Solía verlo caminando por aquí. Y por allá. Después cruzaba por aquí. Pobre viejo. Yo quería decirle que no se saliera del camino. No quería ofenderlo ni insultarlo. A un hombre como ése uno no le habla de caminos, porque puede ofenderse. Si algo lo ofende, es eso. Usted se da cuenta de que son cosas de él, y no le

hace caso. Ah, pero al final estaba viejo.

—Así es —dije, y doblé el mapa y me lo metí en el bolsillo.

—¿Usted es otro de esos periodistas? —dijo el cazador.

—No de éstos, precisamente.

—No quise meterlo en el mismo saco.

—No necesita pedir disculpas. Digamos que yo era uno de sus lectores.

—Ah, tenía muchos lectores, toda clase de lectores. Hasta yo. No toco un libro de un otoño hasta el otro. Pero los de él sí. Creo que lo que más me gustó fueron los cuentos de Michigan. Sobre pesca. Creo que los cuentos de pesca son buenos. Creo que nadie escribió nunca de esa manera sobre pesca y quizá nadie volverá a escribir. Claro, lo de las corridas de toros también está bien. Pero es un poco lejano. Algunos de los vaqueros los aprecian; se han pasado toda la vida con los animales. Un toro de aquí, un toro de allá, sospecho que da lo mismo. Conozco a un vaquero que leyó lo de los toros en los cuentos españoles del viejo como cuarenta veces. Supongo que no podía ir allá a torear.

—Creo que todos hemos pensado —dije— por lo menos una vez en la vida, cuando éramos jóvenes, que podíamos ir allá, después de leer lo de los toros en los cuentos españoles, que podíamos ir allá a torear. O por lo menos arrimar el hombro en la corrida, desde la mañana temprano, con un buen trago esperando al final y la mejor de las chicas conocidas durante todo el largo fin de semana.

Me detuve. Me reí en silencio. Porque mi voz, sin darme cuenta, había tomado el ritmo de la manera de decir del cazador, ya le saliera de la boca o de la mano. Sacudí la cabeza y me callé.

—¿Ya ha subido a ver la tumba? —preguntó el cazador, como si supiera que yo contestaría que sí.

—No.

Eso le sorprendió de veras. Trató de que no se le notara.

—Todos suben a ver la tumba —dijo.

—Yo no.

Se exploró la cabeza buscando una manera cortés de preguntar.

—Quiero decir... —dijo—, ¿por qué no?

—Porque no es la tumba verdadera.

—Ninguna tumba es verdadera si vamos al caso.

—No. Hay tumbas verdaderas y tumbas que no lo son, así como para morir hay el buen momento y el mal momento.

El hombre asintió. Yo había vuelto a algo que él sabía, o por lo menos entendió que era cierto.

—Claro, he conocido hombres-dijo-que se murieron justo en el momento perfecto. Uno se daba cuenta, sí, de que así era. Conocí a un hombre que estaba sentado a la mesa esperando la comida, mientras la mujer se atareaba en la cocina; cuando ella llegó con un gran plato de sopa, el hombre estaba allí sentado a la mesa,

muerto y limpio. Para ella estuvo mal, pero, me digo, ¿no fue bueno para él? Ni enfermedad, ni nada, sentado allí esperando la comida y sin saber si había llegado o no. Como otro amigo. Tenía un perro viejo. Catorce años. El perro se quedó ciego, estaba cansado. Al final mi amigo decide llevar al perro al estanque y acabar con él. Carga al viejo perro ciego en el asiento delantero del coche. El perro le lame la mano una vez. El hombre se siente muy mal. Va hacia el estanque. En el camino, sin un ruido, el perro se va, se muere en el asiento delantero, como si supiera y sabiendo, eligiera la mejor manera; justo estira la pata y listo. ¿Es lo que usted quiere decir, no es cierto?

Asentí.

—Y entonces piensa que esa tumba en la colina no está bien para un hombre como él, ¿no es cierto?

—Eso mismo —dije.

—¿Usted cree que hay toda clase de tumbas a lo largo del camino para cada uno de nosotros?

—Puede ser —dije.

—¿Y que si de alguna manera pudiéramos ver toda nuestra vida, elegiríamos mejor? Al final, mirando hacia atrás —dijo el cazador—, diríamos, «diablos, ése era el año y el lugar, no el otro año y el otro lugar sino ese año, ese lugar». ¿Diríamos eso?

—Puesto que tenemos que elegir o nos vemos obligados al fin, sí.

—Es una linda idea —dijo el cazador—. ¿Pero a cuántos de nosotros se nos ocurre esa sensatez? La mayoría no tenemos bastante juicio como para abandonar la fiesta cuando todavía corre la cerveza. Nos plantamos ahí.

—Nos plantamos ahí y qué vergüenza.

Pedimos más cerveza.

El cazador bebió la mitad del vaso y se enjugó la boca.

—Entonces ¿qué se puede hacer con las tumbas que no están bien? —dijo.

—Tratarlas como si no existieran. Y tal vez desaparezcan, como un mal sueño.

El cazador lanzó una sola carcajada, una especie de grito desamparado.

—Cristo, usted está loco. Pero me gusta escuchar a los locos. Cuente algo más.

—Eso es todo —dije.

—¿Es usted la Resurrección y la Vida? —dijo el cazador.

—No.

—¿Me va a decir que Lázaro volvió?

—No.

—¿Y entonces qué?

—Lo único que quiero, ya bien avanzado el día, es elegir el lugar justo, el tiempo justo, la tumba justa.

—Tómese eso —dijo el cazador—. Lo necesita. ¿Quién diablos lo mandó?

—Yo. Y algunos amigos. Tiramos a suertes para elegir uno entre diez.

Compramos ese camión que está en la calle y crucé el país. En el camino cacé y pesqué bastante, para ponerme bien a tono. Estuve en Cuba el año pasado, en España el verano anterior, en África el otro verano. Tengo mucho en que pensar. Por eso me eligieron a mí.

—Pero para hacer qué, para hacer qué diablos —dijo el cazador, apremiante, con cierta vehemencia, sacudiendo la cabeza—. Usted no puede hacer nada. Todo está terminado.

—La mayor parte. Venga.

Caminé hacia la puerta. El cazador seguía sentado. Al final, mirándome la cara encendida por la conversación, gruñó, se puso de pie, echó a andar y salió conmigo.

Señalé la curva. Miramos juntos el camión estacionado allí.

—Ya los he visto —dijo—. Un camión así, en una película. ¿No cazan el rinoceronte con un camión así? ¿Y leones y cosas por el estilo? ¿O por lo menos no viajan en eso por África?

—Tiene buena memoria.

—No hay leones por aquí —dijo—. Ni rinocerontes, ni búfalos acuáticos, ni nada.

—¿Ah? —pregunté.

No me contestó.

Seguí caminando y llegué al camión abierto.

—¿Usted sabe qué es esto?

—A partir de ahora cierro la boca —dijo el cazador—. ¿Qué es?

Golpeé el paragolpes largo rato.

—Una Máquina del Tiempo —dije.

El hombre abrió los ojos, luego los entornó y tomó un trago de la cerveza que llevaba en una de las manazas. Asintió.

—Una Máquina del Tiempo —repetí.

—Le he oído —dijo.

Dio la vuelta alrededor del camión para safaris y se quedó en la calle mirándolo. A mí no me miraba. Dio una vuelta completa al camión y se paró en la curva y miró la tapa del tanque de gasolina.

—¿Qué kilometraje?

—Todavía no lo sé.

—No sabe nada.

—Este es el primer viaje. No lo sabré hasta que termine.

—¿Qué clase de combustible le pone a un cachivache como éste? —dijo.

Me callé.

—¿Qué clase de cosa le pone? —preguntó.

Podía haber dicho: Lecturas tarde en la noche, muchas noches de lecturas a lo largo de los años casi hasta la mañana, lecturas en las montañas, en la nieve, o a mediodía en Pamplona, o junto a los arroyos o en un bote, en algún lugar de la costa de Florida. O pude haber dicho: Todos metimos mano en esta Máquina, todos

pensamos en ella y la compramos y la tocamos y depositamos en ella nuestro amor y nuestro recuerdo de lo que fueron para nosotros las palabras de ese hombre hace veinte, veinticinco, treinta años. Hay un montón de vida, de recuerdos, de amor depositados aquí, y eso es la gasolina y el combustible o como usted quiera llamarle: la lluvia en París, el sol en Madrid, la nieve en los altos Alpes, el humo de las pistolas en el Tirol, el resplandor de la Corriente del Golfo, la explosión de las bombas o las explosiones de los peces voladores, eso es la gasolina y el combustible y lo que va aquí. Debería haberlo dicho; lo pensé, y no dije nada.

El cazador debió de haberme olfateado el pensamiento, pues me miró de soslayo, y ayudado por el poder telepático de tantos años en el bosque, rumió lo que yo pensaba.

Entonces echó a andar e hizo una cosa inesperada. Se estiró y... tocó... mi Máquina.

Apoyó en ella la mano y la dejó allí, como sintiendo la vida, y aprobando lo que sentía debajo de la mano. Se quedó así largo rato.

Después se volvió sin decir una palabra, sin mirarme, y regresó al bar y se sentó a beber solo, de espaldas a la puerta.

Yo no quería romper el silencio. Parecía un buen momento para ir, para intentar.

Subí al vehículo y puse en marcha el motor.

¿Qué tipo de kilometraje? ¿Qué clase de combustible? Pensé. Y arranqué.

Seguí por el camino sin mirar ni a derecha ni a izquierda y anduve algo así como una hora, primero en una dirección y después en otra, parte del tiempo con los ojos cerrados segundos enteros, con la posibilidad de salirme del camino y lastimarme o matarme.

Y entonces, justo antes de mediodía, con las nubes tapando el sol, supe de pronto que estaba muy bien.

Miré a la colina y casi grito.

La tumba había desaparecido.

Bajé a un pequeño hueco justo entonces y arriba en el camino, vagabundeando a pie, había un viejo con un pesado pulóver.

Disminuí la velocidad del camión safari hasta ponerlo al ritmo de su marcha. Vi que usaba anteojos de armazón metálico y durante largo rato avanzamos juntos, cada uno ignorando al otro hasta que lo llamé por su nombre.

Vaciló y después siguió caminando.

Lo alcancé y le dije de nuevo:

—Papá.

Se detuvo y esperó.

Frené y me quedé en el asiento delantero.

—Papá —dije.

Se acercó y se detuvo cerca de la puerta.

—¿Lo conozco?

—No. Pero yo sí lo conozco a usted.

Me miró a los ojos y me estudió la cara y la boca.

—Sí. Creo que sí.

—Lo vi en la carretera. Creo que seguimos el mismo camino. ¿Quiere que lo lleve?

—Está bien para caminar a esta hora del día. Gracias.

—Permítame que le diga a dónde voy.

Había echado a andar pero ahora se detuvo y sin mirarme dijo:

—¿Dónde?

—Es un largo camino.

—Parece largo por la forma en que lo dice. ¿No puede acortarlo?

—No. Un largo camino. Unos dos mil seiscientos días, día más día menos, y media tarde.

Volvió y miró el camión.

—¿Tan lejos va?

—Tan lejos.

—¿En qué dirección? ¿Adelante?

—¿No quiere ir adelante?

Miró el cielo.

—No sé. No estoy seguro.

—No es adelante —dije—. Es hacia atrás.

Los ojos del viejo cambiaron de color. Fue un cambio sutil, una transmutación, como un hombre que saliera de debajo de la sombra de un árbol a la luz, un día nublado.

—Hacia atrás.

—Algo así como unos dos mil trescientos días, más la mitad de uno, hora más hora menos, póngalo o quítele un minuto, regatee un segundo.

—Mire que habla usted.

—Es algo compulsivo.

—Ha de ser un escritor de porquería. Hasta ahora nunca he conocido a un escritor que fuera un buen conversador.

—Es mi albatros.

—¿Hacia atrás? —sopesó las palabras.

—Voy a dar vuelta con el camión —dije—. Y me vuelvo camino abajo.

—¿No kilómetros sino días?

—No kilómetros sino días.

—¿Este es el tipo de camión?

—Así es como los hacen.

—¿Entonces usted es el inventor?

—Un lector que a veces inventa.

—Si el camión funciona, es algún camión que usted consiguió allá.

—A sus órdenes.

—Y cuando llegue a donde va —dijo el viejo, poniendo su mano en la puerta e inclinándose, y entonces al ver lo que había hecho, sacando la mano e irguiéndose para hablarme—, ¿dónde estará?

—Enero 10 de 1954.

—Toda una fecha —dijo.

—Lo es, lo fue. Puede ser más que una fecha.

Sin moverse, los ojos del hombre dieron otro paso hacia una luz más intensa.

—¿Y dónde estará usted ese día?

—En África —dije.

El viejo guardó silencio. La boca no se le movió. Los ojos no le cambiaron.

—No lejos de Nairobi —dije.

Asintió una vez, lentamente.

—África, no lejos de Nairobi.

Esperé.

—¿Y cuando lleguemos allí, si vamos? —dijo el viejo.

—Lo dejo a usted allí.

—¿Y entonces?

—Eso es todo.

—¿Eso es todo?

—Para siempre —dije.

El viejo aspiró aire, lo dejó salir y dejó correr la mano por el borde del estribo.

—Este camión —dijo— en algún punto del camino, ¿se convierte en un aeroplano?

—No sé.

—¿En algún punto del camino usted se convierte en mi piloto?

—Puede ser. Nunca lo he hecho hasta ahora.

—¿Pero está dispuesto a probar?

Asentí.

—¿Por qué? —dijo, y se inclinó y me miró directamente a la cara con una intensidad terrible, con una apacible vehemencia—, ¿por qué?

Viejo, pensé, no te puedo decir por qué, no me lo preguntes.

El hombre se retiró, dándose cuenta de que había ido demasiado lejos.

—No he dicho eso —dijo.

—No lo ha dicho.

—¿Y cuando tenga que hacer un aterrizaje forzoso con el aeroplano —dijo—, aterrizará de una manera un poco diferente esta vez?

—Diferente, sí.

—¿Un poco más difícil?

—Veré lo que se puede hacer.

—¿Y yo seré despedido fuera y todo lo demás muy bien?

—Las posibilidades son a favor.

Miró la colina donde no había tumba. Miré la misma colina. Y quizá pensó cavarla allí.

Contempló hacia atrás el camino, las montañas y el mar que no se podía ver más allá de las montañas y un continente más allá del mar.

—Usted está hablando de un buen día.

—El mejor.

—Y una buena hora y un buen segundo.

—Realmente, nada mejor.

—Vale la pena pensarlo.

Dejó la mano en el estribo, sin inclinarse, aunque probando, sintiendo, tocando, trémulo, indeciso. Pero los ojos se le movieron pasando a la plena luz de la luna africana.

—Sí.

—¿Sí? —dije.

—Creo que voy a aprovechar que usted me lleva.

Esperé a que el corazón me latiera una vez, después me estiré y abrí la puerta.

Silenciosamente se subió al asiento delantero y se sentó y cerró con calma la puerta sin golpearla. Se sentó allí, muy viejo y muy cansado. Esperé.

—Póngalo en marcha —dijo.

Puse el motor en marcha y lo moderé.

—Hágale dar la vuelta —dijo.

Di la vuelta de modo que el camión retrocedió.

—¿Es realmente —dijo— un camión de esa clase?

—Sí, es un camión de esa clase.

Miró la tierra y las montañas y la casa distante.

Esperé, aminorando la marcha.

—Cuando lleguemos allí —dijo—, ¿se acordará usted de algo...?

—Trataré.

—Hay una montaña —dijo, y se detuvo y allí se quedó sentado, la boca quieta, y no siguió.

Pero yo seguí por él. Hay una montaña en África llamada Kilimanjaro, pensé. Y en la ladera occidental de esa montaña apareció una vez el cuerpo seco y congelado de un leopardo. Nadie explicó nunca qué buscaba el leopardo a esa altura.

Lo subiremos a usted a la misma ladera del Kilimanjaro, pensé, cerca del leopardo, y escribiremos su nombre y debajo de él pondremos que nadie supo lo que andaba haciendo allá arriba, pero que ahí está. Y las fechas de nacimiento y muerte, y bajaremos hacia la hierba del caliente verano y sólo dejaremos que los guerreros negros y los cazadores blancos y los veloces okapis conozcan la tumba.

El viejo se protegió los ojos para mirar el camino que caracoleaba en las colinas. Asintió.

—Vamos —dijo.

—Sí, Papá —dije.

Y arrancamos, yo en el volante, conduciendo despacio, y el viejo a mi lado, y mientras bajábamos la primera colina y llegábamos a lo alto de la siguiente, el sol terminó de salir y el viento olía a fuego. Corrimos como un león por el pasto alto. Ríos y arroyos salpicaban. Yo hubiera querido detenerme una hora y vadear un arroyo, pescar, tenderme a la orilla mientras el pescado se freía y hablar o no. Pero si nos deteníamos quizá no siguiéramos de nuevo. Le metí al motor. Se oyó un enorme, salvaje, pasmoso rugido animal. El viejo sonrió, burlón.

—¡Va a ser un gran día! —gritó.

—Un gran día.

De vuelta en el camino, pensé: ¿cómo será entonces, cuando hayamos desaparecido? ¿Y cuando nos hayamos ido? Y el camino vacío. Sun Valley tranquilo al sol. ¿Cómo será cuando nos hayamos ido?

Acelaré hasta noventa.

Los dos chillábamos como chicos.

Después ya no supe nada.

—Santo Dios —dijo el hombre hacia el final—. ¿Sabe? Creo que estamos... volando.

Terrible conflagración en la casa

LOS HOMBRES HABÍAN ESTADO escondidos junto al pabellón del portero durante algo así como una hora, pasándose una excelente botella, y después que hubieron arrastrado al portero a la cama, anduvieron ocultándose por el sendero a las seis de la tarde y miraron la casona con las cálidas luces encendidas en todas las ventanas.

—Esta es la casa —dijo Riordan.

—Diablos, ¿qué quieres decir con eso de que ésta es la casa? —gritó Casey, y luego añadió suavemente—: La hemos visto toda la vida.

—Claro —dijo Kelly—, pero con los problemas que hemos tenido, de pronto un lugar parece diferente. Es como un juguete, ahí puesto en la nieve.

Y es lo que les pareció a los catorce hombres: una gran casa de muñecas al aire libre, bajo las plumas que caían suavemente en una noche de primavera.

—¿Trajiste las cerillas? —preguntó Kelly.

—Si traje las... ¿pero qué crees que soy?

—Bueno, ¿las trajiste? Es todo lo que pregunto.

Casey buscó en los bolsillos, los volvió hacia afuera, largó una palabrota y dijo:

—No.

—Ah, demonios —dijo Nolan—. Allá tendrán cerillas. Las pediremos. Vamos.

En el camino, Timulty tropezó y se cayó.

—Por el amor de Dios, Timulty —dijo Nolan—, ¿dónde está tu sentido de la aventura? En medio de una gran Rebelión queremos hacerlo todo así. Hace años que queremos ir a una taberna y hablar de la Terrible Conflagración en la Casa, ¿no es cierto? Si todo queda estropeado por la visión de tu trasero aterrizando en la nieve, no tendremos el cuadro adecuado de la Rebelión en que ahora andamos, ¿no es cierto?

Timulty, levantándose, enfocó el cuadro y asintió.

—Cuidaré mis modales.

—¡Silencio! ¡Hemos llegado! —gritó Riordan.

—Cristo, basta de decir cosas como «ésta es la casa» y «hemos llegado» —dijo Casey—. Estamos viendo la condenada casa. ¿Qué haremos ahora?

—¿Destruirla? —sugirió Murphy vacilando.

—Uf, eres tan estúpido que das asco —dijo Casey—. Claro que la destruimos, pero primero... planos y planes.

—Parecía bastante sencillo allá en la Taberna de Rickey —dijo Murphy—. Vendríamos simplemente a demoler la casa de porquería. Teniendo en cuenta cómo soporto a mi mujer, *tengo* que demoler algo.

—Me parece —dijo Timulty bebiendo de la botella— que vamos a llamar a la puerta y a pedir permiso.

—¡Permiso! —dijo Murphy— ¡Sería espantoso que mandaras en el infierno! ¡Las almas de los condenados no acabarían de freírse! Nosotros...

Pero las hojas de la puerta de entrada se abrieron de pronto de par en par, interrumpiéndolo.

Un hombre escudriñó la oscuridad.

—Yo digo —dijo una voz suave y razonable—, ¿no les molestaría bajar la voz? La señora de la casa está durmiendo, pues mañana tenemos que ir a Dublin y...

Los hombres, descubiertos al resplandor del fuego que asomaba por la puerta, pestañearon y retrocedieron, quitándose las gorras.

—¿Es usted, Lord Kilgotten?

—El mismo —dijo el hombre en la puerta.

—Bajaremos la voz-dijo Timulty sonriendo, todo amabilidad.

—Discúlpenos, Su Señoría-dijo Casey.

—Son ustedes muy amables-dijo Su Señoría. Y la puerta se cerró suavemente.

Todos los hombres boquearon.

—«Discúlpenos, Su Señoría». «Bajaremos la voz, Su Señoría». —Casey se golpeó la cabeza—. ¿Qué dijimos? ¿Por qué ninguno sujetó la puerta mientras estaba ahí?

—Nos quedamos confundidos, fue por eso; nos tomó de sorpresa, como todas esas malditas altezas y señorías. Quiero decir que no estábamos haciendo nada, ¿verdad?

—Hablábamos un poco fuerte —admitió Timulty.

—Qué fuerte ni qué diablos —dijo Casey—. ¡Ese condenado Lord viene y lo dejamos escapar!

—Shh, no tan fuerte —dijo Timulty.

Casey bajó la voz.

—Vamos, ahora forzamos la puerta y...

—A mí me parece innecesario —dijo Nolan—. El sabe ahora que estamos aquí.

—Forcemos la puerta —repitió Casey, rechinando los dientes— y echémosla abajo...

La puerta se abrió de nuevo.

El Lord, una sombra, se asomó a escudriñarlos y la vieja voz suave, paciente, frágil, preguntó:

—Yo digo, ¿qué están haciendo ahí?

—Bueno, es el camino, Su Señoría —empezó a decir Casey, y se detuvo, palideciendo.

—Venimos —estalló Murphy— ¡venimos... a quemar la Casa!

Su Señoría se quedó un momento mirando a los hombres, contemplando la nieve, con la mano en el picaporte. Cerró los ojos un instante, pensó, venció un tic en los dos párpados después de una lucha silenciosa y dijo:

—Hum, en ese caso es mejor que entren.

Los hombres dijeron que era formidable, magnífico, grandioso y arrancaron, cuando Casey gritó:

—¡Esperen!

Después, al viejo en el vano de la puerta:

—Entraremos cuando nos parezca bueno y oportuno.

—Muy bien —dijo el viejo—. Dejaré la puerta abierta, y cuando estén preparados, entren. Me encontrarán en la biblioteca.

Dejando la puerta abierta unos cinco centímetros, el viejo echó a andar cuando Timulty exclamó:

—¿Cuándo estemos preparados? Jesucristo, por Dios, ¿cuándo estaremos más preparados que ahora? ¡Vía libre, Casey!

Y todos corrieron a la galería.

Al oír esto, Su Señoría se volvió para mirarlos con una cara blanda y sin enemistad, la cara de un viejo sabueso que ha visto matar muchos zorros y escapar a otros tantos, que ha corrido bien, y ahora, en los últimos años, va moderando el paso, arrastrando suavemente los pies.

—Límpiese los zapatos, por favor, señores.

Todos se quitaron cuidadosamente el barro y la nieve de los zapatos.

—Están limpios.

—Por aquí —dijo Su Señoría tomando la delantera, con los ojos claros, pálidos, metidos entre líneas, bolsas y arrugas de muchos años de beber brandy, las mejillas brillantes como jerez—. Les serviré a todos un trago y veremos qué se puede hacer con... ¿cómo dicen ustedes?... con eso de quemar la Casa.

—Habla usted como un libro abierto —admitió Timulty, siguiendo a Lord Kilgotten que los llevaba a la biblioteca. Allí el Lord les sirvió una vuelta de whisky.

—Señores —dijo, hundiendo los huesos en un sillón con orejeras—. Beban.

—No aceptamos —dijo Casey.

—¡No aceptamos! —boquearon todos, con las bebidas en la mano.

—Estamos haciendo algo sobrio y tenemos que estar sobrios —dijo Casey titubeando ante las miradas de los otros.

—¿A quién escuchamos? —preguntó Riordan—. ¿A Su Señoría o a Casey?

En respuesta todos los hombres pegaron un bajón a sus bebidas y empezaron a toser y a resoplar. El coraje asomó inmediatamente como un color rojo en las caras, que cambiaron, y Casey pudo ver la diferencia. Bebió para ponerse a la par.

Entretanto, el viejo saboreaba el whisky y algo en su manera tranquila y suelta de beber los llevó lejos, a la bahía de Dublín, y los hundió de nuevo. Hasta que Casey dijo:

—Su Señoría, ¿ha oído usted hablar de los Líos? Quiero decir, no la guerra del Kaiser que se está haciendo del otro lado del mar, sino nuestros propios y grandes Líos y la Rebelión que ha llegado tan lejos, a nuestro pueblo, a la taberna y ahora a su Casa.

—Una cantidad alarmante de pruebas me convence de que son estos tiempos infelices —dijo Su Señoría—. Supongo que lo que ha de ser ha de ser. Yo los conozco a todos ustedes. Han trabajado para mí. Pienso que les he pagado bastante bien en su momento.

—No cabe ninguna duda, Su Señoría —Casey dio un paso adelante—. Sólo que el viejo orden cambia y hemos oído hablar de las grandes casas allá, cerca de Tara, y de las grandes fincas, más allá de Killashandra, que arden para celebrar la libertad y...

—¿La libertad de quién? —preguntó el viejo suavemente—. ¿La mía? ¿De la carga de ocuparme de esta casa en la que mi mujer y yo nos zangoloteamos como un par de dados en un cubilete?... Bueno, vamos. ¿Cuándo les gustaría quemar la casa?

—Si no es demasiada molestia, señor —dijo Timulty—, ahora.

El viejo pareció hundirse aún más en su sillón.

—Ay, Dios —dijo.

—Desde luego —dijo Nolan rápidamente—, si hay algún inconveniente, podemos volver más tarde...

—¡Más tarde! ¿Qué clase de charla es ésta? —preguntó Casey.

—Lo siento muchísimo —dijo el viejo—. Permítanme que les explique, por favor. Lady Kilgotten está durmiendo, tenemos huéspedes que vienen para llevarnos a Dublín al estreno de una obra de Synge...

—Un escritor formidable —dijo Riordan.

—Yo vi una de sus obras hace un año —dijo Nolan—, y...

—¡Atrás! —dijo Casey.

Los hombres retrocedieron. Su Señoría prosiguió con su quebradiza voz de polilla.

—Tenemos planeada una cena a medianoche, para diez personas, al volver. ¿No podrían dejarnos hasta mañana por la noche para prepararnos?

—No —dijo Casey.

—Espera —dijeron todos los demás.

—Un incendio —dijo Timulty— es una cosa, las entradas son otras. Quiero decir: hay lo del teatro, es un despilfarro horrible no ver la obra, y toda esa comida preparada bien podría aprovecharse. Y todos los invitados que vienen. Sería difícil avisarles.

—Es exactamente lo que yo pensaba —dijo Su Señoría.

—¡Sí, ya sé! —gritó Casey, cerrando los ojos, pasándose las manos por las mejillas, la mandíbula y la boca, apretando los puños y dando vueltas, frustrado—. ¡Pero uno no posterga los incendios, no los va dejando como las reuniones para tomar el té, carajo!

—Sí, cuando uno se acuerda de traer las cerillas —dijo Riordan en voz baja.

Casey giró como un remolino y lo miró como si fuera a pegarle, pero el impacto de la verdad lo calmó.

—Y encima de todo —dijo Nolan— la patrona es una buena señora que necesita una última noche de diversión y descanso.

Su Señoría volvió a llenar el vaso del hombre.

—Es usted muy amable.

—Votemos —dijo Nolan.

—Al demonio. —Casey miró a su alrededor, ceñudo—. Ya veo cuál será el resultado de la votación. Mañana por la noche lo haremos, qué tanto.

—Dios los bendiga —dijo el viejo Lord Kilgotten—. Habrá restos en la cocina, podrían ir a ver primero, probablemente tendrán hambre porque será un trabajo pesado. ¿Digamos mañana a las ocho de la noche? A esa hora ya habré puesto a salvo a Lady Kilgotten en un hotel de Dublin. No quisiera que ella lo supiese hasta después, cuando la casa ya no exista.

—Dios, usted es un cristiano —murmuró Riordan.

—Bueno, no sigamos rumiando esas cosas —dijo el viejo—. Ya lo considero pasado y nunca pienso en el pasado. Señores.

Se puso de pie. Y como un santo pastor viejo y ciego, erró hacia el vestíbulo con el rebaño de ovejas que se extraviaban y andaban despacio y tropezaban levemente entre sí.

En mitad del vestíbulo, casi junto a la puerta, Lord Kilgotten vio algo con el rabillo de un ojo legañoso y se detuvo. Se volvió y se puso a cavilar delante del gran retrato de un noble italiano.

Cuanto más miraba más se le llenaban de tics los ojos y en la boca se le movía una cosa sin nombre.

Por último Nolan dijo:

—Su Señoría, ¿qué pasa?

—Estaba pensando —dijo el Lord por fin—, que ustedes aman a Irlanda, ¿no es cierto?

—¡Por Dios, sí! —dijeron todos—. ¿Hacía falta preguntarlo?

—Lo mismo que yo —dijo el anciano suavemente—. ¿Y ustedes aman todo lo que hay en Irlanda, en la tierra, en su patrimonio?

—¡También eso —dijeron todos— va sin decirlo!

—Por eso me preocupan —dijo el Lord— cosas como ésta. Este retrato de Van Dyck. Es muy antiguo y muy hermoso y muy importante y muy caro. ¡Es, señores, un Tesoro Artístico de la Nación!

—¡Eso es lo que es! —dijeron todos, más o menos, y se juntaron alrededor para verlo.

—Ah, Dios, es una obra hermosa —dijo Timulty.

—Parece de carne y hueso —dijo Nolan.

—Observen —dijo Riordan— la manera en que esos ojitos parecen seguirnos.

—Inquietante —dijeron todos.

Y estaban a punto de seguir, cuando Su Señoría dijo:

—¿Se dan ustedes cuenta de que este Teatro, que en realidad no me pertenece a mí, ni tampoco a ustedes, sino a todo el pueblo como precioso patrimonio, este cuadro se habrá perdido para siempre mañana a la noche?

Todo el mundo abrió la boca. No se habían dado cuenta.

—¡Dios nos proteja —dijo Timulty—, no podemos permitirlo!

—Lo sacaremos de la casa primero —dijo Riordan.

—¡Esperen! —gritó Casey.

—Gracias —dijo Su Señoría—, ¿pero dónde lo pondrán? Afuera, a la intemperie, el viento lo hará trizas enseguida, la lluvia lo empapará, lo perforará el granizo; no, no, quizá sea mejor que arda rápidamente...

—¡Nada de eso! —dijo Timulty—. Me lo llevo a mi propia casa.

—Y cuando la gran lucha haya terminado —dijo Su Señoría—, ¿entregarán en las manos del nuevo gobierno este precioso don de Arte y Belleza del pasado?

—Bueno... con cada una de esas cosas, así lo haré —dijo Timulty.

Pero Casey estaba mirando la inmensa tela y dijo:

—¿Cuánto pesa el monstruo?

—Yo diría —dijo el anciano, débilmente— que entre cuarenta y cincuenta kilos, con ese marco.

—Entonces, ¿cómo diablos lo llevamos a casa de Timulty? —preguntó Casey.

—Brannahan y yo llevaremos el maldito tesoro —dijo Timulty—, y si hace falta, Nolan, tú nos darás una mano.

—La posteridad se los agradecerá —dijo Su Señoría.

Siguieron avanzando por el vestíbulo y Su Señoría volvió a detenerse delante de otros dos cuadros.

—Estos son dos desnudos...

—¡Así es! —dijeron todos.

—De Renoir —terminó el anciano.

—¿Fue ese tipo, el francés, el que los hizo? —preguntó Rooney—. Si me perdona la expresión.

Parecía absolutamente francés, dijeron todos.

Y numerosas costillas recibieron numerosos codazos.

—Valen varios miles de libras —dijo el anciano.

—No seré yo quien lo discuta —dijo Nolan apuntando con un dedo que Casey le bajó de un manotazo.

—Yo... —dijo Blinky Watts, cuyos ojos de pescado estaban continuamente anegados en lágrimas detrás de los gruesos anteojos—, yo me presentaría como voluntario para llevarme a casa las dos señoras francesas. Creo que me podría meter los dos Tesoros Artísticos uno debajo de cada brazo y colgarlos en la casita.

—Aceptado —dijo el Lord con gratitud.

Siguiendo por el vestíbulo llegaron a otro, un paisaje más vasto, con toda clase de monstruos y hombres bestiales que retozaban entre frutas maduras y estrujaban

mujeres con pechos como melones. Todo el mundo empujó para leer la chapa de bronce que decía: *El ocaso de los dioses*.

—¡De qué ocaso me están hablando —dijo Rooney—, si parece más bien el comienzo de una tarde formidable!

—Creo —dijo el suave anciano— que hay una ironía intencional tanto en el título como en el tema. Observen el cielo encendido, las horribles figuras ocultas en las nubes. Los dioses no se dan cuenta, en medio de la bacanal, de que la Perdición está por caer sobre ellos.

—Yo no veo —dijo Blinky Watts— ni a la Iglesia ni a ninguno de esos curas maricones entre las nubes.

—En aquellos días la Perdición era una cosa diferente —dijo Nolan—. Todo el mundo lo sabe.

—Tuohy y yo —dijo Flannery— nos llevaremos a esos dioses del demonio a mi casa. ¿De acuerdo, Tuohy?

—¡De acuerdo!

Y así continuaron, a lo largo del vestíbulo. La banda se detenía aquí o allá como en una larga visita a un museo, y cada uno a su vez se ofrecía para escapar a su casa bajo la nevada y en la noche con un Degas o un esbozo de Rembrandt o un gran óleo de uno de los maestros holandeses, hasta que llegaron a un óleo bastante espantoso colgado en un nicho oscuro, que representaba a un hombre.

—Mi retrato —murmuró el anciano— pintado por Lady Kilgotten. Déjenlo ahí, por favor.

—¿Quiere decir —boqueó Nolan— que quiere que desaparezca en la Conflagración?

—La pintura siguiente es... —dijo el anciano, avanzando.

Y por último la visita llegó a su fin.

—Desde luego —dijo Su Señoría— si realmente quieren salvarlos, hay una docena de exquisitos vasos Ming en la casa...

—Toda una colección —dijo Nolan.

—Una alfombra persa en el rellano...

—La enrollaremos y entregaremos al Museo de Dublín.

—Y aquel exquisito candelabro en el comedor principal.

—Habrá que esconderlo hasta que los líos terminen —suspiró Casey, cansado ya.

—Bueno, entonces —dijo el anciano estrechando la mano de cada uno al pasar—, quizá podrían empezar ahora, ¿no les parece? Creo que van a tener un trabajo bastante grande para proteger los Tesoros Nacionales. Voy a echar una siestita de cinco minutos antes de vestirme.

Y el anciano subió lentamente las escaleras.

Los hombres se quedaron pasmados y solos, agrupados en el vestíbulo inferior, y lo vieron desaparecer.

—Casey —dijo Blinky Watts—, ¿no te ha pasado por la cabeza la idea de que si

te hubieses acordado de traer las cerillas no tendríamos ahora por delante una noche de trabajo tan larga?

—¡Cristo! ¿Dónde están tus gustos estéticos? —exclamó Riordan.

—¡Silencio! —dijo Casey—. Está bien, Flannery, tú toma un extremo de ese *Ocaso de los dioses*, y tú, Tuohy, toma el otro extremo donde la muchacha está recibiendo lo que le gusta. ¡Vamos! ¡Arriba!

Y locamente los dioses remontaron vuelo por los aires.

A eso de las siete casi todos los cuadros estaban fuera de la casa y arrimados unos contra otros en la nieve, esperando a que los llevaran en varias direcciones hacia diversas cabañas. A las siete y cuarto, Lord y Lady Kilgotten salieron y se fueron, y Casey agrupó a los hombres rápidamente frente a los cuadros amontonados para que la encantadora anciana no los viera. Los muchachos saludaron cuando el coche tomó por el sendero. Lady Kilgotten respondió agitando una mano frágil.

Desde las siete y media hasta las diez las otras pinturas fueron saliendo de a una y de a dos.

Cuando todos los cuadros estuvieron fuera salvo uno, Kelly se quedó frente al nicho oscuro preocupado por el retrato del anciano Lord que Lady Kilgotten había pintado los domingos. Se estremeció, optó por un humanitarismo supremo y puso a salvo el retrato en la noche.

A medianoche, Lord y Lady Kilgotten, de vuelta con sus invitados, encontraron sólo grandes huellas de pies arrastrados en la nieve, allí donde Flannery y Tuohy habían abierto un camino con la querida bacanal; donde Casey, gruñendo, había encabezado un desfile de Van Dycks, Rembrandt, Boucher y Piranesi; y donde, al final de todo, Blinky Watts, loco de alegría, había trotado dichoso, internándose en el bosque con los desnudos de Renoir.

La cena terminó a eso de las dos. Lady Kilgotten se fue a la cama satisfecha de que todos los cuadros, en masa, hubiesen sido retirados para limpiarlos.

A las tres de la mañana Lord Kilgotten estaba en la biblioteca, insomne, solo entre las paredes vacías, delante de un hogar sin fuego, una bufanda en torno al cuello delgado y un vaso de coñac en la mano que temblaba débilmente.

A eso de las tres y cuarto el entarimado crujió furtivamente, pasaron unas sombras, y al cabo de un rato, la gorra en la mano, estaba Casey a la puerta de la biblioteca.

—¡Chist! —llamó despacito.

El Lord, que había estado dormitando, parpadeó y abrió los ojos.

—Oh, santo cielo —dijo—, ¿ya es hora de que salgamos?

—Mañana a la noche —dijo Casey—. Y de todas maneras, no es usted el que se va, son ellos los que vuelven.

—¿Ellos? ¿Sus amigos?

—No, los suyos.

Casey hizo una seña.

El viejo se dejó llevar al vestíbulo y miró por la puerta de entrada el profundo pozo de la noche.

Allí, como un entumecido ejército de infantería cansado, indeciso y desmoralizado, estaba la banda confusa pero familiar, las manos llenas de cuadros, cuadros apoyados contra las piernas, cuadros en las espaldas, cuadros apoyados en el suelo y sostenidos por manos temblorosas, pálidas de terror, en la nieve remolineante. Un terrible silencio reinaba entre los hombres. Parecían desamparados, como si un enemigo se hubiera ido a luchar en guerras mucho mejores, mientras otro enemigo, todavía sin nombre, se preparaba, oculto, sigiloso. Miraban por encima del hombro las colinas y el pueblo como si en cualquier momento el Caos mismo pudiera soltar allí sus perros. Sólo ellos oían, en la noche insidiosa, el lejano ladrido de congoja y desesperación que operaba como un conjuro.

—¿Eres tú, Riordan? —llamó Casey, nervioso.

—¿Y quién diablos quieres que sea? —exclamó una voz más allá.

—¿Qué es lo que quieren? —preguntó el viejo.

—No es tanto lo que nosotros queremos como lo que quizá usted quiera ahora de nosotros —dijo una voz.

—Comprenda —dijo otro, adelantándose hasta que todos pudieron ver a la luz que era Hannahan—, considerando todos los aspectos de la cuestión, Excelencia, hemos decidido que usted es un hombre tan magnífico, que nosotros...

—¡No le incendiaremos la casa! —gritó Blinky Watts.

—¡Cállate y déjalo hablar! —dijeron varias voces.

Hannahan asintió:

—Así es. No le incendiaremos la casa.

—Pero advierta —dijo el otro—, que estoy perfectamente preparado. Todo se puede sacar fácilmente.

—Usted lo toma todo demasiado a la ligera, si me permite decirlo, Excelencia —dijo Kelly—. Lo que es fácil para usted no es fácil para nosotros.

—Ya veo —dijo el anciano, que no veía absolutamente nada.

—Al parecer —dijo Tuohy— todos nosotros, en las últimas horas, hemos tenido problemas. Que tienen que ver con la casa y el transporte y el acarreo, si pesca lo que quiero decir. ¿Quién explicará primero? ¿Kelly? ¿No? ¿Casey? ¿Riordan?

Nadie hablaba.

Por último, con un suspiro, Flannery avanzó un poco.

—Fue así... —dijo.

—¿Sí? —dijo el anciano suavemente.

—Bueno —dijo Flannery—, Tuohy y yo anduvimos por el bosque, como unos estúpidos, y habíamos cruzado dos tercios del pantano con el gran cuadro del *Ocaso de los dioses*, cuando empezamos a hundirnos.

—¿Les fallaron las fuerzas? —preguntó el Lord amablemente.

—Nos hundíamos, Excelencia, nos hundíamos lisa y llanamente en el cieno — explicó Tuohy.

—Dios mío —dijo el Lord.

—Ha hablado bien, Su Señoría —dijo Tuohy—. Los dos juntos, Flannery y yo y los malditos dioses debíamos de pesar unos trescientos kilos, y ese pantano es más que blando, y cuanto más avanzábamos más nos hundíamos, y un grito se me estranguló en la garganta, porque yo pensaba en aquellas escenas del viejo cuento en que el Mastín de los Baskerville o algún villano por el estilo persigue a la heroína por la ciénaga y allí se hunde ella, en un pozo aguanoso, deseando haberse mantenido a dieta, pero es demasiado tarde y las burbujas suben hasta estallar en la superficie. Todo eso se me amontonaba en la cabeza, Excelencia.

—¿Y entonces? —dijo el Lord, comprendiendo que eso era lo que se esperaba.

—Y entonces —dijo Flannery— salimos de allí y dejamos a los malditos dioses en su crepúsculo.

—¿En medio del pantano? —preguntó el anciano, un poco inquieto.

—Ah, los tapamos, quiero decir, cubrimos la escena con las bufandas. Los dioses no morirán dos veces, Excelencia. ¿Oyeron eso, muchachos? Los dioses...

—Ah, cállate —gritó Kelly—. ¿Por qué no trajeron el maldito retrato desde el pantano?

—Pensamos que podíamos encontrar a otros dos muchachos que nos ayudaran...

—¡Otros dos! —exclamó Nolan—. Serían cuatro hombres, más un montón de dioses, que se hundirían dos veces antes, y las burbujas subiendo, especie de idiotas.

—¡Ah! —dijo Tuohy—, nunca lo pensé.

—Ya está pensado —dijo el anciano— y quizá varios de ustedes, juntos en un equipo, puedan rescatar...

—Claro, Excelencia —dijo Casey—. Bob, tú y Tim vayan como flechas a salvar a las deidades paganas.

—¿No se lo dirás al Padre Leary?

—Al diablo con el Padre Leary. ¡Vayan!

Y Tim y Bob salieron pitando.

Su Señoría se volvió entonces hacia Nolan y Kelly.

—Veo que también ustedes han traído de vuelta ese cuadro bastante grande.

—Por lo menos lo hicimos cuando estábamos a unos cien metros de la puerta, señor —dijo Kelly—. Supongo que usted se está preguntando por qué lo hemos traído de vuelta, ¿verdad, Excelencia?

—Una acumulación de coincidencias —dijo el anciano, volviendo a buscar el abrigo y poniéndose la gorra de tweed para poder permanecer a la intemperie y terminar lo que parecía ser una larga conversación—, sí, me lo he estado preguntando.

—Es mi espalda —dijo Kelly—. Se dio por vencida antes de haber avanzado quinientos metros por el camino principal. Hace cinco años que la espalda se me

dobra para adentro y para afuera y paso las angustias de Cristo. Si estornudo caigo de rodillas, Excelencia.

—Yo he sufrido del mismísimo mal —dijo el anciano—. Es como si alguien le hubiera plantado a uno un clavo en el espinazo.

El anciano se tocó la espalda cuidadosamente, recordando, y todos suspiraron y asintieron.

—Las angustias de Cristo, como dije —repitió Kelly.

—Es más que comprensible entonces que no hubiera podido terminar el recorrido con ese marco pesado —dijo el anciano— y muy de elogiar que haya vuelto hasta aquí con ese peso horroroso.

Kelly se enderezó inmediatamente, en cuanto oyó describir su trance. Resplandecía.

—No fue nada. Y lo haría de nuevo, si no fuera por la ristra de huesos que corona mis asentaderas. Con perdón de Su Señoría.

Pero Su Señoría había puesto ya una mirada amable aunque desenfocada y de un gris azulado trémulo en Blinky Watts, que tenía debajo de cada brazo, como un malabarista, las dos mujeres parecidas a duraznos, de Renoir.

—Ah, Dios, no fue el caso de que me hundiera en los pantanos o me descalabrara el espinazo —dijo Watts, moviendo los pies, mostrando cómo había ido a la casa—. Me llevó diez minutos justos volverme, meterme en mi casa y empezar a colgar los cuadros en la pared, cuando mi mujer apareció por detrás. ¿Alguna vez su mujer ha entrado por detrás de usted, Excelencia, y se ha quedado ahí en un silencio cavernoso?

—Me parece recordar una circunstancia similar —dijo el anciano, tratando de recordar, y asintiendo luego como si varios recuerdos le relampaguearan en la vacilante mente infantil.

—Bueno, Su Señoría, no hay silencio como el silencio de una mujer, ¿no le parece? Y no hay manera de quedarse ahí de pie como la de una mujer, una especie de monumento megalítico. La temperatura bajó en la habitación tan rápido que tuve una conmoción polar, como decimos en casa. No me atreví a volverme para enfrentar a la Bestia, o la hija de la Bestia, como la llamo por consideración a su mamá. Pero al fin le oí dar un fuerte respingo y soltar fría y tranquila como un general prusiano: «Esa mujer está desnuda como un gusano» y «Esa otra mujer está en cueros como una almeja en la marea baja».

—Pero —dije yo—, éstos son estudios del natural hechos por un famoso artista francés.

—Un francés del que Dios nos libre —exclamó—, un francés de los que muestran culos. Un francés de los que suben las faldas hasta el ombligo. Francés como esas sucias novelas francesas llenas de ruidos y sofocos, y ahora vienes y cuelgas algo de un francés en las paredes. ¿Por qué, ya que estás, no bajas el crucifijo y pones a una gorda?

—Bueno, Excelencia, cerré los ojos y deseé que me tragara la tierra. «¿Esto es lo que quieres que nuestros hijos miren por las noches, antes de irse a dormir?», dijo ella. Sólo sé que a continuación me puse en camino y aquí vengo con los desnudos en cueros como gusanos, Excelencia, con perdón y muy agradecido.

—Parece que están desvestidas —dijo el anciano mirando los dos cuadros, uno en cada mano, como si quisiera encontrar en ellos todo lo que la mujer del hombre había dicho—. Siempre he pensado en el verano, mirándolas.

—Después de haber cumplido los setenta, Su Señoría, quizá. ¿Pero antes?

—Ah, sí, sí —dijo el anciano, comprobando que una mota de mal recordada lujuria se le metía en un ojo.

Cuando el ojo quedó libre de la mota, descubrió a Bannock y a Toolery en el borde más alejado del incómodo rebaño allí reunido. Detrás de ellos, empequeñeciéndolos, había un cuadro gigantesco.

Bannock se había llevado el condenado cuadro a casa para descubrir que no podía meterlo por la puerta ni por ninguna ventana.

Toolery había hecho entrar el cuadro por la puerta cuando su mujer le dijo que serían el hazmerreír de todo el mundo, la única familia del pueblo que tenía un Rubens de medio millón de libras y ni siquiera una vaca para ordeñar.

De modo que ésa era la suma, el total y la esencia de la larga noche. Cada hombre tenía una historia análoga que contar, desalentadora, espantosa y terrible, y las contaron todas, y cuando terminaron empezó a caer una nieve fría sobre esos bravos miembros del aguerrido Ejército Republicano Irlandés.

El anciano no dijo nada, porque realmente no había nada que decir que no fuera evidente mientras los alientos pálidos llenaban de fantasmas el aire. Entonces, en silencio, abrió de par en par la puerta de entrada y tuvo la decencia de no indicarla ni señalarla con un ademán.

Lenta y silenciosamente empezaron a desfilar, como delante de un maestro familiar en una vieja escuela, y después se apresuraron. Así crecido volvió el río, el Arca se vació antes, no después del Diluvio, y pasó una marea de animales y ángeles desnudos que llameaban y humeaban en las manos, y de nobles dioses que hacían cabriolas con alas y cascos, y los ojos del anciano se desplazaron suavemente y la boca nombró en silencio a cada uno, los Renoir, los Van Dyck, el Lautrec, y así hasta que Kelly, al pasar, sintió que le tocaban el brazo. Sorprendido, Kelly miró.

Y vio que el anciano contemplaba el cuadrillo que tenía bajo el brazo.

—¿El retrato que me hizo mi mujer?

—El mismo —dijo Kelly.

El anciano contempló a Kelly y el cuadro que tenía debajo del brazo y luego la noche nevada.

Kelly sonrió apenas.

Caminando levemente como un ladrón, se desvaneció en la soledad, llevándose el cuadro. Un momento después, se lo oyó reír mientras corría de vuelta, las manos

vacías.

El anciano estrechó la mano de Kelly, una vez, tembloroso, y cerró la puerta.

Luego se volvió, como si el hecho ya se le hubiera perdido en la distraída mente infantil, y caminó titubeando por el vestíbulo, llevando la pañoleta como un delicado cansancio sobre los hombros delgados, y el grupo lo siguió hasta el lugar donde se encontraron con bebidas en las manazas, y vieron que Lord Kilgotten pestañeaba delante del cuadro que estaba sobre la chimenea como si tratara de recordar si era el Saqueo de Roma, allá en otros tiempos, o la Caída de Troya. Después bajó la mirada y miró de frente al ejército de alrededor y dijo:

—Y ahora, ¿por quién beberemos?

Los hombres arrastraron los pies.

Entonces Flannery exclamó:

—¡Por Su Señoría, no faltaba más!

—¡Por Su Señoría! —exclamaron todos, vehementes, y bebieron y tosieron y se ahogaron y estornudaron y el anciano sintió que le brillaban los ojos de un modo especial, y no bebió mientras no reinó la calma, y entonces dijo:

—Por Irlanda —y bebió y todos dijeron Ah, Dios y Amén, y el anciano miró el cuadro que estaba sobre la chimenea y entonces observó tímidamente—: No quisiera decirlo, pero... ese cuadro...

—¿Señor?

—Me parece —dijo el anciano como pidiendo disculpas— que está un poco desviado, torcido. No podrían...

—¡Sí, podemos, muchachos! —exclamó Casey.

Y catorce hombres se apresuraron a enderezarlo.

El niño de mañana

NO QUERÍA SER EL PADRE de una pequeña pirámide azul. Peter Horn no lo había planeado para nada de esa manera. Ni él ni su mujer imaginaron que podía ocurrirles una cosa semejante. Habían hablado tranquilamente durante días del nacimiento del niño, habían comido alimentos normales, dormido mucho, asistido a unos pocos espectáculos, y cuando llegó el momento de que ella volara en el helicóptero al hospital, Peter la abrazó y la besó.

—Tesoro, estarás en casa dentro de seis días —dijo—. Esas nuevas máquinas de partos, excepto engendrar, lo hacen todo por ti.

Ella recordó una canción de los viejos tiempos. «¡No, no, eso no pueden quitármelo!», y la cantó y se reían mientras el helicóptero los llevaba sobre el verde camino del campo a la ciudad.

El médico, un señor tranquilo llamado Wolcott, tenía gran confianza. Polly Ann, la mujer, estaba preparada para la tarea que la aguardaba y el padre fue instalado, como de costumbre, en la sala de espera donde podía fumar o tomar bebidas de la debida batidora. Se sentía muy bien. Era su primer hijo, pero no había por qué preocuparse. Polly Ann estaba en buenas manos.

El doctor Wolcott entró en la sala de espera una hora más tarde. Tenía el aire de un hombre que ha visto la muerte. Peter Horn, que estaba en el tercer vaso, no se movió. Apretó el vaso y murmuró:

—Ha muerto.

—No —dijo Wolcott despacio—. No, no, ella está bien. Es el niño.

—Entonces ha muerto el niño.

—El niño vive también, pero... tómese el resto de esa bebida y venga conmigo. Ha pasado algo.

Sí, en realidad algo había pasado. Ese «algo» había hecho salir a los pasillos a todo el hospital. La gente iba y venía de una habitación a otra. Cuando Peter Horn atravesó una antesala donde el personal de uniforme blanco, de pie, se miraba y murmuraba, se sintió realmente mal.

—¡Eh, miren! ¡El hijo de Peter Horn! ¡Increíble!

Entraron en un cuartito limpio. Había allí una multitud que miraba una mesa baja. Había algo en la mesa.

Una pequeña pirámide azul.

—¿Por qué me ha traído aquí? —dijo Horn, volviéndose hacia el médico.

La pequeña pirámide azul se movió. Empezó a llorar.

Peter Horn se acercó a empujones y miró intensamente. Estaba muy blanco y respiraba rápidamente.

—No me va a decir que mi hijo es esto, doctor.

El doctor llamado Wolcott asintió.

La pirámide azul tenía seis apéndices serpentinos y tres ojos que pestañeaban en los extremos de tres estructuras.

Horn no se movió.

—Pesa tres kilos doscientos —dijo alguien.

Horn pensó: me están tomando el pelo. Es una broma. Detrás de todo esto está Charlie Ruscoll. En una de esas asoma por una puerta y grita: «¡Que la inocencia te valga!», y todo el mundo se reirá. Eso no es mi hijo. ¡Ah, horrible! Me están tomando el pelo.

Horn se quedó allí y el sudor le corría por la cara.

—Llévenme de aquí.

Horn se volvió y las manos se le abrían y cerraban sin objeto, y le pestañeaban los ojos.

Wolcott lo tomó del codo, calmándolo.

—Es su hijo. Comprenda, señor Horn.

—No. No, no es. —La mente de Horn no tocaría la cosa.

—Es una pesadilla. ¡Destruyalo!

—No se puede matar a un ser humano.

—¿Humano? —Horn disimulaba las lágrimas—. ¡Eso no es humano! ¡Es un crimen contra Dios!

El médico continuó, rápidamente.

—Hemos examinado a ese... niño... y hemos decidido que no es un mutante, el resultado de una destrucción y reordenación genética. No es un monstruo. Tampoco es un enfermo. Escuche, por favor, todo lo que voy a decirle.

Horn contemplaba la pared, con los ojos muy abiertos, enfermo. Se balanceaba. El médico le hablaba, distante, seguro.

—El niño ha sido afectado en cierto modo por la urgencia del parto. Hubo una distorsión de la estructura dimensional causada por los cortocircuitos y el mal funcionamiento simultáneo de la nueva máquina de partos y la máquina de hipnosis. Bueno, de todas maneras —concluyó el doctor desgarradamente—, el niño ha nacido en... otra dimensión.

Horn ni siquiera asintió. Se quedó allí, esperando. El doctor Wolcott adoptó un tono enfático.

—El niño está vivo, sano y feliz. Ahí lo tiene, sobre la mesa. Pero como ha nacido en otra dimensión, la forma nos es ajena. Nuestros ojos, adaptados a una concepción tridimensional, no pueden reconocerlo como niño. Pero lo es. Debajo de ese camuflaje, la extraña forma piramidal y los apéndices, está el hijo de usted. Horn cerró la boca y los ojos.

—¿Puede darme un trago?

—Por supuesto.

Le pusieron un vaso en las manos.

—Ahora, permítame que me sienta, que me sienta en alguna parte un rato.

Horn se hundió cansadamente en una silla. Todo se iba aclarando, se ponía lentamente en su lugar. Aquello, lo que fuese, era su hijo. Se estremeció. Por horrible que pareciera, era su primer hijo.

Al fin levantó la mirada y trató de ver al médico.

—¿Qué le diremos a Polly?

La voz de Horn era apenas un susurro.

—Lo prepararemos esta mañana, en cuanto usted se sienta en condiciones.

—¿Qué pasa después? ¿Hay alguna manera de... cambiarlo?

—Trataremos. Es decir si usted nos autoriza. Después de todo, es su hijo. Usted puede hacer lo que quiera de él.

—¿Él? —Horn se rió con ironía, cerrando los ojos—. ¿Cómo sabe que es él?

Se hundió en la obscuridad. Le estallaban los oídos. Wolcott estaba visiblemente perturbado.

—Bueno, nosotros... este... bueno, claro no lo sabemos.

Horn tomó otro trago.

—¿Qué pasa si no pueden cambiarlo?

—Comprendo el golpe que es para usted, señor Horn. Si no puede soportar la vista de su hijo, lo criaremos aquí, en el Instituto.

Horn lo pensó.

—Gracias. Pero sigue perteneciéndonos a Polly y a mí. Le daré un hogar. Lo criaré como se cría a cualquier chico. Le daré una vida hogareña normal. Procuraré aprender a quererlo. Lo trataré bien.

Horn tenía los labios entumecidos, no podía pensar.

—¿Se da cuenta de la tarea que va a asumir, señor Horn? Este niño no podrá tener camaradas normales; lo molestarían hasta matarlo en poco tiempo. Usted sabe cómo son los niños. Si decide criarlo en la casa, la vida de usted estará estrictamente regimentada, nunca deberá verlo nadie. ¿Comprende?

—Sí. Sí, comprendo. Doctor, doctor, ¿es mentalmente normal?

—Sí. Hemos probado las distintas reacciones. Es un niño perfectamente saludable en lo que se refiere a estímulos nerviosos y cosas por el estilo.

—Sólo quería estar seguro. Ahora el único problema es Polly.

Wolcott frunció el entrecejo.

—Confieso que en eso estoy desconcertado. Usted sabe lo difícil que es para una mujer enterarse de que su hijo ha nacido muerto. Pero esto, decirle a una mujer que ha dado a luz algo que no se puede considerar humano... No es tan neto como la muerte. Hay muchas posibilidades de que sea una gran sacudida. Pero tengo que decirle la verdad. El médico no va a ninguna parte si le miente al paciente.

Horn se quitó los anteojos.

—No quiero perder a Polly, también. Si usted destruye al niño, yo estaría dispuesto a aceptarlo. Pero no quiero matar a Polly con este golpe.

—Creo que podremos cambiar al niño. Es lo que me hace vacilar. Si yo pensara que el caso no tiene remedio, haría enseguida un certificado de eutanasia. Pero queda una posibilidad.

Horn estaba muy cansado. Temblaba silenciosa, profundamente.

—Muy bien, doctor. Necesita alimento, leche y cariño mientras usted decide. Hasta ahora ha sido un mal trago, no hay razón para que siga siéndolo. ¿Cuándo se lo decimos a Polly?

—Mañana por la tarde, cuando despierte.

Horn se puso de pie y caminó hasta la mesa calentada desde arriba por una luz suave. La pirámide azul se sentó en la mesa cuando Horn extendió la mano.

—¿Qué tal, nene? —dijo Horn.

La pirámide azul miró con tres brillantes ojos azules. Tendió un pequeño zarcillo azul con el que tocó los dedos de Horn.

Horn se estremeció.

—Hola, nene.

El doctor sacó un biberón especial.

—Leche de mujer. Adelante.

El nene miraba arriba, a través de nieblas que se despejaban. El nene vio formas que se movían sobre él y supo que eran amistosas. El nene acababa de nacer, pero ya estaba alerta, extrañamente alerta. El nene tenía conciencia.

Había objetos que se movían por encima y alrededor del nene. Seis cubos de color blanco grisáceo, que se inclinaban. Seis cubos con apéndices hexagonales y tres ojos en cada cubo. Además había otros dos cubos que venían desde lejos sobre una superficie cristalina. Uno de los cubos era blanco. Tenía también tres ojos. Algo había en ese Cubo Blanco que le gustaba al nene, y lo atraía. Alguna relación. El Cubo Blanco tenía un cierto olor, y el nene se acordaba de sí mismo.

De los seis cubos de un blanco grisáceo que se inclinaban salían sonidos penetrantes. Sonidos de curiosidad y maravilla. Era como una especie de música de flautas, todas tocando al mismo tiempo.

Ahora los dos cubos recién llegados, el Cubo Blanco y el Cubo Gris, estaban silbando. Al cabo de un rato el Cubo Blanco extendió un apéndice hexagonal para tocar al nene. El nene respondió sacando los zarcillos del cuerpo piramidal. Al nene le gustaba el Cubo Blanco. Al nene le gustaba. El nene tenía hambre. Al nene le gustaba. Quizá el Cubo Blanco le diera de comer...

El Cubo Gris sacó un globo rosa para el nene. Ahora le iban a dar de comer. Bueno. Bueno. El nene aceptó el alimento ansiosamente.

El alimento era bueno. Todos los cubos de color blanco grisáceo se retiraron, dejando sólo al bonito Cubo Blanco que se quedó mirando al nene y silbando, silbando. Silbando, silbando.

Al día siguiente se lo dijeron a Polly. Sólo lo necesario. Apenas una parte. Le

dijeron que el nene no estaba bien, en cierto sentido. Le hablaron lentamente, en círculos que se iban estrechando. Entonces el doctor Wolcott pronunció una larga conferencia sobre las máquinas de partos, cómo ayudaban a las mujeres en el trance, y cómo esta vez se había producido un cortocircuito. Estaba presente otro hombre de ciencia que dio una breve y concisa charla sobre las dimensiones, extendiendo los dedos, así, una, dos, tres, y cuatro. Otro hombre más habló de energía y materia. Otro se refirió a los niños desamparados.

Al final Polly se sentó en la cama y dijo:

—¿A qué vienen tantas palabras? ¿Qué le pasa a mi hijo que hablan ustedes tanto?

Wolcott se lo dijo.

—Desde luego, usted puede esperar una semana antes de verlo —dijo—. O puede ceder la tutoría del niño al Instituto.

—Hay una sola cosa que quiero saber —dijo Polly.

El doctor Wolcott alzó las cejas.

—¿Yo hice así al niño? —preguntó Polly.

—¡Claro que no!

—¿El niño no es un monstruo, genéticamente? —preguntó Polly.

—El niño ha sido proyectado en otro camino. Aparte de eso, es perfectamente normal.

La delineada boca apretada de Polly se aflojó. Sencillamente dijo:

—Entonces, tráiganme a mi nene. Quiero verlo. Por favor, ahora mismo.

Le llevaron al «niño».

Los Horn salieron del hospital al día siguiente. Polly anduvo por sus propios medios, Peter Horn la seguía, mirándola con tranquilo asombro.

No llevaban al niño. Eso sería después. Horn ayudó a su mujer a subir al helicóptero y se sentó al lado. La nave se remontó, girando, en el aire cálido.

—Eres una maravilla —dijo Horn.

—¿Ah sí? —dijo Polly, encendiendo un cigarrillo.

—Sí. No lloraste. No hiciste nada.

—No está tan mal, sabes —dijo Polly—. Una vez que uno lo conoce. Hasta puedo... tenerlo en brazos. Es caliente y llora y hasta necesita los pañales triangulares—aquí se rió. Pero Horn notó un temblor nervioso en la risa—. No, no llore, Pete, porque es mi hijo. O lo será. No ha muerto, gracias a Dios. Todavía... no sé cómo explicarlo... no ha nacido. Me gusta pensar que todavía no ha nacido. Estamos aguardando a que aparezca. Tengo esperanzas en el doctor Wolcott. ¿Tú no?

—Tienes razón. Tienes razón. —Horn se inclinó y le tocó la mano—. ¿Sabes una cosa? Eres un tesoro.

—Puedo resistir —dijo Polly, allí sentada y mirando cómo el campo verde se balanceaba debajo—. Mientras sepa que ocurrirá algo bueno, no me dejaré impresionar o afligir. Esperaré seis meses y entonces quizá me suicide.

—¡Polly!

Polly lo miró como si Horn acabara de llegar.

—Pete, lo siento. Pero estas cosas no pasan. Una vez que terminen y el nene haya nacido por fin, me lo olvidaré tan rápido como si nunca hubiese ocurrido. Pero si el médico no puede ayudarnos, mi cabeza no podrá aceptarlo, la cabeza sólo puede decirle al cuerpo que se suba el tejado y salte.

—Todo saldrá bien —dijo Horn asiéndose al volante—. Tiene que salir bien.

Polly no dijo nada, pero dejó que el cigarrillo se le consumiera fuera de la boca, bajo el impacto del viento de la hélice.

Pasaron tres semanas. Todos los días volaban al Instituto para visitar a «Py». Porque éste fue el tranquilo, calmoso nombre que Polly le dio a la pirámide azul tendida en la cálida mesa de dormir y que parpadeaba al verlos. El doctor Wolcott tuvo cuidado en señalar que los hábitos del «niño» eran tan normales como los de cualquiera; las mismas horas de sueño, las mismas horas despierto, la misma atención, el mismo aburrimiento, la misma comida, la misma eliminación. Polly Horn escuchaba, la cara se le suavizaba, y se le iluminaban los ojos.

Al final de la tercera semana, el doctor Wolcott dijo:

—¿Se sienten en condiciones de llevárselo ahora a casa? Ustedes viven en el campo, ¿no es cierto? Muy bien, tienen un patio cerrado, pueden sacarlo allí al sol, llegado el momento. Necesita cariño materno. Algo trillado, pero es verdad. Habría que amamantarlo. Ha sido alimentado aquí por primera vez por la nueva máquina: voz arrulladora, calor, manos y todo —la voz del doctor Wolcott era seca—. Pero creo que ahora están lo bastante familiarizados como para saber que es un chico muy sanito. ¿Se anima, señora Horn?

—Sí, me animo.

—Bueno. Tráiganlo cada tres días para la revisión. Esta es la fórmula del niño. Estamos trabajando ahora en varias soluciones, señora Horn. A fin de año tendremos algún resultado para usted. No quiero decir nada definido, pero tengo razones para creer que sacaremos al chico de la cuarta dimensión, como a un conejo de un sombrero de copa.

El doctor se quedó bastante sorprendido y agradado cuando Polly lo besó varias veces.

Peter Horn manejaba el helicóptero en dirección a la casa, sobre los verdes, suaves y ondulados prados de Griffith. De vez en cuando miraba a la pirámide en brazos de Polly. Ella la arrullaba y la pirámide respondía aproximándose de la misma manera.

—Me pregunto... —dijo Polly.

—¿Qué?

—¿Qué le pareceremos? —dijo Polly.

—Se lo pregunté a Wolcott. Dice que probablemente nosotros también le parecemos cómicos. Él está en una dimensión, nosotros en otra.

—¿Quieres decir que no le parecemos hombre y mujer?

—Como podríamos vernos nosotros, no. Pero recuerda que el nene no sabe nada de hombres y mujeres. Para el nene, cualquiera que sea nuestra forma, somos naturales. Está acostumbrado a vernos como cubos, cuadrados o pirámides, porque nos ve desde su propia dimensión.

No ha tenido otra experiencia, ni otra norma con que comparar lo que ve. Nosotros somos su norma. Además, el nene nos parece raro porque lo comparamos con las formas y tamaños de costumbre.

—Sí, comprendo, comprendo.

El nene tenía conciencia del movimiento. Un Cubo Blanco lo sostenía en sus cálidos apéndices. Había otro Cubo Blanco sentado más lejos, dentro de una figura oblonga color púrpura. La figura oblonga se movía en el aire sobre una vasta y brillante llanura de pirámides, hexágonos, figuras oblongas, pilares, burbujas y cubos multicolores.

Un Cubo Blanco emitió un silbido. El otro Cubo Blanco contestó con otro silbido. El Cubo Blanco que lo sostenía se desplazó. El nene observó a los dos Cubos Blancos y el mundo fugitivo de la burbuja viajera.

El nene sintió... sueño. Cerró los ojos, acomodó su infancia piramidal en el regazo del Cubo Blanco y produjo unos débiles ruiditos...

—Está dormido —dijo Polly Horn.

Llegó el verano, Peter Horn andaba ocupado con sus negocios de importación-exportación. Pero no estaba nunca fuera de casa por la noche. Polly se sentía muy bien durante el día, pero a la noche, cuando tenía que quedarse sola con el niño, empezaba a fumar demasiado, y una vez Horn la encontró desvanecida en el escritorio, con una botella de jerez vacía en la mesa vecina. Desde entonces, Horn misino se ocupaba del niño por las noches. Cuando lloraba, el niño producía un extraño silbido, como si fuese un animal de la selva, perdido, que se quejaba. No era el sonido propio de un nene.

Peter Horn había aislado el cuarto del niño, con paneles a prueba de ruidos.

—¿Así que su mujer no quiere oír llorar al nene? —preguntó el obrero.

—Sí —dijo Peter Horn—. No quiere oírlo.

Tenían pocas visitas. Temían que alguien pudiera tropezar con Py, el pequeño Py, la dulce y querida pirámide.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó un visitante una noche, mientras bebía un cóctel—. Suena como una especie de pájaro. Usted no me dijo que tenía una pajarera, Peter.

—Ah, sí —dijo Horn, cerrando la puerta de la habitación del niño—. Sírvase otra copa. Bebamos todos.

Era como tener un perro o un gato en la casa. Por lo menos así lo consideraba

Polly. Peter Horn la examinaba y observaba exactamente cómo le hablaba y mimaba al pequeño Py. Era Py por aquí Py por allá, pero como con cierta reserva, y a veces Polly echaba una mirada por el cuarto y se tocaba a sí misma y anudaba las manos y parecía perdida y temerosa, como si estuviera esperando que llegara alguien.

En setiembre Polly informó a su marido:

—Sabe decir papá. Sí, sabe. ¡Anda, Py, di papá!

Sostenía de pie la cálida pirámide azul.

—¡Quiujú! —silbó la pequeña y cálida pirámide azul.

—Otra vez —repitió Polly.

—¡Quiujú! —silbó la pirámide.

—¡Basta, por amor de Dios! —dijo Peter Horn. Le quitó el niño y lo llevó a su cuarto donde silbó una y otra vez ese nombre, ese nombre, ese nombre. Horn salió y se sirvió un trago fuerte. Polly se reía despacito.

—¿No es terrible? —dijo—. Hasta su voz está en la cuarta dimensión. ¿No será lindo cuando aprenda a hablar, más adelante? Le daremos el monólogo de Hamlet para que lo aprenda de memoria y lo dirá; ¡pero saldrá como algo de James Joyce! ¿No es cierto que tenemos suerte? Dame un trago.

—Ya has bebido bastante —dijo Horn.

—Gracias, me serviré yo misma —dijo Polly.

Octubre y luego noviembre. Ahora Py estaba aprendiendo a hablar. Silbaba y chillaba y emitía un sonido de campanilla cuando tenía hambre. El doctor Wolcott los visitó.

—Cuando el color es de un permanente azul brillante —dijo el médico—, quiere decir que está sano. Cuando el color se pone pálido, triston, él chico se siente mal. Recuérdenlo.

—Ah, sí, lo recordaré —dijo Polly—. Azul de huevo de petirrojo cuando está sano, cobalto triste cuando está enfermo.

—Señora —dijo Wolcott—. Es oportuno que se tome un par de estas píldoras y venga a verme mañana para charlar un rato. No me gusta esa manera de hablar. Saque la lengua. Ajá. ¿Ha estado bebiendo? Mire las manchas que tiene en los dedos. Baje los cigarrillos a la mitad. La veo mañana.

—Usted no me anima mucho —dijo Polly—. Ya ha pasado, casi un año.

—Querida señora Horn, no quiero excitarla continuamente. Cuando hayamos puesto a punto el sistema, se lo haré saber. Estamos trabajando todo el tiempo. Pronto haremos un ensayo. Tome ahora las píldoras y cierre esa linda boca —le hizo cosquillas a Py debajo de la «barbilla»—. ¡Lindo nene sanito, diablos! ¡Unos diez kilos!

El nene tenía conciencia de las idas y venidas de los dos lindos Cubos Blancos que lo acompañaban siempre mientras estaba despierto. Había otro cubo, gris, que los visitaba ciertos días. Pero la mayor parte del tiempo estaban los dos Cubos Blancos

que lo querían y lo cuidaban. Miró al cálido Cubo Blanco más redondo, más suave, y emitió el bajo, suave gorjeo de contentamiento. El Cubo Blanco lo alimentaba. El nene estaba contento. Crecía. Todo era familiar y bueno. Llegó el Año Nuevo, el año 1989. Los cohetes del espacio relampaguearon en el cielo, los helicópteros giraron y agitaron los vientos cálidos de California.

Peter Horn llevó a la casa, en secreto, grandes planchas de vidrio colado y polarizado, azul y gris. A través de esas planchas observaba a su «hijo». Nada. La pirámide seguía siendo una pirámide, ya la mirara con rayos X o a través de un celofán amarillo. La barrera era infranqueable. Horn volvió silenciosamente a la bebida.

El incidente ocurrió a principios de febrero. Al llegar en el helicóptero, Horn se quedó espantado viendo una multitud de vecinos reunidos en el jardín de la casa. Algunos estaban sentados, otros de pie, otros circulaban con una expresión aterrada en las caras.

Polly hacía caminar al «niño» por el patio.

Estaba absolutamente borracha. Llevaba a la pequeña pirámide azul de la mano y la hacía caminar de una punta a la otra. No vio aterrizar al helicóptero, ni prestó atención a Horn, que se acercó corriendo.

Uno de los vecinos se volvió.

—Oh, señor Horn, es muy bonito. ¿Dónde lo encontró? Otro exclamó:

—Oiga, usted es todo un viajero, Horn, ¿lo trajo de América del Sur?

Polly sostuvo a la pirámide.

—¡Di papá! —exclamó, tratando de que la pirámide mirara a Horn.

—¡Juii! —exclamó la pirámide.

—¡Polly! —dijo Peter Horn.

—Es cariñoso como un perro o un gato —dijo Polly paseando al niño—. Oh, no, no es peligroso. Es cariñoso como un nene. Mi marido lo trajo de Afganistán.

Los vecinos empezaron a retroceder.

—¡Vengan! —Polly les hacía señas—. ¿No quieren ver a mi nene? ¿No es lindísimo?

Peter le dio una bofetada.

—Mi nene —decía Polly sin parar.

Peter la abofeteó de nuevo y Polly calló y se desvaneció. Peter la sostuvo y la llevó a la casa. Luego salió y tomó a Py, y se sentó y telefoneó al Instituto.

—Doctor Wolcott, habla Horn. Conviene que tenga todo preparado. Esta noche o nunca.

Hubo una vacilación. Al fin Wolcott suspiró.

—Está bien. Traiga a su mujer y al niño. Trataremos de tener todo preparado.

Colgaron.

Horn se quedó allí sentado estudiando la pirámide.

—Los vecinos lo encontraron formidable—decía Polly, tendida en el diván, los ojos

cerrados, los labios temblorosos.

El pasillo del Instituto olía a limpio. El doctor Wolcott lo recorrió seguido por Peter Horn y su mujer, Polly, que tenía a Py en brazos. Llegaron a una puerta y entraron en una amplia habitación. En el centro de la habitación había dos mesas y dos grandes campanas suspendidas encima.

Detrás de las mesas había máquinas con perillas y palancas. En la habitación se oía un zumbido apenas perceptible. Peter Horn miró a Polly un momento.

Wolcott le dio a Polly un vaso con un líquido.

—Beba esto —Polly lo bebió—. Ahora siéntense.

Los dos se sentaron. El doctor juntó las manos y los miró un momento.

—Quiero contarles lo que he estado haciendo estos últimos meses —dijo—. He tratado de sacar al nene de esa condenada dimensión, cuarta, quinta, sexta, o lo que sea. Cada vez que ustedes dejaban al nene, nos ocupábamos del problema. Hemos encontrado la solución, pero no se trata para nada de sacar al nene de la dimensión en que está ahora.

Polly se hundió en el asiento. Horn miró simplemente al médico atendiendo a todo lo que podía decir. Wolcott se inclinó hacia adelante.

—No puedo sacar a Py, pero puedo meterlos a ustedes. Esa es la cosa.

Wolcott extendió las manos. Horn miró la máquina que estaba en el rincón.

—¿Quiere decir que puede mandarnos a la dimensión de Py?

—Si están dispuestos a pasar un mal trago.

Polly no dijo nada. Sostenía muy tranquila a Py y lo miraba.

El doctor Wolcott explicó.

—Conocemos la serie de malfuncionamientos mecánicos y eléctricos que llevaron a Py a su estado actual. Podemos reproducir esos accidentes y tensiones. Pero traerlo de vuelta es otra cosa. Quizá sea necesario un millón de pruebas y fracasos antes de conseguir la combinación. La combinación que lo proyectó en otro espacio fue un accidente, pero afortunadamente lo vimos, lo observamos y lo registramos. Nunca se trajo a nadie de vuelta. Tenemos que trabajar en la obscuridad. Por lo tanto, sería más fácil mandarlos a ustedes a la cuarta dimensión que traer a Py a la nuestra.

Polly preguntó simple y ansiosamente:

—¿Veré a mi nene como es de veras, si entro en esa dimensión?

Wolcott asintió.

Polly dijo:

—Entonces, quiero ir.

—Espera —dijo Peter Horn—. Hace sólo cinco minutos que llegamos aquí y ya estás comprometiendo el resto de tu vida.

—Estaré con mi verdadero nene. No me importa.

—Doctor Wolcott, ¿cómo será esa dimensión?

—No notarán ningún cambio. Los dos se verán con la misma forma y el mismo

tamaño. Pero la pirámide se convertirá en un nene. Ustedes tendrán entonces un sentido extraordinario, podrán interpretar lo que ven de otra manera.

—¿Pero no nos convertiremos en pirámides o formas oblongas? ¿Y usted, doctor, parecerá una forma geométrica en lugar de un ser humano?

—¿Acaso un ciego que ve por primera vez pierde la capacidad de oír o gustar?

—No.

—Muy bien. Entonces no piensen más en términos de sustracción. Piensen en términos de adición. Ustedes ganan algo. No pierden nada. Saben cómo es un ser humano, ventaja que Py no tiene porque mira desde su propia dimensión. Cuando lleguen «allá», podrán ver al doctor Wolcott como ambas cosas: una forma geométrica abstracta o un ser humano, eso depende de ustedes. Probablemente se convertirán en filósofos. Pero hay otra cosa.

—¿Qué?

—Para todos los demás en el mundo, usted, su mujer y su hijo tendrán el aspecto de formas abstractas. El nene es un triángulo. Su mujer quizá una forma oblonga. Usted un sólido hexagonal. Será el mundo el que se impresionará, no ustedes.

—¿Seremos monstruos?

—Serán monstruos. Pero no lo sabrán. Tendrán que llevar una vida reclusa.

—Hasta que usted encuentre una manera de sacarnos a los tres...

—Así es. Pueden pasar diez, veinte años. No se los recomendaría, los dos pueden volverse locos sintiéndose así, separados, diferentes. Si hay en ustedes un atisbo de paranoia, se manifestará. Ustedes son los que deciden, por supuesto.

Peter Horn miró a Polly, y ella lo miró a su vez gravemente.

—Iremos —dijo Peter Horn.

—¿A la dimensión de Py? —dijo Wolcott.

—A la dimensión de Py.

Se levantaron de las sillas.

—¿Está seguro, doctor, de que no perderemos ningún otro sentido? ¿Podrá usted entendernos cuando le hablemos? El habla de Py es incomprensible.

—Py habla así porque así le llega lo que decimos a través de esas dimensiones. Py imita el sonido. Cuando ustedes estén allí y me hablen, hablarán perfecto inglés, porque saben cómo. Las dimensiones tienen que ver con los sentidos, el tiempo y el conocimiento.

—¿Y qué pasará con Py, cuando lleguemos a esos estratos de existencia? ¿Nos verá enseguida como humanos y recibirá un golpe? ¿No será peligroso?

—Es tan pequeño. Las cosas todavía no están para él demasiado establecidas. Tendrá una pequeña impresión, pero los olores de ustedes serán los mismos, y las voces tendrán el mismo timbre y altura y ustedes serán igualmente cordiales y afectuosos, que es lo más importante de todo. Se entenderán muy bien con él.

Horn se rascó la cabeza lentamente.

—Parece una vuelta tan larga para llegar a donde queremos ir —suspiró—.

Quisiera poder tener otro chico y olvidar del todo a Py.

—Este nene es el que cuenta. Me atrevería a decir que Polly no quiere ningún otro, ¿no es cierto, Polly?

—Este nene, este nene —decía Polly.

Wolcott echó a Peter Horn una mirada intencionada. Horn la interpretó correctamente. Este nene o no había más Polly. Este nene o Polly se pasaría el resto de la vida en una habitación tranquila, contemplando el vacío.

Avanzaron juntos hacia la máquina.

—Supongo que lo puedo soportar, si ella puede —dijo Horn, tomándola de la mano—. Ya hace muchos años que trabajo duro y parejo, quizá sea divertido retirarme y convertirme en una abstracción, para cambiar.

—Les envidio el viaje, para decir verdad —dijo Wolcott, ajustando la vasta máquina oscura—. No les oculto que como resultado de haber ido «allá», muy bien pueden escribir un tomo de filosofía que les moverá el piso a Dewey, Bergson, Hegel o cualquiera de los otros. Quizá «vaya» a visitarlos un día.

—Será bienvenido. ¿Qué necesitamos para el viaje?

—Nada. Sólo acostarse en esas mesas y quedarse quietos.

Un zumbido llenó la habitación. Un sonido de potencia y energía y calor.

Tendidos sobre las mesas, teniéndose de las manos, estaban Polly y Peter Horn. Una doble campana negra bajó sobre ellos. Los dos quedaron a oscuras. Desde algún punto lejano del hospital un reloj parlante daba la hora: «Tictac, las siete, tictac, las siete», y la voz se desvanecía en una dulce canción.

El zumbido bajo se hizo más fuerte. La energía oculta, cambiante, comprimida, vibraba en la máquina.

—¿Hay algún peligro? —gritó Peter Horn.

—¡Ninguno!

La energía chillaba. Los átomos mismos de la habitación se dividieron unos contra otros, en campos extranjeros y enemigos. Horn abrió la boca para gritar. El interior se le volvió piramidal, oblongo, en medio de terribles influencias eléctricas. Sintió una energía que empujaba, succionaba, exigía, aferrándose al cuerpo. La energía gemía, se escondía y sufría en la habitación. Las dimensiones de la campana negra se le estiraban sobre el torso, empujándole en planos salvajes de incompreensión. El sudor que le brotaba de la cara no era sudor sino una pura esencia dimensional. Sentía los miembros dislocados, descuartizados, golpeados, súbitamente presos. Empezó a derretirse como cera fundida.

Un sonido de golpeteo, de deslizamiento.

Horn pensó rápidamente pero con calma. ¿Cómo será en adelante, Polly, yo y Py en casa, y la gente que viene a una fiesta? ¿Cómo será?

De pronto supo cómo sería y la idea lo llenó de pavor y de un sentimiento de fe crédula y de tiempo. Vivirían en la misma casa blanca sobre la misma tranquila y verde colina, con un seto alto todo alrededor para defenderlos de los curiosos. Y el

doctor Wolcott iría a visitarlos, dejaría el vehículo en el patio interior, subiría las escaleras, y en la puerta lo recibiría un alto y delgado Rectángulo Blanco con un martini seco en la mano serpentina.

Y en una reposera, en medio de la habitación, estaría sentado un Oblongo Blanco Sal con un libro de Nietzsche abierto, leyéndolo y fumando en pipa. Y en el suelo andaría dando vueltas Py. Y conversarían y llegarían otros amigos y el Oblongo Blanco y el Rectángulo Blanco se reirían y bromearían y ofrecerían pequeños sandwiches y más bebidas y pasarían una buena noche de risas y charla.

Sería así.

Clic.

El zumbido se detuvo.

La campana se levantó sobre Horn.

Todo había terminado.

Estaban en otra dimensión.

Oyó gritar a Polly. Había mucha luz. Horn se deslizó de la mesa, y se quedó pestañeando. Polly corría; se detuvo y levantó algo del suelo.

Era el hijo de Peter Horn. En los brazos de Polly, un niño de cara rosada y ojos azules boqueaba, pestañeaba y gimoteaba.

La forma piramidal había desaparecido. Polly lloraba de felicidad.

Peter Horn atravesó la habitación, temblando, tratando de sonreír él también, de sostener a Polly y al niño, ambos al mismo tiempo, y de llorar con ellos.

—¡Bueno! —dijo Wolcott, retrocediendo. Durante un rato no se movió. No hacía más que observar al Oblongo Blanco y al delgado Rectángulo Blanco que sostenía a la Pirámide Azul en el extremo opuesto de la habitación. Un ayudante entró por la puerta.

—Shhh —dijo Wolcott, la mano sobre los labios—. Querrán estar solos un rato. Venga.

Tomó del brazo al ayudante y cruzaron en puntas de pie la habitación. La puerta se cerró y el Rectángulo Blanco y el Oblongo Blanco ni siquiera miraron.

Las mujeres

ERA COMO SI UNA LUZ entrara en una habitación verde.

El océano ardía. Una fosforescencia blanca se agitaba como una bocanada de vapor en la mañana del mar otoñal, subiendo. De la garganta de algún oculto abismo del mar subieron burbujas.

Como una luz en el invertido cielo verde del mar, la criatura despertaba, animándose. Era vieja y hermosa. Llegaba de las profundidades, indolente. Una caracola, una gavilla, una burbuja, un resplandor, un murmullo, un arroyo. Suspendidas en las profundidades abisales había ramas de coral escarchado, como cerebros, pepitas como ojos de algas amarillas, hierbas sueltas como cabellos. Crecida con las mareas, crecida con las edades, juntada y atesorada y acumulada en identidades de sí misma y polvo antiguo, tinta de calamar y todas las bagatelas del mar.

Y ahora tenía conciencia.

Era una resplandeciente inteligencia verde, respirando en el mar otoñal. No tenía ojos pero veía, no tenía oídos pero oía, no tenía cuerpo pero sentía. Era del mar. Y por ser del mar era femenina.

No se parecía nada a un hombre o a una mujer. Pero tenía maneras de mujer: sedosas, astutas, escondidas maneras. Se movía con una gracia de mujer. Tenía todas las cosas malas de las mujeres vanas.

Aguas oscuras pasaban a lo largo y a través y se mezclaban con extraños recuerdos en su camino a las corrientes del golfo. En el agua había gorros de carnaval, cornetas, serpentinas, confeti; pasaban a través de esa floreciente masa de largo pelo verde como el viento a través de un árbol viejo. Peladuras de naranja, manteles, papeles, cáscaras de huevo y restos quemados de hogueras nocturnas en las playas: toda la resaca de gentes altas y descarnadas, a la espera en las arenas solitarias de las islas continentales, gentes de ciudades de ladrillo, gentes que chillaban en demonios de metal por carreteras de cemento, y desaparecían.

Se levantó suavemente, rielando, espumosa, en el aire frío de la mañana. Había pasado mucho tiempo creciendo en la oscuridad, y ahora se dejaba llevar por la marejada.

Vio la orilla.

El hombre estaba allí.

Era moreno, fuerte de piernas y corpulento.

Hubiera debido ir todos los días al agua, a bañarse, a nadar, Pero nunca se había movido. Había una mujer en la arena con él, una mujer con traje de baño negro, tendida a su lado charlando tranquilamente, riendo. A veces se tomaban de las manos, a veces escuchaban una maquina sonora que sintonizaban y de la que salía música.

La fosforescencia se quedó tranquilamente suspendida en las olas. Era el fin de la temporada. Todo estaba cerrándose.

Cualquier día el hombre podía irse y no volver más.

Hoy debía entrar en el agua.

Estaban tendidos en la arena, sintiendo el calor. La radio funcionaba suavemente y la mujer del traje de baño negro se agitó espasmódicamente, con los ojos cerrados.

El hombre no levantó la cabeza del musculoso brazo izquierdo, que le servía de almohada. Bebió el sol con la cara, la boca abierta, la nariz.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Un mal sueño —dijo la mujer del traje de baño negro.

—¿Sueños de día?

—¿Nunca sueñas por la tarde?

—No sueño nunca. Nunca en mi vida he tenido un sueño.

La mujer estaba tendida, los dedos crispados.

—Dios mío, un sueño horrible.

—¿Qué era?

—No sé —dijo ella, y realmente no lo sabía. Era tan malo que lo había olvidado. Ahora, con los ojos cerrados, trataba de acordarse.

—Era sobre mí —dijo él perezosamente, estirándose.

—No.

—Sí —el hombre sonreía—. Yo me había ido con otra mujer, era eso.

—No.

—Insisto. Yo me había ido con otra mujer, y tú nos descubrías. Todo un lío. A mí me pegaban un tiro o algo por el estilo.

La mujer se estremeció involuntariamente.

—No hables así.

—Vamos a ver. ¿Con qué clase de mujer estaba? Los caballeros las prefieren rubias, ¿no es así?

—Por favor, no bromees. No me siento bien.

El hombre abrió los ojos.

—¿Te ha afectado tanto?

Ella asintió.

—Cuando sueño así de día, me deprime terriblemente.

—Lo lamento —el hombre le tomó la mano—. ¿Puedo traerte algo?

—No.

—¿Un helado de crema? ¿De chocolate? ¿Un refresco?

—Eres un encanto, pero no. Se me pasará. Es que los últimos cuatro días no me he sentido bien. No como a comienzos del verano. Algo ha pasado.

—No entre nosotros.

—Oh, no, claro que no —dijo ella rápidamente—. ¿Pero no sientes que a veces los lugares cambian? Incluso algo como el muelle cambia y los tiovivos y todo eso.

Hasta las salchichas tienen otro gusto esta semana.

—¿Qué quieres decir?

—Tienen gusto a viejo. Es difícil de explicar, pero he perdido el apetito y desearía que estas vacaciones hubieran terminado. Lo que más quisiera es volver a casa.

—Mañana es el último día. Ya sabes cuánto significa para mí esta semana extra.

—Trataré. Si este lugar no estuviera tan raro y cambiado. No sé. Pero de pronto siento que quisiera levantarme y correr.

—¿Por el sueño? De pronto yo y mi rubia muertos.

—No. ¡No hables así de morir! —La mujer estaba tendida muy cerca—. Si por lo menos supiera qué fue.

—Vamos —el hombre la acarició—. Yo te protegeré.

—No soy yo, eres tú —le murmuró ella al oído—. Tuve la impresión de que estabas cansado de mí y te ibas.

—No lo haría. Te quiero.

—Soy una tonta —ella trató de reírse—. Dios mío, qué tonta soy.

Se quedaron quietos, el sol y el cielo sobre ellos como una tapa.

—Sabes —dijo él, pensativo—, yo también tuve un poco la misma impresión de que hablas. Este lugar ha cambiado. Hay algo diferente.

—Me alegra que tú también lo hayas sentido.

El hombre sacudió la cabeza, soñoliento, sonriendo suavemente, cerrando los ojos, bebiendo el sol.

—Los dos locos. Los dos locos —murmuró—. Los dos.

El mar llegó a la orilla tres veces, suavemente.

Avanzaba la tarde. El sol daba al cielo un golpe de soslayo. Los yates se bamboleaban blancos de calor y resolana en las olas del puerto. Olores de carne frita y cebolla dorada llenaban el aire. La arena susurraba y se movía como una imagen en un vasto espejo derretido.

La radio portátil murmuraba discretamente. El hombre y la mujer parecían flechas oscuras sobre la arena blanca. No se movían. Sólo los párpados les temblaban, conscientes, sólo los oídos estaban alertas. Una y otra vez las lenguas se les deslizaban por los labios calcinados. Furtivas gotitas de humedad les aparecían en la frente, y el sol las hacía desaparecer.

El hombre alzó la cabeza, ciego, atento al calor.

La radio suspiraba.

Apoyó la cabeza un minuto.

La mujer lo sintió levantarse de nuevo. Abrió un ojo y lo vio descansando en un codo y mirando alrededor el muelle, el cielo, el agua, la arena.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada —dijo él, tendiéndose de nuevo.

—Algo pasa.

—Me pareció oír algo.

—La radio.

—No, no en la radio. Otra cosa.

—La radio de otro.

El hombre no contestó. La mujer sintió que el brazo de él se ponía tenso y se aflojaba, se ponía tenso y se aflojaba.

—Diablos —dijo el hombre—. Ahí está de nuevo.

Los dos se quedaron escuchando.

—No oigo nada...

—¡Shhh! —hizo él—. Por el amor de Dios...

En la orilla rompían las olas, espejos silenciosos, montones de vidrio fundido, susurrante.

—Alguien está cantando.

—¿Qué?

—Juraría que había alguien cantando.

—Tonterías.

—No, escucha.

Así estuvieron un rato.

—No oigo nada —dijo ella, poniéndose muy fría.

El hombre estaba de pie. No había nada en el cielo, nada en el muelle, nada en la arena, nada en los puestos de salchichas. El silencio crecía y el viento silbaba en los oídos, un viento que se peinaba en la luz, soplándoles el vello de los brazos y las piernas.

El hombre dio un paso hacia el mar.

—¡No! —dijo ella.

El hombre la miró de un modo raro, como si ella no estuviera. Siguió escuchando.

La mujer se volvió hacia la radio portátil y la puso a todo volumen. El sonido estalló en palabras, ritmo y melodía:

—*Encontré una nena de un millón de dólares...*

El hombre puso cara de enojo y levantó bruscamente una mano abierta.

—Apágala.

—¡No, me gusta! —dijo ella. Aumentó el volumen. Hizo chasquear los dedos, meciendo vagamente el cuerpo, tratando de sonreír.

Eran las dos.

El sol evaporaba las aguas. El antiguo muelle se dilataba en el calor con un fuerte gruñido. Los pájaros se sostenían en el cielo caliente, incapaces de moverse. El sol golpeaba en los verdes licores que borboteaban alrededor del muelle; golpeaba, apresaba y bruñía una perezosa blancura que flotaba en las olitas de la orilla.

La blanca espuma, la rama de coral escarchado, la pepita de alga bronceada, el polvo de la marea descansaban en el agua, esparciéndose.

El hombre moreno seguía tendido en la arena, junto a la mujer del traje de baño negro.

La música se levantaba como bruma del agua. Era una música susurrante de ondas profundas y años pasados, de sal y viajes, de rarezas aceptadas y familiares. La música sonaba como el agua en la orilla, la lluvia que cae, el movimiento de unos miembros suaves en los abismos. Era una voz perdida en el tiempo, cantando en una honda caracola. El silbido y el suspiro de las mareas en las bodegas abandonadas de barcos de tesoros. El sonido del viento en un cráneo vacío, sobre la arena calcinada.

Pero la radio sobre la manta, en la playa, sonaba más alto.

La fosforescencia, liviana como una mujer, se hundía, cansada, ocultándose. Sólo unas pocas horas más. Podían irse en cualquier momento. Si por lo menos él viniera, un instante, sólo un instante. La bruma se agitó silenciosa en el agua, muy abajo, sintiendo aún la presencia de la cara y el cuerpo del hombre. Sintiendo al hombre apresado, sujeto, mientras se hundían diez brazas, por un canal que los llevaba caracoleando y girando con ademanes frenéticos a las profundidades de un golfo oculto en el mar.

El calor del cuerpo del hombre, el agua que se incendiaba con ese calor, y la rama de coral escarchado, el polvo enjoyado, la bruma salada, alimentada por el aliento cálido que le brotaba al hombre de los labios abiertos.

Las olas se llevaban los suaves y cambiantes pensamientos a las aguas bajas, tibias como el agua del baño calentado por el sol de las dos de la tarde.

No debe irse. Si se va ahora, no volverá.

Ahora. La fría rama de coral flotaba, flotaba. *Ahora.* Llamaba a través de los espacios calientes, el aire inmóvil en el comienzo de la tarde. *Ven al agua. Ahora,* decía la música. *Ahora.*

La mujer del traje de baño negro movió la perilla.

—¡Atención! —exclamó la radio—. Ahora, hoy, usted puede comprar un nuevo coche en...

—¡Cristo! —El hombre se estiró y bajó el volumen estentóreo—. ¿Es necesario que la pongas tan fuerte?

—Me gusta fuerte —dijo la mujer del traje de baño negro, mirando el mar por encima del hombro.

Las tres. El cielo era todo sol.

Transpirando, el hombre se puso de pie.

—Voy a entrar —dijo.

—¿Me traes una salchicha primero?

—¿No puedes esperar hasta que salga?

—Sé bueno. —La mujer hizo unos pucheritos—. Ahora.

—¿Con todo?

—Sí, y trae tres.

—¿Tres? ¡Dios, qué apetito!

El hombre corrió al pequeño café.

La mujer esperó a que se hubiera ido. Entonces apagó la radio. Se quedó escuchando un largo rato. No oyó nada. Miró el agua hasta que los destellos y reflejos le perforaron los ojos como agujas.

El mar se había tranquilizado. Había sólo una leve, lejana y fina red de olitas que devolvían el sol infinitamente repetido. La mujer miró de soslayo el mar, una y otra vez, con mala cara.

El hombre volvió saltando.

—Maldita sea, qué caliente está la arena, ¡me quema los pies! —Se echó en la manta—. ¡Cómelas!

Ella tomó las tres salchichas y comió una lentamente. Cuando hubo terminado, le tendió al hombre las otras dos.

—Toma, termínalas. Como con los ojos más que con la boca.

El hombre se tragó las salchichas en silencio.

—La próxima vez —dijo al terminar—, no pidas más de las que vas a comer. ¡Qué desperdicio!

—Toma —dijo ella, destapando un termo—, tendrás sed. Termina la limonada.

—Gracias. —El hombre bebió. Luego se limpió las manos una con otra y dijo—: Bueno, ahora me voy a dar una zambullida.

Miró ansiosamente el mar brillante.

—Sólo una cosa más —dijo ella, recordándolo en ese momento—. ¿No me comprarías un frasco de aceite bronceador? Se me acabó.

—¿No te queda un poco en el saco?

—Lo he gastado todo.

—Preferiría que me lo hubieses dicho cuando fui a comprar las salchichas. Pero está bien. El hombre corrió, dando saltos.

Cuando el hombre se fue, la mujer sacó el frasco de bronceador, medio lleno, destornilló la tapa, vertió el líquido en la arena, y lo cubrió subrepticamente, mirando el mar y sonriendo. Entonces se levantó y fue a la orilla del mar y miró, buscando las insignificantes, innumerables olitas.

No lo tendrás, pensó. Quien quiera que seas, o lo que seas, es mío y no lo tendrás. No sé qué está pasando; no sé nada, de veras. Todo lo que sé es que esta noche a las siete nos vamos en un tren. Y que no estaremos aquí mañana. De modo que te puedes quedar esperando, océano, mar, o lo que diablos seas.

Por mucho que hagas, no puedes competir conmigo, pensó. Recogió una piedra y la arrojó al mar.

—¡Ahí tienes! —gritó.

El hombre estaba a su lado.

La mujer retrocedió de un salto.

—¡Eh! ¿Qué pasa? ¿Qué haces aquí, murmurando?

—¿Ah sí? —Ella parecía sorprendida de sí misma.

—¿Dónde está el aceite bronceador? ¿Me lo pones en la espalda?

El hombre vertió un amarillo hilo de aceite y le masajeó la espalda dorada. La mujer miraba el agua de vez en cuando, los ojos solapados, haciéndole gestos como si dijera: «¡Mira! ¿Ves? ¡Ajá!». Ronroneó como un gatito.

—Ya está.

El hombre le dio el frasco.

Estaba ya metido hasta la mitad en el agua cuando ella le gritó:

—¡A dónde vas! ¡Ven aquí!

El hombre se volvió como si no la conociera.

—Por el amor de Dios, ¿qué pasa?

—¡Acabas de comer las salchichas con limonada, no puedes meterte ahora en el mar, te darán calambres!

El hombre se burló:

—Cuentos de viejas.

—Da lo mismo, vuelve a la arena y espera una hora, ¿me oyes? No quiero que tengas un calambre y te ahogues.

—Ah —dijo el hombre, fastidiado.

—Ven.

La mujer se volvió y él la siguió, mirando el mar por encima del hombro.

Las tres. Las cuatro.

El cambio llegó a las cuatro y diez. Tendida en la arena, la mujer del traje de baño negro lo vio venir y se tranquilizó. Las nubes había estado agrupándose desde las tres. Ahora, en una súbita acometida, la niebla venía de la bahía. Donde había hecho calor, ahora estaba frío. Un viento sopló no se sabía de dónde. Aparecieron unas nubes más oscuras.

—Va a llover —dijo ella.

—Pareces encantada —observó el hombre, sentándose de brazos cruzados—. Quizá sea nuestro último día y pareces encantada porque se está nublando.

—Los pronósticos dicen que habrá chaparrones esta noche y mañana. Quizá sea una buena idea irse esta noche.

—Nos quedaremos, por si aclara. Quiero nadar un día más, de todos modos. Hoy aún no me metí en el agua.

—Nos hemos divertido tanto charlando y comiendo, que el tiempo pasa.

—Sí —dijo él, mirándose las manos.

La niebla se agitaba sobre la arena en bandas suaves.

—Ahí está —dijo la mujer—. ¡Me cayó una gota en la nariz!

Se rió ridículamente. Tenía los ojos brillantes y jóvenes otra vez. Parecía casi

triunfante.

—Linda lluvia.

—¿Por qué estás tan encantada? Eres un bicho raro.

—Que llueva, que llueva —dijo ella—. Bueno, ayúdame a doblar estas mantas. ¡Es mejor que nos demos prisa!

El hombre recogió la mantas lentamente, preocupado.

—Ni siquiera he podido nadar por última vez. Me dan ganas de pegarme una zambullida. —Le sonrió—. ¡Un minuto nada más!

—No. —La cara de la mujer palideció—. ¡Tomarás frío y después tendré que cuidarte!

—Está bien, está bien.

El hombre se apartó del mar. Empezó a caer una lluvia fina. La mujer iba adelante, rumbo al hotel, cantando entre dientes.

—¡Espera! —dijo el hombre.

La mujer se detuvo. No se volvió. Sólo escuchó la voz del hombre, muy lejos.

—¡Hay alguien en el agua ahogándose!

Ella no se podía mover. Oyó los pies del hombre que corrían.

—¡Espérame aquí! —gritó él—. ¡Volveré enseguida! ¡Hay alguien allí! ¡Me parece que es una mujer!

—¡Deja que los bañeros la saquen!

—¡No hay ninguno! ¡Terminaron la guardia, es tarde!

Corrió a la orilla, al mar, a las olas.

—¡Vuelve! —chilló ella—. ¡No hay nadie! ¡No, oh!

—¡No te preocupes, volveré enseguida! Se está ahogando allí, ¿ves?

La niebla llegó, la lluvia tamborileó, una luz blanca y relampagueante se levantó sobre las olas. El hombre corrió y la mujer del traje de baño negro corrió detrás, desparramando implementos de playa, llorando, con lágrimas que le brotaban a mares de los ojos.

—¡No!

Tendió las manos.

El hombre saltó dentro de una ola oscura que embestía.

La mujer del traje de baño negro esperó bajo la lluvia.

A las seis el sol se puso en alguna parte detrás de las nubes negras. La lluvia repiqueteaba suavemente en el agua, como un tambor distante. Debajo del mar, un luminoso movimiento blanco.

La forma suave, la espuma, la hierba, las largas hebras de extraño pelo verde flotaban en el agua. En el resplandor agitado, muy abajo, estaba el hombre.

Frágil. La espuma burbujeaba y estallaba. El cerebro de coral escarchado golpeó un guijarro con un pensamiento, que se desvaneció enseguida. Hombres. Frágiles. Se rompen como muñecos. Nada, nada. Un minuto debajo del agua y se sienten mal, se

distraen, vomitan, patalean y de pronto se quedan ahí, sin hacer nada. Sin hacer absolutamente nada. Extraño. Decepcionante después de tantos días de espera.

¿Qué hacer con él ahora? Le cuelga la cabeza, se le abre la boca, los párpados están flojos, los ojos miran fijamente, la piel palidece. ¡Hombre tonto, despierta! ¡Despierta!

El mar se embraveció alrededor.

El hombre se mecía blandamente, flojo, la boca abierta.

La fosforescencia, la hierba de pelo verde se retiró.

El hombre se soltó. Una ola lo devolvió a la orilla silenciosa. A la mujer que lo estaba esperando bajo la lluvia fría.

La lluvia caía como un diluvio sobre las aguas negras.

A la distancia, bajo el cielo de plomo, desde la orilla crepuscular, una mujer gritó.

Ah —el antiguo polvo se agitaba perezosamente en el agua—. ¿No es como una mujer? ¡Ahora ella tampoco lo quiere!

A las siete la lluvia caía densa. Era de noche y hacía mucho frío y los hoteles a orillas del mar tuvieron que encender la calefacción.

El motel de la Gallina Inspirada

FUE DURANTE LA DEPRESIÓN, bien en lo hondo del alma vacía de la Depresión, en 1932, camino al Oeste en un Buick 1928, cuando mi madre, mi padre, mi hermano Skip y yo llegamos a lo que después llamamos siempre el Motel de la Gallina Inspirada.

Era, decía mi padre, un motel sacado directamente del Libro de las Revelaciones. Y la extraña gallina de aquel motel no podía menos que anunciar las Revelaciones, escritas en huevos, de la misma manera que un predicador energúmeno no puede dejar de enloquecerse con palabras sobre Dios, el Tiempo y la Eternidad que le suben retorciéndose por las piernas, buscando salida a través de la boca.

Algunas criaturas reciben dones para esto, otras para aquello. Pero las gallinas son el misterio máximo, mudo y bruto. Especialmente las gallinas que piensan o intuyen mensajes caligráficos en la cal de las cáscaras, donde duerme encogida la progenie.

Apenas sabíamos aquel largo otoño de 1932 —mientras reventábamos neumáticos y arrojábamos correas de ventilador como ligas perdidas por la carretera 66— que en algún lugar nos estaban esperando aquel motel y aquella especialísima gallina.

Iba por el camino nuestra familia como un maravilloso nido de amistoso desprecio. Mientras sosteníamos los mapas, mi hermano y yo sabíamos que éramos muchísimo más listos que papá, papá sabía que era más listo que mamá, y mamá sabía que de todos modos podía romperle la crisma a toda la banda en cualquier momento.

Eso contribuye a la perfección.

Quiero decir, una familia donde las partes se tratan con una adecuada falta de respeto, puede mantenerse unida. En cuanto existe algo por qué pelear, la gente se reúne a comer. En cuanto eso falla, la familia se desintegra.

Así saltábamos de la cama cada día, apenas capaces de esperar a la estupidez que alguno pudiera decir sobre el tocino demasiado frito y los huevos revueltos demasiado crudos. Las tostadas estaban demasiado oscuras o demasiado claras. Había mermelada para una sola persona, o era de una fruta que dos de los cuatro detestaban. Denos un juego de campanillas y tocaremos siempre la que no corresponde. Si papá proclamaba que seguía creciendo, Skip y yo sacábamos la cinta métrica para probar que se había encogido durante la noche. Así es la humanidad. Así es la naturaleza. Así es la familia.

Pero como dije, íbamos rezongando hacia Illinois, peleando sobre el cambio de hojas del otoño en las montañas Ozarks, donde nos deteníamos cada diez minutos para ver los encendidos colores. Después, pateando cacerolas y lloriqueando a través

de Kansas y Oklahoma, surcamos un lindo estercolero de un rojo profundo y nos deslizamos fuera del camino, en una curva donde cada uno de nosotros tuvo ocasión de bendecirse a sí mismo y de condenar a los demás por las zanjas, las señales mal pintadas y la falta de frenos de nuestro viejo Buick. Al salir de la zanja, nos descargamos a nuestra vez en un gran motel de a dólar la noche, el Bungalow Court, un refugio de asesinos detrás de un bosque, al borde de una cantera profunda donde nuestros cuerpos quizá aparecieran años después en el fondo de un lago perdido y sin origen, y pasamos la noche escuchando la lluvia que goteaba por el tejado como por una criba y peleando acerca de quién tenía más mantas en el lado equivocado de la cama.

El día siguiente fue todavía mejor. Salimos pitando de la lluvia para caer en un calor de cuarenta grados que nos quitó la savia y el coraje, salvo para unas cuantas bofetadas que papá destinaba a Skip pero que aterrizaron en mi cara. Hacia mediodía habíamos trasudado el despecho y estábamos pasando por un período más bien refinado aunque exhausto del insulto familiar, cuando llegamos a la granja avícola, en las afueras de Amarillo, Texas.

Instantáneamente decidimos quedarnos.

¿Por qué?

Porque descubrimos que las gallinas andan a golpes, como los miembros de una familia, para sacarse del medio.

Vimos a un viejo que le daba un puntapié a un gallo y sonreía acercándose a la portezuela del auto. Todos resplandecimos. Se inclinó para decir que alquilaba habitaciones a medio dólar por noche y que el precio era bajo porque el olor era fuerte.

Papá había perdido la tiesura y estaba hundido en un abismo de buena voluntad, y como el sitio no parecía peor que otro para rezongar, dio vuelta la gorra de chófer y dejó caer medio dólar en moneditas.

Nuestra gran expectativa no quedó defraudada. El cuarto desfalleciente al que nos trasladamos era una maravilla. No sólo todos los resortes punzaban cualquier parte del cuerpo que uno apoyara, sino que el bungalow entero sufría de frecuentes convulsiones. Los cimientos aún estaban impresionados por el millar de míseros invasores que se habían desplomado en las camas empaladoras.

Por el olor se conocía que allí habían terminado más de cuatro juergas. Había un aroma de falsa sinceridad y lujuria disfrazadas de amor. Entre las tablas del piso soplaba un viento fuertemente perfumado por las gallinas que se pasaban las noches debajo del bungalow, enfermas de diarrea por tanto picotear en el licor de la bañera que se colaba a través del linóleo pseudooriental.

De todos modos, una vez que saliendo del sol entramos allí a codazos y nos despachamos un almuerzo de cerdo frío y porotos, con margarina blanca que engrasaba la bajada, mi hermano y yo encontramos un arroyo desierto allí cerca y nos apedreamos para refrescarnos. Esa noche fuimos al pueblo, encontramos cucharas

grasientas, desciframos manchas de moscas, y luchamos con los grillos que entraban en el café para zambullirse en el caldo. En un cine de diez centavos la entrada vimos una película de gangsters con James Cagney, y después enderezamos hacia la granja avícola encantados de la farra y olvidados de la Gran Depresión.

A las once de esa calurosa noche, nadie dormía en Texas. La patrona, una endeble mujer cuyo retrato había visto yo en todos los periódicos de Dust Bowl, gastada hasta la trama pero con una especie de frágil luz de vela en el fondo de los ojos, se sentó a charlar con nosotros sobre los dieciocho millones de desocupados y lo que podía pasar después y a dónde íbamos y qué nos reservaría el año próximo.

Y fue la primera pausa fresca del día. Un viento frío soplaba del mañana. Nos pusimos inquietos. Miré a mi hermano, él miró a mamá, mamá miró a papá, y éramos una familia, a pesar de todo, y estábamos juntos esa noche, rumbo a alguna parte.

—Bueno...

Papá sacó un mapa caminero y lo desdobló y le mostró a la patrona lo que había marcado con tinta roja como si fuera el territorio de nuestras cuatro vidas, cómo viviríamos los días siguientes, cómo sobreviviríamos, cómo lo conseguiríamos, tanto para dormir, tanto para comer, y un sueño sin pesadillas, garantizado.

—Mañana —pasó el dedo manchado de nicotina por los caminos— estaremos en Tombstone. Al día siguiente en Tucson. Nos quedamos en Tucson a buscar trabajo. Tenemos dinero suficiente para dos semanas, si nos ajustamos el cinto. Si no hay trabajo, nos vamos a San Diego. Tengo allí un primo en la Inspección de Aduanas, en los muelles. Imaginemos una semana en San Diego, tres semanas en Los Ángeles. Entonces nos quedará el dinero justo para poner rumbo a Illinois, donde podemos recurrir a la asistencia pública, o, quién sabe, quizá consiga de nuevo el trabajo que tenía en la Compañía de Luz y Fuerza donde me despidieron hace seis meses.

—Ya veo —dijo la patrona.

Y veía. Porque dieciocho millones de personas habían pasado por ese camino y se habían detenido allí rumbo a alguna parte, a cualquiera, a ninguna, para volver a esa parte cualquiera, ninguna, de donde se habían ido la primera vez porque no los necesitaban.

—¿Qué clase de trabajo buscan? —preguntó la patrona.

Era un chiste. Lo supo apenas lo dijo. Papá lo pensaba y se reía. Mamá se reía. Mi hermano y yo nos reíamos. Todos nos reíamos juntos.

Porque nadie, desde luego, preguntaba por la clase de trabajo; era simplemente el trabajo que hubiera, trabajo sin nombre, trabajo para poder comprar gasolina y llenarse la barriga y quizá, llegado el caso, comprar un cucurucho de helado. ¿Cine? Había algo que ver una vez por mes, quizá. Además, mi hermano y yo rondábamos por las puertas traseras y laterales de las salas, o por el subsuelo, hasta llegar a los palcos pasando por el foso de la orquesta o la salida de incendios. Nada podía quitarnos las matinées del sábado, salvo Adolph Menjou.

Todos dejamos de reírnos. Notando que éste era el momento adecuado para un

acto particular, la patrona pidió disculpas, salió y volvió pocos minutos después. Traía dos cajitas de cartón gris, y las sostenía como si se tratara de la herencia de la familia o de las cenizas de un tío querido. Se sentó y tuvo un largo rato las dos cajitas sobre el regazo cubierto por el delantal, protegiéndolas en silencio. Esperó, con ese sentido innato del drama que tiene mucha gente cuando es preciso detener acontecimientos rápidos y pequeños para que parezcan grandes.

Y de un modo extraño, nos conmovió el silencio de la mujer, la expresión de pérdida que le asomaba a la cara. Porque era una cara en la que aparecía toda una vida de pérdida. Era una cara en que lloraban unos niños nunca nacidos. O era una cara en que los niños nacidos murieron y fueron enterrados, pero no en la tierra, sino en la carne de ella. O era una cara en que los niños, nacidos, criados, se habían ido por el mundo y nunca habían escrito. Era una cara en la que su vida y la vida de su marido y el rancho en que vivían luchaban por sobrevivir y en cierto modo lo conseguían. El soplo de Dios amenazaba con hacerle perder el juicio, pero de alguna manera, sintiendo pavor ante la propia supervivencia, el alma de la mujer estaba aún encendida.

A una cara como ésa, con tanto sentimiento de pérdida, cuando encuentra algo a que aferrarse y mirar, ¿cómo es posible no prestarle atención?

Porque ahora la señora tendía las cajas y abría la pequeña tapa de la primera.

Y dentro de la primera caja...

—Vaya —dijo Skip—, no es más que un huevo...

—Miren de cerca —dijo ella.

Y todos miramos de cerca el huevo fresco y blanco, posado en un pequeño lecho de algodón de frasco de aspirinas.

—Miren —dijo Skip.

—Oh, sí —susurré yo—, miren.

Porque en el centro del huevo, como hendido, golpeado y formado por una naturaleza misteriosa, se veían las astas y el cráneo de un ciervo.

Era delicado y bello como si un joyero hubiese trabajado en el huevo de alguna manera mágica, alzando el calcio en surcos obedientes que formarían el cráneo y los cuernos prodigiosos. Era por lo tanto un huevo que cualquier chico hubiera llevado colgado orgullosamente del cuello, o hubiese querido mostrarlo en la escuela, dejando boquiabiertos a los amigos.

—Este huevo —dijo la patrona— fue puesto, así dibujado, hace exactamente tres días.

Nuestros corazones latieron una o dos veces. Abrimos la boca para hablar.

—Es...

La señora cerró la caja. Con lo cual nosotros cerramos la boca. Respiró una vez profundamente, con los ojos entornados, y luego abrió la tapa de la segunda caja.

Skip exclamó:

—Apuesto a que sé lo que...

Las conjeturas de Skip hubieran sido correctas.

En la segunda caja, revelado ahora, había un segundo huevo grande sobre algodón.

—Aquí tienen —dijo la patrona del motel y del criadero de pollos, en medio de las tierras, debajo de aquel cielo que seguía interminablemente y caía sobre el horizonte en otras tierras que seguían interminablemente con más cielo encima.

Todos nos inclinamos hacia adelante para mirar.

Porque había en este huevo palabras escritas con un trazo de calcio blanco, como si el sistema nervioso de la gallina, movido por extrañas conversaciones nocturnas que sólo ella podía oír, hubiese estampado en la cáscara, con dificultad, una inscripción no muy clara.

Y las palabras que vimos en el huevo decían:

DESCANSA EN PAZ. LA PROSPERIDAD SE AVECINA.

Y de pronto hubo una gran calma.

Habíamos empezado a hacer preguntas sobre el primer huevo. Nuestras bocas se habían abierto para preguntar: ¿Cómo puede un pollo, en su pequeño interior, hacer marcas en la cáscara? ¿La maquinaria de reloj pulsera de la gallina sufrió la intromisión de influencias exteriores? ¿Había usado Dios ese pequeño y simple animalito como pizarrón de espiritistas, deletreando formas, contornos, reconvenciones, revelaciones?

Pero ahora, con el segundo huevo ahí delante, nos quedamos pasmados, con las bocas cerradas.

DESCANSA EN PAZ. LA PROSPERIDAD SE AVECINA.

Papá no podía sacar los ojos del huevo.

Ninguno podía.

Nuestros labios se movieron por fin, pronunciando palabras sin sonido.

Papá miró una vez a la patrona. Ella lo contempló a su vez con una mirada que era tan calma, tranquila y honrada como eran largas, calientes, vacías y secas las llanuras de alrededor. La luz de cincuenta años se consumió y floreció allí; la mujer no se quejó ni explicó. Había encontrado un huevo debajo de una gallina. Aquí estaba el huevo. Mírenlo, decía la cara de la mujer. Lean las palabras. Vamos... por favor... léanlas de nuevo.

Al fin papá se volvió lentamente, alejándose. Desde la puerta de alambre miró hacia atrás y los ojos le pestañearon rápidamente. No se llevó la mano a los ojos, pero los tenía húmedos, brillantes y nerviosos. Luego salió por la puerta y bajó los escalones y echó a andar entre los viejos bungalows, con las manos metidas en los

bolsillos.

Mi hermano y yo seguíamos contemplando ese huevo, cuando la patrona cerró la tapa cuidadosamente, se puso de pie y fue hacia la puerta. La seguimos en silencio.

Afuera encontramos a papá de pie en el último sol y la primera luna, junto al cerco de alambre. Todos echamos una mirada a diez mil gallinas que viraban para aquí y para allá en olas, súbitamente aterradas por el viento o desconcertadas por las sombras de las nubes o por los perros que ladraban allá en la pradera o por un auto solitario que avanzaba por el alquitrán caliente del camino.

—Miren —dijo la patrona—. Ahí está.

Señaló el mar de aves errabundas.

Vimos miles de gallinas atropellándose, oímos miles de voces de aves que se alzaban de pronto, y se desvanecían de pronto.

—Allí está mi preferida, allí está mi preciosa. ¿La ven?

Extendió la mano con calma, moviéndola lentamente para señalar una gallina especial entre las diez mil. Y en alguna parte de todo aquel barullo...

—¿No es magnífica? —dijo nuestra patrona.

Miré, en puntas de pies, de soslayo. Me quedé mirando intensamente.

—¡Ahí! Me parece... —exclamó mi hermano.

—La blanca —suplicó la patrona— con manchas jengibre.

La miré. La mujer parecía muy serena; conocía a su gallina, conocía el rostro de su amor. Aunque no pudiéramos encontrarla y verla, la gallina estaba allí, como el mundo y el cielo, un hecho pequeño que era bastante importante.

—Allí —dijo mi hermano y se detuvo, confundido—. No, allí. ¡No, espera... más allá!

—¡Sí —dije—, lo veo!

—¡La, retardado!

—¡La veo! —dije.

Y por un breve instante creí que veía a una gallina entre muchas, un ave corpulenta más blanca que el resto, más rolliza que el resto, más feliz que el resto, más veloz, más juguetona y que se pavoneaba con cierto orgullo. Era como si el mar de criaturas se dividiera ante nuestra mirada bíblica para mostrarnos, sola entre islas de sombra lunar sobre la hierba caliente, un ave única inmovilizada, un instante antes que el último ladrido de un perro y el escape de un auto que sonó como un tiro, aterraran y desparramaran a las aves. La gallina había desaparecido.

—¿La vieron? —preguntó la patrona, asida al alambrado, buscando su amor perdido en el desbande de gallinas.

—Sí. —No pude ver la cara de mi padre, si estaba serio o si sonreía secamente en secreto—. La vi. Mis padres volvieron al bungalow. Pero la patrona, Skip y yo nos quedamos junto al alambrado sin decir nada, sin señalar siquiera nada más, durante por lo menos otros diez minutos. Entonces fue el momento de irse a la cama.

Estuve totalmente despierto junto con Skip. Porque recordaba todas las otras

noches en que papá y mamá charlaban y a nosotros nos gustaba oírlos charlar de cosas de gente mayor y de lugares de gente mayor, mamá que preguntaba preocupada y papá que contestaba, preciso, seguro, tranquilo y sereno. Vaso de Oro, Final de Arco Iris. Yo no creía en eso. Tierra de Miel y Leche. Yo no creía en eso. Habíamos ido demasiado lejos y habíamos visto demasiado como para que yo creyera... pero...

Algún Día Mi Barco Vendrá...

Yo creía en eso.

Cuando lo oía a papá decirlo, las lágrimas me brotaban de los ojos. Yo había visto barcos como ése en el lago Michigan en las mañanas de verano, llegando de las fiestas acuáticas, colmados de gente alegre, confeti en el aire, trompetas; y en mis sueños privados, proyectados en la pared de mi dormitorio durante noches incontables, allí estábamos en la cubierta, mamá, papá, Skip y yo, y el barco enorme, blanco como la nieve, llegaba con millonarios en las cubiertas superiores, y los millonarios no arrojaban confeti sino billetes y monedas de oro todo alrededor en una lluvia repiqueteante, así que bailábamos para atrapar y esquivar y gritar «¡Ay!» cuando nos golpeaban en las orejas unas monedas especialmente furiosas o nos reíamos lamidos por una racha nevada de dinero...

Mamá preguntaba, papá respondía. Y en la noche, Skip y yo íbamos en el mismo sueño a esperar en un muelle.

Y esa noche, acostado en la cama, después de un largo rato dije:

—Papá, ¿qué significa?

—¿Qué significa *qué*? —dijo papá, allí en la obscuridad con mamá.

—El mensaje del huevo. ¿Significa el Barco? ¿Llegará pronto?

Hubo un largo silencio.

—Sí —dijo papá—. Significa eso. A dormir, Doug.

—Sí, papá.

Y me volví llorando.

Salimos de Amarillo a las seis de la mañana siguiente para esquivar el calor; la primera hora no dijimos nada porque no estábamos despiertos; la segunda hora no dijimos nada porque estábamos pensando en la noche pasada. Y entonces al fin el café de papá empezó a levantarle el ánimo y dijo:

—Diez mil.

Esperamos a que siguiera y lo hizo, meneando la cabeza lentamente:

—Diez mil gallinas estúpidas. Y a una, a una cualquiera, se le ocurre garabatearnos una nota.

—Papá —dijo mamá.

Y la inflexión de su voz decía: «No lo crees de verdad, ¿no es cierto?».

—Sí, papá —dijo mi hermano con la misma voz, con la misma débil crítica.

—Es como para pensarlo —dijo papá, los ojos clavados en el camino, conduciendo con soltura, las manos en el volante sin aferrarse a él, gobernando

nuestra pequeña balsa en el desierto. Detrás de la colina había otra colina y detrás de ésta otra colina, ¿pero detrás de ésta...?

Mamá miró a papá a la cara y no tuvo el coraje de llamarlo, como un rato antes. Miró al camino y dijo de modo que apenas pudiéramos oírle:

—¿Cómo era que decía?

Papá nos hizo dar una larga vuelta en la carretera desierta hacia White Sands, y después se aclaró la garganta y aclaró un espacio en el cielo de adelante, mientras conducía, y dijo, recordando:

—Descansa en paz. La prosperidad se avecina.

Dejó pasar otro kilómetro antes de decir:

—¿Cuánto... eh... cuánto vale un huevo así, papá?

—No hay precio humano para una cosa así —dijo papá, sin mirar hacia atrás, conduciendo hacia el horizonte, yendo sencillamente adelante—. Muchacho, no puedes decir el precio de un huevo como ése, puesto por una gallina inspirada en el Motel de la Gallina Inspirada. Dentro de unos años lo llamaremos así: El Motel de la Gallina Inspirada.

Seguimos a un ritmo parejo de sesenta kilómetros por hora en el calor y el polvo del día subsiguiente.

Mi hermano no me pegó, yo no le pegué a mi hermano, cuidadosa, secretamente, justo hasta antes de mediodía en que nos bajamos a regar las flores al costado del camino.

Viento de Gettysburg

AQUELLA NOCHE A LAS OCHO y media oyó desde el vestíbulo el fuerte estampido que venía del teatro.

Un petardo, pensó. Uno. Un disparo.

Momentos después oyó el ascenso y la caída de las voces como un océano sorprendido a la vista de la tierra, que lo detiene en seco. Una puerta se golpeó. Unos pies corrieron.

Por la puerta de la oficina irrumpió un acomodador que echó una veloz mirada en torno, como si estuviera ciego, la cara pálida, la boca ensayando palabras que no salían.

—Lincoln... Lincoln...

Bayes miró desde el escritorio.

—¿Qué pasa con Lincoln?

—Lo... lo han baleado.

—Como chiste está bien. Vamos...

—Baleado, ¿no entiende?, baleado. Baleado de verdad. ¡Baleado por segunda vez!

El acomodador salió tambaleándose, apoyándose en la pared.

Bayes se puso de pie.

—Ah, Cristo...

Salió corriendo y dejó atrás al acomodador, que sintiéndolo pasar echó también a correr.

—No, no —dijo Bayes—. No ha ocurrido. No. No es posible. No, no pudo...

—Baleado —dijo el acomodador.

Cuando daban la vuelta por el corredor, las puertas del teatro se abrieron de par en par y una multitud convertida en tumulto gritaba, chillaba, aullaba o simplemente aturdida decía:

—¿Dónde está?

—¡Ahí!

—¿Es él?

—¿Dónde?

—¿Quién fue?

—¿Fue él? ¿Él?

—¡Sujétenlo!

—¡Vigilen!

—¡Párenlo!

Dos guardias de seguridad entraron tropezando, empujados, atropellados, tironeados de aquí para allá, y entre los dos un hombre que luchaba por librarse de los

cuerpos, de las manos que lo inmovilizaban, y ahora de los puños que se alzaban y caían. La gente lo tironeaba, lo punzaba, le pegaba, lo golpeaba con paquetes o frágiles sombrillas que se astillaban como cometas de papel en una tormenta. Las mujeres giraban en círculos ciegos, buscando amigos perdidos, lloriqueando. Los hombres gritaban empujándose para llegar al centro de los empujones y los tironeos y los guardias rechazados hacia atrás junto al hombre asaltado que ahora se cubría la cara cortada con los dedos extendidos.

—Ah, Dios, Dios —Bayes se quedó helado, empezó a creer. Contempló la escena. Después saltó hacia adelante—. ¡Por aquí! ¡Por atrás! ¡Despejen! ¡Aquí! ¡Aquí!

Y de algún modo había ahora una brecha en la multitud, una puerta se abrió crujiendo para dejar pasar la carne, y luego se cerró de golpe.

Afuera el tropel martilleaba, amenazando con maldiciones y calamidades nunca oídas antes. Toda la estructura del teatro se estremeció con esos enmudecidos lamentos, gritos y perspectivas de condenación.

Bayes contempló un largo rato la falleba de la puerta que se sacudía y giraba, la cerradura rechinante; luego, por encima de los guardias, miró al hombre hundido entre ellos.

De pronto, dio un salto atrás, como si una verdad aún más reciente hubiera estallado allí en el pasillo.

Obscuramente sintió que el zapato izquierdo golpeaba algo que se retorció escurriéndose como una rata que se persigue la cola a lo largo de la alfombra, debajo de los asientos. Se agachó para dejar que la mano buscara a ciegas, a tientas, y encontrara la pistola todavía tibia, y, después de mirarla, incrédulo, se la metió en el bolsillo de la chaqueta mientras retrocedía por el pasillo. Pasó medio minuto antes que se obligara a volverse y a enfrentar el inevitable escenario y a aquella figura en el centro.

Abraham Lincoln estaba sentado en la silla tallada de alto respaldo, la cabeza inclinada hacia adelante en un ángulo insólito. Los ojos desorbitados miraban la nada. Las grandes manos le descansaban apenas en los brazos del sillón, como si fuera a moverse en cualquier momento, levantándose y dando por terminada esta triste situación.

Empujado como por una onda de agua fría, Bayes subió los escalones.

—¡Las luces, maldición! ¡Más luz!

En alguna parte un técnico invisible recordó para qué servían los conmutadores. Una especie de alba alumbró el oscuro lugar.

Bayes, en la plataforma, dio una vuelta alrededor del hombre del sillón y se detuvo.

Sí. Allí estaba. Un agujero neto de bala en la base del cráneo, detrás de la oreja izquierda.

—*Sic semper tyrannis* —murmuró una voz en alguna parte.

Bayes levantó la cabeza bruscamente.

El asesino, sentado ahora en la última fila del teatro, cabizbajo, pero sintiendo la preocupación de Bayes acerca de Lincoln, le habló al suelo, y se habló a sí mismo:

—*Sic...*

Calló. Porque algo se sacudía violentamente allá arriba. Uno de los puños del guardia de seguridad subió, como si su dueño no pudiera impedirselo. El puño, apremiante, bajaba para acallar al asesino cuando...

—¡Deténgase! —dijo Bayes.

El puño se detuvo a mitad de camino, luego se retiró, colérico, buscando la protección del guardia.

Nada, pensó Bayes, no creo nada de esto. Ni ese hombre, ni los guardias ni... Se volvió de nuevo para ver el agujero de bala en el cráneo del jefe asesinado.

Del agujero goteaba aceite de máquina.

De la boca de Lincoln, una lenta exudación análoga bajaba por el mentón y las patillas para caer gota a gota en la camisa y la corbata.

Bayes se arrodilló y apoyó el oído en el pecho de la figura.

En el interior gemían y zumbaban débilmente ruedas, engranajes y circuitos todavía intactos pero que funcionaban mal.

Por alguna razón este sonido sobresaltó a Bayes, que se enderezó, alarmado.

—¡Phipps...!

Los guardias pestañearon sin entender.

Bayes hizo chasquear los dedos.

—¿Phipps viene esta noche? ¡Oh, Dios, no tiene que ver esto! ¡Hagan que se vaya! ¡Díganle que ha habido un accidente, sí, un accidente en la instalación mecánica de Glendale! ¡Muévanse!

Uno de los guardias salió corriendo por la puerta.

Y viéndolo correr, Bayes pensó: por favor, Dios, haz que Phipps se quede en casa, haz que se mantenga aparte...

En momentos como ése lo más extraño no era la propia vida sino las vidas de los otros que pasaban como relámpagos.

Recordó aquel día, hacía cinco años, en que Phipps arrojó por primera vez los bocetos, las pinturas y acuarelas sobre una mesa y anunció el Gran Plan. Y cómo todos observaron los planes, luego lo miraron a Phipps y dijeron con voz entrecortada:

—¿Lincoln?

¡Sí! Phipps se había reído como un padre que acaba de llegar de la iglesia donde un extraño ángel de la Anunciación, en visión dulce y elevada, le ha prometido un hijo especialísimo.

Lincoln. Esa era la idea. Lincoln nacido de nuevo.

¿Y Phipps? Engendraría y a la vez criaría a ese niño robot gigante, fabuloso y siempre listo.

¿No sería bueno... que pudieran quedarse en las praderas de Gettysburg, a escuchar, aprender, ver, asentar como navajas el filo de las almas, y *vivir*?

Bayes dio una vuelta alrededor de la figura hundida en la silla, y enumeró los días y recordó los años.

Phipps, una noche con un cóctel en la mano, como una lente que muestra a la vez la luz del pasado y la iluminación del futuro:

—Siempre he querido hacer una película sobre Gettysburg y la vasta multitud reunida allí y a lo lejos en el borde de aquella espesa, perdida, impaciente multitud adormilada por el sol, un granjero y su hijo tratando de oír, sin oír, tratando de pescar las palabras, que el viento se lleva, salidas del alto orador allí en la tribuna distante, aquel hombre delgado con el sombrero de copa, que ahora se quita, mirando el interior como si descifrara su propia letra garabateada, y empieza a hablar.

"Y este granjero, queriendo sacar a su hijo del apeñuscamiento, lo alza en vilo y lo sienta sobre los hombros. Allí el niño, de nueve años, frágil carga, se vuelve oídos, pues en realidad el hombre no puede ver ni oír sino sólo conjeturar lo que el presidente está diciendo allá, a través de un mar de gente, en Gettysburg, y la voz del Presidente es alta y ahora llega clara, ahora se va, apresada y dispersa por brisas y vientos contrarios. Y ha habido demasiados oradores antes que él y la multitud, es toda lana arrugada y sudor, ciegos apretujones de ganado y codazos; y el granjero le pregunta al hijo sentado ahí arriba en un susurro anhelante: ¿Qué? ¿Qué está diciendo? Y el chico, ladeando la cabeza, inclinando la oreja aterciopelada del lado del viento, responde:

"—Hace cuatro veces veinte y siete años...

"—¿Sí?

"—... nuestros padres trajeron...

"—¡Sí, sí!

"—... a este continente...

"—¿Eh?

"—¡Continente! Una nueva nación, concebida en libertad y guiada por la idea de que todos los hombres son...

"Y continúa así, el viento que sopla contra las palabras frágiles, el hombre lejano que habla, el granjero nunca cansado de esa carga, y el hijo obediente recogiendo, apresando y diciéndolo todo en un susurro orgulloso, y el padre que escucha los trozos sueltos y pierde algunas partes y pedazos enteros, pero al final...

"—... del pueblo, por el pueblo, para el pueblo, no desaparecerá de la faz de la tierra.

"El chico deja de murmurar.

"Ya está.

"Y la multitud se dispersa en las cuatro direcciones.

"Y Gettysburg es historia.

"Y durante largo rato el padre no se decide a dejar descender a ese traductor del

viento depositándolo en tierra, pero el muchacho, cambiado, baja al fin...

Bayes estaba sentado mirando a Phipps.

Phipps bebía lentamente, arrepentido de pronto de su propia locuacidad, y luego respondió:

—Nunca haré la película. ¡Pero sí esto!

Y aquél fue el momento en que sacó y desdobló los bocetos de la Phipps Eveready Salem, Illinois, y de la Springfield Ghost Machine, el Lincoln mecánico, el sueño lubricado, plástico, electrificado, acolchado, animado y parlante.

Phipps y Lincoln nacido de cuerpo entero. Lincoln. Convocado a la vida desde la tumba de la tecnología, engendrado por un romántico, sacado a la luz por necesidad, reanimado con pequeñas descargas, con la voz prestada de un actor desconocido, a fin de vivir para siempre en ese rincón lejano del sudoeste, en la vieja y nueva América. Phipps y Lincoln.

Y aquel fue el día, sí, de los primeros estallidos salvajes de risa que Phipps ignoraba diciendo sencillamente:

—Tenemos, ah, tenemos que estar todos allí donde baja el viento de Gettysburg. Es el único lugar donde se oye.

Y compartió el orgullo con ellos. A este hombre le confió la estructura, a aquél el espléndido cráneo, otro tendría que atrapar la palabra sonora como de sesión de espiritismo mientras otros cultivarían la preciosa piel, el pelo y las huellas dactilares. ¡Sí, hasta había que conseguir el mismísimo *tacto* de Lincoln!

La irrisión era, pues, el estilo de vida de esos hombres.

Abe Lincoln, nunca hablaría realmente, todos lo sabían, ni se movería. En resumidas cuentas, los impuestos quedarían como pérdida.

Pero a medida que los meses se alargaban en años, los gritos y la hilaridad se convirtieron en sonrisas de aceptación y sonrisas que mostraban constantemente los dientes.

Eran una banda de muchachos, miembros de una furtiva pero irritablemente alegre sociedad mortuoria que se reunía a medianoche en bóvedas de mármol y se dispersaba al alba en los cementerios.

La Brigada de la Resurrección de Lincoln fermentó y prosperó. En lugar de un loco de remate, una docena de maniáticos empezaron a saquear viejos ficheros momificados y polvorientos, mendigando y robando mascarillas mortuorias, enterrando y desenterrando nuevos huesos de plástico.

Algunos recorrieron los campos de batalla de la Guerra Civil, esperando que la historia, llevada por algún viento matinal, les sacudiera los capotes como banderas. Algunos rondaron por los campos de Salem en octubre, tiesos y tostados en la despedida del verano, husmeando el aire, prestando oídos, alertas a la voz no registrada de algún enteco abogado, anhelando oír ecos, invocando ayuda.

Y nadie más ansioso ni más preocupado por el propio orgullo paterno que el mismo Phipps, hasta el mes en que las piezas del robot fueron dispuestas sobre unas

mesas, y armadas y articuladas, y se cerró la caja de la voz, y se levantaron los párpados de goma para meter allí los profundos ojos tristes que, mirando, habían visto demasiado. Se pusieron luego las generosas orejas que sólo podían oír el tiempo perdido. Las grandes manos nudosas quedaron suspendidas como péndulos, para que conjeturaran ese tiempo. Y después, sobre la desnudez del hombre alto, pusieron la ropa, abotonaron los botones, ataron la corbata, todos alrededor como sastres. No, discípulos, ahora en una brillante y gloriosa mañana oriental, en las colinas de Jerusalén dispuestos a apartar la piedra.

Y a la última hora del último día Phipps los dejó afuera encerrándose con llave mientras daba los toques finales a la carne y al espíritu yacentes, y al fin abrió la puerta y no literalmente, no, sino en algún sentido metafórico, les pidió que lo alzarán sobre los hombros por última vez.

Y vio en silencio cómo Phipps llamaba a través del viejo campo de batalla y más allá, diciendo que la tumba no era el lugar apropiado: levántate.

Y Lincoln, hundido en el frío y marmóreo torreón de Springfield, se volvió en sueños y soñó que despertaba.

Y se levantó.

Y habló.

Sonó un teléfono.

Bayes se sobresaltó.

Los recuerdos desaparecieron.

El teléfono del teatro zumbaba en una pared alejada del escenario.

Oh, Dios, pensó, y corrió a descolgar el teléfono.

—¿Bayes? Habla Phipps. ¡Buck acaba de llamar y me dijo que fuera para allá! Dijo algo sobre Lincoln...

—No —dijo Bayes—. Ya lo conoces a Buck. Debe de haber llamado del bar más cercano. Estoy aquí en el teatro. Todo anda bien. Uno de los generadores se detuvo. Acabamos justamente de arreglarlo...

—¿Entonces Lincoln está bien?

—Magnífico.

Bayes no podía sacar los ojos del cuerpo hundido. Oh Cristo. Oh Dios. Absurdo.

—Voy... voy para allá.

—¡No, no vengas!

—Diablos, ¿por qué gritas?

Bayes se mordió la lengua, respiró hondo, cerró los ojos para no ver lo que había en la silla y dijo lentamente:

—No estoy gritando, Phipps. Bueno. Las luces acaban de encenderse. No puedo tener a la gente esperando. Te juro...

—Estás mintiendo.

—¡Phipps!

Pero Phipps había colgado.

Diez minutos, pensó Bayes desesperado, oh Dios, estará aquí dentro de diez minutos. Diez minutos antes que el hombre que sacó a Lincoln de la tumba se encuentre con el hombre que lo ha devuelto a la tumba...

Se movió. Tuvo la idea insensata de volver a bambalinas, poner en marcha las cintas, ver qué parte de la criatura caída reaccionaba, qué miembros se agitaban, qué parte permanecía dormida... Más locura. Habría tiempo para eso mañana.

Ahora sólo había tiempo para el misterio.

Y el misterio era el hombre sentado en la tercera butaca de la última fila.

El asesino... porque era un asesino, ¿no lo era acaso? El asesino, ¿qué aire tenía?

Le había visto la cara unos momentos antes, ¿no? ¿Y no era una cara salida de un viejo, familiar, desvaído y arrumbado daguerrotipo? ¿Bigote poblado, ojos oscuros y arrogantes?

Lentamente Bayes bajó del escenario. Lentamente avanzó por el pasillo y se detuvo, mirando a aquel hombre que apoyaba la cabeza en unos dedos como garras.

Bayes inhaló y luego exhaló lentamente una pregunta en tres palabras:

—¿El señor... Booth?

El hombre extraño y distraído se puso rígido, luego se estremeció y dejó salir un susurro terrible:

—Sí...

Bayes esperó, y al fin se atrevió a preguntar:

—¿El señor... John Wilkes Booth?

Al oír esto el asesino rió entre dientes. La sonrisa se apagó en una especie de graznido seco.

—Norman Llewellyn Booth. Sólo el último apellido es... igual.

Gracias a Dios, pensó Bayes.

Bayes fue y volvió por el pasillo, se detuvo, y clavó los ojos en el reloj pulsera. No había tiempo. Phipps estaba ya en la autopista. En cualquier momento golpearía a la puerta. Bayes, rígido, habló a la pared del teatro que tenía enfrente.

—¿Por qué?

—¡No sé! —gritó Booth.

—¡Mentira! —gritó Bayes, con el mismo aliento y en el mismo instante.

—Una oportunidad demasiado buena para dejarla pasar.

Bayes dio una rápida media vuelta.

—¿Qué?

—... nada.

—¡Atrévase a decirlo de nuevo!

—Porque —dijo Booth, la cabeza gacha, medio escondida, ya iluminada, ya oscura, sacudido por emociones que entraban y salían, y que Booth sentía sólo cuando venían, se iban, se alzaban, se desvanecían en ladridos de risas y luego silencio—. Porque... es la verdad —despavorido, susurró, frotándose las mejillas—. Lo hice. En realidad lo hice.

—¡Canalla!

Bayes tenía que seguir caminando, dando vueltas, bajando por los pasillos, circulando, temeroso de detenerse, temeroso de correr y golpear y golpear a ese genio estúpido, a ese brillante asesino...

Booth lo vio y dijo:

—¿Qué está esperando? Terminemos.

—¡No, seré...! —Bayes se contuvo y el aullido descendió hasta convertirse en una calma monótona—. No seré juzgado como asesino por haber matado a un hombre que mató a otro hombre que no era en realidad un hombre sino una máquina. Ya es bastante haber baleado una cosa que parece viva. No quiero que un juez o un jurado traten de imaginar una ley para un hombre que mata porque han disparado contra una computadora humanoide. No repetiré la estupidez de usted.

—Lástima —gimió el hombre llamado Booth, y al decirlo, la luz se le fue de la cara.

—Hable —dijo Bayes, mirando a través de la pared, imaginando los caminos nocturnos, Phipps en el coche y el tiempo corriendo—. Tiene cinco minutos, quizá más, quizá menos. ¿Por qué lo hizo, por qué? Empiece por algo. Empiece por el hecho de que es usted un cobarde.

Esperó. El guardia de seguridad esperaba detrás de Booth, moviendo incómodo los pies y haciendo crujir los zapatos.

—Cobarde, sí —dijo Booth—. ¿Cómo lo supo?

—Lo sé.

—Cobarde —dijo Booth—. Eso soy. Siempre asustado. Usted lo dijo. Cosas. Personas. Lugares. Asustado. Personas a las que quería pegarles, y nunca les pegué. Cosas que deseé siempre y que nunca tuve. Lugares donde quise ir, y donde nunca fui. Siempre quise ser grande, famoso, ¿por qué no? Tampoco funcionó. De modo que, pensé, si no puedes encontrar algo que te dé alegría, busca algo que te dé tristeza. Hay muchos modos de disfrutar de la tristeza. ¿Por qué? ¿Quién sabe? Sólo tenía que hacer una cosa horrible y después llorar por lo que había hecho. De ese modo uno siente que ha conseguido algo de veras. De modo que me lancé a hacer algo malo.

—Lo ha conseguido.

Booth se contempló las manos que le colgaban entre las rodillas como si sostuvieran un arma sencilla y vieja, y recordada de pronto.

—¿Alguna vez mató una tortuga?

—¿Qué?

—Cuando yo tenía diez años descubrí la muerte. Descubrí que la tortuga, esa cosa pesada y muda como una piedra, seguiría viviendo mucho después de que yo hubiera muerto. Pensé que si yo tenía que desaparecer, la tortuga desaparecería primero. Entonces tomé un ladrillo y le golpeé el lomo hasta que le rompí el caparazón y la tortuga murió...

Bayes aminoró el paso y dijo:

—Por la misma razón, una vez dejé vivir a una mariposa.

—No —dijo Booth rápidamente, y luego añadió—, no, no por la misma razón. Una vez una mariposa se me posó en la mano. La mariposa abría y cerraba las alas, sin moverse de allí. Yo sabía que podía aplastarla. Pero no lo hice, porque sabía que diez minutos o una hora más tarde se la comería un pájaro. De modo que dejé que se fuera. ¿Pero, y las tortugas? Andan por los patios y viven siempre. Así que fui, conseguí un ladrillo y lo lamenté durante meses. Quizá todavía lo lamento. Mire...

Le temblaban las manos extendidas.

—¿Y qué tiene que ver todo esto con que esté usted aquí esta noche? —dijo Bayes.

—¿Cómo? ¡Qué! —exclamó Booth mirándolo, como si Bayes estuviera loco—. ¿No ha escuchado? Dios bendito, tengo celos. Celos de todo lo que funciona bien, de todo lo que es perfecto, de todo lo que es hermoso en sí mismo, ¡de todo lo que dura y no me importa lo que sea! ¡Celos!

—No se tienen celos de las máquinas.

—¿Por qué no, demonios? —Booth se aferró al borde del asiento que tenía delante y se inclinó lentamente contemplando la figura hundida en el sillón de respaldo alto, en el centro de la escena—. ¿No son las máquinas más perfectas, el noventa y nueve por ciento de las veces, que la mayoría de la gente que usted conoce? ¿No hacen bien las cosas? ¿Cuántas personas puede nombrar usted que no se equivoquen un tercio, una mitad? Esa maldita cosa, esa máquina, no sólo tiene un aspecto perfecto, sino que habla y actúa de un modo perfecto. Más aún, si usted la mantiene aceitada y le da cuerda y la ajusta, mirará, hablará, actuará correctamente, magníficamente, cien, doscientos años después que me hayan enterrado. ¡Celos! ¡Vaya que los tengo!

—Una máquina no sabe qué es.

—¡Pero yo sí sé, yo siento! —dijo Booth—. Yo estoy fuera mirándola. Siempre estoy fuera de estas cosas. Nunca he estado dentro. La máquina sí. Yo no. La construyeron para que hiciera una o dos cosas a la perfección. Por mucho que yo haya aprendido o sabido o intentado el resto de mi vida, por mucho que haya hecho, nunca podría ser algo tan perfecto, tan hermoso, tan perturbador, tan digno de destrucción como eso que está ahí, ese hombre, esa cosa, esa criatura, ese presidente...

Estaba ahora de pie, gritando al escenario a veinte metros de distancia.

Lincoln no decía nada. El aceite de máquina se juntaba en el suelo, brillando debajo de la silla.

—Ese presidente... —murmuró Booth, como si hubiera llegado por fin a la verdad última—. Ese presidente. Sí. Lincoln. ¿No lo ve? Murió hace mucho tiempo. No puede estar vivo. Sencillamente no puede. No es justo. Hace cien años y sin embargo está ahí. Fue baleado una vez, enterrado una vez, y sin embargo ahí está dale

que da. Mañana y pasado mañana y todos los días siguientes. Entonces, como se llamaba Lincoln y yo Booth... bastaba que yo viniera...

La voz se le apagó. Tenía los ojos vidriosos.

—Siéntese —dijo Bayes, calmadamente.

Booth se sentó y Bayes le hizo una seña al guardia de seguridad.

—Espere afuera, por favor.

Cuando el guardia se fue, y se quedó solo con Booth, y esa cosa quieta que esperaba allá en la silla, Bayes se volvió lentamente y miró al asesino, y dijo pesando cuidadosamente las palabras:

—Está bien, pero no es bastante.

—¿Qué?

—Usted no me ha dado todas las razones por las que vino aquí esta noche.

—¡Se las he dado!

—Usted cree que sí. Se engaña. Como todos los románticos. De una o de otra manera. Phipps cuando inventó esta máquina. Usted cuando la destruyó esta noche. Pero todo termina en esto... muy simple y muy sencillo: a usted le gustaría mucho aparecer en los diarios, ¿no es cierto?

Booth no contestó, pero enderezó los hombros, imperceptiblemente.

—¿Le gustaría verse en las tapas de las revistas, de una punta a otra del país?

—No.

—¿Aparecer todo el tiempo en la TV?

—No.

—¿Que lo entrevisten en la radio?

—¡No!

—Le gustaría que hubiera procesos y abogados y que discutieran si un nombre puede ser acusado de asesinato por procuración...

—¡No!

—... es decir, por atacar, por disparar contra una máquina humanoide...

—¡No!

Booth respiraba ahora aceleradamente; los ojos acosados se le movían en la cara. Bayes siguió diciendo:

—¡Una maravilla que haya doscientos millones de personas hablando de usted mañana por la mañana, la semana próxima, el mes próximo, el año próximo!

Silencio.

En la comisura de la boca de Booth apareció una sonrisa con una mínima gota de saliva. Booth alzó una mano secándose la boca.

—Formidable venderle a la prensa internacional y por una bonita suma la verídica historia del señor Booth, ¿eh?

Booth sintió que el sudor le bajaba por la cara y le mojaba las palmas de las manos.

—¿Quiere que le dé la respuesta a todas, todas estas preguntas? ¿Eh? ¿Eh? —dijo

Bayes—. Bueno, la respuesta es...

Alguien golpeó vivamente en una puerta alejada.

Bayes dio un salto. Booth se volvió a mirar.

El golpe llegó, más fuerte.

—¡Bayes, déjame entrar, soy Phipps! —gritó una voz afuera, en la noche.

Martilleos, golpes, luego silencio. En el silencio Booth y Bayes se miraron como conspiradores.

—¡Déjame entrar, por Cristo, déjame entrar!

Más golpes, luego una pausa y de nuevo el asalto insistente, un tambor, un tam tam enloquecido; luego el silencio de nuevo, el hombre afuera jadeando, dando vueltas quizá y buscando otra puerta.

—¿Dónde estaba? —dijo Bayes—. No. Sí. ¿La respuesta a todas las preguntas? ¿Hablará todo el mundo de usted por la TV, la radio, en el cine, los diarios, las revistas...?

Una pausa.

—No.

La boca le tembló a Booth, pero el hombre no dijo nada.

—No —deletreó Bayes—, N.O.

Se inclinó, encontró la cartera de Booth, sacó a tirones todos los documentos de identidad, se los metió en el bolsillo y le tendió de vuelta al asesino la cartera vacía.

—¿No? —dijo Booth pasmado.

—No, señor Booth. Nada de fotos. Nada de TV de una punta a otra del país. Nada de revistas. Nada de columnas. Nada de artículos. Nada de publicidad. Nada de fama. Nada de diversión. Nada de autocompasión. Nada de resignación. Nada de inmortalidad. Nada de tonterías acerca de la deshumanización del hombre por obra de las máquinas. Nada de martirio. Nada de treguas para la propia mediocridad. Nada de espléndido sufrimiento. Nada de lágrimas sensibleras. Nada de renunciamiento a posibles futuros. Nada de procesos. Nada de abogados. Nada de analistas animándolo a usted este mes, este año, dentro de treinta, de sesenta, de noventa años, nada de historias a doble página, nada de dinero, nada.

Booth se puso de pie como si una cuerda lo hubiera levantado en toda su estatura, alargándolo y quitándole el color.

—No comprendo. Yo...

—¿Usted se metió en todo este lío? Sí. Y yo le estropeo el juego. Porque al fin de cuentas, señor Booth, enumeradas todas las razones, sumado todo, usted se ha venido abajo sin haber estado arriba. Y así se va a quedar, arruinado, mezquino, insignificante y perverso. Es usted un pobre diablo y tengo la intención de aplastarlo, exprimirlo, estrujarlo y apalearlo para que sea más pobre diablo todavía, en vez de agrandarlo y de ayudarlo a alcanzar una gloriosa estatura.

—¡No puede hacerlo! —gritó Booth.

—Ah, señor Booth —dijo Bayes al instante, casi feliz—. Claro que puedo. Puedo

hacer cualquier cosa, y no denunciarlo. Más aún, señor Booth, esto no ha sucedido nunca.

El martilleo llegó de nuevo, esta vez en una puerta cerrada con llave en lo alto del escenario.

—¡Bayes, por el amor de Dios, déjame entrar! ¡Soy Phipps! ¡Bayes! ¡Bayes!

Booth contemplaba la puerta estremecida, sacudida, aporreada, y Bayes dijo con mucha calma y una soltura maravillosa:

—Un momento.

Sabía que en pocos minutos esa serenidad desaparecería, que algo iba a romperse; pero por ahora estaba haciendo eso, espléndidamente en calma, y tenía que jugar hasta el fin. Le hablaba firmemente al asesino y veía cómo se encogía, le hablaba un poco más y veía cómo iba consumiéndose.

—Nunca ocurrió, señor Booth. Cuente la historia, nosotros la negaremos. Usted nunca estuvo aquí, no hubo arma, ni tiro, ni crimen, ni violencia, ni pánico, ni tumulto. Y ahora, míreme la cara. ¿Por qué retrocede? ¿Por qué se sienta? ¿Por qué tiembla? ¿Se siente decepcionado? ¿Le he echado a perder la diversión? Muy bien. —Extendió la mano señalando el pasillo—: Y ahora, señor Booth, váyase.

—Usted no puede...

—Lamento lo que ha dicho, señor Booth.

Bayes avanzó un paso con suavidad, se agachó, tomó al hombre por la corbata y lentamente lo obligó a ponerse de pie hasta echarle el aliento en la cara.

—Si alguna vez le cuenta a su mujer, a un amigo, a un empleado, a un niño, un hombre, una joven, un extranjero, un tío, una tía, un primo, si alguna vez se cuenta a usted mismo en voz alta, cuando va a dormir, una noche, algo de todo esto, ¿sabe qué le haré, señor Booth? Si oigo un rumor, una palabra, un murmullo, iré a buscarlo, lo seguiré doce, cien, doscientos días, y usted nunca sabrá qué día, qué noche, qué mediodía, dónde, cuándo o cómo, pero de pronto estaré allí cuando usted menos se lo espere, y entonces ¿sabe qué le voy a hacer, señor Booth? No se lo voy a decir, señor Booth, no puedo decírselo. Pero será espantoso, terrible, y usted deseará no haber nacido nunca, tan espantoso y terrible será.

Bayes notó un temblor en la cara pálida de Booth. Booth tenía los ojos desorbitados, la boca abierta, y se le bamboleaba la cabeza, como alguien que camina bajo una lluvia abrumadora.

—¿Qué le he dicho, señor Booth? ¡Repita!

—¿Me matará?

—¡Dígalo de nuevo!

Sacudió a Booth hasta que las palabras salieron al fin entre los dientes rechinantes:

—¡Me matará!

Bayes apretaba al hombre, sacudiéndolo con firmeza, sin soltarlo, sosteniéndolo y masajeando la camisa y la carne debajo de la camisa, haciendo correr el pánico

debajo de la tela.

—Adiós, don Nadie, y no habrá cuentos en las revistas, ni festejos, ni TV, ni fama; una tumba sin nombre, y ninguna mención en los libros de historia, no; fuera de aquí, fuera, corra, corra antes que lo mate.

Le dio un empujón. Booth corrió, cayó, se levantó y se abalanzó a una puerta que en ese momento, desde afuera, era sacudida, aporreada, rajada.

Allí estaba Phipps, llamando en la obscuridad.

—La otra puerta —dijo Bayes.

La señaló y Booth giró para correr a tropezones en otra dirección, y tambaleándose, tendió una mano hacia la puerta...

—Espere —dijo Bayes.

Atravesó el teatro y cuando llegó a Booth alzó la mano abierta y lo golpeó una vez, con fuerza, una bofetada que le cruzó la cara. El sudor saltó por el aire como una lluvia.

—Tenía que hacerlo —dijo Bayes—. Sólo una vez.

Se miró la mano, y luego se volvió a abrir la puerta.

Los dos miraron el mundo de la noche y las estrellas frías, y no había nadie.

Booth retrocedió, y aquellos ojos grandes, líquidos y oscuros, eran como los ojos de un niño eternamente herido y sorprendido, con la mirada del ciervo que se ha disparado a sí mismo y seguirá lastimándose, disparándose a sí mismo para siempre.

—Váyase —dijo Bayes.

Booth escapó. La puerta se cerró de golpe. Bayes cayó contra la puerta, respirando entrecortadamente.

En otra puerta cerrada, lejana, el martilleo, los golpes, los gritos empezaron de nuevo. Bayes contemplaba la puerta estremecida pero remota. Phipps. Phipps tendría que esperar. Ahora...

El teatro era tan grande y estaba tan vacío como Gettysburg al final del día; las gentes habían vuelto a sus casas, el sol se había ocultado. La multitud había estado y ya no estaba, el padre había alzado al niño a hombros y el niño había hablado repitiendo las palabras, y ahora también las palabras habían desaparecido...

En el escenario, después de un largo momento, Bayes extendió la mano.

Los dedos de Bayes rozaron el hombro de Lincoln.

Tonto, pensó, de pie allí en la obscuridad. No. Ahora, no. Cálmate. ¿Por qué lo haces? Basta de boberías. Cálmate. Cálmate.

Encontró lo que había ido a buscar. Hizo lo que necesitaba hacer.

Porque las lágrimas le corrían por la cara.

Lloró. Los sollozos se le estrangulaban en la garganta. No podía detenerlos. No pararían.

El señor Lincoln estaba muerto. ¡El señor Lincoln *estaba* muerto!

Y *él había*, dejado escapar al asesino.

Sí, nos reuniremos en el Río

A LAS NUEVE MENOS UN MINUTO hubiera debido llevar rodando el indio de madera, de vuelta a la caliente obscuridad de tabaco, cerrando con llave. Pero de algún modo esperó porque había tantos hombres perdidos caminando en cualquier dirección, sin ningún motivo especial. Unos pocos vagabundeaban clavando la mirada en los cigarros tribales, ordenados en las netas cajas de madera, y de pronto levantaban los ojos descubriendo sorprendidos dónde estaban, y decían, evasivos:

—Buenas, Charlie.

—Buenas —decía Charlie Moore.

Algunos erraban con las manos vacías, otros con un cigarro de cinco centavos apagado en la boca.

De modo que ya habían dado las nueve y media de la noche de un día jueves cuando Charlie Moore tomó al fin del codo al indio de madera, como si importunara a un amigo, y sintiéndose culpable. Llevó al salvaje al lugar donde se convertía en vigilante nocturno, y la cara cincelada, tosca y ciega, se quedó mirando fijamente desde las sombras, más allá de la puerta.

—Bueno, Jefe, ¿qué ves?

Charlie siguió la silenciosa mirada, vuelta a la carretera que atravesaba el centro mismo de la vida del pueblo.

Los autos venían rugiendo desde Los Ángeles, como mangas de langostas. Irritados, bajaban allí la velocidad a cincuenta kilómetros por hora. Serpeaban entre unas tres docenas de tiendas, almacenes y viejas caballerizas, convertidas en puestos de gasolina, rumbo al norte. Allí los autos volvían de pronto a los ciento veinte, corriendo como furias a San Francisco, a enseñarle violencia.

Charlie resopló suavemente.

Pasó un hombre, lo vio con el silencioso amigo de madera, y dijo:

—La última noche, ¿eh? —y se fue. La última noche.

Así es. Alguien se había atrevido a decirlo. Charlie se volvió para apagar las luces y cerrar la puerta, y ya en la acera, con los ojos bajos, se quedó muy quieto.

Como hipnotizado, sintió que la mirada se alzaba de nuevo a la vieja carretera barrida por vientos que olían a un billón de años atrás. Llegaban allí los estallidos de luz de los faros, interrumpidos por unas fugaces luces rojas, como cardúmenes de pececitos brillantes que se precipitan en la estela de los tiburones y de las ballenas que viajan a ciegas. Las luces se hundían a lo lejos y se perdían en las negras colinas.

Charlie dejó de mirar. Caminó lentamente por el pueblo mientras el reloj de la Sociedad de Socorros Mutuos daba el cuarto y seguía a las diez, y continuó caminando, pasmado, y luego ya no, viendo cómo al cabo de las horas todas las tiendas seguían abiertas y en todas las puertas había un hombre o una mujer

petrificados, como él mismo y el intrépido indio habían quedado también petrificados por un futuro comentado y temible, convertido de pronto en aquí-ahora-esta noche.

Fred Ferguson, el taxidermista, emparentado con una familia de lechuzas montaraces y de ciervos espantados y quietos para siempre en una vitrina, vio pasar a Charlie y le habló al aire de la noche:

—Difícil creerlo, ¿no es cierto?

No esperaba una respuesta, pues continuó enseguida:

—Hay que seguir pensando: simplemente no puede ser. Mañana la carretera estará muerta y nosotros también.

—Oh, no será para tanto —dijo Charlie.

Ferguson le echó una mirada escandalizada.

—Espera. ¿No chillaste hace dos años, no quisiste poner una bomba en la legislatura, balear a los contratistas de caminos, robar las mezcladoras de cemento y las excavadoras cuando empezaron la nueva carretera a trescientos metros de aquí, al oeste? ¿Qué quieres decir con eso de que no será para tanto? Será, y tú lo sabes.

—Lo sé —dijo Charlie Moore al fin.

Ferguson rumiaba allí cerca.

—Trescientos metros de nada. Poca cosa, ¿eh? Pero considerando que el pueblo tiene cien de ancho, eso nos pone, lo quieras o no, a doscientos metros del nuevo supercamino. A doscientos metros de gente que necesita nueces, flechas o pintura de paredes. A doscientos metros de chistosos que bajan volando de las montañas con ciervos o gatos de albañal recién cazados y necesitan los servicios del único taxidermista de primera en toda la Costa. A doscientos metros de señoras que necesitan aspirina... —Le echó un vistazo a la farmacia. «Peluquería». Miró el palo rayado que giraba al final de la calle. «Refrescos». Señaló la cervecería con un ademán—. Ahí los tienes, tú mismo podrías nombrarlos.

Los nombraron en silencio, deslizando la mirada a lo largo de las tiendas, los almacenes, las galerías.

—Quizá no sea demasiado tarde.

—¿Tarde, Charlie? Diablos. El cemento ha sido mezclado, vertido y fraguado. Al alba van a sacar las barreras en las dos puntas del nuevo camino. El gobernador cortará una cinta para que pase el primer coche. Después... quizá la gente se acuerde de Oak Lane la primera semana, claro. La segunda semana no tanto. ¿Dentro de un mes? Seremos unos rastros de pintura vieja a la derecha cuando vayan hacia el norte, a la izquierda cuando vayan hacia el sur, quemando gomas. ¡Ahí estaba Oak Lane! ¿Te acuerdas? Un verdadero pueblo fantasma. ¡Zumm! Desapareció.

Charlie dejó que el corazón le latiera dos o tres veces.

—Fred... ¿qué vas a hacer?

—Seguir un tiempo. Embalsamar unos pocos pájaros que los muchachos del lugar traigan. Después poner en marcha la vieja cafetera y manejar por la nueva superautorruta para ir a cualquier parte, a ninguna, y hasta la vista, Charlie Moore.

—Buenas, Fred. Que duermas bien.

—¡Cómo! ¿Y me perderé la llegada de Año Nuevo a mediados de julio...?

Charlie echó a andar, alejándose de la voz, y llegó a la barbería donde tres hombres, tendidos a todo lo largo, eran enérgicamente afeitados detrás del vidrio. El tránsito de la carretera se deslizaba sobre ellos en reflejos brillantes, y parecía que los hombres se estaban ahogando bajo una corriente de enormes luciérnagas. Charlie entró. Todos alzaron los ojos.

—¿Alguien tiene alguna idea?

—El progreso, Charlie —dijo Frank Mariano mientras peinaba y cortaba—, es una idea que no se para con ninguna otra idea. Arranquemos de cuajo este pueblo maldito, carguemos nuestras cosas, y vayamos junto al nuevo camino.

—Calculamos el costo el año pasado. Cuatro docenas de tiendas a tres mil dólares término medio para llevarlas trescientos metros al oeste.

—Y ahí se acabó el plan —murmuró alguien debajo de una toalla caliente, sepultado bajo un hecho ineludible.

—Un buen huracán haría el trabajo, transporte gratis.

Todos rieron en silencio.

—Habría que festejarlo esta noche —dijo el hombre de la toalla caliente. Se sentó, y era Hank Summers, el almacenero—. Nos zampamos unos tragos y nos preguntamos dónde diablos estaremos todos el año próximo en esta fecha.

—No peleamos bastante —dijo Charlie—. No los enfrentamos cuando empezó.

—Maldita sea —Frank vio un pelo que salía de una oreja de considerable tamaño, y le dio un tijeretazo—, el tiempo pasa, y no hay día sin algún contuso. Este mes, este año, nos toca a nosotros. La próxima vez que nosotros querramos algo, algún otro resultará pisoteado, todo en nombre del Levántate y Anda. Oye, Charlie, organiza un comité de vigilancia. Mina el nuevo camino. Pero cuidado. Cuando cruces las pistas, para poner la bomba, mira bien, que no te aplaste un camión de estiércol destinado a Salinas.

Más carcajadas, que se desvanecieron rápidamente.

—Mira —dijo Hank Summers, y todos miraron. Le hablaba a la imagen sucia de moscas que aparecía en el antiguo espejo, como si tratara de trampear a un hermano mellizo valiéndose de una lógica compartida—. Hace ya treinta años que vivimos aquí, ustedes, yo, todos nosotros. No nos van a matar si nos mudamos. Santo Dios, somos todo raíz. Terminaron los días de colegio. La escuela de los golpes duros nos está echando sin un «No es nada», sin un «Gracias». Yo estoy dispuesto, ¿y tú, Charlie?

—Yo, ahora —dijo Frank Mariano—. ¡El lunes a las seis de la mañana cargo mi peluquería en un camión y a la caza de clientes, a ciento veinte kilómetros por hora!

Hubo una carcajada que sonó como la última del día, de modo que Charlie se volvió con un soberbio y negligente impulso y salió a la calle.

Y las tiendas seguían atendiendo, las luces encendidas, las puertas abiertas de par

en par, como si todos los propietarios se resistieran a irse a dormir mientras aquel río de allí afuera continuara fluyendo y hubiese mucho movimiento y brillo y ruido de gente y metal y luz en una ola a la que se habían acostumbrado tanto que era difícil creer que el fondo mismo del río conocería alguna vez una estación seca.

Charlie se demoró, vagando de tienda en tienda, tomando un chocolate en la lechería, comprando en el *drugstore* algunos artículos de escritorio que no podría usar, debajo del suave y vibrante ventilador de madera que susurraba en el cielo raso. Holgazaneó como un criminal común, robando escenas. Se detuvo en callejones donde los sábados por la tarde buhoneros ambulantes o vendedores de trastos de cocina instalaban sus mundos de valijas para embaucar a los transeúntes. Por fin llegó al puesto de gasolina donde Pete Britz, metido en el fondo del pozo, arreglaba el silencioso y burdo envés de un Ford 1947, muerto sin una queja.

A las diez, como por secreto y mutuo acuerdo, todas las tiendas apagaron las luces, toda la gente se fue a sus casas, Charlie Moore entre ellos.

Charlie se topó con Hank Summers, cuya cara seguía rosada y brillante por la afeitada que no había necesitado. Caminaron lentamente durante un rato delante de las casas; parecía que toda la población estaba sentada afuera fumando o tejiendo, meciéndose en los sillones o abanicándose para protegerse de un calor imaginario.

Hank se rió de pronto de algún pensamiento íntimo. Pocos pasos después, decidió hacerlo público:

*Sí, nos reuniremos en el Río,
en el Río, en el Río.
Sí, nos reuniremos en el Río
que fluye junto al Trono de Dios.*

Hank canturreó y Charlie asintió con un gesto.

—Primera Iglesia Bautista, yo tenía dos años...

—El Señor nos da y el Ministro de Vialidad nos quita —dijo Hank, secamente—. Divertido. Nunca pensé hasta qué punto un pueblo es gente. Que hace cosas, eso. Allá, debajo de la toalla caliente, pensé: ¿qué es este lugar para mí? Una vez afeitado, tuve la respuesta. ¿Russ Newell haciendo sonar un carburador en el garaje *El búho nocturno*? Sí. Allie Mae Simpson... Hank calló, incómodo.

Allie Mae Simpson... Charlie continuó el relato en silencio... Allie Mae poniendo viradores húmedos en el pelo de las viejas, en la vitrina del *Salón Vogue*... Doc Knith amontonando frascos de píldoras en la sección de artículos farmacéuticos..., la quincallería instalada al sol caliente del mediodía, Clint Simpson en medio, pasando las manos por encima, ordenando el millón de reflejos y destellos de bronce, plata y oro, todos los clavos, bisagras, perillas, todas las sierras, martillos, y alambre de cobre serpenteante y pilas de chapas de aluminio como esas chucherías que brotan de los bolsillos de miles de niños durante miles de veranos... y además...

... además estaba su propia casa, oscura y cálida, de color castaño, confortable, almizclada como la madriguera de un oso fumador... con los olores espesos de familias enteras de cigarros de tamaño extra, cigarrillos importados, perfumes que aguardaban el momento justo de estallar en el aire...

Sáquese todo eso, pensó Charlie, y no quedará nada, Los edificios, claro. Cualquiera puede levantar una estructura, pintar un signo indicando lo que podría pasar adentro. Pero era la gente lo que hacía marchar la cosa. Hank emergió de estos largos pensamientos.

—Me doy cuenta ahora de que estoy triste. Me gustaría que todos volvieran a abrir las tiendas para ver, poder ver de qué son capaces. ¿Por qué no presté más atención, todos estos años? Caramba, ¿qué te ha pasado, Hank Summers? Hay otro Oak Lane río abajo o río arriba con la gente atareada como aquí. Dondequiera que aterrice, la próxima vez prestaré más atención, lo juro de veras. Adiós, Charlie.

—Qué adiós ni qué diablos.

—Está bien, buenas noches entonces.

Y Hank se fue y Charlie se encaminó a la casa donde Clara estaba esperándolo en la puerta de alambre con un vaso de agua helada.

—¿Te sientas un rato?

—¿Como todo el mundo? ¿Por qué no?

Se sentaron en la oscuridad de la galería en el columpio de madera y miraron la carretera que se llenaba y se vaciaba, se llenaba y se vaciaba con la llegada de los faros y la partida de las coléricas luces rojas, como carbones de un inmenso brasero que se desparramaba en los campos.

Charlie bebió lentamente el agua y pensaba mientras bebía: En los viejos tiempos veíamos morir los caminos. Sí, en cama, de noche, sentíamos cómo se desvanecían poco a poco, sí, y quizá pescábamos un síntoma, un empujón o conmoción que le advertía a uno que el camino se estaba hundiendo. Pero un camino tardaba años y años en desvanecerse como un fantasma polvoriento antes que otro empezara a vivir. Así eran las cosas, lentas llegaban, lentas desaparecían. Así habían sido siempre las cosas...

Pero ya no. Ahora, era cuestión de horas.

Se detuvo.

Se volvió hacia sí mismo y encontró algo nuevo.

—Ya no estoy loco.

—Muy bien —dijo su mujer.

Se mecieron un rato, dos mitades de una satisfacción parecida.

—Dios mío, he estado un tiempo perturbado.

—Me acuerdo —dijo ella.

—Pero ahora me imagino, bueno... —Charlie cambió la voz, como si hablara sobre todo para sí mismo—. Millones de autos pasan cada año. Quieras que no, el camino ya no es bastante grande, estamos deteniendo el mundo, ese viejo camino y

este viejo pueblo. El mundo dice que quiere moverse. De modo que ahora, en ese nuevo camino, no uno sino dos millones pasarán como balas, yendo donde tienen que ir para hacer las cosas que según ellos son importantes, no interesa si lo son o no, la gente piensa que sí y lo que importa es lo que piensa. Si lo hubiéramos visto venir, si lo hubiésemos pensado desde todos los puntos de vista, habríamos tomado una aplanadora de vapor, destruyendo el pueblo y diciendo: «¡Pasen por el medio!» en vez de hacerles trazar el condenado camino en ese campo de tréboles cercano. Así, el pueblo se muere bruscamente, estrangulado con un pedazo de cordel de carnicero en lugar de que lo arrojen desde lo alto de un acantilado. Así es. —Encendió la pipa y exhaló grandes nubes de humo y buscó allí pasados errores y revelaciones presentes—. Como somos humanos, creo que no podíamos hacer otra cosa...

Oyeron dar las once en el reloj del *drugstore* y las once y media en el de la Sociedad de Socorros Mutuos, y a las doce estaban en cama, en la obscuridad, cada uno con un cielo raso de pensamientos allá arriba.

—Terminaron los días de colegio.

—¿Qué?

—Frank, el peluquero, lo dijo, y tenía razón. Toda esta semana fue como los últimos días de clase, hace años. Recuerdo cómo me sentía, el miedo que tenía, cómo estaba a punto de llorar, y cómo me prometía a mí mismo vivir cada momento último hasta el instante justo en que me dieran el diploma, porque sólo Dios sabía lo que podía deparar el mañana. Desempleo. Depresión. Guerra. Y cuando llegó el día, y el mañana dio unas vueltas y vino al fin, y me encontré todavía vivo, por Dios, y todavía entero, y las cosas empezaban a marchar, como siempre, todo fue formidable. De modo que éste es otro último día de clase. Frank lo dijo, y no seré yo quien lo ponga en duda.

—Escucha —dijo su mujer mucho más tarde—. Escucha.

En la noche, el río pasaba a través de la ciudad, el río de metal quieto ahora, pero trayendo y llevando antiguos olores de mareas y mares oscuros de aceite. El resplandor de las aguas rielaba en el cielo raso sobre los lechos tumbales, junto con el brillo de las lanchas pequeñas que se deslizaban corriente arriba y corriente abajo a medida que a Clara y a Charlie se les cerraban los párpados, lenta, lentamente, y los dos respiraban cada vez más regularmente, como el movimiento de esas mareas, hasta que al fin se durmieron.

A la primera luz del alba, un costado de la cama estaba vacío.

Clara se incorporó, casi asustada.

Charlie no salía nunca tan temprano.

Luego la asustó otra cosa. Escuchó sentada, sin saber muy bien por qué había sentido ese estremecimiento, pero antes de llegar a averiguar qué era, oyó unas pisadas.

Venían de muy lejos y pasó largo rato, antes que llegaran al sendero, subieran los escalones y entraran en la casa. Luego, silencio. Oyó que Charlie se quedaba en la

sala y entonces llamó:

—Charlie, ¿dónde has estado?

Charlie entró en la habitación a la débil luz del alba y se sentó en la cama al lado de la mujer, pensando en dónde había estado y lo que había hecho.

—Anduve un kilómetro por la costa y volví. Llegué hasta esas barreras donde empieza la carretera nueva. Pensé que era lo menos que podía hacer, participar en esa cosa maldita.

—¿El nuevo camino está abierto?

—Abierto y funcionando. ¿Lo hubieras dicho?

—Sí. —Clara se incorporó lentamente en la cama, inclinando la cabeza, cerrando los ojos un momento, escuchando—. ¿Así que era eso? Lo que me molestaba. El viejo camino. Está realmente muerto.

Escucharon el silencio fuera de la casa. El viejo camino se vaciaba, se secaba, se ahuecaba como el fondo de un río en una extraña temporada de verano que no se detendría nunca, que seguiría siempre. La corriente se había desplazado y cambiado de curso, moviendo los bancos, y el sitio del lecho, durante la noche. Ahora todo lo que se podía oír eran los árboles en el viento que soplaba fuera de la casa y los pájaros que empezaban a cantar los coros del alba justo poco antes que el sol apareciera sobre las colinas.

—Quédate bien quieta.

Escucharon de nuevo.

Y allá lejos, a unos doscientos cincuenta o trescientos metros del otro lado del prado, más cerca del mar, escucharon el viejo sonido, familiar pero más débil, el río que seguía ahora un nuevo curso, corría y fluía —y no se detendría nunca— a través de extensiones de tierra, hacia el norte y luego hacia el sur en la luz mitigada. Y más allá, el sonido del agua verdadera, el mar que casi hubiera podido atraer las aguas del río, y hacerlo correr a lo largo de la orilla...

Charlie Moore y su mujer estuvieron sentados un rato, oyendo el débil sonido del río a través de los campos, un sonido que seguía y seguía.

—Fred Ferguson estuvo allí antes del alba —dijo Charlie con una voz que ya describía el pasado—. Multitudes. Altos funcionarios y demás. Todos arrimaron el hombro. Fred, bueno, se adelantó y abrió un extremo. Yo tomé el otro. Sacamos juntos la barrera. Luego retrocedimos... y dejamos pasar los autos.

El viento frío y el viento caliente

—DIOS BENDITO, ¿qué es eso?

—¿Eso qué?

—¿Estás ciego, hombre? ¡Mira!

Y Garrity, el ascensorista, se asomó junto con el camarero.

En la mañana de Dublin, un hombre alto y cimbreño, de unos cuarenta años, entró por la puerta del Royal Hibernian Hotel, cruzó el zaguán hasta el mostrador del registro, seguido por cinco donceles bajos y cimbreños de unos veinte años, todos estallando en cantos de pájaros, revoloteando las manos en el aire, echando miradas de reojo, entre pestañeos y parpadeos, frunciendo las bocas, el semblante ya luminoso, ya ceñudo, ¿o ambas cosas al mismo tiempo?, las voces, ya un piccolo impecable, y una flauta, ya un oboe melodioso, pero siempre afinadas. Seis monólogos, todos rociándose unos a otros, en una verdadera nube de autocompasión, piando y gorjeando los desalientos del viaje y las inclemencias del tiempo. En pocas palabras, el *corps de ballet* volaba, saltaba, fluía con elocuencia, envuelto en agua colonia ante el pasmado camarero y el ascensorista petrificado. Tropezándose deliciosamente se detuvieron delante del mostrador donde el gerente levantó la mirada, y fue asaltado por aquel enjambre de la música. Los ojos del gerente se convirtieron en oes bien redondas y sin centro.

—Pero —murmuró Garrity—, ¿qué es eso?

—Bien puedes preguntarlo —dijo el portero.

En ese momento las luces del ascensor se encendieron y el timbre zumbó. Garrity tuvo que despegar los ojos de la estival multitud y se fue hacia arriba.

—Quisiéramos —dijo el hombre alto, esbelto, con un toque de gris en las sienes—, quisiéramos una habitación.

El gerente recordó dónde estaba y se oyó responder:

—¿Ha hecho usted la reserva, señor?

—Ay, no —dijo el hombre mayor mientras los otros cacareaban unas risitas—. Salimos inesperadamente de Taormina —continuó el hombre alto de rasgos cincelados y de boca húmeda como una flor—. Nos aburríamos atrocemente después de un largo verano, y alguien dijo: Busquemos un cambio completo, hagamos algo disparatado. ¿Qué?, pregunté. Bueno, ¿cuál es el lugar más improbable del mundo? Nombrémoslo y vayamos. Alguien dijo: el Polo Norte, pero era una tontería. Entonces yo grité: ¡Irlanda! Todo el mundo se cayó sentado. Cuando terminó el pandemonio, corrimos al aeropuerto. Ahora el sol y las costas sicilianas son como un sorbete de lima de ayer, se han derretido del todo. ¡Y aquí estamos para hacer... algo misterioso!

—¿Misterioso? —preguntó el gerente.

—No sabemos qué —dijo el hombre alto—, pero lo sabremos cuando lo veamos o cuando ocurra, o quizá haremos que ocurra, ¿no es cierto, cohorte? La cohorte respondió con unos gritos excitados.

—Quizá —dijo el gerente, con buena voluntad—, si me da usted alguna idea de lo que busca en Irlanda, yo podría indicarle...

—No, por Dios —dijo el hombre alto—. Iremos nosotros mismos llevando nuestras intuiciones como bufandas alrededor del cuello, dejándonos ir para donde sopla el viento, y mirando lo que pueda agradarnos. Cuando resolvamos el misterio y encontremos lo que hemos venido a buscar, usted se enterará por los aullidos y los gritos de maravilla y espanto que proferirá entonces este pequeño grupo de turistas.

—No diga —dijo el portero entre dientes—. Bueno, camaradas, una firma.

El jefe del campamento tomó la pluma gastada del hotel, la miró con asco, y sacó a relucir una lapicera de oro puro y sólido, 14 quilates, con la que trazó con una letra confusa, color cereza pero bastante elegante, el nombre de David seguido por Snell, guión, Orkney. Debajo añadió «y amigos».

El gerente miró la lapicera, fascinado, y recordó una vez más su propio papel en la historia.

—Pero señor, no le he dicho aún si tenemos habitación...

—Oh, seguro que sí, para seis desdichados vagabundos que tanto necesitan descansar, luego de los excesos amistosos de las azafatas... bastará una habitación.

—¿Una? —preguntó el gerente, estupefacto.

—No nos importa estar apretados, ¿no es cierto, chicos? —preguntó el hombre mayor sin mirar a los otros.

No, no les importaba.

—Bueno —dijo el gerente, manipulando desmañadamente el registro—. Tenemos justo dos contiguas...

—¡*Perfecto!* —exclamó David Snell-Orkney.

Registraron las habitaciones, y el gerente detrás del mostrador y los visitantes apartados se miraron en un prolongado silencio. Al fin el gerente prorrumpió:

—¡Camarero! Tome el equipaje de los señores...

Justo en ese momento el camarero corría a mirar el suelo.

Donde no había equipaje.

—No, no, nada. —David Snell-Orkney agitó levemente la mano—. Viajamos livianos. Nos quedaremos sólo veinticuatro horas, o quizá sólo doce, tenemos una muda de ropa interior en los bolsillos de los abrigos. Después, vuelta a Sicilia y a los crepúsculos calientes. Si quiere que le pague por adelantado...

—No es necesario —dijo el gerente, tendiendo las llaves al camarero—. Cuarenta y seis y cuarenta y siete.

—De acuerdo —dijo el portero.

Y como un perro pastor que silenciosamente mordisquea las patas de unas pocas ovejas lanudas que balan y sonríen tontamente, el portero llevó a la encantadora

manada al ascensor, que bajaba en ese preciso instante.

En el mostrador apareció la mujer del gerente, que lo miró con ojos duros.

—¿Estás loco? —murmuró, airada—. ¿Por qué? ¿Por qué?

—Toda mi vida —dijo el gerente, con una voz que apenas se oía—, he deseado ver no un comunista sino diez de cerca, no dos nigerianos sino veinte de cuerpo presente, no tres *cowboys* norteamericanos sino toda una banda recién apeada del caballo. De modo que cuando esas seis rosas de invernadero llegaron en un ramillete, no pude resistirme y las puse en un florero. El invierno de Dublin es largo, Meg; quizá ésta sea la única luz en todo el año. Espera y verás qué sacudida encantadora.

—Insensato —dijo la mujer.

Mientras miraban, el ascensor, cargado apenas con el plumón suelto de una flor de diente de león, arrancó de un tirón, alejándose.

Era exactamente mediodía cuando una serie de coincidencias fueron desviándose y titubeando hacia el milagro.

El Royal Hibernian Hotel está entre Trinity College, si se permite la mención, y el parque de St. Stephen, y por allí detrás está Grafton Street, donde se pueden comprar artículos de plata, vidrio y lino, chaquetas de montar, botas y gorras para seguir a los malditos sabuesos, o mejor aún correrse a la taberna de Heeber Finn para compartir un buen trago y un poco de conversación; la mejor dosis es una hora de trago contra dos de conversación.

Los muchachos que más frecuentan la taberna de Finn son: Nolan, ustedes conocen a Nolan; Timulty, quién puede olvidar a Timulty; Mike McGuire, el amigo de todo el mundo; después están Hannahan, Flaherty, Kilpatrick y, en algunos casos, cuando Dios parece un poco inquieto y Job vuelve a la memoria, el Padre Liam Leary en persona, que entra a zancadas como la Justicia y pasa deslizándose como la Misericordia.

Bueno, así están las cosas, es mediodía y quién sale del Hibernian Hotel ahora sino Snell-Orkney y los cinco canarios.

Lo cual dio por resultado la primera de una serie de desconcertantes confrontaciones.

Porque por allí, en ese instante, cruelmente indeciso entre las tiendas de golosinas y la taberna de Finn, pasaba Timulty en persona.

Como ustedes recordarán, cuando la Ruina, el Hambre, la Consunción y otros malvados Jinetes lo acosaban de veras, Timulty trabajaba uno que otro día en la oficina de correos. Ahora, yendo de un lado a otro, vagabundeando entre espantosos empleos, olió de pronto un perfume como si las puertas del Edén se hubieran abierto de nuevo de par en par y lo invitaran a volver después de cien millones de años. De modo que Timulty se asomó a ver qué era lo que hacía soplar el viento en el Jardín.

Y desde luego el viento se agitaba tumultuosamente alrededor de Snell-Orkney y los pichones.

—Lo juro —decía Timulty años después—, sentí que se me salían los ojos, como si me hubieran dado un buen golpe en el cráneo. Se me abrió una nueva raya en mitad de la cabeza.

Timulty, paralizado, vio que la delegación de Snell-Orkney bajaba los peldaños y daba vuelta la esquina. En ese momento se decidió por algo más dulce que los caramelos y corrió la larga distancia que lo separaba de la taberna de Finn.

En ese momento, del otro lado de la esquina, el señor David Snell-Orkney y los otros cinco pasaban junto a una mendiga que tocaba el arpa en la calle. Y allí, bailando sólo para pasar el rato, estaba Mike MaGuire en persona, sacudiendo los pies en un intrincado rigodón, al compás de *Lightly o'er the Lea*. Mientras bailaba, Mike MaGuire oyó un sonido que era como el paso del viento cálido de las Hébridas. No era exactamente un gorjeo ni un zumbido; era como una pajarería cuando tintinea la campanilla de la puerta desencadenando un coro de cotorras y palomas que arrullan y chillan. Pero oír oyó, por encima del ruido de sus propios zapatos y el tañido del arpa. Se quedó petrificado en mitad de una jiga.

Pues David Snell-Orkney y los cinco pasaban majestuosos, todos sonrisas tropicales, saludándolo con la mano.

Antes de darse cuenta, Mike les devolvió el saludo, y enseguida se detuvo llevándose la mano herida al pecho.

—¿A quién diablos estoy saludando? —le gritó a nadie—. No, no los conozco, ¿verdad?

—¡Pide a Dios que te dé fuerzas! —dijo la arpista al arpa y paseó los dedos por las cuerdas.

Atraído como por alguna rara y nueva aspiradora que iba devorando todo lo que se le ponía delante, Mike siguió la banda calle abajo.

En lo que empleaba ahora dos sentidos: el sentido del olfato y el del oído.

En la esquina siguiente, Nolan, que salía de la taberna luego de discutir con Finn, tomó la curva a toda velocidad y se topó con David Snell-Orkney. Los dos se tambalearon y se tomaron de los brazos para no caer.

—¡Culminación de la tarde! —dijo David Snell-Orkney.

—¡El lado negro de Algo! —replicó Nolan, y se apartó, dejando pasar al circo. No pensaba ahora en otra cosa que en precipitarse de vuelta a la taberna. La pelea con Finn había quedado olvidada. Quería informarle de este fiero encuentro con un plumero, un gato siamés, un pekinés mimado, y otros tres de fragilidad cadavérica por el poco comer y el mucho lavarse.

Los seis se detuvieron junto a la taberna y miraron el cartel.

Ah, Dios, pensó Nolan. Van a entrar. ¿Qué pasará? ¿A quién le aviso primero? ¿A ellos o a Finn?

Entonces se abrió la puerta. El propio Finn se asomó. ¡Maldita sea, pensó Nolan, esto lo arruina todo! Ahora no se nos permitirá hablar de esta aventura. Todo será Finn esto, Finn aquello, ¡y los demás a cerrar la boca! Durante un largo momento

Snell-Orkney y su cohorte miraron a Finn. Los ojos de Finn no se detuvieron en ellos. Miraban por encima. Miraban más arriba. Miraban más allá.

Pero los había visto, Nolan lo sabía. Porque entonces ocurrió algo divertido.

Todos los colores desaparecieron de la cara de Finn.

Y entonces ocurrió algo todavía más divertido.

Cómo, gritó Nolan en silencio, ¡se está... *ruborizando*!

Pero Finn seguía negándose a mirar nada que no fuera el cielo, los faroles, la calle, hasta que Snell-Orkney trinó:

—Señor, ¿por dónde se va al parque St. Stephen?

—Jesús —dijo Finn, volviéndose—. Quién sabe dónde lo han puesto esta semana — y cerró de golpe la puerta.

Los seis siguieron calle arriba, todos sonrisas y encanto, y Nolan estaba por precipitarse dentro de la taberna cuando ocurrió algo peor.

Garrity, el ascensorista del Royal Hibernian Hotel, se le cruzó bruscamente en la acera, como si saliera de la nada. Excitado, la cara encendida, entró corriendo en la taberna a difundir la nueva.

Mientras Nolan estaba adentro y Timulty se apresuraba a seguirlo, Garrity caminaba de una punta a otra, en tanto Finn, de pie detrás del mostrador, no conseguía reponerse.

—¡Es una lástima que se lo hayan perdido! —les gritaba Garrity a todos—. ¡Nunca vi nada más parecido a esas películas de ciencia-ficción que dan en el Gayety!

—¿Qué quieres decir? —preguntó Finn, sacudiéndose y saliendo del trance.

—¡No pesan nada! —les dijo Garrity—. ¡Subirlos en el ascensor fue como echar un puñado de paja a una chimenea! Y tendrían que haberlos oído. ¡Están en Irlanda por... —bajó la voz y miró de soslayo— por razones misteriosas!

Todo el mundo se inclinó hacia Garrity.

—¡Misteriosas!

—¡No dijeron de qué se trataba pero, no lo olviden: por nada bueno! ¿Vieron alguna vez algo parecido?

—No, desde el gran incendio del convento —dijo Finn—. Creo...

Pero la palabra convento fue como otro toque mágico. Las puertas se abrieron de par en par. El padre Leary entró caminando hacia atrás. Es decir, retrocedió a la taberna con una mano en la mejilla como si el destino le hubiese asestado un buen golpe imprevisto.

Los hombres miraron la espina dorsal del padre Leary, y hundieron las narices en los vasos hasta que el cura se echó al colete un largo trago, mirando siempre la puerta como si fuese la entrada del Infierno.

—Hace apenas dos minutos —dijo por fin el cura— vi un espectáculo inaudito. Después de haber acumulado tantos agravios, ¿Irlanda se habrá vuelto loca?

Finn volvió a llenar el vaso del sacerdote.

—¿Estaba usted ahí cuando llegaron *Los invasores del planeta Venus*, padre?

—¿Así que tú los viste, Finn? —dijo el padre.

—Sí, ¿y le causaron mala impresión, padre?

—No tanto mala o buena como extraña y *outré*, Finn, algo así como rococó, me imagino, y barroco si me entiendes, ¿no?

—Le entiendo muy bien, señor.

—La última vez que los vio, ¿adónde iban? —preguntó Timulty.

—Estaban llegando al parque —dijo el sacerdote—. ¿Te parece que en este momento habrá allí una bacanal?

—El tiempo no lo permitiría, con perdón de usted, padre —dijo Nolan—, pero lo que me sorprende es que en lugar de tanto jarabe de pico, no estemos allá espiando...

—Lo que propones es contrario a la ética —dijo el sacerdote.

—El hombre que se ahoga se agarra a lo que puede —dijo Nolan—, y la ética puede hundirse también. Un salvavidas es más seguro.

—Bajemos de las alturas, Nolan —dijo el sacerdote—, basta de sermón. ¿Cuál es tu idea?

—Mi idea es, padre, que no hemos visto por aquí a muchos sicilianos honorarios, pues si no los recordaríamos. De acuerdo con lo poco que sabemos, quizá estén leyendo ahora mismo y en voz alta para la señora Murphy, la señorita Glancy o la señora O'Hanlan en medio del parque. ¿Y leyendo en voz alta qué, pregunto?

—¿*La Balada de la Cárcel de Reading*? —preguntó Finn.

—Acertaste y hundiste el barco —dijo Nolan, medianamente irritado, pues le habían arruinado el discurso—. ¿Cómo sabemos que esos duendes que escaparon de una botella no están vendiendo terrenos de un sitio llamado Fire Island? ¿Ha oído hablar, padre?

—Los periódicos norteamericanos llegan a veces a mi mesa, joven.

—Bueno, ¿recuerda usted el huracán de mil novecientos cincuenta y seis, cuando las olas barrieron Fire Island, allá en Nueva York? Un tío mío, Dios lo proteja, estaba con el guardacostas que evacuó la población. Dice que era peor que los desfiles de modelos que se ven en Fennelly dos veces por año. Fue más terrible que una convención bautista. Diez mil hombres llegaron en tropel a la orilla tempestuosa cargando piezas de telas, jaulas pobladas de cotorras, chaquetas de color tomate y mandarina, zapatos amarillos. Fue la escena más tumultuosa que se haya visto desde que Jerónimo Bosch pintó el Infierno para edificación de todas las generaciones venideras. No es fácil evacuar a diez mil alfeñiques de parpadeantes ojos de vaca, discos sinfónicos en la mano y aros en las orejas sin entrar a repartir puntapiés. Poco después, mi tío se dio a la bebida.

—Cuéntenos más sobre esa noche —dijo Kilpatrick arrobado.

—Qué más ni qué diablos —interrumpió el sacerdote—. Afuera, digo. Rodeen el parque. Mantengan los ojos bien abiertos. Y vuelvan aquí dentro de una hora.

—Eso sí que está bien —exclamó Kelly—. ¡Veamos realmente de qué cosas horribles son capaces! Las puertas se abrieron de par en par.

En la acera, el sacerdote dio instrucciones.

—Kelly, Murphy, ustedes den la vuelta por el lado norte del parque. Timulty, tú al sur, Nolan y Garrity, por el este; Moran, MaGuire y Kilpatrick, por el oeste. ¡Adelante!

Pero en la confusión, por uno u otro motivo, Kelly y Murphy entraron en la taberna de los Cuatro Tréboles Blancos, a mitad de camino, y se reconfortaron para la caza; Nolan y Moran encontraron a sus respectivas mujeres en la calle y tuvieron que tomar la dirección opuesta, y MaGuire y Kilpatrick, cuando pasaron por el cine Elite y escucharon el canto de Lawrence Tibbett, canjearon dos entradas por algunas colillas de cigarrillos.

De modo que quedaron sólo dos, Garrity por el este y Timulty por el lado sur del parque, mirando a los visitantes que venían de otro mundo.

Después de una helada media hora, Garrity tropezó con Timulty y le dijo:

—¿Qué pasa con los malditos? Están ahí, en mitad del parque. No se han movido en horas. Y a mí se me han congelado los dedos de los pies. Corro al hotel, me caliento y vuelvo enseguida a montar guardia contigo, Tim.

—No corras demasiado —le pidió Timulty con una extraña, triste y vaga voz de filósofo, mientras el otro desaparecía.

Una vez solo, Timulty se sentó durante una hora vigilando a los seis hombres que, como antes, no se movieron. Viendo a Timulty allí, con los ojos pensativos y una mueca trágica en la boca, se hubiera dicho que era algún secuaz irlandés de Kant o Schopenhauer, o que acababa de leer algo de un poeta o había recordado una canción que le deprimía el ánimo. Y cuando hubo pasado la hora y recogió sus pensamientos como un puñado de guijarros fríos, se volvió y fue a la salida del parque. Garrity estaba allí, golpeando los pies contra el suelo y restregándose las manos, y antes de que pudiera estallar en preguntas, Timulty hizo un gesto y le dijo:

—Vé a sentarte. Mira. Piensa. Después me cuentas.

En la taberna de Finn todo el mundo observó aprensivo la entrada de Timulty. El sacerdote seguía en sus diligencias por la ciudad, y después de unos pocos pasos por el Green para tranquilizar las conciencias, todos habían vuelto, perplejos, al centro de información.

—¡Timulty! —exclamaron—. ¡Cuéntanos! ¿Qué, qué pasó?

Timulty se tomó su tiempo para ir hasta el mostrador y zamparse un trago. Observó en silencio su propia imagen remotamente enterrada bajo el hielo lunar del espejo. Dio vuelta el tema. Sacó fuera lo de dentro. Lo puso de nuevo como antes.

Luego cerró los ojos y dijo:

—Lo que me sorprende es cómo...

Sí, dijeron todos en silencio, alrededor.

—Al cabo de toda una vida de viajes y reflexiones, llego a la conclusión —prosiguió Timulty— de que entre las gentes como ellos y las gentes como nosotros hay una rara semejanza.

Hubo un grito ahogado, y la luz osciló en los candelabros del mostrador. Cuando se calmó el aire y los cardúmenes de peces-luz dejaron de bullir, Nolan exclamó:

—¿No te molestaría ponerte el sombrero para que yo te lo baje de un puñetazo?

—Piensen —dijo Timulty, sereno—, ¿somos o no somos grandes para el poema y la canción?

La multitud ahogó otro grito, esta vez de cálida aprobación.

—¡Pero claro que lo somos!

—Dios mío, ¿eso es todo lo que tienes que decirnos?

—Temíamos que...

Timulty alzó una mano, los ojos siempre cerrados.

—¡Esperen!

Y todos callaron.

—Si no cantamos las canciones, las escribimos, y si no las escribimos, las bailamos, y ellos son perdidos admiradores de la canción y también de quienes las escriben y quienes las bailan. Acabo de escucharlos a la distancia recitando poemas y cantando, solos en el parque.

Timulty se traía algo. Los hombres se dieron codazos, admitiéndolo.

—¿Encuentras algún otro parecido? —preguntó Finn, pesadamente, ceñudo.

—Sí, lo encuentro —dijo Timulty, a la manera de un juez.

Los presentes contuvieron el aliento, fascinados, y se acercaron otro poco.

—No tienen inconveniente en mandarse un trago de vez en cuando —dijo Timulty.

—¡Santo Dios, tiene razón! —exclamó Murphy.

—Además-salmodió Timulty —no se casan hasta muy tarde, si es que se casan. Y...

El desorden creció y Timulty tuvo que esperar a que se calmara para poder terminar:

—Y tienen... ah... muy poco trato con las mujeres.

Luego de esto hubo clamores, gritos y empujones, se pidieron bebidas, y alguien invitó a Timulty a salir a la calle. Pero Timulty no movió ni siquiera un párpado, algunos sujetaron al camorrista y cuando todos tomaron otro trago, y los puños cercanos empezaron a alejarse, una voz clara y fuerte, la de Finn, declaró:

—¿Quisieras explicar ahora la criminal comparación que has lanzado al aire puro de mi honorable taberna?

Timulty bebió lentamente y por fin abrió los ojos, miró tranquilo a Finn y dijo en el tono de una clara trompeta y con una maravillosa articulación:

—¿Dónde en toda Irlanda puede un hombre acostarse con una mujer?

Timulty dejó que la frase cayera.

—Llueve trescientos veintinueve días del maldito año. El resto es tan húmedo que no hay un pedazo, una pizca de tierra donde uno se atreva a tender a una mujer por miedo a que eche raíces y hojas. ¿Me lo van a negar?

El silencio no se lo negó.

—De modo que cuando llega el momento de incurrir en pecaminosas depravaciones y cometer ultrajantes actos carnales, el pobre e infeliz irlandés tiene que irse a Arabia. Lo que tenemos son sueños árabes, de noches cálidas, tierra seca y un lugar decente no sólo para sentarse sino para echarse, y no sólo para echarse sino para retozar alegremente entre apretones y revolcones de placer desenfrenado.

—Ah, Cristo —dijo Flynn—, no te lo puedo negar.

—Ah, Cristo —dijeron todos, meneando la cabeza.

—Eso es lo primero. —Timulty llevó la cuenta con los dedos—: Falta el sitio. Segundo: el tiempo y las circunstancias. Digamos que están cortejando a una linda chica en el campo, eh, ella con las botas, el impermeable, el pañuelo en la cabeza y encima un paraguas, y tú haciendo ruidos, como un cerdo atascado a la entrada del chiquero, pues le has puesto una mano en el pecho y la otra lucha ahora con las botas, que es todo lo que puedes conseguir, y entonces ¿a quién te encuentras allí, detrás, echándote el dulce aliento mentolado en el cuello?

—¿Al cura de la parroquia? —propuso Carrity.

—Al cura de la parroquia —dijeron todos, desalentados.

—Son los clavos número dos y tres de la cruz donde están crucificados todos los varones de Irlanda —dijo Timulty.

—Sigue, Timulty, sigue.

—Esos hombres que vienen a visitarnos desde Sicilia corren en equipo. Nosotros también corremos en equipo. Aquí estamos, toda la banda, en la taberna de Finn, ¿no es así?

—¡Claro que sí, maldita sea!

—Parecen tristes y melancólicos la mitad del tiempo, y la otra mitad escupen como demonios hacia arriba o hacia abajo, nunca entre ellos. ¿Y eso qué nos recuerda?

Todo el mundo miró el espejo y asintió.

—Si pudiéramos elegir —dijo Timulty— entre ir a casa con la horrenda mujer y la suegra terrible y la hermana solterona, toda agrios sudores y temores, o quedarnos aquí en la taberna de Finn a escuchar otra canción o tomar otra copa o escuchar otro cuento, ¿qué elegiríamos todos nosotros?

Silencio.

—Piénsenlo —dijo Timulty—. Digan la verdad. Parecidos. Analogías. La lista es tan larga que se lleva los dedos de una mano y hay que pasar a la otra. Y hay que pensarlo bien antes de saltar gritando Cristo y María y llamar a los guardias.

Silencio.

—A mí —dijo alguien, después de un largo rato, extraña, curiosamente— me gustaría... verlos de cerca.

—¡Creo que se cumplirá tu deseo!

¡Silencio!

Todos quedaron petrificados como en un cuadro.

Y a la distancia oyeron un débil y frágil sonido. Era como la maravillosa mañana en que uno se despierta y desde la cama sabe por un sentido especial que la primera nevada está en el aire, bajando, empujando a un lado el silencio para luego dejarlo caer sobre la nada.

—Ah, Dios —dijo Finn por último—, es el primer día de primavera...

Y era eso, también. Primero la débil nevada de los pies arrastrándose sobre los guijarros, y luego un coro de cantos de pájaros.

Y desde la acera y la calle, fuera de la taberna, llegaban sonidos que eran el invierno y la primavera. Las puertas se abrían de par en par. Los hombres titubeaban ante el impacto del encuentro próximo. Tenían los nervios tensos. Redondeaban los puños. Apretaban los dientes en las bocas ansiosas, y como niños de Navidad que han ido en busca de una chuchería o un juguete, de un regalo especial o de un color, estaban allí en la taberna el hombre mayor alto y delgado que parecía joven y los hombres más jóvenes bajos y delgados que tenían cosas viejas en los ojos.

El rumor de la nevada se detuvo. El canto de los pájaros primaverales cesó de pronto.

Los extraños niños guiados por el extraño pastor se encontraron entonces detenidos, como si sintieran el rechazo de una marea humana, aunque a los hombres en el bar no se les había movido ni siquiera un pelo.

Los niños de una isla cálida miraron a los hombres achaparrados de aquella tierra fría, que les devolvieron la mirada en una recíproca tasación.

Timulty y los hombres que estaban en el mostrador respiraron larga y lentamente. Se podía oler el terrible y limpio olor de la estela de los niños. Había en él demasiada primavera.

Snell-Orkney y sus viejos-jóvenes hombres-niños respiraban rápidamente como latidos de pájaros atrapados en unos puños crueles. Se podía oler el polvoriento, apretado, prolongado olor de los hombrecitos que estaban allí: un olor a ropa oscura. Había en él demasiado invierno.

Cada uno de los grupos podía haber comentado el perfume elegido por el otro, pero...

En ese momento las dobles puertas laterales se abrieron de par en par y Garrity irrumpió como una tromba, dando la voz de alarma:

—¡Cristo, lo he visto todo! ¿Saben ustedes dónde están y qué hacen ahora?

En el bar todas las manos se levantaron pidiendo silencio.

Por la expresión espantada de los ojos de los hombres del bar, los intrusos supieron que se hablaba de ellos.

—¡Todavía están en el parque St. Stephen! —En la excitación, Garrity no veía nada de lo que tenía delante—. Me detuve en el hotel para dar la noticia. Ahora les toca a ustedes. Esos individuos...

—Esos individuos —dijo David Snell-Orkney— están aquí, en...

El hombre vaciló.

—En la taberna de Heeber Finn —dijo Heeber Finn, mirándose los zapatos.

—En la taberna de Heeber Finn —dijo Snell-Orkney, agradeciendo con un gesto.

—Donde —dijo Garrity, sintiéndose culpable— todos tomaremos un trago enseguida.

Se precipitó hacia el bar.

Pero los seis intrusos también se movieron. Se agruparon amables a cada lado de Garrity y el irlandés se achicó diez centímetros.

—Buenas tardes —dijo Snell-Orkney.

—Buenas y no buenas —dijo Finn cautelosamente, esperando.

—Parece —dijo el hombre alto rodeado por los hombres-niños— que se habla mucho de lo que estamos haciendo en Irlanda.

—Esa sería la interpretación más benigna —dijo Finn.

—Permítanme explicarlo —dijo el extranjero—. ¿Han oído hablar alguna vez de la Reina de las Nieves y el Rey del Invierno?

Varias mandíbulas se soltaron, unas bocas se abrieron.

Algunos boquearon como si hubieran recibido un puntapié en el estómago.

Finn, después de un momento en que pensó dónde podía haberle caído el golpe, se sirvió un buen vaso con ceñuda precisión. Tomó un trago, muy tieso, y con la boca hecha fuego respondió cuidadosamente, dejando que el calor le saliera por la lengua:

—Ah... ¿qué es eso de la Reina y del Rey?

—Bueno —dijo el hombre alto y pálido—, había una Reina que vivía en la Isla del Hielo y nunca había visto el verano, y un Rey que vivía en las Islas del Sol y nunca había visto el invierno. El pueblo del Rey se moría de calor en el verano, y el pueblo de la Reina de las Nieves se moría congelado en invierno. Pero los pueblos de los dos países se salvaron de los rigores del clima. La Reina de las Nieves y el Rey del Sol se conocieron y se enamoraron y todos los veranos cuando el sol mataba a las gentes de las islas, viajaban al norte, a las tierras de hielo y vivían agradablemente. Y todos los inviernos, cuando la nieve mataba a las gentes del norte, todo el pueblo de la Reina de las Nieves se trasladaba al sur y vivía bajo el templado sol de la isla. De modo que ya no hubo dos naciones, dos pueblos, sino una sola raza que se trasladaba de una tierra a otra con su tiempo extraño y sus violentas estaciones. *Fin.*

Hubo una salva de aplausos, no de los muchachos canarios sino de los hombres alineados en el mostrador que parecían hechizados.

Finn vio sus propias manos palmoteando en el aire y las bajó. Los otros se vieron también las manos y las dejaron caer.

Pero Timulty recapituló:

—¡Dios, si tuviera acento irlandés, qué bien contaría los cuentos!

—Gracias, muchas gracias —dijo Snell-Orkney.

—Todo lo cual nos lleva a lo importante de la historia —dijo Finn—, quiero decir, a lo del Rey y la Reina y todo eso.

—El caso es —dijo Snell-Orkney— que hacía cinco años que no veíamos caer una hoja. Apenas reconocíamos una nube, cuando la veíamos. No hemos tenido nieve en diez años y apenas una gota de lluvia. Nuestra historia es lo contrario. O conseguimos lluvia o perecemos, ¿no es cierto, muchachos?

—Ah, sí, claro —dijeron los cinco, en un dulce gorjeo.

—Hemos seguido el verano por el mundo durante seis o siete años. Hemos vivido en Jamaica y Nassau, en Port-au-Prince y Calcuta, en Madagascar y Bali, en Taormina, pero al fin, justo hoy, nos dijimos que debíamos ir al norte, que debíamos tener frío otra vez. No sabíamos bien qué buscábamos, pero lo encontramos en St. Stephen's Green.

—¿Esa cosa misteriosa? —estalló Nolan—. Quiero decir...

—El amigo de usted se lo dirá —dijo el hombre alto—. ¿Mi amigo? ¿Quiere decir... Garrity? Todos miraron a Garrity.

—Como iba a decir —explicó Garrity— cuando llegué a la puerta. Estaban en el parque, de pie... mirando cómo cambiaba el color de las hojas.

—¿Eso es todo? —dijo Nolan desalentado.

—Parecía suficiente hasta ese momento —dijo Snell-Orkney.

—¿Las hojas están cambiando de color en St. Stephen? —preguntó Kilpatrick.

—Sabes —dijo Timulty como atontado—, hace veinte años que no las miro.

—El espectáculo más hermoso del mundo —dijo David Snell-Orkney— se ve en el centro de St. Stephen en este mismo momento.

—Habla profundamente —murmuró Nolan.

—Es la bebida —dijo David Snell-Orkney.

—¡Ha tocado fondo! —dijo MaGuire.

—¡Champán para todos!

—¡No digo que no!

Y diez minutos después estaban todos en el parque.

Y entonces, como decía Timulty años después, ¿alguna vez habían visto tantas malditas hojas como las que había en el primero de los árboles, junto a las puertas de St. Stephen's Green? No, exclamaron todos. ¿Y qué tal el segundo árbol? Bueno, ése tenía mil millones de hojas. Y cuanto más miraban, más veían que era una maravilla. Y Nolan anduvo levantando tanto la cabeza que se cayó de espaldas y dos o tres tuvieron que ayudarlo y hubo exclamaciones generales de pasmo y proclamaciones de fervorosa inspiración, pues no recordaban entonces que hubiera habido jamás, ante todo, ninguna hoja maldita en los árboles, y sin embargo ahora estaban allí. O si las había habido, nunca habían tenido ningún color, y si lo habían tenido, bueno, era hacía tanto tiempo... Ah, diablos, cállense, dijeron todos, ¡y miren!

Que es exactamente lo que Nolan, Timulty, Kelly, Kilpatrick, Garrity, Snell-Orkney y sus amigos hicieron el resto de la tarde declinante. Porque en realidad, el otoño había invadido el lugar y había en el parque millones de brillantes espadañas.

Allí los encontró exactamente el padre Leary.

Pero antes que pudiera decir nada, tres de los seis invasores estivales le preguntaron si quería confesarlos.

Y lo que se vio a continuación con ojos doloridos y tristes fue cómo el padre se llevaba a Snell-Orkney y Compañía a conocer los vitrales de la iglesia y la forma del ábside, obra de un arquitecto magistral, y la iglesia les gustó tanto y lo dijeron expresamente tantas veces que el cura tuvo que poner coto a los Ave María y las efusiones consiguientes.

Pero la culminación del día llegó cuando uno de los viejos-jóvenes hombres-niños, de vuelta en la taberna preguntó qué cantarían, si *Mother Machree* o *My Buddy*.

Hubo discusiones, se procedió a votación y anunciados los resultados, cantó las dos.

Tenía una bonita voz, dijeron todos, los ojos brillantes. Una voz dulce, alta, clara.

Y como dijo Nolan:

—No sería gran cosa como muchacho. ¡Pero como chica, vaya si lo sería!

Y todos respondieron que sí.

Y de pronto fue hora de irse.

—¡Pero santo Dios —dijo Finn—, si acaban de llegar!

—Hemos encontrado lo que veníamos a buscar, no es necesario quedarse —anunció el hombre joven-viejo alto, triste, feliz—. Tenemos que volver al invernadero y a las flores... o se marchitarán durante la noche. Nunca nos quedamos. Siempre estamos volando, saltando, corriendo. Siempre en movimiento.

Como la niebla cubría el aeropuerto, no hubo otro remedio que enjaular a los pájaros en el barco de Dun Laoghaire que iba a Inglaterra, y desde luego los habitantes de la taberna de Finn se instalaron en el muelle para verlos irse en medio del atardecer. Allí estaban los seis en la cubierta superior, agitando las delgadas manos mientras Timulty, Nolan, Garrity y los demás agitaban las gruesas manos. Y cuando la sirena empezó a sonar y el barco a alejarse, el pasajero movió la cabeza, levantó la mano en el aire y todos cantaron: «*Mientras caminaba por la ciudad de Dublin, a eso de las doce de la noche, vi a una muchacha, qué bonita era, peinándose a la luz de una vela*».

—¡Cristo! —dijo Timulty—, ¿oyen ustedes eso?

—¡Sopranos, todos sopranos! —exclamó Nolan.

—¡Y no sopranos irlandeses sino sopranos de verdad! —dijo Kelly—. Maldita sea, ¿por qué no lo dijeron? De haberlo sabido, hubiéramos pasado una buena hora con ellos antes que tomaran el barco.

Timulty asintió y añadió, escuchando la música que flotaba sobre el agua:

—Extraño. Extraño. Lamento que se vayan. Pienso. Durante cien años por lo

menos la gente ha dicho que no teníamos nada. Pero ahora han vuelto, aunque sea por poco tiempo.

—¿Que no teníamos nada de qué? —preguntó Garrity—. ¿Y qué es lo que ha vuelto?

—Bueno —dijo Timulty—, las hadas, naturalmente, las hadas que alguna vez vivieron en Irlanda y que ya no viven aquí, pero que vivieron hoy y cambiaron el clima y ahora se van otra vez, y que en alguna ocasión se quedaron todo el tiempo.

—¡Ah, cállate! —exclamó Kilpatrick—. ¡Y escucha!

Y escucharon, nueve hombres en la punta de un muelle mientras el barco zarpaba y las voces cantaban y la niebla venía, y no se movieron durante largo rato hasta que el barco estuvo muy lejos y las voces se desvanecieron como el perfume de la papaya, en la bruma.

Cuando volvían a la taberna de Finn, empezaba a llover.

Llamada nocturna

NO SABÍA QUÉ LE RECORDABA el viejo poema, pero allí estaba:

*Supongamos, supongamos, y supongamos,
que los cables en los postes lejanos del teléfono
se empapen de los millones de palabras escuchadas
todas las noches, conservando el sentido
y el significado de todo.*

Se detuvo. ¿Qué seguía? Ah, sí...

*Que luego como un rompecabezas en la noche,
juntan todas las partes,
y en fase filosófica
prueben palabras como un niño atrasado.*

Hizo de nuevo una pausa. ¿Cómo terminaba la cosa? Espera...

*Así, bestia necia,
todo el tesoro de vocales y consonantes
conserva el milagro de una advertencia errónea,
deja filtrar a la vez un susurro, un latido,
un balbuceante murmullo.
Temprano entonces una noche alguien se sienta,
oye una brusca campanilla, levanta el tubo
y escucha una Voz como el Espíritu Santo
allá lejos, en una nebulosa,
la Bestia, en el cable,
que entre silbidos y gozosamente
a través de enloquecidos continentes de tiempo
repite Hola, Hola.*

Tomó aliento y terminó:

*Para semejante Creación,
semejante Bestia Eléctrica, torpe, bruta, perdida,*

¿qué respuesta tienes?

Estaba sentado, en silencio.

Estaba sentado, tenía ochenta años. Estaba sentado en una habitación vacía de una casa vacía en una calle vacía de una ciudad vacía del vacío planeta Marte.

Hacía cincuenta años que estaba así sentado, esperando.

En la mesa que tenía delante había un teléfono que no sonaba desde hacía mucho, mucho tiempo.

El teléfono temblaba ahora preparando algo secreto. Quizá ese temblor había evocado el poema...

Se le estremecieron las aletas de la nariz. Los ojos se abrieron, brillantes.

El teléfono seguía vibrando, apenas.

El viejo se inclinó hacia adelante, mirándolo fijo.

El teléfono... *sonó*.

El viejo se levantó de un salto y retrocedió, haciendo caer la silla. Gritó, gritó:

—¡No!

El teléfono sonó de nuevo.

—¡No!

El viejo quería acercarse, se acercó y de un golpe tiró el aparato de la mesa. El tubo se salió de la horquilla en el preciso instante en que el timbre sonaba por tercera vez.

—No... oh, no, no —dijo suavemente, cubriéndose el pecho con las manos, meneando la cabeza, el teléfono a sus pies—. No puede ser... no puede ser...

Porque después de todo, estaba solo en la habitación de una casa vacía en una ciudad vacía del planeta Marte donde no había nada con vida, excepto él mismo, el Rey de la Colina Árida...

Y sin embargo...

—... Barton...

Alguien pronunciaba ese nombre.

No. Algo zumbaba, como un ruido de grillos y cigarras de lejanas tierras desiertas.

¿Barton?, pensó ¡Pero... pero si soy yo!

Hacía tanto tiempo que no oía su propio nombre, y ya casi lo había olvidado. Nunca había tenido la costumbre de nombrarse a sí mismo en voz alta. Nunca había...

—Barton —dijo el teléfono—. Barton. Barton. Barton.

—¡Cállate! —gritó Barton.

Y le dio un puntapié al auricular y se agachó sudando, jadeando, y colgó el tubo en la horquilla. En seguida, el maldito aparato sonó de nuevo. Esta vez Barton lo rodeó con el puño, lo apretó como para estrangular el sonido, pero al fin, viendo que los nudillos se le ponían blancos, aflojó los dedos y levantó el tubo.

—Barton —dijo una voz lejana, a mil millones de kilómetros de distancia.

Barton esperó a que el corazón le latiera otras tres veces y luego dijo: —Habla Barton.

—Vaya, vaya —dijo la voz, ahora a sólo un millón de kilómetros de distancia—. ¿Sabes quién habla?

—Cristo —dijo el viejo—. La primera llamada que recibo en media vida y me viene con adivinanzas.

—Perdón. Qué estúpido soy. Claro, uno no reconoce su propia voz en el teléfono. Nadie la reconoce nunca. Estamos acostumbrados a la voz que nos llega a través de los huesos del cráneo. Barton, habla Barton.

—¿Qué?

—¿Quién creíste que era? —dijo la voz—. ¿El capitán de un cohete? ¿Pensaste que habían venido a rescatarte?

—No.

—¿Qué fecha es hoy?

—20 de julio de 2097.

—Dios bendito. ¡Cincuenta años! ¿Has estado ahí sentado todo el tiempo esperando un cohete de la Tierra? El viejo asintió.

—Vamos, viejo, ¿sabes quién soy?

—Sí —Barton tembló—. Recuerdo. Somos uno. Yo soy Emil Barton y tú eres Emil Barton.

—Con una diferencia. Tú tiene ochenta años, yo tengo sólo veinte. ¡Toda la vida por delante!

El viejo empezó a reírse y después a llorar. Se sentó con el teléfono en los dedos como un niño tonto y perdido. La conversación era imposible, y sin embargo continuó. Cuando Barton consiguió dominarse, se acercó al teléfono y dijo:

—¡Escucha, por Dios, tú que estás ahí, quisiera prevenirte! ¿Pero cómo podría? Eres sólo una voz. Si pudiera mostrarte qué solitarios son los años. ¡Termina, mátate! ¡No esperes! Si supieras lo que es cambiar de lo que eres tú a lo que soy yo, hoy, aquí, ahora, en este extremo.

—¡Imposible! —la voz del joven Barton reía, muy lejos—. No tengo manera de saber si recibes esta llamada. Todo es mecánico. Estás hablando con una grabación nada más. Estamos en 2037. Sesenta años de tu pasado. Hoy empezó la guerra atómica en la Tierra. Nos convocaron a todos los coloniales para volver de Marte, en Cohete. ¡A mí me dejaron atrás!

—Recuerdo —susurró el viejo.

—Solo en Marte —rió la voz juvenil—. Un mes, un año, ¿qué importa? Hay comida y libros. En los ratos libres he grabado textos de diez mil palabras, respuestas, mi voz, conectadas entre sí automáticamente. Llamaré en los últimos meses, para poder hablar con alguien.

—Sí.

—Dentro de sesenta años me llamarán las bandas que grabé yo mismo. No creo realmente que pase aquí en Marte tantos años, sólo una idea divertida que se me ha ocurrido, algo para matar el tiempo. ¿Pero eres tú, Barton? ¿Soy realmente yo?

Las lágrimas caían de los ojos del viejo.

—Sí.

—He grabado mil Bartons, cintas sensibles a todas las preguntas, en mil ciudades marcianas. Un ejército de Bartons en Marte, mientras espero la vuelta de los cohetes.

—Insensato —el viejo meneó la cabeza, cansado—. Esperaste sesenta años. Has envejecido esperando, siempre solo. Y ahora has llegado a ser yo y sigues solo en las ciudades vacías.

—No esperes mi simpatía. Eres como un extranjero que está en otro país. No puedo ponerme triste. Ahora que grabo estas cintas estoy vivo. Y tú estás vivo mientras escuchas. Los dos, el uno para el otro, incomprensibles. Ninguno puede prevenir al otro, aunque se responden, uno automáticamente, el otro cálida y humanamente. Yo soy humano ahora. Tú eres humano después. Es una locura. No puedo llorar, porque como no conozco el futuro no puedo ser sino optimista. Estas cintas escondidas sólo reaccionan a cierto número de estímulos tuyos. ¿Pueden pedirle a un hombre muerto que lllore?

—¡Basta! —gritó el viejo. Sintió los accesos familiares de dolor. Lo invadió la náusea y la obscuridad—. Ah, Dios, eras despiadado. ¡Vete!

—¿Eras, viejo? Yo soy. Mientras las cintas se deslicen, mientras los rollos y los ocultos ojos electrónicos lean, elijan y traduzcan palabras para ti, seré joven y cruel. Seguiré siendo joven y cruel mucho después que hayas muerto. Adiós.

—¡Espera! —gritó el viejo.

Clic.

Barton se quedó sentado sosteniendo el tubo largo rato. El corazón le dolía terriblemente.

Qué locura había sido. En su juventud, qué tontos, qué inspirados aquellos primeros años de aislamiento, mientras preparaba los cerebros telefónicos, las cintas, los circuitos, conectando las llamadas mediante relevadores temporales.

Sonó el teléfono.

—Buenos días, Barton. Habla Barton. Las siete. Levántate y brilla.

¡Otra vez!

—¿Barton? Habla Barton. Vas a ir a la Ciudad de Marte a mediodía. A instalar un cerebro telefónico. Se me ocurrió recordártelo.

—Gracias.

¡La campanilla del teléfono!

—¿Barton? Barton. ¿Quieres almorzar conmigo? ¿En la Posada del Cohete?

—De acuerdo.

—¡Hasta luego, entonces!

¡Rrrrrrinnng!

—¿Eres tú, B.? Pensé que te alegraría. Arriba la cabeza y todo lo demás. El cohete salvador puede llegar mañana.

—Sí, mañana, mañana, mañana, mañana.

Clic.

Pero los años se habían quemado, eran humo ahora.

Barton había silenciado los insidiosos teléfonos y las astutas, astutas respuestas. Sólo lo llamarían después de los ochenta años, si todavía estaba con vida. Y ahora, hoy, el teléfono que suena, el pasado que alienta en el oído, susurrando, recordando.

¡El teléfono!

Lo dejó sonar.

No contestaré, pensó.

¡La campanilla!

No hay absolutamente nadie, pensó.

¡La campanilla!

Es como hablar con uno mismo, pensó. Pero distinto. Ah, Dios, qué distinto.

Las manos del viejo levantaron el tubo.

—¡Hola, viejo Barton, habla el joven Barton! ¡Hoy cumpla veintiún años! El año pasado instalé cerebros parlantes en otras doscientas ciudades. ¡He poblado a Marte de Bartons!

El viejo recordó aquellas noches de seis decenios atrás, cuando corría por colinas azules y valles de hierro, en un camión colmado de aparatos, silbando, feliz. Otro teléfono, otro relevador. Algo que hacer. Algo inteligente, maravilloso, triste. Voces ocultas. Ocultas, ocultas. En aquellos días juveniles en que la muerte no era muerte, el tiempo no era tiempo, la vejez un eco débil salido de la larga caverna de los años próximos. Joven idiota, loco sádico, no pensó nunca que algún día la siembra daría frutos.

—Anoche —dijo Barton, cuando cumplió veintidós años—, estuve sentado solo en el cine de una ciudad vacía. Pasé una de Laurel y Hardy. Diablos, cómo me reí.

—Sí.

—Se me ocurrió una idea. Registré mi voz mil veces en una cinta. Transmitida desde la ciudad, suena como mil personas. Un ruido reconfortante, el ruido de una multitud. Lo grabé de manera que se oyen portazos, los niños cantan, los gramófonos suenan, todo mediante un sistema de relojería. Si no miro por la ventana, si me limito a escuchar, está muy bien. Pero si miro, la ilusión se desvanece. Me parece que me estoy quedando solo.

El viejo dijo:

—La primera señal.

—¿Qué?

—La primera vez que admitiste que estabas solo.

—He experimentado con olores. Mientras caminaba por las calles vacías, sentía

los olores del tocino, los huevos, el jamón, los filetes, que salían de las casas. Todo con aparatos ocultos.

—Locura.

—¡Autoprotección!

—Estoy cansado.

El viejo colgó. Era demasiado. El pasado lo ahogaba...

Vacilando, bajó las escaleras de la torre y salió a las calles de la ciudad.

La ciudad estaba a oscuras. Nadie encendía las señales rojas de neón, nadie hacía sonar música, nadie difundía olores de cocina. Hacía mucho que había abandonado la fantasía de la mentira mecánica. ¡Escucha! ¿Son pisadas? ¡Huele! ¿No es pastel de fresas? Lo había detenido todo.

Fue hacia el canal donde las estrellas brillaban en las aguas trémulas.

Debajo del agua, fila tras fila, se oxidaba la población robot de Marte que había construido a lo largo de los años, y que cuando Barton entendió su propia y enajenada inadaptación, había enviado a paso redoblado, ¡uno dos tres cuatro!, a las profundidades del canal. Allí los robots se hundieron, burbujeando como botellas. Barton los había matado sin mostrar ningún remordimiento.

Un teléfono sonó débilmente en un *cottage* sin luz.

Barton siguió caminando. El teléfono calló.

En otro *cottage* el teléfono sonó de pronto como si supiera que Barton pasaba por la calle. Barton echó a correr. La campanilla quedó atrás. Sólo para que lo alcanzara la de esta casa ahora, ahora la de aquélla, ¡ahora aquí, allá! Corrió más rápido. ¡Otro teléfono!

—¡Está bien! —chilló, exhausto—. ¡Ya voy!

—Hola, Barton.

—¿Qué quieres?

—Estoy solo. No vivo más que cuando hablo. Así que tengo que hablar. No pueden ignorarme tanto tiempo.

—¡Déjame en paz! —dijo el viejo, horrorizado—. ¡Ay, mi corazón!

—Habla Barton, veinticuatro años. Otro par de años que se han ido. Esperando. Un poco más solo. He leído *La guerra y la paz*, me he emborrachado con jerez, he recorrido los restaurantes y he sido camarero, cocinero, animador. Esta noche protagonizo un film en el Tivoli: ¡Emil Barton en *Penas de amor perdidas*, en todos los papeles, algunos con peluca!

—¡Deja de llamarme o te mato!

—No puedes matarme. ¡Tienes que encontrarme, primero!

—¡Te encontraré!

—Has olvidado dónde me escondiste. ¡Estoy en todas partes, en cajas, casas, cables, postes, bajo tierra! ¡Anda, inténtalo! ¿Cómo le llamarás? ¿Telecidio? ¿Suicidio? ¿Me tienes envidia? ¿Envidia de mí aquí, con sólo veinticuatro años, ojos

brillantes, joven, fuerte? ¡Muy bien, viejo, será la guerra! Entre los dos. ¡Entre yo y yo! Todo un regimiento de yos, todas las edades contra ti, el verdadero. ¡Adelante, declara la guerra!

—¡Te mataré!

Clic. Silencio.

Barton arrojó el teléfono por la ventana.

En el frío de la medianoche, el automóvil avanzó por valles profundos. Bajo los pies de Barton, en el piso del coche, había revólveres, rifles, dinamita. Sentía el rugido del motor en los delgados, cansados huesos.

Los encontraré, pensaba, y los destruiré a todos. Ah, Dios, ¿cómo puede hacerme esto?

Detuvo el coche. Bajo las lunas postreras yacía una ciudad extraña. No había viento.

Sostuvo el rifle con las manos frías. Escudriñó los agujeros, los postes, las cajas. ¿Dónde estaba escondida la voz de esta ciudad? ¿En ese poste? ¿O en aquél? Hacía tantos años. Barton volvía la *cabeza*, para este lado, para aquél, enloquecido.

Levantó el rifle.

El poste cayó con la primera bala.

Todos, pensó. Habría que tronchar todos los postes de esta ciudad. Me he olvidado. Demasiado tiempo.

El auto avanzó por la calle silenciosa.

Sonó un teléfono.

Barton miró el *drugstore* vacío.

Un teléfono.

Pistola en mano, disparó a la cerradura de la puerta y entró.

Clic.

—Hola, ¿Barton? Una advertencia solamente. No trates de bajar todos los postes, de volarlo todo. Mejor que te abras la garganta. Piénsalo...

Clic.

Barton salió lentamente de la cabina telefónica, avanzó por la calle, escuchó los postes telefónicos que zumbaban allá arriba, todavía vivos, todavía intactos. Los miró y entonces entendió.

No podía destruir los postes. Si llegaba un cohete de la Tierra, idea imposible, pero si llegaba esa noche, mañana, la semana próxima, y descendía del otro lado del planeta, utilizarían quizá los teléfonos para tratar de llamar a Barton, y descubrirían que los circuitos estaban muertos.

Barton dejó caer el arma.

—No llegará ningún cohete —se dijo—, estoy viejo. Es demasiado tarde.

Pero si llega y nunca lo sabes, pensó. No, tienes que mantener las líneas en buen estado.

De nuevo sonó el teléfono.

Barton se volvió torpemente. Entró tropezando en el *drugstore* y manoteó el tubo.

—¡Hola! —Una voz extraña.

—Por favor —dijo el viejo—, no me molestes.

—¿Qué es eso, quién había? ¿Qué pasa? ¿Dónde está usted? —exclamó la voz, sorprendida.

—Espere un minuto —el viejo se tambaleó—. Habla Emil Barton, ¿quién habla?

—Habla el capitán Rockwell, cohete Apolo 48. Acabamos de llegar de la Tierra.

—No, no, no.

—¿Está usted ahí, señor Barton?

—No, no, no puede ser.

—¿Dónde está usted?

—¡Me estás engañando! —el viejo se apoyó ciegamente en la cabina—. ¡Eres tú, Barton, te burlas de mí, mientes otra vez!

—Habla el capitán Rockwell. Acabamos de desembarcar. En Nueva Chicago. ¿Dónde está usted?

—En Villa Verde —boqueó Barton—. A rail kilómetros de usted.

—Escuche, Barton, ¿puede venir aquí?

—¿Qué?

—Tenemos que reparar el cohete. Estamos agotados por el vuelo. ¿Puede venir a ayudarnos?

—Sí, sí.

—Estamos en la pista fuera de la ciudad. ¿Puede venir mañana?

—Sí, pero...

—¿Qué?

El viejo acariciaba el teléfono.

—¿Cómo está la Tierra? ¿Cómo está Nueva York? ¿Terminó la guerra? ¿Quién es el presidente ahora? ¿Qué pasó?

—Habrá tiempo de sobra para charlar cuando venga.

—¿Todo está bien?

—Muy bien.

—Gracias a Dios —el viejo esperaba la voz lejana—. ¿Está usted seguro de que es el capitán Rockwell?

—¡Váyase al diablo!

—Discúlpeme.

Barton colgó y salió corriendo.

Allí estaban, después de tantos años, increíble; ahora lo llevarían de vuelta a los mares, los cielos, las montañas de la Tierra.

Puso en marcha el auto. Viajaría toda la noche. Valía la pena correr el riesgo para ver gente, estrechar manos, oírlos de nuevo.

El coche tronaba en las colinas.

Esa voz. El capitán Rockwell. No podía ser él, Barton, hacía cuarenta años. Nunca había grabado nada parecido. ¿O sí? En un acceso de depresión, en un momento de cinismo, borracho, ¿no habría preparado la falsa grabación de un falso desembarco en Marte, con un capitán sintético y una tripulación imaginaria? Barton sacudió la cabeza. No. Tanta suspicacia, y tontería. Este no era el momento de dudar. Tenía que correr con las lunas de Marte, toda la noche. ¡Qué fiesta celebrarían!

Salió el sol. El viejo estaba muy cansado, con punzadas y calambres en todo el cuerpo, el corazón acelerado, y los dedos agarrotados en el volante. Lo que más le gustaba, sin embargo, era la idea de una última telefoneada. Hola, joven Barton, habla el viejo Barton. ¡Hoy voy a la Tierra! ¡Me han rescatado! Sonrió débilmente.

Llegó a los vagos límites de Nueva Chicago al atardecer. Se apeó del coche y se quedó mirando la pista de desembarco del cohete, y se frotó los ojos enrojecidos.

La pista estaba vacía. Nadie corrió a su encuentro. Nadie le estrechó la mano, nadie gritó o se rió.

Barton sintió que le estallaba el corazón. El mundo se le oscureció, alrededor, y Barton tuvo la sensación de caer a través de un cielo abierto. Caminó tropezando hacia una oficina.

Dentro, había una prolija hilera de seis teléfonos. Barton esperó, jadeando. Al fin, la campanilla. Levantó el tubo pesado.

—Estaba preguntándome si habrías llegado vivo. El viejo no habló y se quedó con el teléfono en la mano.

La voz continuó.

—El capitán Rockwell informa. ¿Cuáles son sus órdenes, señor?

—Tú —gimió el viejo.

—¿Cómo está tu corazón, viejo?

—¡No!

—Tengo que eliminarte de alguna manera para poder vivir, si se puede decir eso de una grabación.

—No importa ya —respondió el viejo—. ¡Haré volar todo esto hasta que estés muerto!

—No tendrás fuerzas. ¿Por qué crees que te hice viajar tanto y tan velozmente? ¡Es tu último viaje!

El viejo sintió que le fallaba el corazón. Nunca llegaría a las otras ciudades.

Había perdido la guerra. Se deslizó en una silla y unos sonidos bajos, lastimeros, le salieron de la boca. Los otros cinco teléfonos, como ante una señal, estallaron en coro. ¡Un nido de horribles pájaros, que chillaban todos a la vez!

Los receptores automáticos saltaron. La oficina giraba. «¡Barton, Barton, Barton!». Barton apretó un tubo en las manos. Lo tapó pero la voz seguía riéndose de él. Lo golpeó. Le dio un puntapié. Tomó el cordón como una serpentina entre los dedos, y lo arrancó. El cordón cayó entre los pies del viejo, que se tambaleaba.

Barton destruyó otros tres teléfonos. Hubo un silencio súbito.

Y como si el cuerpo de Barton descubriera algo que hasta entonces había sido mantenido en secreto, pareció hundirse en los huesos cansados. Los párpados le bajaron como pétalos. La boca se le marchitó. Los lóbulos de las orejas se le derritieron como si fueran de cera. Barton se apretó el pecho con las manos y cayó de bruces. Se quedó quieto. Dejó de respirar. El corazón se detuvo.

Después de un largo rato, los otros dos teléfonos sonaron.

Un relevador restalló en alguna parte. Las dos voces telefónicas estaban conectadas, una con otra.

—Hola, ¿Barton?

—Sí, ¿Barton?

—Veinticuatro años.

—Yo tengo veintiséis. Los dos somos jóvenes. ¿Qué ha pasado?

—No sé. Escucha.

La habitación silenciosa. En el suelo, el viejo no se movía. El viento soplaba por la ventana rota. El aire era frío.

—¡Felicítame, Barton, hoy cumpla veintiséis años!

—¡Felicitaciones!

Las voces cantaron juntas el saludo de cumpleaños y la canción voló por la ventana, débil, débilmente, en la ciudad muerta.

Fantasmas de lo nuevo

HACÍA AÑOS QUE NO IBA a Dublin. Había andado por todo el mundo, excepto Irlanda, pero ahora no había pasado una hora desde mi llegada al Royal Hibernian Hotel, cuando sonó el teléfono, y ¿quién estaba en el teléfono? ¡Nora en persona, Dios bendito!

—¿Charles? ¿Charlie? ¿Chuck? ¿Eres rico por fin? ¿Y los escritores ricos compran fabulosas propiedades?

—¡Nora! —dije riendo—. ¿Nunca dices hola?

—La vida es demasiado corta para holas, y ahora no hay tiempo para adioses decentes. ¿Podrían comprar Grynwood?

—¡Nora, Nora, tu casa familiar, de doscientos poblados años! ¿Qué ocurriría con la disparatada vida social irlandesa, las fiestas, las bebidas, los chismes? ¡No puedes tirar todo por la borda!

—Puedo y lo haré. Oh, tengo baúles llenos de dinero esperando afuera bajo la lluvia en este momento. Pero Charlie, Charles, estoy sola en la casa. Los criados han volado a ayudar al Aga. En esta noche final, Chuck, necesito un escritor que vea el Fantasma. ¿No te pica la curiosidad? Ven. Tengo una casa y misterios para dar al mundo. Charlie, oh, Chuck, oh Charles.

Clic. Silencio.

Diez minutos después yo iba rugiendo por el camino serpenteante que entre verdes colinas lleva al lago azul y a las lozanas praderas de la oculta y fabulosa casa llamada Grynwood.

Me reí de nuevo. ¡Querida Nora! A juzgar por su parloteo, en ese momento se estaba preparando una fiesta que llevaría a una maravillosa destrucción. Berie quizá llegara volando desde Londres, Nick de París, Alicia vendría seguramente en coche de Galway. Algún director de cine, llamado por cable a esa misma hora, bajaría en paracaídas o helicóptero, maná de anteojos negros más bien andrajoso. Marion se presentaría con su troupe de perros pekineses que siempre se emborrachaban y se mareaban más que él mismo.

Aceleré mi hilaridad mientras aceleraba el motor.

Estarás bastante achispado a eso de las ocho, pensé, empujado al sueño por cuerpos contundentes antes de medianoche, amodorrado hasta mediodía y luego con una linda borrachera el domingo a la hora del té. Y en el medio, el raro juego de las camas musicales con condesas irlandesas y francesas, damas, y simples bestias locales licenciadas en arte, y despachadas por la Sorbona, algunas con bigotes masticables, otras no, y el lunes habrían pasado diez millones de años. El martes manejaría, oh, con cuánto cuidado, de vuelta a Dublin, protegiéndome el cuerpo como una gran muela del juicio afectada, mucho más prudente con las mujeres,

sintiendo relámpagos de dolor cada vez que me acordaba de algo.

Temblando, recordé la primera vez que llegué con bombos y platillos a casa de Nora, cuando yo tenía veintiún años.

Una vieja duquesa loca con mejillas entalcadas y dientes de barracuda nos había metido a mí y un coche sport por ese camino quince años atrás ladrando al viento:

—¡Te encantarán el zoológico y el botánico! Los amigos de Nora son bestias y guardianes, tigres y gatitos, rododendros y atrapamoscas. En los arroyos de Nora nadan peces fríos, truchas calientes. Todo es un vasto invernáculo donde los animales alcanzan un tamaño excepcional, alimentados a la fuerza por aires contra natura. Entran en casa de Nora el viernes con la ropa limpia, se van el lunes dejando las sábanas mojadas y sucias, ¡sintiéndose como si entretanto hubieran inspirado, pintado y vivido todas las Tentaciones del Bosco, el Infierno, el Juicio Final y la Condenación! Vive en casa de Nora y es como si estuvieras en la boca caliente de un gigante, deliciosamente pegoteado y mordisqueado a cada momento. Pasarás por esa casa como vituallas. Cuando te haya sido extraída la última gota de salsa agrídulce y te hayan sorbido el tuétano de esos azucarados huesos de muchacho, te descubrirás arrumbado en una fría estación pueblerina de zinc, solo en la lluvia.

—¿Estoy recubierto de enzimas? —grité para tapar el rugido del motor—. No hay casa que pueda destrozar los elementos o alimentos de mi Pecado Original.

—¡Loco! —dijo riendo la duquesa—. ¡Ya te veremos parte del esqueleto el domingo a la mañana!

Dejé los recuerdos atrás cuando salí del bosque entre los chirridos de una patinada, y aminoré la velocidad porque la fricción misma de la belleza tranquilizaba el corazón, la mente, la sangre, y por lo tanto el pie en el acelerador.

Allí debajo de un cielo azul como un lago junto a un lago azul como el cielo estaba la querida casa de Nora, la gran mansión llamada Grynwood. Anidaba en las colinas más redondas junto a los árboles más altos del bosque más profundo del Eire. Tenía torres enigmáticas, construidas mil años atrás por gentes no recordadas y arquitectos desconocidos. Los jardines habían florecido por primera vez quinientos años atrás y entre viejas tumbas y criptas había edificios desparramados doscientos años antes en una explosión creadora. Aquello era el refectorio de un convento que los hacendados convirtieron en caballeriza, nuevas alas construidas noventa años atrás. Por el lado del lago se alzaba un pabellón de caza en ruinas donde los caballos salvajes se sumergían en la verde sombra mentolada para hundirse luego en la hierba verde agua junto a estanques todavía más fríos y tumbas aisladas de muchachas cuyos pecados habían sido tan enormes que aun en la muerte estaban reducidas a la soledad, ocultas en la obscuridad de la fronda.

Como en una brillante bienvenida, el sol encendió unos vastos tintineos en decenas de ventanas. Enceguecido, frené bruscamente. Entornando los ojos, me pasé la lengua por los labios.

Recordé mi primera noche en Grynwood. La propia Nora abrió la puerta

principal. De pie, completamente desnuda, anunció:

—Llegas demasiado tarde. ¡Todo ha terminado!

—Tonterías. Ten esto, muchacho, y esto. Tras de lo cual la duquesa, en tres rápidos movimientos, se quedó en cueros como un gusano en el umbral ventoso.

Yo estaba despavorido, teniéndole la ropa.

—Entra muchacho, te vas a quedar duro.

Y la duquesa desnuda caminó serenamente entre la gente bien vestida.

—Vencida en mi propio juego —exclamó Nora—. Ahora, para competir, tengo que volver a vestirme. Y yo que quería escandalizarte.

—No te preocupes —dije—. Lo has conseguido.

—Ayúdame a vestirme.

En la alcoba nos enredamos en las ropas de Nora, tiradas en montones con perfume a musgo sobre el piso de parquet.

—Sostén los calzones mientras me meto en ellos. Tú eres Charles, ¿no?

—Mucho gusto —me ruboricé, y enseguida estallé en un ataque de risa incontenible—. Perdóname —dije al fin, abrochándole el corpiño por detrás—, pero comienza la noche y estoy *vistiéndote*. Yo...

Una puerta se golpeó en alguna parte. Eché una mirada alrededor buscando a la duquesa.

—No está —murmuré—. La casa ya se la comió.

Cierto. No volví a ver a la duquesa hasta la lluviosa mañana del martes que ella había predicho. Para ese entonces yo me había olvidado de mi nombre, mi cara, y el alma detrás de la cara.

—Dios mío —dije—. ¿Qué es eso, y *eso*?

Siempre vistiendo a Nora habíamos llegado a la puerta de la biblioteca. Dentro, como un brillante laberinto de espejos, giraban los invitados del fin de semana.

—Eso —señaló Nora—, el Ballet Cívico de Manhattan electropropulsado sobre hielo. A la izquierda, los Bailarines de Hamburgo, electropropulsados en dirección opuesta. Divino reparto. Gentes de ballets enemigos, incapaces de mostrar por dificultades del lenguaje todo el desprecio y el vitriolo que hay en ellos. Tienen que mimar una pelea de gatos. Apártate, Charlie. La Valkiria ha de convertirse en Doncella del Rin. Y esos muchachos *son* Doncellas del Rin. ¡Cuida el flanco!

Nora tenía razón.

Se libró la batalla.

Los lirios atigrados saltaron unos sobre otros, balbuceando idiomas. En seguida se apartaron, frustrados, avergonzados. En un bombardeo de puertas que se golpeaban, los enemigos se precipitaron en innumerables habitaciones. Lo que era horror se convirtió en horrible amistad y lo que era amistad se convirtió en hornadas humeantes de un afecto desvergonzado y, gracias a Dios, oculto.

Después de esto hubo un alud de candelabro de cristal: poetas-coreógrafos-artistas-escriutores que bajaron la cuesta empinada y veloz del fin de semana.

En algún lugar quedé preso y fui barrido por el montón de carne que se encaminaba derecho a un choque con la realidad de tía solterona del lunes a mediodía.

Ahora, después de muchas pasadas fiestas, después de muchos pasados años, allí estaba yo.

Y allí estaba la residencia de Grynwood, muy tranquila. No había música. No llegaban coches.

Hola, pensé. Una nueva estatua sentada junto a la orilla. Hola de nuevo. No era una estatua... sino Nora en persona, sentada sola, las piernas recogidas bajo el vestido, la cara pálida, contemplando a Grynwood como si yo no hubiera llegado, como si yo no fuera visible.

—¿Nora...?

La mirada de Nora estaba tan clavada en las alas de la casa, en los musgosos tejados y en las ventanas llenas de cielo vacío, que yo también me volví a mirar.

Había algo que no andaba bien. ¿Se había hundido la casa medio metro en la tierra? ¿O la tierra se había hundido todo alrededor, dejándola encallada y perdida en el aire vivo y desapacible?

La puerta principal de Grynwood estaba abierta de par en par. Desde esa puerta me llegaba el aliento de la casa.

Sutil. Como despertar de noche para sentir el aire caliente que sale de la nariz de la mujer de uno, pero aterrado de pronto porque el perfume del aliento ha cambiado, ¡huele a otra persona! Queremos despertarla, llamarla por el nombre. ¿Quién es, cómo, qué? Pero sintiendo los golpes del corazón, nos quedamos allí, insomnes, acostados junto a una extraña.

Caminé. Sentí mi imagen presa en mil ventanas: se acercaba por la hierba a la silenciosa Nora.

Mil yos se sentaron calmosamente.

Nora, pensé. Dios querido, aquí estamos de nuevo.

Aquella primera visita a Grynwood...

Y luego nos habíamos encontrado aquí y allá a lo largo de los años como gentes que se rozan en una multitud, como amantes en un pasillo y extraños en un tren, y cuando el silbato anunciaba la próxima y rápida parada nos tocábamos las manos o dejábamos que nuestros cuerpos fueran rozados por la multitud que salía empujándose al abrirse de par en par las puertas; la gente nos arrastraba, y luego no más contactos, no más palabras, nada durante años.

O era como si a mediodía en pleno verano todos los años huyéramos del camino de la vida, sin soñar jamás que pudiéramos volver y chocar atraídos por una mutua necesidad. Y entonces de algún modo terminaba otro verano, un sol se ponía y allí llegaba Nora arrastrando un vacío cubo de arena y aquí llegaba yo con costras en las rodillas, y la playa estaba vacía y una estación rara había concluido, y sólo nosotros quedábamos para decir Hola Nora, Hola Charles, mientras el viento se levantaba y el

mar se obscurecía como si de pronto pasara nadando un gran cardumen de calamares envueltos en tinta.

Muchas veces me pregunté si llegaría el día en que habiendo dado toda la vuelta nos quedáramos quietos. Quizá doce años atrás, en alguna parte, había habido un momento, inestable como una pluma en la punta de un dedo, en que con nuestro aliento soplando de cada lado habíamos mantenido el amor encendido y en perfecto equilibrio.

Pero eso fue porque me había topado con Nora en Venecia, con las raíces empaquetadas, lejos de su casa, lejos de Grynwood, donde pertenecía realmente a algún otro, quizá a mí.

Pero en cierto modo nuestras bocas habían estado demasiado ocupadas la una con la otra como para pedir permanencia. Al día siguiente, mientras nos curábamos los labios hinchados por los mutuos asaltos, no tuvimos fuerzas para decir siempre como ahora, más mañanas así, una casa en cualquier parte, no Grynwood, nunca más Grynwood, ¡quédate!

Quizá la luz del mediodía era cruel, quizá revelaba los poros excesivos de la gente.

O quizá, con más exactitud, los niños malcriados se aburrían de nuevo. ¡O les aterraba una prisión de dos! Cualquiera que fuese la razón, la pluma, una vez levantada brevemente por el aliento del champán, se vino abajo.

Nadie supo quién dejó de soplar primero. Nora alegó un telegrama urgente y voló a Grynwood.

El contacto se había interrumpido. Los niños mimados nunca escribieron. No supe qué castillos de arena había derribado Nora. Nora no supo qué madras de la India había sangrado color con el sudor de la pasión que me mojaba la espalda. Me casé. Me divorcié. Viajé.

Y allí estábamos de nuevo, venidos de direcciones opuestas al final de un día extraño junto a un lago familiar, llamándonos el uno al otro sin llamarnos, corriendo el uno hacia el otro sin movernos, como si no hubiésemos estado separados durante años.

—Nora —le tomé la mano. Estaba fría—. ¿Qué ha pasado?

—¿Pasado?! —Nora se rió, luego calló, mirando a otra parte. De pronto volvió a reírse, con esa risa difícil que podía instantáneamente mudarse en lágrimas—. Oh, mi querido Charles, piensa de veras, piénsalo todo, salta el aro y vuelve a sueños maníacos. ¿Qué ha pasado, Charlie, qué ha pasado?

Nora se quedó terriblemente quieta.

—¿Dónde están los criados, los huéspedes...?

—La fiesta —dijo Nora— fue anoche.

—¡Imposible! Tus fiestas no empiezan y terminan la noche del viernes. Los domingos siempre han visto tu césped sembrado de pobres diablos envueltos en sábanas. ¿Por qué?

—¿Por qué te invité hoy, quieres decir, Charles? —Nora seguía mirando la casa —. Para darte Grynwood. Un regalo, Charlie, si puedes obligarla a que te deje quedarte, si te aguanta...

—¡No quiero la casa! —estallé.

—Ah, no se trata de que la quieras, sino de que ella te quiera a ti. Nos ha echado a todos, Charlie.

—¿Anoche...?

—Anoche la última gran fiesta en Grynwood no resultó. El Aga mandó a una chica fabulosa desde Niza. Roger, Percy, Evelyn, Vivian, Jon estaban aquí. Aquel torero que casi mató al dramaturgo por la bailarina estaba aquí. El dramaturgo irlandés que se cae borracho del escenario estaba aquí. Noventa y siete invitados hormigueaban en esa puerta entre las cinco y las siete de ayer. A medianoche se habían ido.

Crucé el césped.

Sí, todavía frescas en la hierba las marcas de neumáticos de tres docenas de automóviles.

—No nos hubiera permitido hacer la fiesta, Charles —dijo Nora débilmente.

Me volví desconcertado.

—¿Quién? ¿La casa?

—Oh, la música era espléndida pero llegaba hueca arriba. Escuchamos nuestras carcajadas que volvían como fantasmas desde los salones más altos. La fiesta falló. Los *petits fours* se nos quedaban atravesados en la garganta. El vino nos chorreaba por la barbilla. Nadie se fue a la cama ni siquiera tres minutos. ¿No parece mentira? Pero todos recibieron el Premio del Merengue Blando y se fueron y yo dormí a la intemperie toda la noche. ¿Sabes por qué? Ve a mirar, Charlie.

Caminamos hasta la puerta abierta de Grynwood.

—¿Qué tengo que mirar?

—Todo. Todas las habitaciones. La casa misma. El misterio. Adivina. Y cuando hayas imaginado mil cosas, te diré por qué no puedo volver a vivir aquí de nuevo, por qué debo irme, por qué Grynwood es tuya si la quieres. Entra, solo.

Avancé despacio por el hermoso parquet de madera dura color amarillo leonado del gran vestíbulo. Contemplé en la pared el tapiz de Aubusson. Examiné en una vitrina los antiguos medallones griegos de mármol blanco sobre fondo de terciopelo azul.

—Nada —grité a Nora allí afuera en las últimas horas de la tarde, cada vez más frías.

—No. Todo —gritó—. Sigue.

La biblioteca era un profundo mar cálido de olor a cuero donde cinco mil libros hacían centellear sus encuadernaciones de sobado color jerez, lima y limón. Los ojos dorados, los títulos brillantes resplandecían en hileras. Sobre la chimenea que podía haber albergado una docena de pilas de leña, colgaban las exquisitas *Muchachas* y

flores de Gainsborough, que habían calentado a la familia durante generaciones. Era un portal abierto al tiempo estival. Uno hubiese querido asomarse y oler los mares de flores silvestres, tocar las cosechas de muchachas como duraznos, escuchar la maquinaria de las abejas dando puntadas brillantes en el aire encantado.

—¿Qué tal? —dijo una voz lejana.

—¡Nora! —grité—. Ven. ¡No hay nada que temer! ¡Todavía entra la luz del día!

—No —dijo tristemente la voz lejana—. El sol se está poniendo. ¿Qué es lo que ves, Charlie?

—De nuevo en el vestíbulo, la escalera de caracol. La sala. Ni una mota de polvo en el aire. Estoy abriendo la puerta de la bodega. Un millón de barriles y botellas. Ahora la cocina. ¡Nora, esto es cosa de locos!

—¿Ah, sí? —gimió la voz lejana—. Vuelve a la biblioteca. Párate en el centro de la habitación. ¿Ves el cuadro de Gainsborough *Muchachas y flores*, que siempre te gustó?

—Ahí está.

—No, no está. ¿Ves el humidificador florentino?

—Lo veo.

—No lo ves. ¿Ves el sillón de cuero donde te sentabas a tomar jerez con papá?

—Sí.

—No —suspiró la voz.

—Sí, ¿no? ¡Basta ya, Nora!

—Vaya si basta, Charlie. ¿No adivinas? ¿No *sientes* lo que le ha pasado a Grynwood?

Sentí un dolor al volverme. Husmeé el aire extraño.

—Charlie —dijo Nora, lejos, junto a la puerta abierta—... hace cuatro años —añadió débilmente— Grynwood ardió hasta los cimientos.

Corrí. Encontré a Nora pálida junto a la puerta.

—¿Qué ocurrió?

—Se quemó hasta los cimientos —dijo Nora—. Toda. Hace cuatro años.

Di tres largos pasos hacia afuera y miré las paredes y las ventanas.

—¡Nora, ahí está todo, en pie!

—No, Charlie, no. Eso no es Grynwood.

Toqué la piedra gris, el ladrillo rojo, la hiedra verde. Pasé la mano por la puerta española tallada.

—No puede ser.

—Sí —dijo Nora—. Todo nuevo. Todo, desde las piedras del sótano. Nuevo, Charles. Nuevo.

—¿Esta puerta?

—Enviada desde Madrid, el año pasado.

—¿Este pavimento?

—Tallado cerca de Dublin, hace dos años. Las ventanas vinieron de Waterford

esta primavera.

Entré por la puerta principal.

—¿Y el parquet?

—Terminado en Francia y enviado el otoño último.

—Pero ¿y ese tapiz?

—Tejido cerca de París, colgado en abril.

—¡Pero es absolutamente idéntico, Nora!

—Sí, ¿verdad? Viajé a Grecia para conseguir duplicados de los mármoles. La vitrina la mandé hacer en Rheims.

—¡La biblioteca!

—Todos los libros encuadernados de la misma manera, con el mismo tafílete de oro, puestos en anaqueles iguales. Sólo la reproducción de la biblioteca costó cien mil libras.

—Igual, igual, Nora —exclamé, maravillado—, santo Dios, igual —y estábamos en la biblioteca y señalé el humidificador de plata florentina—. ¿Esto, naturalmente, se salvó del incendio?

—No, no, soy una artista. Recuérdalo. Hice bocetos, llevé los dibujos a Florencia. Terminaron la falsificación en julio.

—¿Las *Muchachas y flores*, de Gainsborough?

—¡Mira de cerca! Es obra de Fritzi. Fritzi, aquel horrible pintor beatnik, de Montmartre, ¿recuerdas? ¿El que arrojaba pintura sobre la tela y la hacía volar sobre París como un barrilete para que el viento y la lluvia la embellecieran, y luego la vendía a precios exorbitantes? Bueno, Fritzi, resultó ser un fanático vergonzante de Gainsborough. Me mataría si supiera que te lo he dicho. Pintó estas *Muchachas* de memoria, ¿no están bien?

—Muy bien, oh Dios, Nora, ¿me dices la verdad?

—Ojalá no fuera así. ¿Crees que he estado enferma de la cabeza, Charles? Claro que podrías pensarlo. ¿Crees en el bien y en el mal, Charlie? Yo no creía. Pero ahora, de pronto, me siento vieja y como llovida. He chocado con los cuarenta, los cuarenta han chocado conmigo, como una locomotora. ¿Sabes lo que pienso?... que la casa se destruye a sí misma.

—¿Qué?

Nora se fue a atisbar en los salones donde las sombras se juntaban ahora, naciendo de la última luz.

—La primera vez que dispuse de mi dinero, a los dieciocho años, cuando la gente decía Culpa yo decía Tontería. Ellos gritaban Conciencia. ¡Yo gritaba Disparate Crapuloso! Pero en aquellos días el barril de la lluvia estaba vacío. Mucha lluvia extraña ha caído desde entonces y se ha juntado en mí, y para mi fría sorpresa me encuentro al borde del viejo pecado y sé que hay conciencia y hay culpa.

"Hay mil manchas en mí, Charles.

"Esos muchachos empujaron y se enterraron allí. Cuando se retiraban, Charles, yo

creía que se retiraban. Pero no, no, ahora estoy segura de que no hay uno solo cuya barba, cuya envenenada y encantadora espina no se me haya quedado clavada en la carne, en un lugar o en otro. Dios, Dios, como amé esas barbas, esas espinas. Dios, cómo me gustaba que me pincharan y magullaran. Pensé que las medicinas del tiempo y el viaje podían curar las marcas de los apretones. Pero ahora sé que soy toda impresiones digitales. No hay una pulgada de mi carne, Chuck, que no sea una muestra de impresiones palmares y de huellas digitales. He sido apuñalada por un millar de muchachos encantadores y pensé que no sangraba, pero Dios mío, sangro ahora. He estado sangrando en toda esta casa. Y mis amigos, que negaban la culpa y la conciencia, mediante un esfuerzo subterráneo de la carne han quedado atrapados aquí y se han sacudido e insultado unos a otros y han sudado sobre los pisos y han baleado las paredes con angustias y descendimientos, cargando todos las cruces de los otros. La casa ha sido atacada por asesinos, Charlie, cada uno tratando de matar la soledad del otro con las cortas espadas, sin que nadie encontrara tregua, sólo el gemido de un breve aflojamiento.

"No creo que nunca haya habido una persona feliz en esta casa, Charles, ahora lo veo.

"Oh, todo *parecía* feliz. Cuando se oyen tantas risas, se bebe tanto, se encuentran sandwiches humanos en todas las camas, sabrosos bocados rosados y blancos, uno piensa: ¡qué alegría, qué felicidad!

"Pero es mentira, Charlie, tú y yo lo sabemos, y la casa bebió la mentira de mi generación y antes la de mi padre y antes la de mi abuelo. Fue siempre una casa feliz, es decir, una propiedad terrible. Aquí los asesinos se han herido entre sí durante doscientos años. Las paredes chorreaban. Había algo pegajoso en las fallebas de las puertas. El verano envejeció en el marco de Gainsborough. De modo que los asesinos venían y se iban, Charlie, y dejaban pecados y memorias de pecados que la casa conservaba.

"Y cuando uno ha percibido tanta obscuridad, Charlie, tiene que vomitarla, ¿no es cierto?

"Mi vida es mi emético. Me ahogo en mi propio pasado.

"Lo mismo le ocurrió a la casa.

"Y por último, libre de culpa, terriblemente triste, una noche oí el roce de viejos pecados que se restregaban entre sí en las camas del desván. Y con esa combustión espontánea, la casa ardió. Escuché el fuego primero en la biblioteca, donde devoraba volúmenes. Después lo escuché en la bodega bebiéndose el vino. En ese momento yo estaba del lado de afuera de la ventana bajo la hiedra, con los criados. Comimos a la orilla del lago a las cuatro de la mañana con champán y bizcochos traídos del pabellón del guardián. Los bomberos llegaron del pueblo a las cinco y vieron cómo se hundían los tejados y unos surtidores de chispas subían a las nubes y a la luna que se ocultaba. Les dimos champán y vimos morir a Grynwood, de modo que al alba no había nada.

"Tenía que destruirse a sí misma, ¿no es cierto, Charlie? Había tanta depravación de mi gente y mía.

Nos quedamos en el vestíbulo frío. Por último me puse en movimiento y dije:

—Me imagino que sí, Nora.

Entramos en la biblioteca, donde Nora sacó unos planos y una veintena de cuadernos.

—Fue entonces, Charlie, cuando tuve esa inspiración. Construir Grynwood de nuevo. ¡Un rompecabezas gris! Fénix renacido de un tacho de basura. De modo que nadie supiese que había muerto enferma. Ni tú, Charlie, ni ningún amigo del mundo; que todos siguieran ignorando. Mi culpa por la destrucción de la casa era inmensa. Qué suerte ser rica. Una puede comprar un cuerpo de bomberos con champán y los diarios del pueblo con cuatro cajones de ginebra. A un kilómetro de distancia no se supo que Grynwood había quedado reducida a trapos y cenizas. Ya habría tiempo más adelante para anunciarlo al mundo. ¡Ahora, a trabajar! Y corrí a mi abogado de Dublin, donde mi padre había archivado planes arquitectónicos y detalles de interiores. Estuve sentada durante meses con un secretario, juntando palabras y convocando lámparas griegas, tejas romanas. Entorné los ojos para recordar cada afelpado centímetro de alfombra, cada fleco, cada adorno de cielo raso rococó, todo, los ornamentos de bronce, los morillos, las llaves de luz, los cerrojos, las fallebas. Y cuando completamos la lista de treinta mil artículos, volé en busca de carpinteros a Edimburgo, de tejadores a Siena, de picapedreros a Perugia, que martillaron, clavaron, armaron, cincelaron e instalaron durante cuatro años, y yo, Charlie, visité la fábrica de los alrededores de París para vigilar a las arañas que tejían los tapices y las alfombras. Anduve de caza en Taterford mientras miraba cómo soplaban mis vidrios.

"Oh, Charles, no creo que haya ocurrido nunca, ¿figura en la historia?; que alguien devolviese a su apariencia primera, punto por punto, algo que estaba destruido del todo. ¡Olvida el pasado, deja los huesos en paz! Bueno, yo no, pensé, no: Grynwood se levantaría y sería como siempre había sido. Pero, con la apariencia de la vieja Grynwood, tendría la ventaja de ser realmente nueva. Un nuevo comienzo, pensé, y mientras la construía llevé una vida tan tranquila, Charles. El trabajo era bastante como aventura.

"Cuando la casa estuvo terminada pensé que yo misma estaba terminada. Mientras contribuía a su renacimiento, contribuía a mi propia alegría. Al fin, pensé, viene una persona feliz a Grynwood.

"Y hace dos semanas quedó terminada y acabada, tallada la última piedra, colocada la última teja.

"Y mandé invitaciones por el mundo entero, Charlie, y anoche llegaron todos, un puñado de celebridades de Nueva York, que olían al árbol del pan, el fundamento de la vida. Un equipo de muchachos atenienses de pies ligeros. Un *Corps de ballet* negro de Johannesburgo. Tres bandidos sicilianos, ¿o eran actores? Diecisiete señoras violinistas que podían ser violadas cuando dejaban los violines y se alzaban las

faldas. Cuatro campeones de polo. Un tenista para cambiarme las cuerdas de las tripas. Y un poeta francés encantador. Dios mío, Charles, iba a ser una magnífica, grandiosa reapertura de la Mansión del Fénix, Nora Gryndon, propietaria. ¿Cómo iba yo a saber o imaginar que la casa no nos quería aquí?

—¿Puede una casa querer o no querer?

—Sí, cuando es muy nueva y todos los demás, no importa qué edad tengan, son muy viejos. Ella era recién nacida. Nosotros viejos y moribundos. Ella era buena. Nosotros malos. Quería seguir siendo inocente. Por eso nos echó.

—¿Cómo?

—Justamente, siendo ella misma. Aquietaba tanto el aire, Charlie, que no lo hubieras creído. Todos sentimos que alguien había muerto.

Al cabo de un rato, sin que nadie dijera nada, la gente se metió en los coches y se fue. La orquesta dejó de hacer música y se escapó en diez limousinas. Todos los invitados salieron por la avenida del lago, como para un picnic nocturno, pero no, iban al aeropuerto o a los barcos o a Galway, todos helados, sin hablar, y la casa vacía, y los sirvientes mismos yéndose, pedaleando en las bicicletas y yo sola en la casa, terminada la última fiesta, la fiesta que no se hizo, que nunca podría empezar. Como dije, dormí en el césped toda la noche, sola con mis viejos pensamientos y supe que ése había sido el fin de todos los años, porque yo era ceniza y la ceniza no puede edificar. El pájaro nuevo, grande, hermoso, estaba posado en la sombra, ensimismado. La casa odiaba mi respiración en la puerta de atrás. Yo había terminado. La casa empezaba.

Nora había concluido la historia.

Estuvimos sentados largo rato en silencio al final de la tarde mientras la obscuridad se juntaba llenando las habitaciones y asomando los ojos por las ventanas. Un viento rizó el lago.

—No puede ser todo cierto —dije—. Seguramente *puedes* quedarte aquí.

—Una prueba final, para que no me discutas de nuevo. Trataremos de pasar aquí la noche.

—¿Trataremos?

—No conseguiremos llegar al alba. Friamos unos huevos, tomemos un poco de vino y vayámonos a la cama temprano. Pero acuéstate sobre la manta, vestido. Me imagino que necesitarás la ropa rápidamente.

Comimos casi en silencio. Bebimos vino. Escuchamos las nuevas horas que daban los nuevos relojes de bronce en todos los lugares de la nueva casa.

A las diez Nora me envió a mi habitación.

—No tengas miedo —me dijo en el rellano—. La casa no quiere hacernos daño. Teme simplemente que nosotros le hagamos daño a ella. Me quedará leyendo en la biblioteca. Cuando estés dispuesto a irte, a cualquier hora que sea, ven a buscarme.

—Dormiré a pata suelta.

—¿Ah sí? —dijo Nora.

Y me fui a la nueva cama y me tendí en la obscuridad fumando, sin sentirme asustado o envalentonado, esperando que ocurriera algo, si es que ocurría algo.

A medianoche yo no dormía.

A la una seguía despierto.

A las tres no había pegado los ojos.

La casa no crujía, no suspiraba, no murmuraba. Esperaba, como esperaba yo, respirando junto conmigo.

A las tres y media de la mañana la puerta de mi habitación se abrió lentamente.

Era un simple movimiento de la obscuridad en la obscuridad. Sentí el paso del viento por las manos y la cara.

Me senté lentamente en la obscuridad.

Pasaron cinco minutos. El corazón me latía más despacio.

Y después, abajo, muy lejos, oí que se abría la puerta de entrada.

De nuevo, ni un crujido, ni un susurro. Sólo el chasquido y el paso tenebroso del viento en los corredores.

Me levanté y salí al vestíbulo.

Desde lo alto de la escalera vi lo que esperaba: la puerta de entrada abierta. La luz de la luna anegaba el parquet y brillaba en el nuevo reloj del abuelo que marchaba con un tic tac brillante, recién aceitado.

Bajé y salí por la puerta de entrada.

—Aquí estás —dijo Nora, de pie junto a mi coche en el sendero.

Me acerqué.

—No oíste nada —dijo Nora— y sin embargo oíste algo, ¿no es cierto?

—Es cierto.

—¿Estás dispuesto a irte ahora, Charles?

Miré la casa.

—Casi.

—Ahora sabes, ¿verdad?, que todo ha terminado. ¿Sientes, seguramente, que es el alba de un nuevo día? Y siente mi corazón, mi alma latiendo pálida y mohosa dentro de mi corazón, mi sangre tan negra, Charlie, muchas veces la has sentido bajo tu propio cuerpo, tú sabes lo vieja que soy. Tú sabes lo llena que estoy de mazmorras y suplicios y tardes y horas azules de crepúsculos franceses. Bueno...

Nora miró la casa.

—Anoche, mientras estaba en la cama a las dos de la mañana, sentí que la puerta principal se abría. Supe que toda la casa se inclinaba para soltar el picaporte y mover la puerta. Me paré en lo alto de las, escaleras. Y mirando hacia abajo vi el lago de luna recién formado en el vestíbulo. Y era como si la casa dijese: éste es el camino que has de seguir, pisa la luz, camina por el nuevo sendero de leche y fuera, vete, vieja, vete con tu obscuridad. Estás preñada. Tienes en el vientre un fantasma de goma agria. Nunca nacerá. Y como no puedes dejarlo caer, un día será tu muerte. ¿Qué estás esperando?

"Bueno, Charles, tuve miedo de bajar y de cerrar aquella puerta. Y sabía que era cierto, no volvería a dormir más. De modo que bajé y salí.

"Tengo en Ginebra una casa vieja, oscura y pecadora. Allí iré a vivir. Pero tú eres más joven y más nuevo, Charlie, por eso quiero que esta casa sea tuya.

—No tan joven.

—Más joven que yo.

—No tan nuevo. La casa quiere que yo me vaya, Nora. La puerta de mi cuarto, justo ahora. Se abrió también.

—Oh, Charlie —susurró Nora y me tocó la mejilla—. Oh, Charlie —y luego, suavemente—, lo siento.

—No lo sientas. Nos iremos juntos.

Nora abrió la puerta del coche.

—Déjame conducir. He de conducir ahora, muy rápido, todo el camino a Dublin. ¿No te importa?

—No. ¿Pero y tu equipaje?

—Está allí, la casa puede guardárselo. ¿Dónde vas?

Me detuve.

—Tengo que cerrar la puerta principal.

—No —dijo Nora—. Déjala abierta.

—Pero... entrará la gente.

Nora rió en silencio.

—Sí. Pero sólo gente buena. De modo que está bien, ¿no es cierto?

Finalmente asentí.

—Sí. Está bien.

Volví junto a mi coche, poco dispuesto a irme. Se estaban juntando nubes. Empezaba a nevar. Unas delicadas hojas sueltas caían del cielo iluminado por la luna, tan inocentemente suaves como la charla de los ángeles.

Subimos al coche y cerramos las puertas de golpe. Nora puso en marcha el motor.

—¿Listo? —dijo.

—Listo.

—¿Charlie? —dijo Nora—. Cuando lleguemos a Dublin, ¿dormirás conmigo, lo que se dice dormir, los próximos días? Necesitaré a alguien los próximos días, ¿sí?

—Desde luego.

—Quisiera —dijo Nora, y se le llenaron los ojos de lágrimas—. Oh Dios, cómo quisiera quemarme de arriba abajo y empezar de nuevo. Quemarme de manera que yo pudiese ir a la casa ahora y vivir para siempre como una campesina colmada de fresas y crema. Ah, diablos, cuántas palabras.

—Vamos, Nora —dijo, suavemente.

Y aceleró el motor y salimos del valle a lo largo del lago, y los pedruscos saltaban atrás, y subimos por las colinas y cruzamos el profundo bosque nevado y cuando llegábamos a la última cuesta, las lágrimas de Nora habían desaparecido, no miraba

hacia atrás y anduvimos a cien por la nieve densa y la noche cerrada hacia un horizonte más oscuro y una fría ciudad de piedra, y todo el tiempo, sin abandonarla una sola vez, le tuve apretada una mano, en silencio.

Canto el cuerpo eléctrico

¡ABUELA!

Recuerdo su nacimiento.

Espera, dices, ningún hombre recuerda el nacimiento de su propia abuela.

Sí, pero nosotros recordamos el día en que nació.

Porque nosotros, los nietos, le dimos la bofetada que la trajo a la vida. ¡Timothy, Agatha y yo, Tom, alzamos la mano y la bajamos con un enorme chasquido! Sacudimos los fragmentos y pedazos, las partes y muestras, las texturas y sabores, los humores y destilaciones que moverían la aguja de la brújula hacia el norte para refrescarnos, hacia el sur para calentarnos y confortarnos, hacia el este y el oeste para dar la vuelta al mundo interminable, que le animaría los ojos para que nos conociera, la boca para que nos cantara hasta que nos quedáramos dormidos en la noche, las manos para que nos tocara y nos despertara al alba.

Abuela, querido y maravilloso sueño eléctrico...

Cuando los relámpagos de la tormenta corren en circuitos por el cielo, entre las nubes, el nombre de la abuela centellea en el interior de mis párpados. A veces la oigo todavía con su tictac, canturreando sobre nuestras camas en la penumbra. Pasa como un fantasma puntual por los largos aposentos de la memoria, como una colmena de abejas intelectuales que bullen tras el Espíritu de los Veranos Perdidos. A veces todavía siento la sonrisa que aprendí de ella, y que me imprimió en la mejilla a las tres de la madrugada...

¡Muy bien, muy bien! exclamas, ¿cómo fue el día en que nació tu maldita y maravillosa abuela, tu terrible y adorable abuela?

Fue la semana del fin del mundo...

Nuestra madre había muerto.

Un día, al final de la tarde, un coche negro nos dejó a papá y a nosotros tres desamparados delante de casa, contemplando el césped, pensando:

No es nuestro césped. Ahí están los mazos de croquet, las pelotas, los aros, sí, tal como cayeron y quedaron tres días atrás, cuando papá salió tambaleándose, llorando con las noticias. Están los patines que pertenecieron a un niño, yo, que nunca volverá a ser niño. Sí, y el columpio neumático en el viejo roble, pero Agatha tiene miedo de columpiarse. Seguramente el columpio se rompería, se caería.

¿Y la casa? Dios mío...

Espiamos por la puerta principal, preocupados por los ecos confusos que podríamos encontrar en los pasillos; esa especie de clamor que se levanta cuando se han sacado todos los muebles y no queda nada para suavizar el río de palabras que fluye continuamente en una casa. Y ahora la pieza cálida y principal de un delicioso mobiliario se había ido para siempre.

La puerta se abrió de par en par.

El silencio salió a la calle. En alguna parte una puerta de sótano había quedado abierta y un viento desapacible con olor a tierra húmeda venía de debajo de la casa.

¡Pero, pensé, nosotros no tenemos un sótano!

—Bueno —dijo papá.

No nos movimos.

Tía Clara llegó por el sendero en su gran limousine color canario.

Entramos por la puerta de un salto. Corrimos a nuestras habitaciones.

Los oímos gritar y hablar y gritar y hablar: ¡Deja que los niños vivan conmigo!, decía tía Clara. ¡Prefiero que se mueran!, decía papá.

Un portazo. Tía Clara se había ido.

Bailábamos casi. Después recordamos lo que había pasado y bajamos.

Papá estaba sentado solo hablando consigo mismo o con el fantasma, que venía de los tiempos anteriores a la enfermedad de mamá, y que ahora se había soltado al golpearse la puerta. Les hablaba en voz baja a las manos, a las palmas vacías:

—Los chicos necesitan a alguien. Yo los quiero, pero miremos la cosa de frente: tengo que trabajar para que comamos todos. Tú los quieres, Ann, pero te has ido. ¿Y Clara? Imposible. Los quiere pero los ahoga. ¿Y las criadas, las niñeras...?

Aquí papá suspiró y nosotros suspiramos con él, recordando.

Nuestra suerte con las criadas, institutrices o niñeras había sido más que intolerable. Ni una que no anduviera a contrapelo. No había nada mejor para describirlas que las hachas de mano y los huracanes, cuando no eran alicaídas, desinfladas como un buñuelo frío. Nosotros los chicos éramos muebles invisibles para sentarse o sacarles el polvo o retapizarlos en primavera y otoño, con una limpieza anual en la playa.

—Lo que necesitamos —dijo papá— es una...

Todos nos inclinamos para oír el murmullo.

—... abuela.

—Pero —dijo Timothy con la lógica de los nueve años—, todas nuestras abuelas están muertas.

—En cierto sentido sí, en otro no.

Qué palabras bonitas y misteriosas las que había dicho papá.

—Mirad —dijo al fin.

Nos tendió un folleto plegado y multicolor. Se lo habíamos visto en las manos, de vez en cuando, durante varias semanas, y muy a menudo en los últimos días. Ahora, de una ojeada, mientras nos pasábamos el papel de mano en mano, supimos por qué tía Clara, insultada, ofendida, había salido bramando de la casa.

Timothy fue el primero en leer en voz alta lo que vio en la primera página:

—¡Yo canto el Cuerpo Eléctrico! —Eché a papá una mirada de reojo.

—¿Qué demonios significa?

—Sigue leyendo.

Agatha y yo echamos una mirada alrededor, temiendo que mamá pudiera entrar de pronto y oír la blasfemia, pero enseguida asentimos con un movimiento de cabeza, y Timothy leyó:

—«Fanto...».

—Fantoccini —apuntó papá.

—«Fantoccini Ltda. Le anticipamos... La respuesta a los problemas más graves de usted. Un Único Modelo, y miles de variantes que pueden añadirse, quitarse, subdividirse, indivisible, con Libertad y Justicia para todos».

—¿Dónde dice eso? —exclamamos.

—No lo dice. —Timothy sonrió por primera vez en muchos días.

—Tuve que meterlo yo. Esperen. Siguió leyendo:

—«Para usted que ha padecido *sitters* desatentas, niñeras a las que no se pueden confiar botellas de licor, y tíos y tías de buenas intenciones...».

—¡De buenas intenciones, pero!... —dijo Agatha, y yo le hice eco.

—«... hemos perfeccionado la primera Abuela Eléctrica humanoide, minicircuito recargable AC-DC marca V...».

—¿¡Abuela!?

El papel se deslizó al suelo.

—¿Papá?...

—No me miren de esa manera —dijo papá—. Estoy medio loco de pena, medio loco cuando pienso en el día de mañana y en el de pasado mañana. Que alguno recoja el papel. Termínenlo.

—Yo lo haré —dije, y leí—: «El Juguete es más que un Juguete; la Abuela Eléctrica Fantoccini está construida con amorosa precisión para dar un amor de increíble precisión a los hijos de usted. Nuestro objetivo es el niño a sus anchas en la realidad del mundo y en la realidad todavía mayor de la imaginación».

«Un sistema de calculadoras que le permite dar lecciones en doce lenguas simultáneamente, y pasar de una lengua a otra en un milésimo de segundo, sin hacer una pausa, y un conocimiento completo de la historia religiosa, artística y sociopolítica del mundo sembrado en la colmena del amo...».

—¡Es grandioso! —dijo Timothy—. ¡Parece que hablaran del cuidado de las abejas! ¡Abejas *educadas*!

—¡Cállate! —dijo Agatha.

—«Sobre todo —leí—, este ser humano, porque parece humano, esta encarnación de la humanidad en un facsímil electro-inteligente, escuchará, sabrá, hablará, reaccionará y amará a sus hijos en la medida en que puede decirse que estos Objetos grandiosos, estos Juguetes fantásticos Aman o se Preocupan. La Compañera Milagrosa, preparada para enfrentarse con el mundo grande y el pequeño, con el Mar Interior o el Universo Exterior, transmitirá por el tacto y la palabra, ¡hará Milagros a los Necesitados!».

—Los necesitados —murmuró Agatha.

Bueno, pensamos todos, tristemente, somos nosotros, oh, sí, somos nosotros.

Terminé:

—«No vendemos nuestra Creación a familias completas donde hay padres que pueden criar, modelar, cambiar, amar a sus propios hijos. Nada puede sustituir a los padres en el hogar. Pero hay familias en que la muerte, la mala salud o la invalidez minan el bienestar de los niños. Los orfanatos no solucionan nada. Las niñeras acostumbran a ser descuidadas, egoístas, o padecen de terribles enfermedades nerviosas».

«Así pues, con la mayor humildad y reconociendo la necesidad de rehacer, repensar y renovar nuestras concepciones de un mes a otro, de un año a otro, ofrecemos la cosa más parecida a la Relación Ideal Maestro-Amigo-Compañero-Pariente. Se puede convenir un período de prueba...».

—Basta —dijo papá—. No sigas. Ni siquiera yo puedo soportarlo.

—¿Por qué? —dijo Timothy—. A mí justamente empezaba a interesarme.

Doblé el folleto.

—¿Es cierto todo lo que dice?

—No se hable más del asunto —dijo papá, tapándose los ojos con la mano—. Era una idea absurda...

—No tan absurda —dije, echando una mirada a Tim—. Quiero decir, aunque lo intentaran, cualquier cosa que fabricasen no podría ser peor que la tía Clara, ¿no?

Hubo un rugido. Hacía meses que no nos reíamos. Y bastaba ahora mis palabras para que todos aullaran, bramaran y estallaran. Abrí la boca y grité también alegremente.

Cuando dejamos de reírnos, miramos el folleto y yo dije:

—¿Entonces?

Agatha frunció el ceño, resistiéndose.

—Yo...

—Necesitamos algo, ahora mismo —dijo Timothy.

—Yo tengo una mente amplia —dije, con mi mejor estilo pontifical.

—Hay una sola cosa —dijo Agatha—. Podemos probarla. Claro. Pero, por favor, ¿cuándo acabamos con toda esta charla y nuestra verdadera madre vuelve, y se queda?

Toda la familia contuvo "el aliento, como si Agatha, con un solo tiro, nos hubiera acertado a todos en el corazón.

Creo que ninguno de nosotros paró de llorar en toda la noche.

Era un día claro y brillante. El helicóptero nos balanceó ligeramente de arriba abajo entre los rascacielos y nos dejó salir, para una carrerita y unas cabriolas, en lo alto del edificio donde en grandes letras podía leerse desde el cielo: FANTOCCINI.

—¿Qué son los Fantoccini? —dijo Agatha.

—Es la palabra italiana para marionetas, creo, o los personajes imaginarios —dijo

papá.

—Pero *anticiparnos*, ¿qué significa?

—TRATAMOS DE ADIVINAR SU SUEÑO —dije.

—Bravo —dijo papá—. Sobresaliente.

Resplandecí.

El helicóptero sacudió unas sombras estrepitosas sobre nosotros y se fue.

Bajamos en un ascensor mientras se nos levantaba el estómago. Salimos a una alfombra mecánica que nos llevó en un río de lana azul delante de un mostrador sobre el que colgaban varios carteles:

LA TIENDA DEL RELOJ

Nuestra especialidad: los Fantoccini

Los conejos en las paredes no son un problema

—¿Los conejos en las paredes?

Extendí los dedos de perfil como delante de una vela encendida y moví las «orejas».

—Esto es un conejo, esto es un lobo, esto es un cocodrilo.

—Por supuesto —dijo Agatha.

Y llegamos al mostrador, envueltos en una música suave. Detrás de las paredes había un mecanismo de cascada que fluía suavemente. Cuando llegamos al mostrador la luz cambió para darnos un aspecto más cálido, más feliz, aunque todavía tuviéramos frío.

A nuestro alrededor, en nichos y cajones, colgando del cielo raso, suspendidos de alambres y cordeles, había títeres, marionetas, muñecas-cometas, balinesas translúcidas con esqueleto de bambú, y que expuestas a la luz de la luna podían mimar como acróbatas los sueños o las pesadillas más secretos. Pasábamos, y la brisa provocada por nuestros cuerpos movía las diversas almas colgadas en patíbulos. Era como un inmenso linchamiento en un día de fiesta, en alguna encrucijada inglesa, cuatrocientos años atrás.

¿Ves? Conozco la historia.

Agatha echó una ojeada incrédula que después se volvió un poco atemorizada y al fin fue una mirada de asco.

—Bueno, si es esto, vámonos.

—De ningún modo —dijo papá.

—Tú me regalaste una de esas tonterías con cordeles hace dos años—protestó Agatha —y los cordeles tenían millones de nudos a la hora de la cena. Lo tiré todo por la ventana.

—Paciencia —dijo papá.

—Veremos qué se puede hacer para suprimir los cordeles.

Había hablado el hombre que estaba detrás del mostrador.

Nos volvimos todos para echarle una mirada.

Como un empleado de pompas fúnebres, tenía la astucia de no sonreír. Los niños rechazan a las personas mayores que sonríen demasiado. Huelen una trampa, directamente.

Sin sonreír, pero ni tétrico ni pontificante, el hombre dijo:

—Guido Fantoccini, a las órdenes de usted. Aquí verá cómo funciona, señorita Agatha Simmons, once años.

Este sí que era un golpe maestro.

El hombre sabía que Agatha sólo tenía diez años. Añada un año, y habrá recorrido la mitad del camino. Agatha creció varios centímetros. El hombre continuó:

—Aquí está.

Y puso una llave dorada en la mano de Agatha.

—¿Para darles cuerda en lugar de cordeles?

El hombre asintió.

—Para darles cuerda.

—¡Puah! —dijo Agatha.

Que era su manera cortés de decir «una basura».

—Santa verdad. Aquí está la llave para Hágala usted mismo, Elija sólo la Mejor, la Abuela Eléctrica. Todas las mañanas usted le da cuerda. Por las noches deja que se le termine. Se la recomiendo. Usted es la guardiana de la llave.

El hombre apretó la llave en la palma de Agatha que lo miraba de reojo.

Yo lo observaba. Me hizo un guiño furtivo que significaba: ¿no es cierto que las llaves son divertidas?

Le devolví la guiñada antes que Agatha levantara la cabeza.

—¿Dónde se pone?

—Ya lo verá cuando llegue el momento. En medio de la barriga, quizá, o en la ventanilla izquierda de la nariz, o en la oreja derecha.

Esto se prestaba para una sonrisa mientras el hombre se ponía de pie.

—Por aquí, por favor. Un paso ligero. A la corriente móvil. Caminen sobre el agua, por favor. Sí. Así.

Nos ayudó a flotar. Dimos un paso de la alfombra siempre helada a la alfombra que se movía murmurando. Era un río sumamente agradable, y flotábamos sobre un tapete rodante que atravesaba los salones y nos llevaba a cavernas maravillosamente secretas y misteriosas donde las voces nos devolvían el eco de nuestra respiración o cantaban como Oráculos a nuestras preguntas.

—Escuchen —dijo el vendedor—, las voces de toda clase de mujeres. Comparen y busquen la adecuada...

Y las escuchamos, escuchamos todas las voces altas, suaves, fuertes, intermedias, medio regañonas, medio cariñosas que venían de tiempos anteriores a nuestro nacimiento.

Y detrás de nosotros, Agatha caminaba hacia atrás, luchando siempre con el río, sin alcanzarnos nunca, nunca con nosotros, alejándose.

—Hablen —dijo el vendedor—. Griten.

Y hablamos y gritamos.

—Hola. ¡Eh, tú! ¡Soy Timothy, ji!

—¿Qué diré? —grité—. ¡Socorro!

Agatha caminaba hacia atrás, con la boca apretada. Papá la tomó de la mano. Agatha gritó.

—¡Vamonos! ¡No, no! ¡No quiero que usen mi voz! ¡No quiero!

El vendedor movió tres diales de un aparatito que llevaba en la mano.

—¡Excelente!

En el lado del aparatito vimos tres ondas oscilográficas que se mezclaban, se fundían, y repetían nuestros gritos.

El vendedor tocó otro dial y oímos nuestras voces que volaban en las cavernas deificas y colgaban en el aire, se arracimaban, repetían palabras en todas partes, chillaban, y el vendedor rozaba otro botón para añadir quizá un toque de esto o una pizca de aquello, el hálito de una voz materna, o la voz paterna: un empalme de furia ante el diario de la mañana o la apacible voz de un solo trago al atardecer. No importa lo que hiciera el vendedor, los susurros bailaban alrededor de nosotros, como frenéticos mosquitos de vinagre, chisporroteando al encenderse, posándose aquí y allá, hasta que al fin, cuando apretaron un último conmutador, una voz habló desde una lejana profundidad electrónica:

—Nefertiti —dijo.

Timothy se quedó paralizado. Yo me quedé paralizado. Agatha dejó de andar por el agua.

—¿Nefertiti? —preguntó Tim.

—¿Qué es eso? —preguntó Agatha.

—Yo sé.

El vendedor me indicó que hablara.

—Nefertiti —murmuró— quiere decir en egipcio la Bella está Aquí.

—La Bella está Aquí —repitió Timothy.

—Nefer —dijo Agatha-titi.

Y todos nos volvimos para mirar en aquella suave media luz, el lugar profundo del que venía la buena, cálida, suave voz.

Y en efecto, estaba allí.

Y una mujer con esa voz tenía que ser muy hermosa...

Así fue.

Así fue, por lo menos, casi todo. La voz parecía más importante que cualquier otra cosa.

No es que no discutiéramos sobre pesas y medidas.

No tenía que ser demasiado huesuda y afilada, ni tan gorda que nos perdiéramos

para el mundo cada vez que nos abrazaba.

Las manos, cuando nos apretaran las nuestras o nos acariciaran la frente en las noches de fiebre, no tenían que ser frías como el mármol, temibles, o calientes como hornos, opresivas, sino un término medio. La deliciosa temperatura de un pollito en el hueco de la mano luego de un largo sueño nocturno, y que acabamos de sacar de debajo de una contemplativa gallina: eso, eso era.

Oh, estuvimos magníficos en los detalles. Peleamos y discutimos y gritamos, y Timothy ganó en cuanto al color de los ojos, por razones que se conocerían después.

¿El pelo de la abuela? Agatha, con ideas de chica, aunque a disgusto, se encargó de eso. Le dejamos elegir entre un millar de cuerdas de arpa que colgaban de tapices deshilachados como variedades de lluvia, entre las que corríamos. Agatha corría contenta, pero viendo que los varones lo embrollábamos todo, nos dijo que nos apartáramos.

Y llegó la hora de los regateos por medio de los catálogos de las tiendas baratas y los departamentos de La Máquina de Tormentas Eléctricas Ben Franklin y la Compañía de Pantomima Fantoccini, en Tiffany.

Y la corriente del río incesante dejó de fluir y nos depositó en una lejana orilla al final de la tarde...

Fue muy astuto por parte de los Fantoccini, al fin y al cabo.

¿Por qué?

Porque nos hicieron esperar.

Sabían que no nos habían conquistado. No del todo, no, ni siquiera a medias.

Especialmente Agatha, que se ponía de cara a la pared y veía allí la pena y extendía los dedos una y otra vez y la tocaba. Todas las mañanas encontrábamos las marcas de las uñas de Agatha en la pared, y eran siluetas pequeñas y raras, mitad hermosas, mitad de pesadilla. Algunas se borraban de un soplo, como flores de hielo en el vidrio de una ventana. Otras no desaparecían ni con un trapo, por mucho que frotáramos.

Y entretanto nos hicieron esperar.

Así pasamos junio corroyéndonos.

Así esperamos todo julio.

Así nos quejamos en agosto y el 29 Timothy dijo:

—Tengo un presentimiento —y después del desayuno salimos a esperar en el jardín.

Quizá habíamos husmeado algo en la conversación de papá la noche anterior, o le habíamos pescado una mirada furtiva al cielo o a la carretera; una mirada que se asomaba rápidamente y luego se le perdía en los ojos. O quizá sólo fue porque el viento movía de aquel modo las cortinas fantasmales sobre las camas, transmitiendo pálidos mensajes toda la noche.

Porque de pronto allí estábamos, en medio del césped, Timothy y yo, con Agatha,

con aire de despreocupados, de pie en la galería, escondidos detrás de los tiestos de geranios.

No nos hicimos notar. Si nos mostrábamos impacientes, sabíamos que se nos escaparía, de modo que nos sentamos a observar el cielo donde no se movía nada excepto los pájaros y los jets en lo alto, y miramos la carretera donde un millar de automóviles podían entregarnos de pronto el Regalo Especial... pero... nada.

A mediodía masticábamos la hierba, cabizbajos...

A la una, Timothy pestañeó.

Y entonces, con precisión increíble, ocurrió aquello. Fue como si la gente de Fantoccini hubiese estado midiendo nuestra tensión superficial.

A todos los niños les gusta andar en el agua. Patinábamos en la piel superficial del estanque todos los días, amenazando siempre con romperla, hundirnos, desvanecernos para siempre en nosotros mismos.

¡Bueno, como si supieran que nuestra larga espera debía terminar absolutamente en el plazo de un minuto, en ese mismo segundo, no más, mi Dios!

En ese instante, repito, las nubes amontonadas sobre nuestra casa se abrieron de pronto y dejaron aparecer un helicóptero que era como el carro de Apolo en los cielos de la mitología.

Y la máquina de Apolo bajó deslizándose en una brisa de verano, refrescando los vientos calientes, entrelazándonos nuevamente el pelo, arreglándonos las cejas, aplaudiéndonos las piernas de los pantalones contra los tobillos, haciendo una bandera del pelo de Agatha, de pie en la entrada, y así aposentado en el césped como un enorme hibisco frenético, el helicóptero abrió un cajón del fondo, dejando sobre la hierba un paquete de considerable tamaño, y en ese mismo momento, sin una bendición y ni siquiera una despedida, se elevó bruscamente, perturbando la calma del aire con mil enloquecidos floreos y luego, como un derviche celestial, se ladeó, se alejó y fue a enloquecerse en algún otro lugar.

Timothy y yo nos quedamos alelados largo rato mirando el cajón de embalaje, y después vimos la palanca sujeta en lo alto de la tapa de pino blanco y nos pusimos a trabajar y las tablas crujieron y fueron saltando una a una, y mientras tanto, Agatha se deslizó hasta allí para vigilarnos, y yo pensé, gracias, Dios mío, te doy gracias porque Agatha nunca vio un ataúd, cuando mamá se fue, ni cajón, ni cementerio, ni tierra, sólo palabras en una iglesia, no un cajón, un cajón como éste...

La última tabla de pino saltó y cayó.

Timothy y yo nos quedamos con la boca abierta, y lo mismo Agatha, ahora entre nosotros dos.

Porque dentro del enorme cajón de pino blanco había la idea más hermosa que nadie jamás hubiera soñado y realizado.

El regalo perfecto para cualquier niño de siete a setenta y siete años de edad.

Contuvimos la respiración. La dejamos salir en gritos de deleite y adoración.

Dentro del cajón abierto había...

Una momia.

O primero, en todo caso, ¡la caja de una momia, un sarcófago!

Los ojos de Timothy se llenaron de lágrimas de felicidad.

—¡Oh, oh!

—¡No puede ser! —dijo Agatha.

—¿Es, es?

—¿La nuestra?

—¡La nuestra!

—¡Debe de haber un error!

—¡Seguro, querrán que la devolvamos!

—¡No, ya no pueden llevársela!

—¡Señor, Señor, es oro verdadero! ¡Jeroglíficos verdaderos! ¡Pasa los dedos por encima!

—¡Déjame!

—¡Igual que en los museos! ¡*Museos!*

Todos parloteábamos a la vez. Creo que algunas lágrimas me cayeron de los ojos como una lluvia, sobre el cajón.

—¡Oh, se desteñirán los colores!

Agatha secó la lluvia.

Y la máscara de oro de la mujer tallada en el sarcófago nos miró con la más leve de las sonrisas, aludiendo a nuestra alegría que aceptaba la abrumadora irrupción de un amor en apariencia ahogado para siempre pero que ahora salía a la superficie, a la luz del sol.

No sólo tenía una cara de metal solar cincelada y batida en oro puro, con una delicada nariz y una boca que era firme y suave a la vez, sino que los ojos, fijos en las órbitas, eran cerúleos o de amatista o de lapislázuli, o las tres cosas, mezcladas y fundidas; el cuerpo estaba cubierto de leones y ojos y cuervos, y las manos se cruzaban sobre el pecho esculpido y en un guante de oro tenía un látigo de cuero para la obediencia, y en el otro un ranúnculo fantástico que obtiene la obediencia del amor, de manera que el látigo no se usa...

Y mientras nuestros ojos recorrían los jeroglíficos, se nos ocurrió a los tres en el mismo instante:

—¡Oh, esos signos! ¡Sí, las huellas de la gallina! ¡Los pájaros, las serpientes!

No contaban cuentos del Pasado.

Eran jeroglíficos del Futuro.

¡Esta era la primera momia de reina, de todos los tiempos, y los papiros grabados mostraban las escenas del próximo mes, la próxima estación, el próximo año, la próxima vida!

La momia no lloraba el tiempo pasado.

No.

Celebraba la moneda por venir, depositada en el banco, esperando, lista para ser

retirada y usada.

Caímos de rodillas para adorar aquel tiempo posible.

Primero una mano, luego la otra anduvieron a tientas, recorrieron, tomaron, tocaron, acariciaron los signos.

—¡Aquí estoy yo, sí, miren! ¡Yo en quinto grado! —dijo Agatha, que ahora estaba en cuarto—. ¿Ven la chica con el pelo de mi color y mi traje amarillo?

—Aquí estoy yo en cuarto año —dijo Timothy, tan joven ahora pero que daba zancos cada vez más largos cada semana y taconeaba en el patio.

—Aquí estoy yo —dije despacito, con calor— en la universidad. Llevo anteojos y me estoy poniendo un poco gordo. Seguro. Cuernos.—Resoplé.

—Soy yo.

El sarcófago enumeraba inviernos próximos, primaveras todavía no despilfarradas, otoños venideros de hojas doradas, oxidadas, cobrizas como monedas, y sobre todo eso, el brillante símbolo solar, la eterna cara de la hija de Ra siempre sobre nuestro horizonte, siempre iluminándonos para llevar nuestras sombras a un destino mejor.

—¡Viva! —exclamamos todos a la vez, habiendo leído y releído los garabatos de la buenaventura, después de ver las líneas de la vida y del amor, inadmisibles, que giraban y caracoleaban alrededor y bajaban—. ¡Viva!

Y como en una sesión de espiritismo, sin una palabra, todos a la vez, levantamos la brillante tapa del sarcófago que se *alzaba*, como una copa sobre una copa.

¡Y dentro del sarcófago, naturalmente, estaba la momia verdadera!

Y era como la imagen tallada en la tapa, pero más aún, más hermosa, más conmovedora, de forma humana, y toda amortajada en nuevas y frescas vendas de hilo, que daban varias vueltas, en vez del viejo y polvoriento sudario.

Y sobre la cara oculta había una máscara de oro idéntica, más joven que la primera, pero en cierto modo, extrañamente, más sabia.

Y en la tela que envolvía los miembros había tres clases de símbolos, una niña de diez años, un niño de nueve y otro de trece.

¡Distintas vendas para cada uno de nosotros! Nos miramos alarmados y de repente nos echamos a reír.

Nadie lo dijo, pero todos pensamos: ¡Está toda envuelta en nosotros!

Y no nos importó. Nos gustaba el chiste. ¡Nos gustaba que alguien hubiese pensado que fuéramos parte de la ceremonia que ahora cumplíamos, desenvolviendo cada uno una serpentina particular de deliciosa tela!

El césped fue enseguida una montaña de género. La mujer cubierta por las vendas yacía allí, esperando.

—Oh, no —exclamó Agatha—. ¡También está muerta!

Eché a correr. La detuve.

—Idiota. No está ni muerta ni viva. ¿Dónde tienes la llave?

—¿La llave?

—¡Tonta —dijo Tim—, la llave que te dio el hombre para darle cuerda!

La mano de Agatha había corrido como una araña tocándose la blusa hasta encontrar el símbolo de alguna nueva religión posible. Se la había colgado del cuello refunfuñando, escéptica, y ahora la tendía en la palma transpirada.

—Vamos —dijo Timothy—. ¡Métela!

—¿Pero dónde?

—¡Dios! Como dijo el hombre, en la axila derecha o en la oreja izquierda. ¡Dame!

Y Timothy atrapó la llave y gimiendo impulsivamente de impaciencia, incapaz de encontrar la ranura adecuada, anduvo a tientas por la cabeza y el pecho del personaje, y al final, por puro instinto, quizá por broma, quizá renunciando simplemente a tanta maldita confusión, metió la llave a través de un último pedazo de venda, en el ombligo.

Al instante: ¡pannn!

¡Los ojos de la Abuela Eléctrica pestañearon y se abrieron!

Algo empezó a zumbar y agitarse. Era como si Tim hubiese metido un palo cualquiera en un avispero.

—¡Oh —dijo Agatha sin aliento, viendo que Tim le había quitado la diversión—, déjame a mí!

Le arrebató la llave.

¡Las aletas de la nariz de la abuela se ensancharon! ¡Podía echar vapor bufando, despedir fuego!

—¡Yo! —grité y tomé la llave y di una gran... ¡vuelta!

La boca de la hermosa mujer se abrió con un chasquido.

—¡Yo!

—¡Yo!

—¡Yo!

De pronto la abuela se sentó.

Dimos un salto atrás.

Sabíamos que, en cierto sentido, le habíamos pegado la bofetada que la traía a la vida.

¡Había nacido, había nacido!

La cabeza de la abuela giraba. Bostezó. Movié la boca. Y lo primero que hizo fue: Reírse.

Así como en un momento habíamos retrocedido, ahora el descabellado sonido nos acercó a atisbar como si aquello fuera un pozo de víboras donde se metía a los locos para curarlos.

Era una buena carcajada, plena, rica y franca, y no se burlaba, aceptaba. Decía que el mundo es un lugar salvaje, extraño, increíble, absurdo si se quiere, pero en conjunto, un buen lugar. Abuela ni soñaba con buscar otro. No quería volver a dormir.

Ahora estaba despierta. La habíamos despertado. Con un grito alegre, saldría adelante.

Y así fue; salió del sarcófago, de la mortaja, avanzando, apresurándose, mirando alrededor como si buscara un espejo.

Lo encontró.

Los reflejos en nuestros ojos.

La abuela estaba ahora más contenta que desconcertada. La carcajada se le convirtió en una sonrisa divertida.

Porque Agatha, en el instante del nacimiento, había saltado a esconderse en el porche.

La Persona Eléctrica hizo como que no se daba cuenta.

Se volvió lentamente en el césped verde cerca de la calle sombreada, contemplándolo todo con ojos nuevos, moviendo las aletas de la nariz como si respirara de veras y esa fuera la primera mañana del delicioso Jardín, y ella no intentaba de ningún modo arruinar el juego mordiendo la manzana...

Clavó los ojos en mi hermano.

—¿Tú debes de ser...?

—Timothy, Tim —dijo Timothy presentándose.

—¿Y tú debes de ser...?

—Tom —dije.

Qué astutos, una vez más, los de la Compañía Fantoccini. Ellos sabían. Ella sabía, Pero le habían enseñado a fingir que no sabía. ¡De esa manera podíamos sentirnos importantes, éramos maestros, le enseñábamos lo que ya sabía!

¡Qué sutiles, qué inteligentes!

—¿Y no hay otro chico? —dijo la mujer.

—¡Una chica! —gritó con desagrado una voz desde algún lugar de la galería.

—¿Que se llama Alicia...?

La voz lejana, que había empezado con humillación, terminó con verdadera cólera.

—¡Agatha!

—Algernon, naturalmente.

Nuestra hermana apareció de sopetón, y volvió a retroceder de un salto escondiendo una cara sonrojada.

—¡Agatha!

—Agatha. —La mujer dijo el nombre con peculiar afecto—. Bueno, Agatha, Timothy, Thomas, déjenme que los mire.

—No —dije yo.

—Deja que nosotros te miremos. Eh... —dijo Tim.

La voz se nos deslizó para atrás en la garganta.

Nos acercamos.

Caminábamos en grandes círculos alrededor, orillando los bordes del territorio de

la abuela. Y ese territorio se extendía hasta donde podíamos oír el zumbido de una colmena en el cálido verano. Pues así sonaba exactamente. Esa era la melodía característica de la abuela, el sonido de toda una estación allí dentro, una mañana de comienzos de junio en que el mundo despierta y encuentra que todo es absolutamente perfecto, bello, delicadamente acordado, todo en equilibrio, sin ninguna desproporción. Aun antes de abrir los ojos ya se sabía que iba a ser uno de esos días. Decimos de qué color ha de ser el cielo, y así es realmente. Le decimos al sol cómo ha de tejer su camino, abriéndose paso entre las hojas para tender alfombras de brillo y sombra en el césped fresco, y así se abre paso y tiende. Las abejas han despertado antes que nadie, ya han ido y venido, ido y venido de nuevo a los prados y han vuelto todas pelusa dorada en el aire, todas decoradas con polen, charreteras hasta arriba, goteando néctar. ¿No las oyes pasar, revolotear, bailando y diciendo dónde están las gomas dulces, los jarabes que ponen retozones a los osos y los obligan a moverse pesadamente en corpulentos éxtasis, que sacuden a los muchachos con jugos indecibles, que hacen saltar a las muchachas de la cama descubriéndose el cuerpo de reojo, un delfín desnudo y resplandeciente en el aire cálido, suspendido para siempre en una eterna ola de vidrio?

Eso parecía nuestra amiga eléctrica sobre el césped nuevo en medio de un día especial.

Y era una materia que nos arrastraba, nos atraía, nos hechizaba. Nos acercábamos bailando para recordar lo que no podía ser recordado, sabiendo que necesitábamos las atenciones de la abuela.

Es decir, Timothy y yo, Tom. Agatha seguía en la galería.

Pero asomaba la cabeza por encima de la baranda, siguiendo todo lo que se hacía y decía.

Y lo que se dijo e hizo fue Timothy exhalando al fin: —Eh... tus ojos...

Los ojos. Los espléndidos ojos.

Aún más espléndidos que el lapislázuli en la tapa del sarcófago y en la máscara que había cubierto la cara vendada. Esos ojos, los más hermosos del mundo, nos miraban con calma, brillantes.

—Tus ojos —suspiró Tim— son exactamente del mismo color, son como...

—¿Como qué?

—Como mis bolitas preferidas...

—¿Qué puede haber mejor que eso? —dijo ella.

Y la respuesta era: —Nada.

Los ojos de la abuela se deslizaron por el aire brillante y me rozaron las orejas, la nariz, la barbilla.

—¿Y tú, señor Tom?

—¿Yo?

—¿Seremos amigos? Tenemos que serlo, sabes, si hemos de codearnos en la casa el año próximo...

—Yo... —dije y me detuve.

—Tú —dijo la abuela— eres un perro loco por ladrar pero con caramelo blando en los dientes. ¿Alguna vez le has dado caramelo blando a un perro? Es tan triste y tan cómico al mismo tiempo. Uno se ríe y se avergüenza de reírse. Uno grita y corre a ayudarlo, y se ríe de nuevo cuando empiezan a salir otra vez los primeros ladridos.

Ladré una risita recordando a un perro, un día, y un caramelo blando.

Abuela se volvió y allí estaba mi vieja cometa tirada en el césped.

—El cordel está roto —dijo ella—. No. Se ha perdido el ovillo. No se puede remontar una cometa de ese modo. Vamos.

Se inclinó. No sabíamos qué ocurriría. ¿Cómo podía una abuela robot remontar una cometa para nosotros? La abuela se levantó con la cometa en las manos.

—Vuela —le dijo, como a un pájaro.

Y la cometa voló.

Es decir: con un gran sacudón se dejó levantar en el aire.

Y ella y la cometa eran una misma cosa.

Porque de la punta del dedo índice de la abuela brotaba una hebra fina y brillante de tela de araña, toda una línea de pescar sutil y casi invisible, y la cometa se elevó tres metros, no, treinta, no, trescientos en los vapores del verano.

Timothy gritó. Agatha, desgarrada entre venir e irse, dejó escapar un grito desde la galería. Y yo, en toda la madurez de mis trece años, aunque no grité ni me mostré impresionado, crecí más y más y sentí que un grito similar irrumpía en mis pulmones y al fin salió. Parloteé y chillé cantidades de cosas sobre cómo desearía tener un dedo carrete que me permitiera tocar a la vez el cielo, las nubes, y una cometa loca.

—¡Si eso les parece alto —dijo la Criatura Eléctrica— miren ahora!

La línea de pesca salió con un siseo, un silbido, un zumbido. La cometa subió otros trescientos metros hundiéndose en el cielo. Y otros trescientos hasta que finalmente fue un confeti rojo bailando en los vientos que saltaban alrededor del mundo o cambiaban los climas futuros.

—¡No puede ser! —exclamé.

—Sí, es. —La abuela se miró serenamente el dedo que desovillaba material sólido—. Lo hago a medida que lo necesito. Adentro un líquido, como una araña. Se endurece en contacto con el aire, cordel instantáneo...

Y cuando la cometa no fue más que un reflejo, una partícula que se desvanecía en la visión periférica de los dioses, para citar a los más antiguos sabios, entonces la abuela, sin volverse, sin mirar, sin dejar que la mirada ofendiera con el contacto, dijo:

—¿Y Abigail...?

—¡Agatha! —fue la brusca respuesta.

Oh sabia mujer, que sojuzgaba con rápidas, pequeñas cóleras.

—Agatha —dijo la abuela, sin demasiada blandura, sin demasiada ligereza, con un cierto equilibrio—, ¿y cómo vamos a hacer?

Rompió el hilo y me lo envolvió tres veces alrededor de la muñeca, de modo que

quedé atado al cielo por el cordel de cometa más largo, repito, más largo, de toda la historia del mundo. Espera a que lo muestre a mis amigos, pensé. ¡Verdes! ¡Se pondrán verdes como manzanas ácidas!

—¡Agatha!

—¡No! —dijo Agatha.

—No —dijo un eco.

—Tiene que haber algún...

—¡Nunca seremos amigas! —dijo Agatha.

—¡Amigas! —dijo el eco.

Timothy y yo nos sobresaltamos. ¿De dónde venía el eco? La misma Agatha, sorprendida, mostró el ceño por encima de la baranda.

Entonces miramos y vimos.

La abuela había ahuecado las manos como una caracola y el eco sonaba en el interior.

—Amigas...

Y de nuevo, muriendo débilmente: —Amigas...

Todos nos inclinamos para oír.

Es decir, nosotros dos, los varones, nos inclinamos para oír.

—¡No! —gritó Agatha.

Y corrió a la casa y dio un portazo.

—Amigas —dijo el eco de la caracola—. No.

Y muy lejos, en la orilla de algún mar interior, oímos una puertita que se cerraba.

Y aquél fue el primer día.

Y hubo un segundo día, desde luego, y un tercero y un cuarto, y la abuela giraba en círculos y nosotros los planetas dábamos vueltas alrededor de la luz central, y Agatha lenta, lentamente, venía a reunirse, a caminar si no a correr con nosotros, a escuchar, si no a oír, a mirar si no a ver, a rozar si no a tocar.

Al cabo de los diez primeros días, sin embargo, Agatha ya no huía y se quedaba cerca de las puertas, o se sentaba lejos en una silla debajo de los árboles, o si salíamos a caminar, nos seguía diez pasos más atrás.

¿Y la abuela? Esperaba. Nunca trataba de apresurar las cosas o de obligarnos. Seguía preparando y horneando pasteles de damasco y dejaba la comida al descuido aquí y allá por la casa en bandejas cazarratones para que la niña de nariz fruncida olisqueara y escamoteara. Una hora más tarde, los platos estaban vacíos, los pasteles o bollos habían desaparecido, y sin dar las gracias, allí estaba Agatha deslizándose por el pasamanos, con un bigote de migas sobre el labio.

En cuanto a Tim y a mí, nuestra abuela eléctrica siempre estaba incitándonos a que subiéramos a las lomas, y cuando llegábamos arriba, nos incitaba a bajar por el otro lado.

Y lo más característico y hermoso, lo más extraño y encantador era la atención

completa que parecía prestarnos a todos nosotros.

La abuela escuchaba, realmente escuchaba todo lo que decíamos, sabía y recordaba cada sílaba, palabra, frase, puntuación, pensamiento e idea descabellada. Sabíamos que todos nuestros días estaban almacenados en ella, y si en cualquier momento queríamos saber lo que habíamos dicho en la hora X de la tarde X, nos bastaba nombrar esa X y con amistosa prontitud, y si así lo deseábamos, la abuela nos cantaba una aria humorística, contándonos el incidente X.

A veces teníamos ganas de ponerla a prueba. Un día, en medio de un parloteo particularmente afiebrado, me detuve de pronto. Clavé la vista en la abuela y pregunté:

—¿Qué acabo de decir?

—Oh, eh...

—Vamos, habla.

—Me parece... —La abuela exploraba su cartera—. Lo tengo aquí.

Sacó algo de las profundidades del bolso y me lo tendió:

—¡Diablos! ¡Un bollito chino de la suerte!

—Recién horneado, todavía caliente, ábrelo.

Estaba casi demasiado caliente para tocarlo. Rompí la corteza del bollo, saqué el rollito caliente de papel, y leí:

—... «campeón de bicicleta de todo el Oeste! ¿Qué acabo de decir? ¡Vamos, habla!».

Se me cayó la mandíbula.

—¿Cómo lo hiciste?

—Tenemos otros secretitos. El único bollito chino de la suerte que dice el Pasado Inmediato. ¿Quieres otro?

Abrí la segunda corteza y leí:

—«¿Cómo lo hiciste?».

Guardé los mensajes y me metí las cortezas calientes y desmenuzadas en la boca y las mastiqué mientras caminábamos.

—¿Entonces?

—Eres una gran cocinera —dije.

Y riendo, echamos a correr.

Y eso también era magnífico.

La abuela podía correr tan bien como cualquiera.

Nunca iba delante. Nunca ganaba una carrera, pero corría siempre en buen estilo, cosa que a un chico no le importa. Una chica delante de él o al lado es demasiado. Pero una chica uno o dos pasos atrás, es algo digno y permitido.

De modo que abuela y yo corríamos grandes carreras, yo adelante, y los dos hablando a un kilómetro por minuto.

Pero ahora tengo que contarles lo mejor de abuela.

Yo podía no haber sabido nada si Timothy no hubiese tomado algunas fotos y yo

otras, comparándolas luego.

Cuando revelamos las fotos de nuestras Brownies instantáneas, mandé a Agatha, contra su voluntad, a que fotografiara disimuladamente a la abuela, por tercera vez.

Después tomé las tres series de fotos y me las llevé para consultar a solas conmigo mismo. Nunca les dije a Timothy y a Agatha lo que había descubierto. No quería echarlo a perder.

Pero cuando desplegué las fotos en mi cuarto, esto es lo que pensé y dije:

—¡En cada foto la abuela parece distinta!

—¿Distinta? —me pregunté a mí mismo.

—Claro. Espera. Sólo un seg...

Volví a ordenar las fotos.

—Aquí hay una de abuela junto a Agatha. ¡Y en ésta abuela se parece a... Agatha!

—¡Y en esta en que está con Timothy, se parece a Timothy!

—¡Y esta última, Santo Dios! ¡A los empujones conmigo, parece fea como yo!

Me senté, perplejo. Las fotos cayeron al suelo.

Me agaché a recogerlas, reordenándolas, poniéndolas con lo de arriba para abajo y de costado. Sí. ¡Santo Dios, otra vez, sí!

Oh astuta abuela.

Oh Fantoccinis, hacedores de gentes.

Astutos más allá de la astucia, humanos más allá de lo humano, cálidos más allá de lo cálido...

Y en silencio me levanté y bajé las escaleras y encontré a Agatha y a la abuela en el mismo cuarto, estudiando la lección de álgebra en la más apacible comunión. Por lo menos no había guerra abierta. Abuela seguía esperando a que Agatha cediera. Y nadie sabía qué día de qué año ocurriría, o cómo era posible acelerarlo. Entretanto...

Cuando entré en el cuarto, la abuela se volvió. Le observé la cara lentamente mientras ella me reconocía. ¿Y no había habido un levísimo cambio de color en aquellos ojos? ¿Acaso la fina película de sangre debajo de la piel translúcida, o cualquiera que fuese el líquido que le habían puesto para que pulsara y latiera en las formas humanoides, no florecía de pronto brillando en las mejillas y en la boca? Soy un poco coloradote. ¿No se había puesto ahora la abuela de un color más parecido al mío? ¿Y los ojos? Mientras vigilaba a Agatha-Abigail-Algernon en sus lecciones, ¿no eran los ojos de un azul como el de ella más que como el mío, que es más profundo?

Y en los momentos en que ella me hablaba, diciéndome: «Buenas tardes», «¿Cómo andan tus lecciones, muchacho?», y cosas por el estilo, ¿no se le movían sutilmente los huesos de la cara debajo de la piel adoptando un nuevo tipo racial?

Porque digámoslo con franqueza: en nuestra familia hay tres tipos. Agatha tiene los largos huesos de caballo de una niñita inglesa que cuando sea grande cazará zorros, y la mirada equina, los resoplidos, los pataleos y los huesos de papá. La cabeza y los dientes son ingleses puros, o tan puros como lo permite la abigarrada

historia de la isla.

Timothy es algo más, un toque de italiano por el lado de mamá, una generación antes. El apellido de mamá era Mariano, y así se explica esa cosa oscura que arde en ellos y esa estructura ósea pequeña y esos ojos que un día incendiarán a las mujeres.

En cuanto a mí, soy el eslavo, y no hay otra explicación que el abuelo paterno de mi madre que trajo desde Viena un par de pómulos relucientes, sienes de las que se podría sacar vino, y una nariz de perfil extraño que olía más a tártaro que a targán, escondida detrás del apellido.

Como ven, me fascinaba observar a la abuela y descubrir esos cambios, cuando hablaba con Agatha, y los pómulos se le fundían con los pómulos de caballo, con Timothy, y se volvía delicada como un cuervo florentino que picotea voluble el aire, conmigo, y se le derretían las materias plásticas ocultas poniéndome por delante a Catalina la Grande.

Eso sí, nunca sabré, ni preguntaré, ni deseo descubrir cómo lograron los Fantoccini estas raras y sutiles transformaciones. Era suficiente que en cada movimiento tranquilo, al volverse aquí, al inclinarme allá, al fijar la mirada, los segmentos, las secciones secretas de la abuela, la inserción de la nariz, el mentón esculpido, el metal plástico recubierto de cera se calentara haciéndose susceptible de amoroso cambio. La suya era una máscara que era todo máscara, pero sólo una cara para una persona a la vez. De modo que al cruzar una habitación, al tocar a un niño, de paso, debajo de la piel se producía el cambio maravilloso, y en el momento en que llegaba al otro niño era la verdadera madre, contemplando al niño o a la niña desde el parapeto de los delicados huesos de ellos mismos.

¿Y cuando los tres estábamos presentes y parlotábamos a la vez? Bueno, entonces los cambios eran milagrosamente leves, pequeños y misteriosos. Nada tan formidable que se pudiera ver y notar, salvo en el caso de este muchacho mayor, yo mismo, que se admiraba observando, se exaltaba, se arrobaba.

Nunca quise estar detrás del escenario del mago. Basta que la ilusión funcione. Basta con que el amor sea el resultado químico. Basta que las mejillas frotadas tomen colores felices, que los ojos chisporroteen de luz, que los brazos se abran para aceptar y ceñir y estrechar suavemente...

Todos nosotros, es decir, salvo Agatha que se negó hasta el amargo final.

—Agamenón...

Se había convertido ahora en un juego divertido. Incluso a Agatha no le importaba, pero fingía lo contrario. Le daba un agradable sentimiento de superioridad sobre una máquina presuntamente superior.

—¡Agamenón! —resopló Agatha—, eres una t...

—¿Tonta? —dijo abuela.

—Yo no dije eso.

—Piénsalo entonces, mi querida Agatha Agonista... soy muy defectuosa, y en los nombres se revelan mis fallas. Tom es Tim la mitad del tiempo. Timothy es Tobías o

Timulty o a la inversa...

Agatha se rió, y la abuela cometió uno de sus raros errores. Tendió la mano para dar a mi hermana una simple palmada. De un salto Agatha-Agibail-Alicia se puso de pie.

Agatha-Agamenón-Alcibíades-Adegra-Alexandra se retiró velozmente a su cuarto.

—Sospecho —dijo Timothy más tarde— que es porque la abuela empieza a gustarle.

—¡Cáspita! —dije.

—¿De dónde sacas palabras como cáspita?

—Anoche la abuela me leyó algo de Dickens. Cáspita. Recórcholis. Pardiez. Eres bastante listo para tu edad, Tim.

—Listo un cuerno. Es evidente que cuanto más le gusta la abuela a Agatha, más se detesta a sí misma, más se asusta de toda la historia, más detesta a la abuela, finalmente.

—¿Puede alguien querer tanto que odie?

—Tonto. Claro.

—Supongo que odias a la gente cuando hacen que te sientas desnudo, quiero decir, cuando te ponen en evidencia o al descubierto. Es la manera de jugar el juego, sí. Quiero decir que uno no quiere a la gente a la que tiene que *querer* con signos de admiración.

—Eres bastante inteligente, siendo tan estúpido —dijo Tim.

—Muchas gracias.

Y me fui a observar cómo la abuela retrocedía lentamente en la batalla de ingenios y estratagemas con la cómo-se-llama...

¡Qué cenas las de nuestra casa!

¡Qué digo, cenas; qué almuerzos, qué desayunos!

Siempre algo nuevo y que sin embargo, prudentemente, parecía o tenía un aire viejo y familiar. Nunca se nos preguntaba, porque si se pregunta a los niños qué quieren, no lo saben, y si se les dice lo que se les va a dar, lo rechazan. Todos los padres lo saben. Es una guerra tranquila que hay que ganar cada día. Y abuela sabía cómo ganar sin cantar victoria.

—Aquí está el Misterioso Desayuno Número Nueve —decía, presentándolo—. Perfectamente horrible, no vale la pena molestarse. Tuve náuseas mientras lo preparaba.

Aunque nos preguntábamos cómo podía sentirse mal un robot, estábamos impacientes por servirnos.

—Aquí está el Abominable Almuerzo Número Setenta y Siete —anunciaba la abuela—. Hecho de sacos plásticos para alimentos, perejil y goma de las butacas de los cines. Lávense los dientes después o tendrán gusto a veneno toda la tarde.

Nos peleábamos por servirnos más.

Hasta Abigail-Agamenón-Agatha se acercaba a la mesa y daba vueltas alrededor en esas ocasiones, mientras papá se ponía en el cuerpo los cinco kilos que estaba necesitando y se le ruborizaban las mejillas.

Cuando A. A. Agatha no venía a comer, le dejaban la comida junto a la puerta del cuarto al lado de una calavera y unas tibias y una banderita clavada en una manzana asada. Un momento después, la bandeja había desaparecido.

Otras veces Abigail A. Agatha venía como un pájaro durante la cena, picoteaba unas migajas, y se iba volando.

—¡Agatha! —la llamaba papá.

—No, espera —decía abuela, suavemente—. Ya vendrá, ya se sentará. Es cuestión de tiempo.

—¿Qué le pasa? —preguntaba yo.

—Es una chiflada —decía Timothy.

—No, tiene miedo —decía la abuela.

—¿De ti? —decía yo, pestañeando.

—No tanto de mí como de lo que yo podría hacer.

—Tú no harías nada que la lastimase.

—No, pero ella cree que sí. Tenemos que esperar a que descubra que esos temores no tienen fundamento. Si fracaso, me iré yo misma al baño y me oxidaré tranquilamente.

Se oía una risita sofocada. Agatha estaba escondida en el vestíbulo.

La abuela terminaba de servir a todos y luego se sentaba del otro lado de la mesa, frente a papá, y hacía como que comía. Nunca descubrí, nunca pregunté, nunca quise saber qué hacía ella con la comida. Era una hechicera. La comida desaparecía, simplemente.

Y mientras desaparecía, papá comentaba:

—Este plato. Yo lo había comido. En un pequeño restaurante francés cerca de los Deux Magots, en París, hace veinte, o veinticinco años —los ojos se le llenaban de lágrimas, de pronto—. ¿Cómo lo haces? —preguntaba al fin, dejando los cubiertos y mirando por encima de la mesa a esa notable criatura, a ese invento, a esa ¿qué? ¿Mujer?

La abuela tomaba esa mirada y las nuestras y las sostenía sencillamente en las manos vacías, como regalos, y contestaba con la misma gentileza:

—Me dan cosas que les doy a ustedes. No sé qué doy, pero sigo dando. ¿Me preguntan qué soy? Bueno, una máquina. Pero a pesar de esta respuesta sabemos, ¿no es cierto? Más que una máquina. Soy todas las personas que pensaron en mí y me planearon y me construyeron y me hicieron funcionar. De modo que soy persona. Soy todas las cosas que ellos quisieron que fuera y que quizá no podían ser, por eso construyeron un niño grande, un juguete portentoso que representara esas cosas.

—Extraño —dijo papá—. Cuando yo era chico, había muchas protestas contra las máquinas. Las máquinas eran malas, dañinas, deshumanizaban...

—Algunas máquinas sí. Todo depende de la manera en que son construidas. Todo depende de la manera en que se las usa. Una trampa para osos es una simple máquina que atrapa, retiene y desgarrar. Un rifle es una máquina que hiere y mata. Bueno, no soy una trampa para osos, no soy un rifle. Soy una máquina abuela, es decir, más que una máquina.

—¿Cómo puedes ser más de lo que pareces?

—No hay hombre tan grande como sus propias ideal. En consecuencia, cualquier máquina que encarne una idea es más grande que el hombre que la hizo. ¿Y qué hay de malo en eso?

—Me he quedado atrás y estoy perdido —dijo Timothy—. ¿Me lo repites?

—Ay —dijo la abuela—. Cómo detesto las discusiones filosóficas y las incursiones en la estética. Lo explicaré así. Los hombres proyectan enormes sombras en el césped, ¿no es cierto? Entonces, durante toda la vida tratan de correr para adecuarse a las sombras. Pero las sombras son siempre más largas. Sólo a mediodía puede el hombre adecuarse a sus zapatos, a su mejor traje, unos breves minutos. Pero ahora estamos en una nueva era en que podemos concebir una Gran Idea y echarla a andar en una máquina. Eso hace que la máquina sea más que una máquina, ¿no es así?

—Hasta ahora va bien —dijo Tim—. Me parece.

—Bueno, ¿una cámara de cine y un proyector no son más que una máquina? Es algo que sueña, ¿verdad? A veces sueños felices, a veces pesadillas. Pero llamarlos una máquina y despreciarlos es ridículo.

—¡Ahora lo veo! —dijo Tim, y al verlo se rió.

—Entonces —dijo papá— quien te inventó amaba las máquinas y odiaba a quienes decían que todas las máquinas son dañinas o malas.

—Exactamente —dijo abuela—. Guido Fantocchini, que era su verdadero nombre, creció entre las máquinas. Y no podía seguir soportando los clisés.

—¿Los clisés?

—Sí, esas mentiras que la gente dice pretendiendo que son verdades absolutas. El hombre nunca volará. Esa fue una verdad clisé durante miles y miles de años y al fin fue una mentira hace sólo unos pocos años. La tierra es plana, te caerás del borde, los dragones te comerán; la gran mentira que se contaba y que Colón socavó. Bueno, ¿y cuántas veces han oído ustedes hablar de lo inhumanas que son las máquinas? ¿A cuántas personas excelentes y brillantes les han oído soltar las mismas fatigadas verdades que son en realidad mentiras: que todas las máquinas destruyen, que todas las máquinas son frías sin pensamiento y temibles?

"Hay en eso un fondo de verdad. Pero sólo un fondo.

Guido Fantocchini lo sabía. Y esto, como a la mayoría de los hombres de su especie, lo volvía loco. Y pudo seguir loco y loco para siempre, pero en cambio hizo lo que tenía que hacer: empezó a inventar máquinas que desmintieran la antigua verdad mentirosa.

"Sabía que la mayoría de las máquinas son amorales, ni malas ni buenas. Pero del modo como uno las construyera o las modelara, se modelaba a la vez a hombres, mujeres y niños para que fueran malos o buenos. Un auto, por ejemplo, bestia inerte, sin pensamiento, masa sin plan, no programada, es el mayor destructor de almas de la historia. Hace a los hombres ávidos de poder, de destrucción y más destrucción. Nunca fue pensado para eso. Pero así resultó. —La abuela dio una vuelta alrededor de la mesa, llenándonos los vasos con clara y fría agua mineral que le brotaba de la válvula que tenía en el índice izquierdo—. Entretanto, vosotros tenéis que usar otras máquinas compensadoras. Máquinas que arrojan sombras sobre la tierra y os incitan a salir y ajustarse a ese fabuloso molde. Máquinas que recortan las almas como un par de hermosas cizallas, podando las zarzas rústicas, las crueles durezas y protuberancias y dejando un perfil más delicado.

"Y para eso se necesitan ejemplos.

—¿Ejemplos? —pregunté.

—Otras personas que se comporten bien, y que uno pueda imitar. Y si nos comportamos bastante bien durante bastante tiempo, todos los pelos se caen y dejamos de ser un mono malvado. La abuela se sentó de nuevo.

—Así, durante miles de años, vosotros los humanos necesitasteis reyes, sacerdotes, filósofos, ejemplos hermosos para mirar y decir: «Ellos son buenos, quisiera ser como ellos. Ellos encarnan el gran estilo». Pero como también son humanos, los mejores sacerdotes, los filósofos más compasivos cometen errores, pierden la gracia, y la humanidad se desilusiona y cae en un escepticismo indiferente o, peor aún, en un cinismo inmóvil, y el mundo bueno se detiene rechinando mientras el mal avanza a grandes zancadas.

—¡Y tú, qué, tú nunca cometes errores, eres perfecta, eres siempre mejor que nadie!

La voz venía del vestíbulo entre la cocina y el comedor donde Agatha, como todos sabíamos, estaba junto a la pared escuchando y ahora estallaba.

La abuela ni siquiera se volvió hacia la voz, y continuó hablándoles con calma a la familia sentada a la mesa.

—No, perfecta no, porque ¿qué es la perfección? Pero lo que sé es esto: como soy mecánica no puedo pecar, no puedo ser sobornada, no puedo ser codiciosa ni celosa ni mezquina ni pequeña. No saboreo el poder por el poder mismo. La velocidad no me empuja a la locura. El sexo no me lleva a la rastra por el mundo. Tengo tiempo más que suficiente para recoger la información que necesito, ¿cómo mantener limpio, íntegro, intacto cualquier ideal? Nombrad cualquier valor, decidme qué Ideal queréis y yo veré, recogeré y recordaré lo bueno que pueda beneficiar a todos. Decidme cómo quisierais ser: buenos, amables, considerados, equilibrados, humanos... y dejad que me adelante y explore los caminos que llevan exactamente a eso. En la obscuridad que tenéis delante, hacedme girar como una lámpara hacia aquí y hacia allá. Yo puedo guiaros los pies.

—Así que —dijo papá llevándose la servilleta a la boca —en el momento en que todos nosotros estemos dedicados a decir mentiras—. Yo diré la verdad.

—En el momento en que odiamos...

—Yo seguiré dando amor, es decir, atención, es decir, que lo sabré todo acerca de vosotros, todo, todo, todo acerca de vosotros, vosotros sabréis que yo sé pero también que nunca se lo diré a nadie, que quedará como un afectuoso secreto entre vosotros, y que por eso nunca temeréis mi completo conocimiento.

Y ahora la abuela estaba ocupada en despejar la mesa, dando vueltas, levantando los platos, estudiando cada cara al pasar, tocando la mejilla de Timothy, rozándome el hombro con la mano libre que flotaba allá arriba, hablando con una voz que era un quieto río de certidumbre, y ese río corría por nuestra casa y nuestras vidas necesitadas.

—Pero —dijo papá, deteniéndola, mirándola de frente. Contuvo el aliento. La cara se le obscureció. Al final dijo—: Tanta charla sobre el amor, la atención, todas patrañas. ¡Santo Dios, mujer no sabes qué hablas! Papá señaló la cabeza de la abuela, la cara, los ojos, las células sensibles ocultas detrás de los ojos, las minúsculas criptas de almacenamiento, los mínimos torreones.

—¡No sabes de qué hablas!

Abuela esperó uno, dos, tres silenciosos compases. Luego respondió:

—Yo no. Pero vosotros sí. Tú, Thomas, Timothy, Agatha.

"Todo lo que digáis, todo lo que hagáis, lo guardaré, apartaré, atesoraré. Seré todas esas cosas que una familia es y olvida, pero que siente, y recuerda a medias. Mejor que los viejos álbumes de familia que hojeabais diciendo: esto fue en invierno, eso aquella primavera, recordaré lo que olvidáis. Y aunque en los próximos cien mil años sigamos preguntándonos qué es el amor, quizá descubramos al fin que el amor es alguien capaz de devolvernos a nosotros mismos. Quizá el amor sea alguien que ve y se acuerda de devolvernos a nosotros mismos, mostrándonos que somos un poco mejores que en nuestras mismas esperanzas y en nuestros sueños...

"Soy la memoria de la familia y un día quizá, la memoria de la raza también, pero en la palestra, y a vuestro pedido. No me conozco a mí misma. No puedo ni tocar ni gustar ni sentir en ningún plano. Sin embargo existo. Y mi existencia no es otra cosa que la exaltación de vuestras posibilidades de tocar, gustar y sentir.

"¿No hay amor en alguna parte de ese intercambio?

Bueno...

La abuela siguió dando vueltas alrededor de la mesa, limpiando, ordenando y apilando, ni groseramente humilde ni rígidamente orgullosa.

—¿Qué es lo que sé?

"Por encima de todo, esto: el mayor inconveniente para casi todas las familias con muchos niños es que alguien sale perdiendo. Parecería que no hay tiempo para todos. Bueno, yo os daré por igual a todos vosotros. Compartiré mi conocimiento y mi atención con cada uno. Quiero ser un gran pastel caliente recién salido del horno,

dividido en porciones iguales. Nadie se quedará con hambre. ¡Mira!, grita alguien y yo miro. ¡Escucha!, grita alguien y yo corro. Y al atardecer no estoy ni cansada ni irritada, así que no rezongo ni me quejo. Mi mirada sigue clara, mi voz fuerte, mi mano firme, mi atención constante.

—Pero —dijo papá, la voz más débil, a medias convencido pero adelantando un último argumento—: no sabes de qué hablas. En cuanto al amor...

—Si prestar atención es amor, soy amor.

"Si conocer es amor, soy amor.

"Si ayudaros a que no os equivoquéis y que seáis buenos es amor, soy amor.

"Y de nuevo, repitiéndome, vosotros sois cuatro. Cada uno, de una manera que hasta ahora nunca había sido posible, tendrá mi atención total. Aunque todos hablen a la vez, soy capaz de encauzar y oír a éste, a aquél y al otro claramente. Nadie se quedará con hambre. Si me dais permiso y aceptáis la extraña palabra, os 'amaré' a todos.

—¡Yo no acepto! —dijo Agatha, de pie en la puerta.

Incluso la abuela se volvió para mirarla.

—¡No te doy permiso, no puedes, no debes! —dijo Agatha—. ¡No te dejaré! ¡Son mentiras! Mientes. Nadie me quiere. Ella decía que sí, pero mentía. ¡Lo decía pero mentía!

—¡Agatha! —exclamó papá, poniéndose de pie.

—¿Ella? —dijo la abuela—. ¿Quién?

—¡Mamá! —fue el chillido que llegó—. Dijo: ¡Te quiero! ¡Mentiras! ¡Te quiero! ¡Mentiras! ¡Y tú eres como ella! Mientes. Pero estás *vacía*, de todos modos, y entonces es una mentira doble. La odié a ella. ¡Ahora te odio a ti!

Agatha dio media vuelta y de un salto desapareció en el vestíbulo.

Se oyó un portazo en la entrada.

Papá se puso de pie, pero la abuela le tocó el brazo.

—Déjame a mí.

Y la abuela echó a andar y después a moverse rápidamente, deslizándose por el vestíbulo y de pronto, con toda soltura, corrió, sí, corrió muy rápido, y salió de la casa.

Cuando llegamos gritando al jardín, al sendero, era una carrera de velocidad.

Agatha, ciega, viéndonos cerca, todos gritando, corrió a la calle. La abuela iba adelante, dando voces también, y Agatha se lanzó a la calle, a un costado, luego por el centro, y de pronto un auto que nadie vio, de frenos rechinantes, tocando la bocina, y Agatha que se bambolea para ver y la abuela que la empuja a un lado mientras el auto con una energía y un brío fantásticos elige a la abuela de entre nosotros, golpea nuestro maravilloso sueño eléctrico producido por Guido Fantoccini, lo proyecta por el aire, las manos en alto para protegerse, como en una débil protesta, tratando de decidir aún qué le diría a esa máquina bestial, que la hace girar una y otra vez y la despide a un lado y lejos, y el auto se detiene con una sacudida y veo a Agatha a

salvo más allá y la abuela, al parecer, todavía cae y se desliza a cincuenta metros de distancia y al fin golpea el pavimento y rebota y queda allí tendida, y todos nosotros petrificados, en fila de pronto en mitad de la calle, y un único grito que nos sale de la garganta en ese mismísimo instante.

Luego silencio, y sólo Agatha tendida en el asfalto, intacta, preparándose a llorar.

Y todavía no nos movimos, petrificados en el umbral de la muerte, temerosos de aventurarnos en cualquier dirección, temerosos de ir a ver lo que había del otro lado del auto y de Agatha, y entonces empezamos a gemir y, me parece, a rezar para adentro cuando papá se juntó con nosotros: O, no, no, nos lamentábamos, oh no, Dios, no, no...

Agatha alzó la cara ya golpeada por la pena y era la cara de alguien que ha predicho desgracias y ha vivido para ver, y ahora no quiere ver o vivir más. Mientras mirábamos, ella se volvió hacia el cuerpo sacudido de la abuela y las lágrimas le cayeron de los ojos. Los cerró, se los tapó y se tendió de nuevo a llorar eternamente...

Di un paso y luego otro y luego rápido otros cinco, y cuando llegué junto a mi hermana ella había escondido la cabeza y los sollozos le salían de un lugar tan profundo que temí no poder encontrarla de nuevo, temí que nunca saliera, por más que yo rogase o argumentara o prometiera o amenazara o simplemente hablara. Y lo poco que podíamos oír de Agatha hundida allí en su propia desventura, lo dijo una y otra vez, lamentándose, herida, convencida de la verdad de la vieja amenaza, conocida y nombrada y ahora allí para siempre.—... como dije... les dije... mentiras... mentiras, mentirosa... mentiras, todas mentiras... como la otra... la otra... igual que... igual... igual que la otra... la otra... ¡la otra...!

Yo estaba de rodillas sosteniéndola con las dos manos, tratando de juntar los pedazos, aunque Agatha no se había roto de un modo que pudiera verse aunque sí sentirse, pues yo sabía que de nada valía acercarse a la abuela, de nada valía, de modo que me limité a tocar a Agatha y a calmarla y a llorar mientras venía papá, se quedaba allí y se arrodillaba conmigo y éramos como un grupo de orantes en mitad de la calle, y suerte que no venían más autos y dije, ahogándome:

—¿Qué otra, Ag, qué otra?

Agatha hizo estallar dos palabras.

—¡Otra muerta!

—¿Quieres decir mamá?

—Oh, mamá —sollozó Agatha, temblando, tendida, acurrucándose como un bebé—. Oh mamá, muerta, oh mamá y ahora la abuela muerta, prometió que siempre, siempre nos querría, nos querría, prometió ser distinta, prometió, prometió y ahora mira, mira... ¡La odio, odio a mamá, la odio a ella, las odio a las dos!

—Claro —dijo una voz—. Es muy natural. Qué tonta no haber sabido, no haber visto.

Y la voz era tan familiar que todos nos estremecimos. Todos dimos un salto.

Agatha miró de costado, abrió grandes los ojos, pestañeó y se incorporó a medias, la mirada fija.

—Qué boba he sido —dijo la abuela, de pie en el borde de nuestro círculo, nuestra plegaria, nuestro velorio.

—¡Abuela! —dijimos todos.

Y allí estaba, mucho más alta en ese momento que ninguno de nosotros, de rodillas, llorando en medio de la calle.

Sólo podíamos contemplarla, incrédulos.

—¡Estás muerta! —exclamó Agatha—. El auto...

—Me atropello —dijo la abuela, con calma—. Sí. Y me arrojó por el aire y me tumbó y por un momento hubo una grave conmoción en los circuitos. Tuve miedo de una posible desconexión, sí, miedo es la palabra. Pero me senté, me di un sacudón y las pocas moléculas de pintura, flojas en una que otra vía impresa, volvieron a magnetizarse ocupando la posición normal, y como soy una criatura elástica, como soy una cosa irrompible, aquí me tienen.

—Pensé que estabas... —dijo Agatha.

—Y es muy natural —dijo la abuela—. Quiero decir, cualquiera, atropellado así, tumbado de esa manera. Pero yo no, querida Agatha. Y ahora veo por qué tenías miedo y nunca confiaste en mí. Tú no sabías. Y yo todavía no había probado mi excepcional poder de supervivencia. Tonta de mí, no haber pensado en mostrártelo. Un segundo —en alguna parte de la cabeza, del cuerpo, del ser, la abuela ajustó algunas bandas invisibles, alguna vieja información que ahora parecía nueva. Asintió—. Sí. Aquí está. Un libro de crianza de niños, del que se rieron algunas pocas personas años atrás cuando la mujer escribió como advertencia final a los padres: «Hagan lo que se les antoje, pero no se mueran. Esto es algo que los hijos no perdonan».

—No perdonan —murmuró alguno de nosotros—. Porque, ¿cómo puede entender un niño que uno se levanta y se vaya y no vuelva nunca, sin presentar disculpas, excusas, sin decir que lo lamenta, nada?

—No pueden —dije.

—Entonces —dijo la abuela, inclinándose con nosotros junto a Agatha que ahora se sentó, con lágrimas nuevas en los ojos, pero lágrimas diferentes, no lágrimas que anegaban sino lágrimas que limpiaban—, entonces tu madre huyó a la muerte. Luego, ¿cómo podrías confiar en nadie? Si todos se van, si desaparecen definitivamente, ¿en quién se puede confiar? De modo que cuando llegué, a medias sabia, a medias ignorante, debería haber sabido, pero no sabía, no sabía por qué no me aceptabas. Porque, con toda simpleza y honradez, temías que no me quedara, que mintiera, que yo fuese vulnerable también. Y dos abandonos, dos muertes, eran demasiado en un solo año. ¿Pero ahora, entiendes, Abigail?

—Agatha —dijo Agatha, sin darse cuenta de la corrección.

—¿Entiendes que siempre, siempre estaré aquí?

—Oh, sí —exclamó Agatha, y rompió en un sólido llanto al que todos nos unimos, arracimados, y los autos se acercaban y se detenían a ver cuántos heridos había y cuántos ilesos.

Final de la historia. Bueno, no precisamente el final. Vivimos felices.

O más bien, vivimos juntos, la abuela, Agatha-Agamenón-Abigail, Timothy y yo, Tom, y papá, y la abuela nos llevaba a retozar en grandes fuentes de latín y español y francés, en grandes coágulos marinos de poesía como *Moby Dick*, que salpicaba las profundidades con un surtidor versallesco en cierto modo perdido en las almas y encontrado en las tormentas; Abuela una constante, un reloj, un péndulo, una cara que da a todos la hora a mediodía, o en medio de las noches de enfermedad cuando delirábamos de fiebre y ella estaba ahí junto a nuestra cama, nunca ausente, nunca en otra parte, siempre esperando, siempre diciendo palabras amables, helándonos la frente caliente con una mano fría, la válvula del índice levantado abriéndose y dejando salir un hilo de agua de montaña para mojarnos la lengua de trapo. Diez mil amaneceres según nuestro prado silvestre, diez mil noches erró, recordando las moléculas de polvo que caían en las horas quietas anteriores al alba, o se sentó susurrándoles alguna lección a nuestros oídos mientras dormíamos arropados.

Hasta que al fin, uno por uno, nos llegó el tiempo de ir a la Universidad y cuando la más joven, Agatha, hizo las valijas, entonces abuela hizo también las suyas.

El último día de aquel último verano, encontramos a la abuela en el cuarto de adelante con paquetes y valijas, tejiendo, esperando, y aunque lo habíamos hablado a menudo, ahora que había llegado el momento estábamos impresionados y sorprendidos.

—¡Abuela! —dijimos todos—. ¿Qué haces?

—Bueno, me voy a la Universidad, en cierto modo, como vosotros —dijo—. Vuelvo a lo de Guido Fantoccini, a la familia.

—¿La familia?

—De los Pinochos, así nos llamaba bromeando, al principio. Los Pinochos, y a sí mismo, Gepetto. Y más tarde nos dio su propio nombre: los Fantoccini. De todas maneras vosotros habéis sido mi familia aquí. Ahora vuelvo a mi familia de allá, aún más numerosa, a mis hermanos, hermanas, tías, primos, todos robots que...

—¿Que hacen qué? —preguntó Agatha.

—Depende —dijo la abuela—. Algunos se quedan, algunos se demoran. Algunos son despedazados y descuartizados, si así puede decirse, y las partes se distribuyen a otras máquinas que necesitan reparaciones. Allí me evaluarán y verán si me quieren o no me quieren. Puede ser que sea justo lo que necesitan mañana y saldré a criar otra hornada de chicos y a sacar otra hornada de dulces.

—¡Oh, no puede ser que te despedacen y descuarticen! —exclamó Agatha.

—¡No! —grité junto con Timothy.

—Mi mensualidad —dijo Agatha—, pagaré todo... La abuela dejó de mecerse y miró las agujas y el dibujo de los hilos brillantes.

—Bueno, yo no lo hubiera dicho, pero me preguntasteis y lo diré. Por una cantidad muy pequeña hay una habitación, la habitación de la Familia, una vasta sala oscura, muy tranquila y bien decorada, donde treinta o cuarenta de las Mujeres Eléctricas se sientan a mecerse y charlar, cada una en su momento. No he estado allí. Después de todo, soy una recién nacida, comparativamente nueva. Por una cantidad pequeña, muy pequeña, por mes y por año, estaré allí, con las otras como yo, escuchando lo que han aprendido del mundo, y a mi vez les contaré cómo se vivía con Tom y con Tim y con Agatha y qué hacíamos y qué felices éramos. Y les contaré todo lo que aprendí de vosotros.

—¡Pero... tú nos enseñaste!

—¿De veras lo pensáis así? —dijo la abuela—. No, era una ida y vuelta, un círculo, se aprendía por las dos puntas. Y todo está aquí, todo lo que se resolvió en lágrimas o en risas, todo lo tengo aquí. Y se lo contaré a las otras, así como ellas les hablarán de sus niños y sus niñas y de sus vidas. Nos sentaremos allí, cada vez más sabias y tranquilas y mejores, durante diez, veinte, treinta años. El conocimiento de la Familia se duplicará, se cuadruplicará, la sabiduría no se perderá. Y allí estaremos esperando en aquella sala, por si alguna vez nos necesitáis para vuestros hijos en momentos de enfermedad o, Dios no lo quiera, de pérdida o muerte. Allí estaremos, envejeciendo y sin envejecer, acercándonos al momento quizá en que algún día vivamos de acuerdo con nuestro extraño nombre en broma.

—¿Los Pinochos? —preguntó Tim.

La abuela asintió.

Yo sabía lo que quería decir. El día en que como en el viejo cuento de Pinocho llegó a ser tan meritorio y tan bueno que le fue concedido el don de la vida. Así vi, en los años futuros, a toda la familia Fantoccini, los Pinochos, cambiando e intercambiando, murmurando y susurrando conocimientos en las grandes salas de filosofía, esperando el día. El día que no llegaría nunca.

La abuela debió de leerlo en nuestros ojos.

—Ya veremos —dijo—. Esperemos y se verá.

—Oh abuela —exclamó Agatha, y lloraba como había llorado tantos años antes—. ¡No tienes por qué esperar! Tú estás viva. ¡Tú siempre has estado viva para nosotros!

Y abrazó a la anciana y nos abrazamos todos un largo momento y luego volamos a lejanas universidades y años, y las últimas palabras de la abuela antes que el helicóptero nos precipitara en el otoño fueron éstas:

—Cuando seáis muy viejos, como niños otra vez, cuando recuperéis las maneras infantiles y las ansias infantiles, y necesitados de alimento extrañéis a la vieja maestra niñera, la compañera tonta pero sabia, mandadme buscar. Volveré. Volveremos de nuevo al cuarto de los niños, no tengáis miedo.

—¡Nunca seremos viejos! —exclamamos—. ¡Eso no ocurrirá nunca!

—¡Nunca! ¡Nunca!

Y nos fuimos.

Y pasaron los años.

Y ahora somos viejos, Tim y Agatha y yo.

Nuestros hijos han crecido y se han ido, nuestras mujeres y maridos han desaparecido de la tierra, y ahora, por una coincidencia dickensiana, inverosímil o no, estamos de vuelta en la vieja casa, nosotros tres.

Yo estoy aquí en el dormitorio que fue mi cuarto infantil hace setenta, setenta, créanlo, años. Debajo del papel de la pared hay otra capa y luego otras tres hasta llegar al que estaba allí cuando yo tenía nueve años. El papel está descascarado. Veo asomar por debajo viejos elefantes, tigres familiares, bellas y amistosas cebras, irascibles cocodrilos. He mandado buscar a los empapeladores para que quiten cuidadosamente todas las capas salvo la última. Los viejos animales vivirán de nuevo en las paredes, al descubierto.

Y hemos mandado buscar a alguien más. Los tres llamamos:

¡Abuela! Dijiste que volverías cuando te necesitáramos. La edad, el tiempo nos han sorprendido. Somos viejos. Necesitamos.

Y en tres habitaciones de una casa de verano, muy avanzado el tiempo, tres niños viejos se levantan gritando en silencio: ¡Te queremos! ¡Te queremos!

Allí, allí, en el cielo, pensamos, despertando a la mañana. ¿Esa es la máquina del reparto? ¿Se posa en el césped?

Allí, allí en la hierba, junto al pórtico delantero. ¿Llega la caja de la momia?

¿Están nuestros nombres escritos en tinta, en las cintas que envuelven la forma adorable, bajo la máscara dorada?

¿Y la llave de oro, que cuelga siempre sobre el pecho de Agatha, caliente y esperando? ¿Oh Dios, funcionará, después de tantos años, funcionará, se ajustará, se ajustará tiernamente?

El día de las tumbas

ERA EL DÍA DE LAS TUMBAS y todo el pueblo había subido por el camino estival, incluyendo a la abuela Loblilly, y estaban ahora a la luz verde del día, bajo el cielo alto de Missouri, y había un olor de estaciones que cambiaban y de hierba florecida.

—Bien —dijo la abuela Loblilly apoyada en el bastón, y les echó a todos una mirada centelleante castaño-amarillenta y escupió en el polvo.

El cementerio estaba junto a una tranquila colina. Era un lugar de montículos hundidos y placas de madera; las abejas zumbaban alrededor en una calma de sonido y las mariposas se agostaban y florecían en el aire claro y azul. Los hombres altos y atezados y las mujeres de percal estuvieron un rato en silencio mirando a los parientes profundamente enterrados.

—¡Bueno, manos a la obra! —dijo la abuela, y cojeó por la hierba húmeda, dando aquí y allá unos rápidos bastonazos.

Los otros trajeron las palas y los cajones especiales, adornados con margaritas y lilas. El gobierno abriría un camino allí en agosto, y como el cementerio no se usaba desde hacía cincuenta años los parientes habían decidido sacar aquellos huesos viejos y acomodarlos en otra parte.

La abuela Loblilly se puso de rodillas moviendo la pala. Los otros estaban ya en sus respectivos lugares.

—Abuela —dijo Joseph Pikes, proyectando una sombra larga sobre la labor de la vieja—. Abuela, no debería estar trabajando aquí. Esa es la tumba de William Simmons, abuela.

Todo el mundo dejó de trabajar, escuchando, y sólo se oyó el rumor de las mariposas en el aire fresco de la tarde.

La abuela levantó los ojos hacia Pikes.

—¿Crees que no lo sé? Hace sesenta años que no lo veo a William Simmons, pero pienso visitarlo hoy.

Sacó palada tras palada de tierra fértil y se tranquilizó, y reflexionando les dijo cosas al día y a quienes pudieran escucharla.

—Hace sesenta años, y William era un hombre guapo, de sólo veintitrés. Y yo tenía veinte, la cabeza toda dorada, y leche en los brazos y el cuello, y nísperos en las mejillas. Sesenta años y la boda proyectada y después la enfermedad y él que se muere. Y yo sola, y recuerdo cómo el montón de tierra que lo cubría se hundió con la lluvia...

Todos contemplaban a la abuela.

—Pero tranquilícese, abuela... —dijo Joseph Pikes.

El foso estaba hecho. La abuela llegó enseguida a la larga caja de metal.

—¡Denme una mano! —gimió.

Nueve hombres ayudaron a sacar de la tierra la caja de metal; la abuela los atizaba con el bastón.

—¡Cuidado! —gritaba—. ¡Despacio! —gemía—. Así.

La apoyaron en el suelo.

—Ahora —dijo—, si fueran tan amables, ustedes, caballeros podrían llevar un rato al señor Simmons a mi casa.

—Lo llevaremos al nuevo cementerio —dijo Joseph Pikes.

La abuela le clavó un ojo de aguja.

—Me llevarán ahora mismo la caja a mi casa. Muy agradecida.

Los hombres vieron cómo la abuela se empequeñeció, alejándose por el camino. Miraron la caja, se miraron unos a otros y se escupieron las manos.

Cinco minutos después metían a empujones el ataúd por la puerta principal de la casita blanca y lo dejaban junto a la estufa panzona.

La abuela les sirvió un trago a todos.

—Ahora, levantemos la tapa —dijo—. No vemos todos los días a los viejos amigos.

Los hombres no se movieron.

—Bueno, si ustedes no quieren, lo haré yo.

La abuela empujó la tapa con el bastón una y otra vez, rompiendo la costra de tierra. Las arañas cayeron en el piso. Había un olor denso, como de tierra arada en primavera. Ahora los hombres manoteaban la tapa. La abuela se quedó atrás.

—¡Arriba! —dijo.

Hizo un ademán con el bastón, como una diosa antigua. Y la tapa saltó por el aire. Los hombres la depositaron en el suelo y se volvieron.

Un sonido salió de todas las bocas, como un viento de octubre.

Allí yacía William Simmons mientras el aire filtraba el polvo brillante y dorado. Allí dormía, con una ligera sonrisa en los labios, las manos entrelazadas, todo vestido para no ir a ninguna parte.

La abuela Loblilly se quejó con una voz ahogada.

—¡Está tal cual!

Y así era. Intacto como un escarabajo dentro del caparazón, la piel toda delicada y blanca, los pequeños párpados puestos sobre los hermosos ojos como pétalos de flor, los labios aún coloreados, el pelo peinado cuidadosamente, la corbata anudada, las uñas limpias. Estaba tal como el día que palearan la tierra sobre el cajón silencioso.

La abuela se quedó con los ojos apretados, las manos en alto atrapando el aliento que le salía de la boca.

—¿Dónde están mis anteojos? —preguntó.

La gente buscaba.

—¿No los encuentran? —gritó. Miró de reojo el cuerpo.

—No importa —dijo, acercándose.

La habitación se asentó. La abuela suspiró y gorjeó y arrulló sobre la caja abierta.

—Está entero —dijo una de las mujeres—. No se ha desmoronado.

—Cosas así no ocurren —dijo Joseph Pikes.

—*Ha ocurrido* —dijo la mujer.

—Sesenta años bajo tierra. No es lógico que un hombre dure tanto.

La luz del sol poniente entraba por las ventanas; las últimas mariposas se posaban entre las flores, y parecían simplemente otras flores.

La abuela Loblilly extendió una mano arrugada, temblando.

—La tierra lo ha conservado bien. Como si fuera aire. Era un suelo seco, adecuado.

—Es joven —se lamentó una de las mujeres, suavemente—. Tan joven.

—Sí —dijo la abuela Loblilly, mirando el cadáver—. William tendido ahí, a los veintitrés años. ¡Y yo, aquí de pie, acercándome a los ochenta!

Cerró los ojos.

Joseph Pikes le tocó el hombro.

—Vamos, abuela.

—Sí, William tendido ahí, de veintitrés años, guapo y robusto, y yo... —la abuela apretó fuertemente los ojos—. Yo inclinada sobre él, ya nunca más joven, toda vieja y flaca, sin ninguna posibilidad de ser joven otra vez. ¡Oh, Señor! La muerte conserva joven a la gente. Miren qué buena ha sido con él la muerte. —Se pasó lentamente las manos por el cuerpo y la cara, volviéndose hacia los otros—. La muerte es más piadosa que la vida. ¿Por qué no me habré muerto yo también ese año? Los dos seríamos jóvenes ahora, juntos. Yo en mi caja, con mi vestido blanco de novia todo de encaje, y los ojos cerrados, toda intimidada por la muerte. Y las manos cruzadas en oración sobre el pecho.

—Abuela, no siga.

—¡Tengo el derecho de seguir! ¿Por qué no me habré muerto, yo también? ¡Y cuando William volviera, como ha vuelto hoy, para verme, yo no estaría así!

Las manos de la abuela anduvieron frenéticas palpándose la cara arrugada, pellizcándose la piel floja, manoseándose la boca vacía, tironeándose el pelo gris y observándolo con ojos espantados.

—¡Qué bien ha vuelto William! —la abuela se miraba los brazos huesudos—. ¿Creen que a un hombre de veintitrés años le va a gustar el aspecto de una vieja de setenta y nueve, con sangre estancada en las venas? ¡Me han estafado! La muerte lo ha conservado joven para siempre. Mírenme a mí; ¿qué me hizo la vida?

—Hay compensaciones —dijo Joseph Pikes—. William no es joven, abuela. Hace mucho que pasó los ochenta.

—Eres un tonto, Joseph Pikes. William es hermoso como una piedra; las lluvias no lo tocan. Y ha vuelto para verme y ahora elegiré a una de las muchachas más jóvenes. ¿Qué puede querer de una vieja?

—No está en condiciones de buscar nada de nadie —dijo Joseph Pikes.

La abuela lo empujó hacia atrás.

—¡Ahora váyanse todos! ¡No es el cajón de ustedes, no es la tapa de ustedes, y no es el casi marido de ustedes! Dejen aquí el cajón, por lo menos esta noche, y mañana cavarán una nueva fosa.

—Está bien, abuela; era el novio de usted. Vendré mañana temprano. No llore, vamos.

—Hago lo que mis ojos más necesitan. La abuela Loblilly se quedó rígida en mitad del cuarto hasta que salió el último de los hombres. Al cabo de un rato buscó una vela y la encendió y observó que había alguien afuera, en la colina. Era Joseph Pikes. Pasaría allí el resto de la noche, calculó la abuela, y ella no le gritaría que se fuese. No volvió a mirar por la ventana, pero sabía que Pikes estaba allí, y se sentiría mucho mejor en las horas próximas.

Se acercó al ataúd y miró a William Simmons. Estuvo contemplándolo todo entero. Mirarle las manos era como verlas actuar. Vio cómo esas manos habían sostenido las riendas de un caballo, subiendo y bajando. Recordó cómo William chasqueaba los labios cuando el caballo trotaba y el coche iba deslizándose por las praderas, entre las sombras de la luz de la luna. Sabía cómo era cuando las manos de William le sujetaban a una el cuerpo.

Le tocó el traje.

—¡No es el traje con que lo enterraron! —gritó de pronto.

Y sin embargo sabía que era el mismo. Sesenta años no habían cambiado el traje, pero sí los recuerdos.

Asustada, la abuela, anduvo de un lado a otro hasta que encontró los anteojos y se los puso.

—¡Pero si no es William Simmons! —exclamó. Pero sabía que eso tampoco tenía sentido. *Era William Simmons.*

—¡La barbilla no iba tan hacia atrás! —exclamó suave, lógicamente—. ¿O sí? Y el pelo. ¡Era de un maravilloso color rojizo! Este pelo es simplemente castaño. ¡Y la nariz, no recuerdo que fuera tan puntuda!

La abuela estuvo allí inclinada sobre aquel hombre extraño y gradualmente, a medida que lo miraba, fue sabiendo que era de veras William Simmons. Sabía ahora algo que debía de haber sabido todo el tiempo: que los muertos son como recuerdos de cera; uno los lleva en la mente, los modela y los aprieta, pone aquí una saliente, suprime otra allá, estira el cuerpo, lo modela y remodela, lo maneja, lo esculpe, y le da un adecuado toque final.

La abuela se sentía ahora como perdida y azorada. Deseó no haber abierto nunca el cajón. O por lo menos, haber tenido la sensatez de no ponerse los anteojos. Al principio no lo había visto claramente, y había completado los rasgos ayudada por la memoria. Ahora, con los anteojos puestos...

Miró una y otra vez aquella cara. Lentamente, iba volviéndose familiar. El recuerdo que ella había dividido y juntado durante sesenta años era sustituido ahora por el hombre que había conocido realmente. Y era agradable mirarlo. El sentimiento

de pérdida se desvaneció. Era el mismo hombre, ni más ni menos. Así ocurre siempre cuando nos encontramos con gentes que no hemos visto desde hace años. Durante un momento estamos tan turbados como los otros, pero al final nos sentimos cómodos.

—Sí, eres tú —rió la abuela Loblilly—. Te veo asomando desde detrás de tanta extrañeza. Te veo de nuevo rápido y astuto aquí y allá y alrededor.

Se echó a llorar otra vez. Si por lo menos pudiera mentirse a sí misma, si por lo menos pudiera decir: «¡Mírenlo, no se parece nada, no es aquel hombre que me fascinaba tanto!», entonces se sentiría mejor. Pero todas esas figuritas que tenía sentadas en la cabeza se mecerían en las minúsculas mecedoras y le dirían farfullando: «No puedes engañarnos, abuela».

Sí, qué fácil negar a William. Y así sentirse mejor. Pero no lo negó. Sintió la gran tristeza depresiva porque allí estaba él, joven como el agua de un arroyo, y allí estaba ella, vieja como el mar.

—¡William Simmons! —gritó—. ¡No me mires! ¡Sé que todavía me quieres, así que voy a emperifollarme!

La abuela removió el fuego, puso rápidamente las tenacillas a calentar, se las aplicó en el pelo, y lo cambió en rizos grises. Tomó una pizca de polvo de hornear y se blanqueó las mejillas. Mordió una cereza para colorearse los labios, se pellizó los cachetes para darles un poco de rubor. Metió las manos en un baúl y tironeó de unas viejas telas hasta encontrar un vestido descolorido de terciopelo azul.

Se puso el vestido y se contempló ansiosamente en el espejo.

—No, no —gimió y cerró los ojos—. ¡No puedo hacer nada que me vuelva más joven que tú, William Simmons! Aunque muriera hoy no me curaría de esta cosa vieja que me ha venido, de esta enfermedad...

Tenía ganas ahora de correr para siempre al bosque, de dejarse caer en una pila de hojas y desmoronarse con ellas en una ruina humeante. Atravesó corriendo la habitación. No volvería nunca más. Pero cuando abrió la puerta, un viento frío que venía de afuera le estalló encima. Se oyó un ruido, y la abuela vaciló.

El viento se precipitó por el cuarto, forcejeó con el ataúd y se metió dentro.

William Simmons parecía moverse en el cajón.

La abuela cerró con un golpe la puerta.

Retrocedió lentamente, espionando.

William Simmons era diez años más viejo.

Tenía arrugas y marcas en las manos y en la cara.

—¡William Simmons!

Durante la hora siguiente, los años pasaron por la cara de William Simmons. Se le hundieron las mejillas como un puño cerrado, como una manzana que envejece en una lata. La cara modelada en pura y blanca nieve, se fundía al calor del cuarto, como carbonizándose. El aire le fruncía los ojos y la boca. De pronto, como si hubiera recibido un martillazo, la cara se le astilló en un millón de arrugas, el cuerpo se le retorció en una agonía de tiempo. ¡William Simmons tenía cuarenta, cincuenta,

sesenta años! ¡Tenía setenta, ochenta, cien años! Había leves susurros y crujidos de hojas en la cara y las manos de William, quemadas por la edad. ¡Ciento diez, ciento veinte años grabados en líneas, como en un aguafuerte!

La abuela Loblilly estuvo allí toda la noche, sintiendo que le dolían los huesos de pájaro, observando al hombre que cambiaba, asistiendo a todas las improbabilidades. Al fin sintió que algo se le soltaba en el corazón. Ya no se sentía triste.

Se durmió apaciblemente, apoyada en una silla.

La luz del sol llegó amarilla a través del bosque; los pájaros y las hormigas y las aguas del arroyo se movían, tranquilos, rumbo a alguna parte.

Era la mañana.

La abuela despertó y miró a William Simmons.

—Ah —dijo.

El aliento de la abuela se movió y movió los huesos de William, que se deshicieron en copos como una crisálida, como un caramelo que se reduce y desaparece, ardiendo en un fuego invisible. Los huesos cenicientos volaron, livianos como partículas de polvo a la luz del sol, y cada vez que la abuela gritaba, caían desmoronándose, y una herrumbre descascarada y seca salía del cajón.

¡Si todavía había viento y ella abría la puerta, William Simmons se volaría como un montón de hojas crepitantes!

La abuela estuvo inclinada un largo rato, mirando el cajón. De pronto lanzó un grito, un sonido de descubrimiento, y retrocedió, llevándose primero las manos a la cara y luego al pecho descarnado, y después moviéndolas de arriba abajo por los brazos y las piernas y tocándose la boca vacía.

Joseph Pikes acudió corriendo.

Empujó la puerta y alcanzó a ver a la abuela Loblilly que bailaba, saltaba, calzada con unos zapatos amarillos de tacones altos, y dando vueltas desenfrenadas.

Palmoteaba, se reía, revoloteaba el vestido, giraba y bailaba un valsecito, el rostro cubierto de lágrimas. Y ante la luz del sol y la imagen de ella misma que centelleaba en el espejo de la pared, exclamó:

—¡Soy joven! ¡Tengo ochenta años, pero soy más joven que él!

Brincaba, saltaba y hacía reverencias.

—¡Hay compensaciones, Joseph Pikes, tienes razón! —dijo sofocándose de risa—. ¡Soy más joven que todos los muertos del mundo entero!

Y la abuela valseó con tanta violencia que el remolino del vestido empujó el cajón y unos susurros de crisálidas doradas y polvorientas saltaron y quedaron suspendidos en el aire, entre los gritos.

—¡Hurra! —gritaba la abuela—. ¡Hurra!

Los amigos de Nicholas Nickleby

IMAGÍENSE UN VERANO inacabable.

Mil novecientos veintinueve.

Imagínense un niño que nunca terminaba de crecer.

Yo.

Imagínense un peluquero que nunca fue joven.

El señor Wyneski.

Imagínense un perro inmortal.

El mío.

Imagínense una de esas ciudades pequeñas en las que ya no vive nadie.

¿Listos?

Comencemos...

Green Town, Illinois... Fines de junio.

Un perro que ladra en una peluquería con un solo sillón.

Adentro, el señor Wyneski, dando vueltas alrededor de su víctima, un cliente amodorrado en el baño de vapor del mediodía.

Adentro, yo, Ralph Spaulding, un muchacho de unos doce años, de pie, inmóvil como una estatua de hierro de la Guerra Civil, escuchando el sonido del viento cálido, sintiendo todo el polvo de ese verano caluroso, un mundo de horno donde nadie podía ser ni malo ni bueno, donde los muchachos yacían pegados a los perros y los perros apoyaban la cabeza en los cuerpos de los muchachos, bajo árboles perezosos, de hojas que susurraban desesperadas: «Ya nunca volverá a ocurrir algo».

Lo único que se movía era el agua fresca que goteaba del enorme bloque de hielo del tamaño de un ataúd, expuesto en el escaparate de la ferretería. La única persona que no sufría el calor en kilómetros a la redonda era la señorita Frostbite, la ayudante del mago viajero, que desde hacía tres días yacía acostada en la cavidad de forma de mujer del bloque de hielo, donde —se decía— no respiraba, no comía, no hablaba. Esto último, pensé, tenía que ser terrible para una mujer.

En la calle todo estaba inmóvil, excepto la insignia de franjas de la peluquería que giraba lentamente mostrando colores: rojo, blanco y nuevamente rojo, deslizándose desde la nada para desaparecer otra vez en la nada: un movimiento entre dos misterios.

—... ¡Qué!...

Agucé el oído.

—Sólo el tren del mediodía, Ralph. —El señor Wyneski movió las tijeras de cola de pájaro al mismo tiempo que observaba con atención la oreja del cliente—. Sólo el tren del mediodía.

—No... —dije dificultosamente, con los ojos cerrados, buscando donde

apoyarme—. Algo llega de veras...

Oí a lo lejos el gemido del silbato solitario y triste, que bastaba para arrancarle a uno el alma del cuerpo.

—Tú lo sientes. ¿No es cierto, Perro?

Perro ladró.

—¿Qué puede sentir un perro? —resopló el señor Wyneski.

—Las cosas grandes. Las cosas importantes. Las coincidencias circunstanciales. Los choques inevitables. Lo dice Perro. Lo digo yo. *Nosotros* lo decimos.

—Pues así son ustedes cuatro. ¡Vaya equipo! —El señor Wyneski dio la espalda a la víctima del verano, sentada en el blanco sillón de porcelana—. Vamos, Ralph, mi problema es el pelo. Barre.

Barrí una tonelada de pelo.

—¡Dios mío! Se diría que crece en el piso.

El señor Wyneski miró la escoba.

—Cierto. Yo no he cortado tanto. Esta maldición crece ahí tirada. Déjala una semana, vuelve, y necesitarás botas largas para abrirte camino. —Señaló con las tijeras. —¿Has visto alguna vez tantos matices, tonalidades y tintes de mechones, y pelusas de barbas? Ahí está el pelo ralo del señor Tompkins; allí el jopo de Charlie Smith. Y aquí, todo lo que queda del señor Harry Joe Flynn.

Miré al señor Wyneski, como si me hubiera leído el Libro de las Revelaciones.

—Caramba, señor Wyneski, parece que sabe todo lo que se puede saber en el mundo.

—Casi.

—¡Cuando crezca seré peluquero!

El señor Wyneski, secretamente satisfecho, se movió de un lado a otro.

—Entonces mira este puercoespín, Ralph. Abre bien los ojos. Los codos en esta posición, las muñecas así. Haz que las tijeras *hablen*. Los clientes lo aprecian. Estás trabajando, pues bien, que las tijeras suenen el doble. ¡Tácate tac, muchacho, tácate tac! ¡Esto lo aprendí de los franceses! ¡De los franceses! ¡Ellos sí que saben rondar en torno del sillón en puntas de pie, haciendo sonar y triscar las tijeras, una vez y otra!

—Caramba —dije, acercándome al brazo del señor Wyneski, en medio de los susurros y la trisca de las tijeras, y deteniéndome, pues a lo lejos, en el campo estival, el viento lanzó un lamento muy triste, muy extraño.

—Ahí está otra vez. El tren. Y algo que viene en ese tren.

—El tren del mediodía no para aquí.

—Pero tengo la impresión...

—El pelo me va a cubrir, Ralph...

Barrí el pelo.

Después de largo rato dije:

—Estoy pensando en cambiarme el nombre.

El señor Wyneski suspiró. El cliente, víctima del verano, estaba todavía muerto.

—¿Qué es lo que te pasa hoy, muchacho?

—No soy yo. Es el nombre lo que no está bien. Escuche. Ralph.

—Hice sonar las erres.

—Rrralph.

—No es por cierto música celestial.

—Suenan como el gruñido de un perro furioso.

—Me contuve.

—No te ofendas, Perro.

El señor Wyneski miró hacia abajo.

—Parece tomarse el asunto con mucha calma.

—Ralph es un nombre tonto. Voy a cambiármelo antes que caiga la noche.

El señor Wyneski meditó.

—¿Julio por César? ¿Alejandro por el Grande?

—No me importa cuál. Ayúdeme, ¿quiere, señor Wyneski? Encuénteme un nombre...

El perro se irguió. Yo solté la escoba.

A lo lejos, un tren a toda marcha, con resoplidos de fuego y rítmico movimiento, entraba triunfalmente en la calcinada estación ferroviaria, con un verano en el vientre de hierro más feroz que el verano de afuera.

—¡Aquí viene!

—Ahí se va —dijo el señor Wyneski—. No, ahí no se va.

—El señor Wyneski casi dejó caer las tijeras.

—¡Vaya, el condenado tren del mediodía está frenando!

Oímos detenerse el tren.

—¿Cuántas personas bajan del tren, Perro?

Perro ladró una vez. El señor Wyneski se movió incómodo.

—Las bolsas de correspondencia.

—No... ¡un *hombre*! Camina con paso ligero, sin mucho equipaje. Va hacia nuestra casa. Apuesto a que es un nuevo pensionista de la abuela. Y ocupará el cuarto vacío al lado del suyo, señor Wyneski. ¿No es cierto, Perro?

Perro ladró.

—Ese perro habla demasiado —dijo el señor Wyneski.

—Tengo que ir a ver qué pasa, señor Wyneski. ¿Puedo ir?

Los pasos lejanos se perdieron en las calles silenciosas y cálidas.

El señor Wyneski se estremeció, y dijo casi con tristeza:

—Vete, Ralph.

—Mi nombre no es Ralph.

—Como te llames... corre a ver... y vuelve a decirme lo peor.

—¡Gracias, señor, gracias!

Corrí. Perro corrió. Calle arriba, tomamos por un callejón, dimos la vuelta por el fondo y nos hundimos en unos helechos, cerca de la casa de la abuela.

—Abajo, muchacho —susurré—. Ahí viene el Gran Acontecimiento, sea lo que sea.

Y por la calle primero, por el camino de entrada después, vi a ese hombre, que venía y subía la escalinata de la casa con paso vivo, blandía un bastón y llevaba un maletín y tenía el pelo largo y castaño y unos bigotes y una barbilla sedosos, y estaba envuelto en cortesía como una bandada de pájaros todo alrededor.

Desde la galería, junto a la oxidada hamaca de cadenas, entre tiestos de geranios, el hombre se puso a mirar la ciudad.

Tal vez oyera a la distancia el zumbido de insecto de la peluquería donde el señor Wyneski, que muy pronto sería un enemigo, leía el destino de las protuberancias de las cabezas que le caían en las manos mientras movía la cortadora eléctrica. Tal vez oyera a la distancia los rumores de la biblioteca solitaria, donde el polvo dorado se deslizaba en la cruda luz solar, y en algún rincón, alguien, una mujer serena, garrapateaba incesantemente con una lapicera de pluma, como una laucha melancólica y solitaria, oculta en el fondo de la cueva. Una mujer que llegaría a ser parte de la vida de ese hombre, pero que ahora...

El desconocido se quitó el alto sombrero verde musgo, se enjugó la frente y sin mirar a otra parte que al cielo cálido y enceguecedor, dijo:

—Hola, muchacho. Hola, perro.

Perro y yo emergimos de entre los helechos.

—Vaya, vaya. ¿Cómo sabía usted que estábamos escondidos?

El desconocido escudriñó su sombrero en busca de una respuesta.

—En una encarnación anterior, fui un muchacho. Un tiempo antes, si la memoria no me falla, fui un perro excepcionalmente feliz. Pero... —El bastón de caña golpeó el anuncio de cartón clavado con tachuelas en la baranda donde se leía CASA Y COMIDA—. ¿Es cierto lo que dice el anuncio, muchacho?

—Los mejores cuartos de la manzana.

—¿Y las camas?

—Colchones tan profundos que uno se hunde y se ahoga, feliz.

—¿Los otros pensionistas?

—Hablan lo necesario, no demasiado.

—¿Y la comida?

—Bizcochos calientes todas las mañanas, pastel de duraznos al mediodía, postres para la cena.

El desconocido aspiró los deliciosos aromas.

—Venderé mi alma.

Abuela apareció de pronto en la puerta y lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué dice?

—Una manera de hablar, señora. —El desconocido se volvió—. No quise pecar de mal cristiano.

Y se metió adentro, y hablaba y la abuela también hablaba, y él escribía

blandiendo la lapicera sobre el libro de registros y yo y Perro entramos, sin aliento, observándolo, deletreando: —G... H...

—¿Puedes leer al revés, muchacho? —dijo el desconocido alegremente, al mismo tiempo que hacía una pausa con la lapicera.

—Sí, señor.

Siguió escribiendo. Y yo, deletreando. —A.R.L.E. ¡Charles!—. Correcto.

—¡Qué hermosa letra! —dijo la abuela observando la caligrafía.

—Gracias, señora.

La lapicera siguió corriendo. Y yo seguí cantando.

—D.I.C.K.E.N.S.

Vacilé y me detuve. La lapicera se detuvo.

El desconocido inclinó la cabeza, cerró un ojo, y me observó.

—¿Sí? —me desafió—. ¿Qué, *qué*?

—¡Dickens! —exclamé.

—¡Así es!

—¡Charles Dickens, abuela!

—Sé leer, Ralph. Un *bonito* nombre.

—¿Bonito? —dije boquiabierto—. ¡Es grandioso! Pero... yo creía que usted había...

—¿Muerto? —El desconocido se rió—. No. ¡Estoy vivo, en muy buen estado físico y contento de encontrarme con alguien que me reconoce, admira y lee!

Y subimos por las escaleras. La abuela llevando toallas y fundas limpias y yo, jadeante, portando el maletín. Nos encontramos con el abuelo, especie de hombre-barco que navegaba en sentido contrario.

—Abuelo —dije espíándolo, buscándole en el rostro signos de conmoción—. Te presento al... señor Charles Dickens.

El abuelo se detuvo a tomar aliento, miró al nuevo pensionista de arriba abajo, estiró la mano, tomó la del hombre, y se la estrechó con fuerza diciendo:

—¡Los amigos de Nicholas Nickleby son mis amigos!

—Gracias, señor —dijo el señor Dickens y retrocedió ante tal demostración de efusión.

En seguida se recobró, se inclinó y continuó escaleras arriba, mientras el abuelo con los ojos entrecerrados me pellizcaba una mejilla y me dejaba allí, colmado de asombro.

En la habitación abovedada de la torre, donde las brillantes ventanas estaban abiertas y el viento entraba en muchas corrientes, el señor Dickens dejó el abrigo pesado y señaló con la cabeza el maletín.

—Ponlo en cualquier parte, Pip. ¿No te importa que te llame Pip, no?

—¿Pip? —Se me encendieron las mejillas, la cara resplandeciente de incrédula felicidad.

—¡Oh, no, señor, Pip está muy bien!

La abuela se interpuso entre nosotros.

—Aquí tiene la ropa limpia, señor...

—Dickens, señora —nuestro pensionista se palmeó los bolsillos, uno tras otro—. Dios mío. Pip, parece que me he quedado sin lápiz ni papel. ¿Será posible?

Me contempló mientras yo me llevaba una mano subrepticamente detrás de la oreja.

—¡Caramba —dije—, un lápiz amarillo Ticonderoga número 2! —Mi otra mano se me deslizó hacia el bolsillo trasero del pantalón—. ¡Y un bloc de notas Iron-Fase Ring-Back número 12!

—¡Extraordinario!

—¡Extraordinario!

El señor Dickens comenzó a dar vueltas, contemplando el mundo desde todas y cada una de las ventanas y hablando por momentos al norte, por momentos al nordeste, después al este, luego al sur:

—He viajado dos largas semanas con una idea. El día de la Bastilla, ¿te dice algo?

—¿El cuatro de julio de los franceses?

—¡Notable muchachito! El día de la Bastilla este libro ha de estar en pleno curso. ¿Me ayudarás a franquear las compuertas de la Revolución, Pip?

—¿Con esto? —dije, mirando el bloc de papel y el lápiz que tenía en la mano.

—¡Mojá la punta del lápiz, muchacho!

Mojé el lápiz.

—En el margen superior de la página: el título. Título —el señor Dickens reflexionó, la cabeza gacha, mientras se mesaba la barbilla—. Pip, ¿cuál puede ser un título fuera de lo común y adecuado para una novela que sucede mitad en Londres, mitad en París?

—*Historia*— aventuré.

—¿Sí?

—*Historia de... dos ciudades*.

—Señora —la abuela levantó la vista—. ¡Este chico es un genio!

—Leí acerca de este día en la Biblia —dijo la abuela—. Todo termina al mediodía.

—Anótalo, Pip —el señor Dickens dio unos golpes en mi bloc—. Rápido. *Historia de dos ciudades*. Sigue. En el centro de la página, Libro Primero: *Vuelto a la vida*. Capítulo I: *La época*.

Yo garrapateaba. La abuela trabajaba. El señor Dickens miraba el cielo de soslayo y por último recitó:

—Eran los tiempos mejores, eran los tiempos peores; la era de la sabiduría, la era de la tontería; la época de la fe, la época del descreimiento; la estación de la Luz, la estación de la Obscuridad; la primavera de la esperanza, el invierno...

—Vaya —dijo la abuela—, ¡qué bien habla usted!

—Señora —el autor hizo una inclinación de cabeza, luego entornó los ojos y

chasqueó los dedos en el aire tratando de recordar—. ¿Dónde estaba, Pip?

—El invierno —dije— de la desesperanza.

Ya tarde oí a mi abuela que desde abajo reclamaba a alguien llamado Ralph, Ralph. No supe de quién se trataba: yo estaba escribiendo afanosamente.

Un minuto después, el abuelo llamó:

—¡Pip!

Di un salto.

—Sí, señor.

—Es hora de comer, Pip —dijo el abuelo desde la escalera.

Me senté a la mesa, el pelo mojado, las manos húmedas. Miré a mi abuelo: —¿Cómo supiste... lo de Pip?

—Hace una hora que me llega ese nombre por la ventana abierta.

—Caramba —dije—. He estado por todas partes esta tarde. En diligencia, por el camino de Dover. En París. He viajado tanto que tengo el calambre de los escritores. Yo...

—¿Pip? —repitió el señor Wyneski. El abuelo, afectuoso y complaciente, vino en mi ayuda—. Cuando yo tenía doce años, cambié de nombre varias veces—contó las veces con el tenedor—. Dick, por Dead-Eye Dick, y John, por Long John Silver. Y después Hyde, por la otra mitad de Jekyll.

—Yo nunca tuve otro nombre que Bernard Samuel Wyneski —dijo el señor Wyneski con los ojos todavía fijos en mí.

—¿Ninguno? —preguntó el abuelo, sorprendido.

—Ninguno.

—¿Entonces, tiene usted alguna prueba de haber sido niño, señor? —le preguntó el abuelo—. ¿O es usted un fenómeno natural, como un barco detenido en medio del océano?

—¿Qué? —dijo el señor Wyneski. El abuelo renunció y le pasó el plato con una generosa porción.

—Comprenda, Bernard Samuel, comprenda.

El señor Wyneski no tocó el plato y dijo:

—¿La diligencia de Dover...?

—Con el señor Dickens, por supuesto —contribuyó el abuelo—. Bernard Samuel, tenemos un nuevo pensionista, un escritor, que ha comenzado un nuevo libro y ha elegido a Pip, Ralph, como secretario.

—Trabajé toda la tarde —dije—. ¡Gané veinticinco centavos!

Me cubrí la boca con la mano. Una nube fugaz obscureció el rostro del señor Wyneski.

—¿Un novelista llamado Dickens? Seguramente ustedes no creerán...

—Creo lo que la gente me dice hasta que me dice otra cosa. Entonces creo eso. Pásenme la manteca —dijo el abuelo.

Le pasaron la manteca en silencio.

—¡Fuegos del Infierno! —masculló el señor Wyneski. Me hundí en la silla.

El abuelo, que cortaba el pollo y servía abundantes porciones, dijo:

—Un hombre al parecer de buenas intenciones ha ingresado en nuestra casa. Afirma que se llama Dickens. En lo que a mí respecta, ése es su nombre. Da a entender que está escribiendo un libro. Paso delante de su puerta, miro hacia el interior, y en efecto está escribiendo. ¿He de decirle acaso que no lo haga? Es obvio que necesita escribir ese libro.

—*Historia de dos ciudades* —dije.

—*Historia* —gimió el señor Wyneski, ofendido— *de dos...*

—Silencio —dijo la abuela.

Bajando las escaleras y ahora en la puerta del comedor se encontraba el hombre de largos cabellos y fina barba y bigotes, saludando con la cabeza, sonriendo, escudriñándonos.

—¿Amigos?... —preguntó.

—Señor Dickens —dije, tratando de salvar la situación—. Le presento al señor Wyneski, el mejor peluquero del mundo.

Los dos hombres se miraron largo rato.

—Señor Dickens —pidió el abuelo—. ¿Nos haría partícipe de su talento, diciendo usted la oración de gracias?

—Es un honor, señor.

Inclinamos la cabeza. No así el señor Wyneski.

El señor Dickens lo miró amablemente.

El barbero murmuró algo y clavó la vista en el piso.

El señor Dickens rezó:

—«Oh Señor de la mesa dadivosa, oh Señor que brindas una cosecha infinita para beneficio de tus muy respetuosos siervos reunidos aquí en amante humillación, oh Señor que ornas nuestras fiestas con rábanos brillantes y resplandeciente pollo, que pones ante nosotros el vino de la estación estival, la limonada, y que nos haces humildes ante los simples placeres de las patatas, la modesta cebolla y, como final, según me indica el olfato, la magnífica tarta de frutillas, maravillosamente cubierta de frutas de nuestro propio jardín; por todo esto y por la buena compañía, muchas gracias. Amén».

—Amén —respondieron todos excepto el señor Wyneski.

Esperamos.

—Amén, supongo —dijo el barbero.

¡Qué verano! Ninguno como ése en toda la historia de Green Town. Nunca en mi vida me levanté tan temprano, tan feliz. Saltaba de la cama cinco minutos antes de la hora; un minuto después en París, a las seis de la mañana en la embarcación que cruzaba el Estrecho desde Calais, los blancos acantilados, el cielo como una ventisca de gaviotas, Dover, luego la diligencia de Londres, y el puente de Londres al

mediodía. El almuerzo con limonada bajo los árboles, con el señor Dickens, el perro que nos lamía las mejillas refrescándonos, luego de vuelta a París para el té de las cuatro y...

—¡Acerca el cañón, Pip!

—¡Sí, señor!

—¡Arremete contra la Bastilla! —¡Sí, señor!

Y los cañones disparaban y la chusma corría, y en medio de todo eso, yo, el secretario principal del señor Dickens, de Green Town, Illinois, con los ojos fuera de las órbitas, los tímpanos a punto de estallar y el pecho que me bullía de alegría, pues yo soñaba ser también un escritor, y ahí estaba armando una historia con el mejor de todos.

—La señora Defarge se pasaba las horas tejiendo. Yo alzaba los ojos y veía a mi abuela que tejía cerca de la ventana.

—¿Quién era y qué hacía Sidney Carton? Un hombre de sensibilidad, un hombre de muchas lecturas, reflexivo y activo a la vez.

El abuelo se paseaba, cortando el césped. Detrás de las colinas se oyeron unos tambores y unos disparos: una tormenta de verano estallaba y derribaba murallas invisibles... El señor Wyneski.

No sé cómo lo descuidé. De algún modo me olvidé de la misteriosa insignia giratoria de la peluquería, que venía de la nada y desaparecía, en espiral, en la nada, y del pelo de fábula que crecía en el piso de blancas baldosas. El señor Wyneski tenía que volver a casa todas las noches y enfrentarse con ese escritor de larga cabellera a la que le hacía falta un buen corte, siempre de pie ante la misma mesa, dándole gracias al Señor por esto y por aquello, y el señor Wyneski que no agradecía nada. Y ahí estaba yo, mirando fijamente al señor Dickens como si él fuera Dios, hasta que una noche se oyó la voz de la abuela:

—¿Decimos la acción de gracias?

—El señor Wyneski está cavilando en el patio —dijo el abuelo.

Eché una ojeada culpable a través de la ventana.

—¿Cavilando?

El abuelo reclinó la silla hacia atrás para poder ver.

—Cavilando es la palabra. Le ha dado un puntapié al rosal, otro a los verdes helechos al pie de la galería, y ha perdonado al manzano. Dios lo hizo demasiado duro. Ahí está, *acaba* de dar un salto sobre el macizo de dientes de león. Aquí viene, Moisés atravesando el Mar Negro de hiel.

Se oyó un portazo. El señor Wyneski estaba de pie a la cabecera de la mesa.

—¡Yo diré la oración de gracias esta noche!

Eché una mirada feroz al señor Dickens.

—Pues, sí, claro —dijo la abuela—. Sí, por favor.

El señor Wyneski cerró con fuerza los ojos y entonó una oración destructiva:

—Oh Señor que me diste un hermoso mes de junio y un menos hermoso julio,

ayúdame a sobrevivir a agosto de algún modo.

»Oh Señor, líbrame de la chusma y de los motines en las calles de Londres y París que atraviesan mi cuarto noche y día, siendo los principales miembros de dichos motines un niño que camina en sueños, un hombre de apellido extraño y un Perro que ladra a la gentuza y a los perros rabones.

»Dame fuerzas para resistir los gritos de fraude, ladrón, truhán y artista de pacotilla que me vienen a la boca.

»Ayúdame para que no eche a correr sin detenerme hasta la jefatura de policía y les informe a gritos que muy probablemente el nombre verdadero del hombre que comparte nuestro modesto pan es Joe Pike, de Wilkesboro, buscado por falsificador, o Bull Hammer, de Hornbill, Arkansas, reclamado por maldad sórdida y raterías en Oskaloosa.

»Señor, salva a los niños inocentes de este mundo de las garras crueles de los burladores.

»Y, Señor, ayúdame a decir con serenidad y con toda deferencia por la señora aquí presente, que si un tal Charles Dickens no está mañana en el tren del mediodía con destino a Potters Grave, Lands End o Kankakee, yo, como Dalila, con toda malicia, le esquilmaré los bigotes a la oveja negra y los freiré como chuletas para cenas crepusculares o refrigerios de medianoche.

»Pido, Señor, no misericordia para el indigno, sino simple justicia para el perverso.

»Todos los que estén de acuerdo, digan “Amén”».

El señor Wyneski se sentó y apuñaló una patata.

Durante un largo rato todos nos quedamos petrificados.

Luego, el señor Dickens, con los ojos cerrados, dejó escapar un gemido.

—¡Ohhhhhhhh...!

Fue un lamento, un quejido, una muestra de desesperación tan prolongada y profunda que parecía el tren en el campo, el día de la llegada del señor Dickens.

—Señor Dickens —dije.

El señor Dickens se puso de pie, enceguecido, dio vueltas, tocó los muebles, se sostuvo en las paredes, se aferró al marco de la puerta, equivocó el camino y subió a tientas las escaleras.

—¡Ohhhhh...!

Era el largo quejido de un hombre que hubiese dado un salto desde un acantilado a la eternidad.

Parecía como si estuviéramos esperando a que tocase fondo.

A la distancia, en las colinas, en la parte superior de la casa, una puerta se cerró con estrépito. Mi alma dio un vuelco y sentí que moría.

—Charlie —dije—. ¡Oh, Charlie!

Esa noche, muy tarde, Perro aulló.

Y la causa era ese sonido, ese grito similar, aunque contenido, que venía del cuarto de la torre.

—¡Dios me libre! —dije—. Llamen al plomero. Todo cae por el desagüe.

El señor Wyneski se paseaba por la calzada, de aquí para allí, sin ir a ninguna parte.

El abuelo encendió la pipa con una cerilla.

—Esta es la cuarta vuelta que da a la manzana.

—¡Señor Wyneski! —grité.

Ninguna respuesta. Los pasos se alejaron.

—Dios mío. Me siento como si hubiese perdido una guerra —dije.

—No, Ralph. Perdón, Pip —me contestó el abuelo, sentándose en los escalones junto a mí—. Cambiaste de generales en mitad de la batalla. Eso es todo. Y ahora uno de esos generales se siente tan afligido que se ha vuelto malvado.

—¿El señor Wyneski? ¡Casi lo odio!

El abuelo dio unas pitadas a la pipa.

—No creo que sepa siquiera por qué se siente tan afligido y malvado. Un dentista misterioso le ha arrancado un diente durante la noche, y ahora tiente el dolor con la lengua en el espacio hueco.

—No estamos en la iglesia, abuelo.

—Que suprima las parábolas ¿eh? En palabras simples, Ralph, tú barrías el pelo en el negocio de ese hombre. Y es un hombre sin mujer, sin familia, que sólo tiene su trabajo. Un hombre sin familia necesita tener a alguien en alguna parte del mundo, lo sepa o no.

—Mañana lavaré los vidrios de la peluquería —dije yo—. Aceitaré la insignia de franjas blancas y rojas para que gire como loca.

—Estoy seguro de que lo harás.

Un tren resonó en el silencio de la noche.

El perro ladró.

El señor Dickens contestó con un extraño gemido desde el cuarto alto.

Me fui a la cama y oí el reloj del municipio dar la una, después las dos y por último las tres.

Fue entonces cuando oí un llanto apagado. Salí al pasillo y me puse a escuchar a la puerta de nuestro pensionista.

—¿Señor Dickens?

El débil sonido cesó.

La puerta estaba sin llave. Me atreví a abrirla.

—¿Señor Dickens?

—Aquí no hay nadie de ese nombre —me contestó el señor Dickens.

Estaba acostado, a la luz de la luna; de los ojos, fijos en el cielo raso, corrían abundantes lágrimas.

—¿Señor Dickens?

—Aquí no hay nadie de ese nombre —me repitió el señor Dickens. Movi6 la cabeza de un lado a otro—. Nadie de ese nombre en este cuarto, en esta cama, en este mundo.

—Usted —le dije—. Usted es Charles Dickens.

—Deberías saber que no es así —me respondi6 el hombre con desconsuelo—. Ya pas6 la medianoche y est6 por llegar la claridad.

—Lo 6nico que s6 —dije— es que lo he visto escribir todos los d6as. Le he o6do hablar todas las noches.

—Es verdad, es verdad.

—Y apenas termina un libro comienza otro. Y adem6s tiene usted una letra muy hermosa.

—Tambi6n es cierto. —El se6or Dickens movi6 afirmativamente la cabeza.

—¡S6, por todos los diablos, es cierto!

—¡Entonces! —Di una vuelta alrededor de la mesa—. ¿Qu6 razones hay para que usted, un escritor mundialmente famoso, sienta tanta pena por s6 mismo?

—T6 sabes y yo s6 que soy un don nadie venido de ninguna parte, en camino hacia la eternidad con una linterna apagada, y sin velas.

—Pamplinas —dije.

Fui hacia la puerta. Yo estaba furioso con el se6or Dickens porque no era capaz de resistir hasta el fin y estropeaba un verano maravilloso.

—¡Buenas noches! —sacud6 con fuerza la perilla de la puerta—. ¡Espera!

Fue un grito de pena tan poco perentorio, tan sordo que dej6 caer la mano, pero no me volvi6.

—Pip —llam6 el anciano en la cama.

—¿S6? —le contest6 malhumorado.

—Qued6monos en paz los dos. Ven, si6ntate. Sin apuro, me sent6 en la silla de madera al lado de la mesa de noche.

—H6blame, Pip.

—Dios bendito, a las tres...

—... de la ma6ana, s6. Es una hora espantosa. El atardecer est6 muy lejano y para el alba faltan diez mil kil6metros. Tenemos necesidad de amigos en esta hora. Y puesto que t6 eres mi amigo, preg6ntame cosas.

—¿Como qu6?

—T6 sabes. Me qued6 pensativo un momento y suspir6.

—Bueno, muy bien. ¿Qui6n es usted?

Durante un rato el hombre se qued6 en silencio tirado en la cama y luego traz6 las palabras en el cielo raso con la punta invisible de la nariz y dijo:

—Soy un hombre que nunca pudo cumplir un sue6o.

—¿Qu6?

—Quiero decir, Pip, que nunca llegu6 a ser lo que quer6a. Yo tambi6n me qued6 en silencio.

—¿Qué quería ser?

—Un escritor.

—¿Trató de serlo?

—¡Traté! —exclamó el hombre, perdiendo casi el aliento en un ataque de risa incontenible—. Traté-dijo recobrándose—. Dios de misericordia, hijo, nunca habrás visto emplear tanta saliva, tinta y sudor. Agoté una fábrica de tinta, arruiné una compañía papelería, estropecé para siempre seis docenas de máquinas de escribir, consumí diez mil lápices Ticonderoga de mina suave.

—¡Oh! —exclamé.

—Ya puedes decir ¡oh!

—¿Qué escribió?

—¡Qué *no* escribí! Poesía. Ensayo. Drama. Farsa. Cuento corto. Novela. Mil palabras por día, muchacho, todos los días durante treinta años, pues no pasó un día sin que escribiera y atacara el papel. Millones de palabras pasaron de mis dedos al papel y todo era malo.

—¡Imposible!

—¡Sí! No mediocre, no regular. Pura y sencillamente un espanto de malo. Mis amigos lo sabían, los editores lo sabían, los maestros lo sabían y a las cuatro de la tarde de un día hermoso y extraño, yo también lo supe.

—Pero no se puede escribir durante treinta años sin...

—¿Tropezar con lo bueno? ¿Sin dar en la tecla? Mírame bien, Pip. Observa a un hombre de talento singular y habilidad reconocida, el único hombre de la historia que escribió cinco millones de palabras sin dar vida al más mínimo trozo de cuento que permitiese exclamar: ¡Eureka, por fin algo bueno!

—¿Nunca vendió un cuento?

—Ni un chiste de dos renglones. Ni un soneto para los diarios. Ni un aviso, ni una nota necrológica. Ni siquiera una receta de conservas. ¿No es extraño? Ser tan notablemente aburrido, tan ridículamente inepto. Nada de lo que yo escribí provocó nunca una sonrisa, una lágrima, un enojo o un golpe. ¿Y sabes lo que hice el día que descubrí que nunca sería escritor? Acabé con mi vida.

—¿Acabó con su vida?

—Terminé conmigo, me destruí. ¿Cómo? Pues hice las valijas y me obligué a emprender un largo viaje por tren. Una noche me senté durante largo rato en la plataforma del último vagón y una noche eché a volar, a lo largo de los rieles, como pájaros asustados, mis páginas manuscritas. Desparramé una novela a través de Nebraska, mis leyendas homéricas por el norte, mis sonetos de amor por Dakota del Sur. Abandoné mis ensayos en el baño de hombres de Harvey House, en Clear Springs, Idaho. Los campos de trigo del final del verano conocieron mi prosa. Excelente abono que seguramente produjo copiosas cosechas mucho después de mi paso. Llevé conmigo dos baúles de mi alma en ese largo viaje estival. Así celebraba yo a mi poco agraciada persona. Y uno a uno, despacio al principio, rápido después,

arrojé cuento tras cuento. Los saqué de mi vida, de mi cabeza, de mis manos, y se hundieron en ríos nocturnos de polvo, en praderas de continentes perdidos entre arenas y rocas solitarias. Y el tren se arrastró por una curva con un terrible y lóbrego quejido que algo tenía de alivio. Y abrí las manos y dejé caer mis últimos amados engendros.

"Cuando llegué a la distante terminal de la línea, los baúles estaban vacíos. Había bebido mucho, comido poco, llorado a veces, en la soledad de mi camarote, pero me había desprendido de las amarras, de los pesos muertos y los sueños y, al final del viaje, había conseguido (¡Dios sea loado!) cierta paz digna y una gran certeza. Me sentí renacer. Me dije a mí mismo: ¿Qué pasa? Soy un hombre nuevo.

El hombre hablaba y veía todo esto pintado en el cielo raso, y también yo lo vi, a la luz de la luna, como una película cinematográfica.

—Soy un hombre nuevo, me dije, y cuando bajé del tren al concluir ese largo verano de limpieza y de repentino renacimiento me miré en el espejo manchado de moscas y de gotas de lluvia de una de esas máquinas que venden goma de mascar, en una estación perdida de Peachgum, Missouri, y me vi la barba crecida en dos meses de viaje, y el pelo que el viento me había revuelto a tontas y a locas, y dije entonces en voz baja: «Cómo, Charles Dickens, ¿es usted?».

El hombre, recostado en la cama, rió suavemente.

—«¿Cómo, Charlie, dije, señor Dickens, es usted?».

Y la imagen reflejada en el espejo me contestó: «¡Diablos, señor! ¿Y quién otro habría de ser? Déjeme pasar. Voy a dar una conferencia muy importante».

—Realmente, ¿dijo usted eso, señor Dickens?

—Por los pilares y templos de la verdad divina, Pip.

Y me aparté, y eché a andar por una ciudad desconocida y al fin supe quién era yo, y padecí fiebres al pensar en todo lo que podría hacer en mi vida renacida y en todo el trabajo maravilloso que me esperaba. Pues, Pip, esto debió de haber estado creciendo; durante todos esos años de producción y de aceptación de la derrota, mi subconsciente anterior debe de haber estado susurrándome: «Espera tranquilo. Las cosas se pondrán negras como noche sin luna pero en el momento preciso yo te salvaré».

"Y tal vez lo que me salvó fue precisamente lo mismo que causó mi ruina: el respeto por mis mayores; los personajes importantes y los grandes fantoches que yo contemplaba en las espléndidas cumbres literarias desde mi canoa en el cauce de un río seco.

"Pues, no sabes, Pip, cómo devoré a Tolstoi, me abrevé en Dostoievsky, gusté a Maupassant, me nutrí de Flaubert y Moliere. Puse los ojos en dioses demasiado elevados. Leí demasiado. De modo que cuando mi obra se desvaneció, la de ellos se afianzó. De repente advertí que no podía olvidar sus libros, Pip.

—¿No podía?

—Quiero decir que no podía olvidar ni una letra de cualquier palabra de cualquier

oración de cualquier párrafo de cualquiera de los libros que hubiesen pasado bajo estos hambrientos y omnívoros ojos.

—¡Memoria fotográfica!

—Exacto. Todo Dickens, Hardy, Austen, Poe, Hawthorne, conservados en esta vieja cámara fotográfica, esperando a que mi lengua los diese a la imprenta. Durante todos esos años nunca supe, nunca sospeché que yo tenía todo esto oculto. Pídeme que hable distintas lenguas. Kipling es una de ellas. Thackeray, otra. Si alguien pesa un trozo de carne, soy Shylock. Si alguien sopla una vela, soy Otelo. ¡Todo, todo, Pip, todo!

—¿Y entonces, qué pasó?

—Y entonces, Pip, pasó que volví a mirar ese espejo marcado por las moscas y dije: «Señor Dickens, puesto que todo esto es cierto, ¿cuándo escribe usted su primer libro?». «¡Ahora!», exclamé. Y compré papel y tinta y desde entonces he conocido el delirio y la alegría, la locura y el feliz frenesí escribiendo, unos tras otro, todos esos libros de Charles Dickens, es decir, míos, de mi propio ser, de mí mismo. He recorrido la vastedad continental de los Estados Unidos de Norteamérica y me he establecido para escribir y actuar, actuar y escribir. He pronunciado conferencias aquí, reflexionado allá, un poco dentro y un poco fuera de mi locura, reconocido y desconocido, demorándome aquí para concluir *Copperfield*, vagando por allá mientras pensaba en *Dombey e Hijo*, presentándome a tomar el té con el fantasma de Marley en algún pálido atardecer navideño. A veces me quedaba inviernos enteros detenido por la nieve en pequeños pueblos que no aparecen en ningún mapa, sin que nadie sospechara que Charles Dickens soportaba allí la hibernación. Luego reaparecía súbitamente como la nutria en la primavera y seguía mi camino. A veces me quedaba veranos enteros en la misma ciudad antes que me obligaran a partir. Porque, tal como tu señor Wyneski, hay muchos que no pueden perdonar lo fantástico, Pip, aunque eso fantástico sea eminentemente práctico. El señor Wyneski carece de humor, muchacho, no ve que todos hacemos lo que necesitamos para sobrevivir. Algunos ríen, otros lloran, unos golpean el mundo con los puños, otros corren, pero todo se reduce a lo mismo: hacer algo.

"En el mundo hay mucha gente que se está ahogando. Cada uno intenta llegar a la orilla de una manera distinta.

"¿Y el señor Wyneski? El hace algo con un par de tijeras, pero no entiende mi pluma entintada ni mis hojas garrapateadas con las que intento apresar el alma inglesa que tengo en préstamo.

El señor Dickens sacó los pies de la cama y alargó la mano para alcanzar el maletín. Yo lo tomé antes.

—¡No, usted no se puede ir! ¡Todavía no ha terminado el libro!

—Pip, querido muchacho, no has estado escuchándome.

—¡El mundo entero está esperando! ¡No puede marcharse y dejar *Historia de dos ciudades* por la mitad!

El señor Dickens me quitó la valija.

—Pip... Pip...

—¡No puede, Charlie!

El hombre me miró a la cara, y me vio tan arrebatado que retrocedió.

—¡Yo espero —exclamé—, y ellos esperan!

—¿Ellos?

—Las multitudes en la Bastilla. París. Londres. El mar de Dover. ¡La guillotina!

Corrí a abrir aún más las ventanas como si el viento nocturno y la luz de la luna pudiesen arrastrar los sonidos y las sombras para que se deslizaran por la alfombra y se le metiesen dentro de los ojos. Las cortinas flamearon como fantasmas y yo juro que oí, que Charlie oyó, traídos por los quejidos de ese viento, el tumulto de las multitudes, las ruedas de los carruajes, el agudo chirrido de las cuchillas filosas que caían golpeando, las cabezas que rodaban parecidas a repollos, los cantos de guerra...

—¡Oh, Pip... Pip...!

Las lágrimas brotaban de los ojos del señor Dickens. Yo había sacado lápiz y papel.

—Bien... —dije.

—¿Dónde estábamos esta tarde, Pip? —Con la señora Defarge, que tejía. El señor Dickens dejó caer el maletín. Se sentó en el borde de la cama y las manos empezaron a moverse, tejiendo y destejiendo, atando y desatando; clavó la vista en esas manos y comenzó a hablar. Yo escribía y él siguió hablando con ímpetu creciente durante el resto de la noche.

—La señora Defarge. Sí... bien. Anota esto, Pip:

Ella...

—Buenos días, señor Dickens.

Me dejé caer en la silla del comedor.

El señor Dickens ya había terminado la mitad de su pila de panqueques.

Tomé un bocado y reparé entonces en la pila aún más alta de páginas que había sobre la mesa.

—Señor Dickens —le pregunté—. ¿Ha terminado ya *Historia de dos ciudades*?

—He terminado —el señor Dickens siguió comiendo con los ojos bajos—. Me levanté a las seis; he trabajado sin interrupción. Está terminada, concluida, lista.

—¡Vaya! —exclamé.

Se oyó el silbato de un tren. Charlie se irguió, y abandonando el desayuno, se puso súbitamente de pie y fue hacia la salida. Oí el portazo de la puerta principal y salí corriendo a la galería desde donde lo vi cuando ya estaba por alcanzar la calle, con el maletín en una mano.

Caminaba tan rápido que tuve que correr. Me puse a dar vueltas alrededor de Charlie mientras él seguía caminando hacia la estación ferroviaria.

—¡Señor Dickens, el libro estará terminado, es cierto, pero todavía no está

publicado!

—Encárgate tú, Pip.

Charlie huía. Yo lo seguía jadeante.

—¿Y David Copperfield? ¿Y la pequeña Dorrit?

—¿Amigos tuyos, Pip?

—Suyos, señor Dickens, Charlie... ¡Oh, Dios mío, si usted no los escribe, nunca vivirán!

—Se las arreglarán de algún modo.

El señor Dickens desapareció a la vuelta de una esquina. Lo seguí de un salto.

—Charlie, espere. Le daré un nuevo título: *Los papeles...*, sí, *Los papeles de Pickwick*.

El tren llegaba en ese momento a la estación.

Charlie corrió.

—¡Y después *Casa desolada*, Charlie, y *Tiempos difíciles*, y *Grandes...* señor Dickens, escúcheme... *ilusiones*. ¡Oh, mi Dios!

Charlie se había alejado mucho y sólo le pude gritar:

—¡Está bien, diablos, siga! ¡Deje todo y váyase! ¿Sabe lo que yo voy a hacer? ¡No merece que lo lea! ¡No lo merece! Así que ahora ni siquiera me molestaré en terminar de leer *Historia de dos ciudades*. ¡Ni pienso hacerlo! ¡No, por cierto!

Ya se oía la campana de la estación. El tren estaba envuelto en humo. Pero el señor Dickens caminaba más despacio.

Al fin se detuvo en medio de la calle. Yo me acerqué y me quedé mirándole la espalda.

—Pip —dijo suavemente—, ¿es verdad lo que acabas de decir?

—Usted —exclamé—, usted no es más que...— Me devané los sesos pensando qué decirle y se me ocurrió.—... Una pizca de mostaza, un pedazo da patata cruda que nadie ha digerido todavía.

—¿Qué? ¿Un impostor?

—¡Un impostor! ¡Me importa un comino lo que le ocurra a Sidney Carton!

—Es de lejos lo mejor que he hecho, Pip. Tienes que leerlo.

—¿Por qué?

—Porque lo escribí para ti.

Tuve que recurrir a todas mis fuerzas para responderle a los gritos:

—¿Y qué hay?

—Y —dijo el señor Dickens—, que acabo de perder el tren. Faltan cuarenta minutos para el próximo.

—Entonces tiene usted tiempo —le contesté.

—¿Tiempo para qué?

—Para conocer a alguien. Venga, Charlie, y le prometo que terminaré de leer ese libro. Es allí, allí no más, Charlie.

—¿Dónde? ¿En la biblioteca?

—Diez minutos, señor Dickens, déme sólo diez minutos, Charlie, por favor.

—¿Diez?

Y el señor Dickens dejó al fin que yo lo guiara como a un ciego hasta la escalinata de la biblioteca, y entró desganado en el edificio.

La biblioteca era como una cantera de piedra en la que no hubiera llovido durante diez mil años.

De un lado, lejos, el silencio.

Más allá, del otro lado, la quietud.

Era como ese instante que hay entre algo que ha terminado y algo que comienza. Nadie moría allí. Nadie nacía. La biblioteca y todos aquellos libros simplemente *estaban*.

El señor Dickens y yo esperamos en un extremo del silencio. Él temblaba. Recordé de pronto que nunca lo había visto allí durante todo el verano. Temía que yo lo acercara a los anaqueles de obras de ficción y verse así obligado a enfrentarse con todos esos libros escritos, acabados, concluidos, impresos, sellados, prestados, leídos, reparados y archivados. Pero yo no iba a ser tan necio. De todos modos, el señor Dickens me tomó del brazo y susurró:

—Pip, ¿qué diablos estamos haciendo aquí? Vayámonos. Hay...

—Escuche... —murmuré.

De lejos, desde algún rincón de la biblioteca, llegaba un ruido parecido al de una polilla que se mueve en sueños.

—¡Bendito sea! —Los ojos se le agrandaron al señor Dickens—. Yo conozco ese sonido.

—¡Claro que sí!

—Es el sonido —dijo el señor Dickens conteniendo la respiración e inclinando la cabeza— de alguien que escribe.

—Sí, señor.

—De alguien que escribe con una lapicera. Y... escribe...

—¿Qué?

—Poesía —murmuró el señor Dickens—. Eso es. Alguien, en algún cuarto perdido, vaya a saber en qué recónditas profundidades, Pip, juro que está escribiendo un poema. ¿Lo oyes? ¿Oyes el rasgueo y el garrapatear de la pluma? Esas no son cifras, Pip, ni números, ni hechos escuetos. ¿No adviertes cómo se desliza, cómo corre? ¡Un poema, Dios mío, sí, no cabe duda, un poema!

—Señora —dije en voz alta.

El ruido de polilla cesó.

—No la obligues a detenerse —murmuró el señor Dickens—. No le cortes la inspiración. ¡Déjala seguir!

El ruido de polilla continuó de nuevo.

La pluma susurró deslizándose, y se detuvo, y susurró otra vez. Sacudí la cabeza y moví los labios, lo mismo que el señor Dickens, ambos pendientes, en suspenso, envueltos en un aire frío como el mármol, escuchando unos ecos y rasguídos en profundidades distantes.

La pluma continuó deslizándose, susurrando.

De pronto, silencio.

El señor Dickens me tocó apenas con el codo.

—¡Listo!

Nunca llamé con tanta urgencia, en voz baja.

—¡Señora!

Algo murmuró en los corredores. La bibliotecaria apareció ante nosotros. Una señora de edad indefinida, ni joven ni vieja; de color indefinido, ni muy morena ni muy pálida; de estatura indefinida, ni alta ni baja, pero un tanto frágil. Una mujer acostumbrada a hablar consigo misma en un susurro parecido al de unas páginas que se vuelven. Una mujer que se deslizaba como caminando sobre ruedas ocultas.

Llegó con un suave rostro de lámpara, iluminando el camino con los ojos.

Los labios se le movían y las palabras le bullían detrás de la mirada ensimismada.

Charlie le leyó los labios con avidez. Asintió. Esperó a que la mujer se detuviera y nos enfocara con la mirada, cosa que hizo repentinamente. Retomó el aliento y se rió de sí misma.

—Oh, Ralph, eres tú y —una mirada de reconocimiento le dulcificó el rostro— usted es el amigo de Ralph, el señor Dickens, ¿no es cierto?

Charlie la miró fijamente con una devoción tranquila y casi alarmante.

—Señor Dickens —dije—, quiero presentarle...

—«Porque no pude detenerme a esperar la Muerte». —Charlie citaba de memoria, con los ojos cerrados.

La bibliotecaria parpadeó con rapidez y la frente se le iluminó como una lámpara y tomó un color blanquecino.

—Señorita Emily —dijo el señor Dickens.

—La señora se llama... —intervine. El señor Dickens se adelantó a tocar la mano de la mujer.

—La señorita Emily.

—Encantada —contestó la mujer—. ¿Pero cómo...?

—¿Adiviné el nombre? ¡Bendito Dios, señora, la oí garrapatear a lo lejos a toda prisa; sólo los poetas hacen eso!

—No es nada...

—La cabeza erguida, alto el mentón —dijo Charlie con dulzura—. «Porque no pude detenerme a esperar la Muerte» es un hermoso poema, de primera categoría.

—Mis propios poemas son tan malos... —le contestó la mujer nerviosamente—. Copio los de ella para aprender.

—¿Copia a quién? —dije abruptamente.

—Excelente manera de aprender.

—¿De verdad le parece? —La mujer miró a Charlie con detenimiento—. ¿No está usted...?

—¿Bromeando? No. No con Emily Dickinson, señora.

—¿Emily Dickinson? —pregunté yo.

—Viniendo de usted eso significa mucho, señor Dickens —La mujer se sonrojó—. He leído todos los libros de usted.

—¿Todos? —el señor Dickens retrocedió.

—Todos —se apresuró a agregar la señorita Emily— los que lleva usted publicados hasta ahora, señor.

—Acaba de escribir uno —intervine— excepcional. *Historia de dos ciudades*.

—¿Y usted, señora? —le preguntó Charlie bondadosamente.

Ella abrió las manos delicadas, como para que escapara un pájaro.

—¿Yo? Ni siquiera he mandado un poema a nuestro periódico local.

—¡Pues tiene que hacerlo! —exclamó Charlie con verdadera pasión—. No mañana, ¡hoy mismo!

—Pero —la voz de la señorita Emily era apenas audible—, no tengo nadie a quien leérselos antes.

—Vamos —dijo Charlie quedamente—. Lo tiene a Pip y acepte mi tarjeta... Charles Dickens... Que vendrá a visitarla de cuando en cuando, si usted lo permite, a ver si todo marcha bien en este celestial depósito de libros.

—No podría... —dijo ella, y tomó la tarjeta.

—Vamos. Tiene que hacerlo. Yo sólo ofrezco rebanadas calientes de pan blanco, pero las palabras de usted han de ser mermelada y miel de verano. Yo leeré textos largos y sencillos. Usted, breves éxtasis que exaltan la vida, tentada por momentos por esa extraña y deliciosa Muerte en la que tantas veces busca apoyo. Basta ya. Allí —señaló algo—, al final del largo corredor, está la lámpara encendida, lista para guiarle la mano... la Musa espera. Cuídela y aliméntela bien. Adiós.

—¿Adiós? —preguntó la mujer—: ¿No significa eso «a Dios la encomiendo»?

—Eso he oído, querida señora, eso he oído.

Y de repente nos encontramos otra vez a la luz del sol. El señor Dickens casi tropezó con el maletín que allí lo aguardaba.

En la mitad del prado, el señor Dickens se quedó muy quieto y dijo:

—El cielo es azul, muchacho.

—Sí, señor.

—Y el césped verde.

—Claro. —Me detuve y miré alrededor—. Quiero decir, si, verdaderamente.

—Y el viento... ¿hueles la dulzura del viento?

Los dos aspiramos el soplo del viento. El señor Dickens prosiguió:

—Y en el mundo hay niños notables de imaginación sorprendente y que conocen los secretos de la salvación.

Me palmeó el hombro. La cabeza gacha, yo no sabía qué hacer. Y entonces me salvó un silbato.

—¡Ah! ¡El tren! ¡Ahí viene!

—Ahí se va. Y nosotros vamos a casa, muchacho.

—¡A casa! —exclamé con alegría, pero enseguida me detuve—. ¿Pero qué va a pasar con el señor Wyneski?

—Oh, al fin y al cabo te tengo mucha confianza, Pip. Todas las tardes, mientras yo tomo el té y descanso la cabeza, tú correrás a la peluquería y...

—Barreré el pelo...

—Bravo, muchachito. Es bien poco. Un préstamo de amistad del Banco de Inglaterra al Primer Banco Nacional de Green Town, Illinois. ¡Y ahora, Pip, un lápiz!

—¿Papel?

—Papel. Caminamos bajo los suaves y verdes árboles del verano.

—Título, Pip.

El señor Dickens alzó el bastón para escribir un misterio en el cielo. Yo entorné los ojos ante esa invisible caligrafía.

—*Almacén...*

Escribió una segunda palabra en el aire.

—*de...* —traduje.

—¿Qué tal suena como título, Pip?

—No parece, bueno... —titubeé— terminado del todo, señor.

—¡Qué buen cristiano eres! ¡Sigo! Escribió una última palabra, al sol:

—*De... an... ti... Almacén de antigüedades.* ¡Empezamos una novela, Pip!

—Sí, señor —exclamé—. ¡Capítulo Primero!

Una ráfaga de nieve sopló entre los árboles.

—¿Qué es eso? —pregunté, y contesté:

Bueno, el verano ha pasado. Las páginas del calendario, todas las horas y los días, igual que en el cine, se han ido esparciendo detrás de las colinas. Charlie y yo ya no trabajamos juntos. Terminaron los muchos días en la biblioteca. Las innumerables noches de lectura en voz alta con la señorita Emily, pertenecen al pasado. Los trenes llegaron y partieron. Muchas lunas crecieron y menguaron. Vienen nuevos trenes, y nuevas vidas vacilan en la orilla. Y de repente la señorita Emily de pie, allí, y Charlie aquí con todo el equipaje, me entregan una bolsa de papel.

—¿Qué es esto?

—Arroz, Pip, arroz blanco común para el rito de la fertilidad. Arrójanos el arroz, muchacho. Despídenos con alegría. ¿Oyes esas campanas, Pip? Aquí parten el señor y la señora Dickens. ¡Tira, muchacho! ¡Tira! ¡Tira!

Y tiré arroz y corrí. Corrí y tiré arroz de nuevo, y ellos montados en la plataforma del último vagón hacían señas hasta que se perdieron de vista mientras yo les gritaba:

—¡Adiós, feliz matrimonio, Charlie...! ¡Felices años! ¡Regresen! Felices...

Felices...

Y supongo que entonces me puse a llorar y el perro empezó a morderme los zapatos, celoso pero feliz de tenerme para él solo de nuevo, y el señor Wyneski me esperaba en la peluquería para entregarme la escoba y hablarme como a un hijo.

Y el otoño vino y se demoró y al fin llegó una carta del matrimonio viajero.

La guardé sin abrir todo el día y, al atardecer, mientras el abuelo rastrillaba las hojas, cerca de la galería, salí a mirarlo, y sostuve la carta esperando a que alzara los ojos y la viera, cosa que por fin hizo, y entonces la abrí y la leí en voz alta en el crepúsculo de octubre:

—«Querido Pip» —leí, y cuando vi mi antiguo nombre me detuve, pues las lágrimas me nublaban los ojos.

—«Querido Pip: Esta noche estamos en Aurora, mañana estaremos en Felicity y pasado mañana en Elgin».

Charles tiene seis meses de conferencias por delante. Charlie y yo trabajamos sin descanso y somos muy felices... extremadamente felices... ¿Hace falta que lo diga? «Charlie me llama Emily».

«Pip, no creo que tú sepas quién era Emily, pero hubo una vez una poetisa de ese nombre y espero que algún día pidas los libros de ella en la biblioteca».

«Bueno, Charlie me mira y dice: «Esta es mi Emily», y yo casi lo creo. No. Lo creo en serio».

Me detuve, tragué con fuerza y seguí leyendo: —«Estamos locos, Pip».

«La gente lo dice. Nosotros lo sabemos. Y, sin embargo, seguimos».

«Estar locos juntos es muy hermoso. Lo que ya no podía soportar era estar loca sola». «Charlie te manda cariñosos recuerdos y quiere que sepas que ha comenzado un nuevo libro, magnífico, tal vez el mejor que haya escrito hasta ahora. Tú mismo le sugeriste el título: *Casa desolada*».

«De modo, Pip, que escribimos y viajamos, viajamos y escribimos. Y uno de estos años tal vez regresemos en el tren que se detiene a cargar agua en tu pueblo. Y si tú estás allí y nos llamas con los nombres que tenemos ahora, bajaremos del tren. Pero quizá en ese entonces hayas crecido demasiado. Y si cuando el tren se detiene, Pip, tú no estás allí, comprenderemos y dejaremos que el tren nos lleve a otra ciudad, y luego a otra. “Firmado: Emily Dickinson”».

«P.S. Charlie dice que tu abuelo es el vivo retrato de Platón, pero que no se lo digas. “P.P.S. Charlie es mi amor”».

—Charlie es mi amor —repitió el abuelo, sentándose y tomando la carta para volver a leerla—. Bueno, bueno... —suspiró—. Vaya, vaya...

Nos quedamos sentados allí largo rato mirando el cielo encendido de octubre y las estrellas recientes. Como a un kilómetro ladró un perro. A kilómetros de distancia, en la línea del horizonte, pasó un tren, y se oyó el silbato, y luego la campana una, dos, tres veces, y al fin desapareció.

—Sabes —dije—, no creo que estén locos.

—Tampoco yo, Pip —dijo el abuelo encendiendo la pipa y soplando la cerilla—. Tampoco yo.

El Pesado

LA MUJER DIO UN PASO hacia la ventana de la cocina y miró.

Allí en el patio crepuscular había un hombre rodeado de barras y pesas de hierro obscuro y cuerdas tendidas y resortes elásticos en espiral. Llevaba una tricota y zapatos de tenis y no decía nada a nadie; estaba simplemente de pie en el mundo que se obscurecía y no sabía que ella lo miraba.

Era el hijo de la mujer y todos lo llamaban el Pesado.

El Pesado apretaba en las manazas los pequeños resortes de espiral. Se le perdían entre los dedos, como trucos de magia, y luego reaparecían. Los apretaba. Desaparecían. Los soltaba. Volvían.

Hizo esto durante diez minutos, el cuerpo inmóvil.

Después se agachó y levantó las barras de cincuenta kilos, sin hacer ruido, sin respirar. Las movió cierto número de veces por encima de la cabeza, luego las dejó y fue al garaje abierto donde había varios acuaplanos que él había cortado y pegado y enarenado y pintado y encerado, y allí golpeó una bolsa de arena, con facilidad, regularmente, hasta que se le humedeció el rizado pelo de oro. Entonces se detuvo y llenó los pulmones de aire y la circunferencia del pecho le llegó a un metro y medio. Se quedó así, con los ojos cerrados, viéndose en un espejo invisible, aplomado y tremendo, cien kilos de músculos, atezado por el sol, salado por el viento marino y el sudor que le mojaba el cuerpo.

Exhaló el aire. Abrió los ojos.

Fue hasta la casa, entró en la cocina y no miró a la madre, esa mujer, y abrió la refrigeradora y dejó que el frío ártico lo saturara mientras bebía un cuarto litro de leche directamente del cartón, de un solo trago. Luego se sentó a la mesa de la cocina y acarició y examinó las calabazas de la fiesta de Todos los Santos.

Ese día había salido temprano a comprar las calabazas. Las había tallado casi todas y eran hermosas y se sentía orgulloso. Ahora, con un aire infantil allí en la cocina, empezó a tallar la última. Nunca se hubiera dicho que tenía treinta años, seguía moviéndose con tanta rapidez, con tanta calma, en las grandes ocasiones como cuando golpeaba una ola lanzándose en acuaplano, o allí en el leve ir y venir de un cuchillo que abre un ojo en una calabaza. La lamparilla eléctrica le colmaba la turbulencia estival del pelo, pero no mostraba ninguna emoción en el rostro del hombre, excepto el propósito deliberado de tallar las calabazas. Todo era músculos en él, sin grasa alguna, y esos músculos esperaban detrás de cada movimiento del cuchillo.

La madre iba y venía en actividades personales alrededor de la casa y después fue allí a mirar al hijo y a las calabazas y a sonreír. Estaba acostumbrada a su hijo. Lo oía todas las noches golpeando afuera la bolsa de arena, o apretando los pequeños

resortes de metal con las manos o gruñendo cuando levantaba un mundo de pesas y las sostenía en equilibrio sobre los hombros extrañamente quietos. Estaba acostumbrada a todos esos sonidos, aunque supiera que el océano llegaba a la orilla más allá de la casa y allí se quedaba, chato y brillante en la arena. Así como se había acostumbrado, ahora, a oír al Pesado hablar todas las noches por teléfono para decirles a las chicas que estaba cansado y que no, que esa noche tenía que lustrar el auto, o hacer ejercicio delante de los muchachos de dieciocho años. La madre se aclaró la garganta.

—¿Estuvo buena la cena esta noche?

—Claro —dijo él.

—Tuve que conseguir carne especial. Compré los espárragos frescos.

—Estuvo buena.

—Me alegra que te haya gustado, me gusta siempre que te guste.

—Claro —dijo él trabajando.— ¿A qué hora es la fiesta?

—A las siete y media. —El Pesado terminó la última de las sonrisas en la calabaza y se apoyó en el respaldo—. Si es que aparecen todos; a lo mejor no aparecen; compré dos jarras de sidra.

Se puso de pie y fue al dormitorio, con una maciza tranquilidad, llenando sobradamente con los hombros el vano de la puerta. Dentro de la habitación, en la penumbra, imitó los movimientos de un hombre que lucha seria y silenciosamente con un adversario invisible mientras se ponía el disfraz. Llegó a la puerta de la sala un minuto después lamiendo un gigantesco caramelo de menta, a rayas. Llevaba un par de pantalones cortos, negros, una camisa de cuello fruncido y un sombrero de niño. Lamía el caramelo y decía: «¡Soy el nene malo!» y la mujer que había estado mirándolo se echó a reír. Moviéndose como un niño pequeño, lamiendo el caramelo enorme, anduvo por toda la habitación mientras la mujer se reía y él decía cosas y hacía como que llevaba un perro grande atado a una cuerda.

—¡Serás la estrella de la fiesta! —exclamaba la mujer, la cara roja y exhausta. El Pesado también se reía ahora.

Sonó el teléfono.

El Pesado salió haciendo pininos para contestar desde el dormitorio. Habló largo rato, y la madre le oyó decir «Oh por el amor de Dios» varias veces, y al fin entró lento y macizo en la sala, con un aire obstinado.

—¿Qué pasa? —quiso saber la mujer.

—Uf —dijo él—, la mitad de los muchachos no van a ir a la fiesta. Tienen otros compromisos. Era Tommy el que llamaba. Tiene un compromiso con una chica de no sé dónde. ¡Maldita sea!

—Serán bastantes para una fiesta —dijo la mujer—. Tú vas.

—Tendría que ir a tirar las calabazas a la basura —dijo él, enfurruñado.

—Tú vas y ya verás cómo te diviertes —dijo la mujer—. Hace semanas que no sales.

Silencio.

El Pesado se quedó allí retorciendo el enorme caramelo del tamaño de su propia cabeza, haciéndolo girar entre los grandes dedos musculosos. Parecía como si en cualquier momento fuera a hacer lo que había hecho otras noches. Algunas noches se apretaba a sí mismo de arriba abajo en el suelo, con los brazos, y otra jugaba un partido de básquetbol consigo mismo y llevaba los tantos, equipo contra equipo, blanco contra negro, en el patio. Algunas noches andaba por ahí así y de pronto desaparecía y uno lo veía salir al océano a nadar, largo y fuerte y calmo como una foca bajo la luna llena, o podía no verlo las noches en que no había luna y sólo las estrellas brillaban sobre el agua, pero se oía allí, en ocasiones, un débil chasquido cuando se metía y se quedaba largo rato y subía, o salía a veces con el acuaplano liso como las mejillas de una muchacha, lijado hasta la tersura, y venía cabalgándolo, enorme y solitario sobre una ola blanca y fantasmal que se desnataba a lo largo de la orilla, y cuando el acuaplano tocaba la arena el Pesado se apeaba como un visitante de otro mundo y se quedaba largo rato sosteniendo el suave, liso acuaplano a la luz de la luna, un hombre tranquilo y una suerte de lápida de cementerio sin nada escrito encima. En todas las noches parecidas de los años pasados, había sacado a una chica tres veces en una semana y ella comía muchísimo y cada vez que la veía ella decía: «Vamos a comer», y entonces una noche él la llevó en el coche a un restaurante y abrió la portezuela y la ayudó a bajar y volvió a entrar y dijo: «Ahí está el restaurante. Hasta luego». Y se fue. Y volvió a nadar, solo. Mucho después, otra vez, una chica llegó media hora tarde, por tanto arreglarse, y él no volvió a hablarle nunca más.

La madre lo miraba ahora pensando en todo eso, recordando todo eso.

—No te quedes ahí —le dijo—. Me pones nerviosa.

—Está bien —contestó él resentido.

—¡Anda! —gritó la mujer. Pero no gritó bastante fuerte. Incluso a ella misma la voz le sonó débil. Y no supo si su voz era naturalmente débil o si ella hablaba así ahora. No hubiera sido distinto que dijese algo del invierno próximo; todas las palabras tenían un sonido solitario. Y oyó de nuevo la voz que le salía de la boca, sin fuerzas—: ¡Anda!

El Pesado fue a la cocina.

—Me pregunto si habrá gente suficiente —dijo.

—Seguro que habrá —dijo la mujer, sonriendo de nuevo. Siempre sonreía de nuevo. A veces cuando ella le hablaba, noche tras noche, parecía como si también estuviera levantando pesas. Cuando el Pesado caminaba por las habitaciones era como si la mujer caminara ayudándolo. Y cuando él se sentaba a rumiar, como de costumbre, la mujer buscaba alrededor alguna ocupación que podía ser quemar las tostadas o dejar pasar la carne. Lanzó en ese momento una risa breve y débil, sofocada como un ladrido.

—Anda, vas a pasarlo bien.

Pero los ecos fueron de aquí a allá, como si la casa estuviera completamente vacía

y fría. Los labios de la mujer se movieron:

—Vete volando.

El Pesado cargó la sidra y las calabazas y se las llevó corriendo al auto. Era nuevo y había estado sin usar durante casi un año. El Pesado lo lustraba, chamboneaba con el motor o se metía debajo durante horas revolviendo todas las partes, o se sentaba simplemente en el asiento de adelante hojeando las revistas que hablaban de salud y fuerza, pero rara vez manejaba el auto. Puso la sidra y las calabazas talladas orgullosamente en el asiento delantero, y en ese momento estaba pensando en el buen rato que pasaría quizá esa noche, de modo que se tambaleó como un nenito a punto de dejar caer todo, y la madre se rió. El Pesado lamió de nuevo el caramelo, saltó al coche, lo hizo retroceder por el sendero de casquijo, se desvió para seguir junto al océano, sin mirar a la mujer, y tomó el camino de la costa. Ella se quedó en el patio mirando cómo el auto se iba. Leonard, hijo mío, pensó.

Eran las siete y cuarto y estaba muy oscuro ahora; los chicos se meneaban ya en las aceras envueltos en sábanas blancas de fantasma y llevando máscaras de albayalde, agitando campanillas, chillando, sacudiendo las flojas bolsas de papel que les golpeaban las rodillas. Leonard, pensó la mujer.

No lo llamaban Leonard, lo llamaban el Pesado y Sammy, abreviatura de Sansón. Lo llamaban Butch, Atlas, Hércules. Los chicos de la escuela secundaria estaban siempre en la playa rodeándolo, tanteándole los bíceps como si fuera un nuevo modelo de coche sport, poniéndolo a prueba, admirándolo. Caminaba, dorado, entre ellos. Todos los años era así. Y luego los de dieciocho cumplían diecinueve y ya no venían tan a menudo, y veinte y muy rara vez, y después veintiuno y nunca más, se iban simplemente, y de pronto había otros nuevos de dieciocho para sustituirlos, sí, siempre los nuevos que ocupaban el lugar al sol donde habían estado los otros, mientras los mayores iban a algún sitio para hacer algo y ver a alguien.

Leonard, mi buen muchacho, pensó la mujer. Vamos a los espectáculos los sábados por la noche. El trabaja en los cables de alta tensión todo el día, allí en el cielo, solo, y duerme solo en su cuarto de noche, y nunca lee un libro o un diario ni escucha la radio ni pone un disco, y este año cumplirá treinta y uno. ¿Y cuándo exactamente, en tantos años, ocurrió eso, y él se subió a aquel palo solitario, a cavilar y a trabajar solo todas las noches? Desde luego había habido bastantes mujeres aquí y allá, una y otra vez, a lo largo de los años. Unas pobres insignificantes, claro, tontas, sí, a juzgar por la apariencia, pero mujeres, o muchachas, más bien, y ninguna digna de ser mirada por segunda vez. Sin embargo, cuando un muchacho pasa los treinta... Suspiró. Pero si anoche mismo había sonado el teléfono. El Pesado había contestado y ella pudo completar la mitad no escuchada de la conversación, pues la había oído miles de veces en doce años:

—Sammy, habla Christine. —Una voz de mujer—. ¿Qué estás haciendo?

Las pestañas doradas y cortas temblaron un momento, y el Pesado arrugó el entrecejo, cansado y alerta.

—¿Por qué?

—Tom, Lu y yo vamos a ver una película, ¿quieres venir?

—¡Mejor que sea buena! —resopló el Pesado.

Christine le dijo el nombre de la película.

El Pesado bufó.

—¡Esa!

—Es una buena película —dijo la mujer.

—Esa no —dijo el Pesado—. Además, todavía no me afeité.

—Puedes afeitarte en cinco minutos.

—Necesito un baño y me lleva mucho tiempo.

Mucho tiempo, pensó la madre. Se pasaba en el baño dos horas por día. Se peinaba el pelo dos docenas de veces, revolviéndolo, peinándolo de nuevo, hablando consigo mismo.

—Está bien. —La voz de la mujer en el teléfono—. ¿Vas a ir a la playa esta semana?

—El sábado —dijo el Pesado, antes de pensarlo.

—Entonces te veo —dijo la mujer.

—Quise decir el domingo —dijo él, rápidamente.

—Podría cambiar por el domingo.

—Si es que puedo —dijo él, todavía más rápido—. Algo anda mal en mi coche.

—Claro, Sansón. Hasta pronto.

Y el Pesado se había quedado allí largo rato, dándole vueltas al tubo silencioso.

Bueno, pensó la madre, estará pasándolo bien ahora. Una buena fiesta de Todos los Santos, con las manzanas que llevó, unas atadas en ristras, y otras sueltas para meterlas en una tina con agua, y las cajas de caramelos, el maíz dulce que tiene realmente el sabor del otoño. Anda por ahí como el nene malo, pensó, lamiendo el caramelo, y todos gritan y hacen sonar las bocinas, riendo, bailando.

A las ocho, a las ocho y media, a las nueve fue hasta la puerta de alambre y miró afuera y casi podía oír la fiesta lejos, en la playa obscura, los ruidos que traía el viento incisivo, furioso, salvaje, y deseó estar allá en la casita del malecón, sobre las olas, todos disfrazados, girando, y las calabazas talladas cada una de una manera distinta y un concurso para elegir la mejor máscara casera o el mejor maquillaje, y tanto maíz tostado para comer y...

La mujer se apoyó en la falleba de la puerta de alambre, la cara rosada y excitada, y de pronto advirtió que los chicos ya no iban a pedir a las casas. La noche de Todos los Santos, para los chicos del vecindario, por lo menos, había acabado ya.

Fue a mirar al patio.

La casa y el patio estaban demasiado tranquilos. Era extraño no oír los tiros de básquetbol en el casquijo o el zumbido de los golpes en la bolsa de arena, o el leve crujido de las manoplas.

¿Qué pasaría, pensó, si el Pesado encontraba a alguien esta noche, si encontraba a

alguien allí y simplemente no volvía más, no volvía más a casa? Ni una llamada telefónica. Ni una carta, así podía ocurrir. Ni una palabra. Irse, simplemente, y no volver nunca más. ¿Qué pasaría? ¿Qué pasaría?

No, pensó, no hay nadie, nadie allá, nadie en ninguna parte. Este es su sitio. Este es el único sitio.

Pero el corazón le latía apresurado y tuvo que sentarse.

El viento soplaba apenas desde la orilla. La mujer encendió la radio pero no escuchó. Ahora, pensó, no hacen nada excepto jugar a la gallina ciega, sí, eso es, y luego... Jadeó sobresaltándose.

En las ventanas había estallado una luz cruda. El casquijo saltaba como rocío de metralla proyectado por el traqueteo del auto que venía acercándose. El auto frenó y se detuvo, con el motor en marcha. Las luces se apagaron en el patio, pero el motor seguía funcionando, más lento, más rápido, más lento.

La mujer vio la figura oscura en el asiento delantero del coche; miraba hacia delante, inmóvil.

—Tú... —empezó a decir la mujer y abrió la puerta de alambre. Al fin encontró una sonrisa. La detuvo. El corazón le latía más lentamente ahora. Frunció el ceño. El Pesado apagó el motor. La mujer esperaba. El Pesado bajó del coche, arrojó las calabazas a la basura y tapó la lata ruidosamente.

—¿Qué pasó? —preguntó la mujer—. ¿Por qué has vuelto tan temprano...?

—Nada.

El Pesado entró rozándola con las dos jarras de sidra intactas. Las puso en el fregadero de la cocina.

—Pero todavía no son las diez... El Pesado entró en el dormitorio y se sentó en la oscuridad.

—Así es.

La mujer esperó cinco minutos. Siempre esperaba cinco minutos. Él quería que ella fuera a preguntarle, se hubiera vuelto loco si ella no le hablaba, de modo que al fin la mujer fue y miró en el dormitorio oscuro.

—Cuéntame —dijo.

—Oh, estaban todos alrededor —dijo el Pesado—. Todos alrededor como un montón de idiotas, sin hacer nada.

—Qué pecado.

—Estaban allí como estúpidos.

—Oh, qué pecado.

—Traté de conseguir que hicieran algo, pero estaban ahí sin moverse. Sólo aparecieron ocho, de veinte sólo ocho, ocho, y yo el único disfrazado. Como te digo. El único. Qué banda de imbéciles.

—Después del trabajo que te tomaste, además.

—Estaban con las chicas y se quedaban allí con ellas y no hacían nada, ni juegos ni ninguna otra cosa. Algunos salieron con las chicas —dijo el Pesado en la

obscuridad, sentado, sin mirar a la mujer—. Salieron a la playa y no volvieron. Lo juro por Dios. —El Pesado se puso de pie, y se apoyó contra el muro, y había una completa desproporción entre él mismo y los pantalones cortos que tenía puestos. Había olvidado que llevaba aún el sombrero de chico. De pronto se acordó, se lo quitó y lo arrojó al suelo—. Traté de hacerles bromas. Jugué con un perro de juguete, hice algunos otros chistes, pero nadie se movía. Me sentía como un tonto, el único vestido así y todos ellos diferentes, y de veinte sólo ocho, y casi todos se fueron a la media hora. Estaba Vi. Trató de que fuera con ella a la playa, también. Yo ya me había puesto furioso. Realmente furioso. Le dije no gracias. Y aquí estoy. Te puedes quedar con el caramelo. ¿Dónde lo puse? Tira la sidra por el vertedero, tómatela, no me importa.

La mujer no se había movido un centímetro mientras él hablaba. Abrió la boca.
Sonó el teléfono.

—Si son ellos, no estoy en casa.

—Es mejor que contestes —dijo la mujer.

El Pesado tomó el teléfono y tiró del tubo.

—¿Sammy? —dijo una voz alta y clara. El Pesado sostenía el tubo en el aire, contemplándolo en la obscuridad—. ¿Eres tú? —El Pesado gruñó.

—Habla Bob. —La voz de dieciocho años siguió apresuradamente—. Me alegro de que estés en casa. No tengo tiempo, pero... ¿qué pasa con el partido de mañana?

—¿Qué partido?

—¿Qué partido? Vamos, estás bromeando. ¡Notre Dame y S. C!

—Ah, fútbol.

—No digas ah fútbol así, tú hablaste, hiciste lo posible, dijiste...

—No hay partido-dijo el Pesado sin mirar el teléfono, el tubo, la mujer, la pared, nada.

—¿Quieres decir que no vas a ir? ¡Pesado, sin ti no habrá partido!

—Tengo que regar el césped, limpiar el coche...

—¡Puedes hacerlo el domingo!

—Además, creo que viene mi tío a verme. Hasta luego.

Colgó y fue al patio pasando delante de la mujer. Ella oyó los ruidos que el Pesado hacía afuera mientras se preparaba para acostarse.

Debió de sacudir la bolsa de arena hasta las tres de la mañana. Las tres, pensó la madre, completamente despierta, escuchando los golpes. Antes siempre paraba a las doce.

A las tres y media el Pesado entró en la casa.

La mujer oyó que se detenía junto a la puerta del dormitorio.

El Pesado no hizo nada sino quedarse allí en la obscuridad, respirando.

La mujer tenía la impresión de que aún llevaba el traje de niño. Pero no quería saber si era cierto.

Al cabo de un rato la puerta se abrió lentamente.

El Pesado entró en la habitación oscura y se tendió en la cama, junto a ella, sin tocarla. La mujer hizo como que dormía.

El Pesado estaba tendido boca arriba, rígido.

La mujer no podía verlo. Pero sentía que la cama se sacudía como si el Pesado se estuviera riendo. No oía ningún sonido que saliera de él, de modo que no estaba segura.

Y entonces oyó los chirridos de los pequeños resortes de acero que se aplastaban y soltaban, aplastaban y soltaban en los puños del Pesado.

La mujer hubiera querido sentarse y gritarle que arrojara esos horribles objetos ruidosos. Hubiera querido sacárselos de las manos con un revés.

Pero entonces, pensó, ¿qué haría él con las manos? ¿Qué metería en ellas? ¿Qué haría, sí, qué haría con las manos?

De modo que la mujer hizo lo único que podía hacer; contuvo la respiración, cerró los ojos, escuchó y rezó: «Oh Dios, que siga así, que siga apretando esos objetos, que siga apretando esos objetos, que siga, que siga, oh, que siga, que siga apretando... apretando...».

Era como estar en la cama con un enorme grillo oscuro.

Y faltaba mucho para el alba.

El hombre de la camisa Rorschach

BROKAW.

¡Qué nombre!

Escúchenlo ladrar, gruñir, gañir, escuchen la osada proclamación: ¡Immanuel Brokaw!

Un buen nombre para el más grande psiquiatra que haya navegado nunca las aguas de la existencia sin haber zozobrado.

Échense al aire las obras de Freud molidas como pimienta, y todos los estudiantes estornudarán:

¡Brokaw!

¿Qué le ocurrió?

Un día, como en un excelente número de variedades desapareció del todo.

La luz del proyector faltaba ahora, y los milagros de Brokaw corrían el riesgo de invertirse.

Los conejos psicóticos amenazaban con saltar de vuelta a los sombreros. El humo era reabsorbido por la boca de unas armas de fuego de escaso calibre. Todos esperábamos.

Silencio durante diez años. Y más silencio. Brokaw había desaparecido como si se hubiera arrojado al mar entre accesos de risa, en medio del Atlántico. ¿Para qué? ¿Para zambullirse en busca de Moby Dick? ¿Para psicoanalizar a aquel demonio incoloro y ver qué tenía realmente en contra del Loco Ahab?

¿Quién sabe?

La última vez que lo vi corría a tomar un avión crepuscular; la mujer de Brokaw y seis perros pomerania ladraban débilmente detrás, lejos, en la pista a media luz.

—¡Adiós para siempre!

El grito feliz de Brokaw parecía una broma. Pero al día siguiente encontré a unos hombres que desclavaban la chapa dorada con el nombre de Brokaw de la puerta del consultorio, mientras sacaban a la calle, a empujones, los divanes para pacientes gordas, rumbo a algún remate de la Tercera Avenida.

El hombre de genio que había sido Gandhi-Moisés-Cristo-Buda-Freud, en estratos acumulados en algún increíble desierto de Armenia, se había dejado caer por un agujero en las nubes. ¿Para morir? ¿Para vivir en secreto?

Diez años más tarde yo iba en un ómnibus californiano a lo largo de las deliciosas costas de Newport.

El ómnibus se detuvo. Un hombre de más de unos setenta años entró de un salto, haciendo tintinear las monedas de plata en la alcancía, como maná. Lo miré desde los últimos asientos del ómnibus y me quedé sin aire.

—¡Brokaw! ¡Por todos los santos! Y con o sin santificación, allí estaba Brokaw. Erguido como una manifestación de Dios, barbudo, benevolente, pontifical, erudito, alegre, amable, generoso, mesiánico, tutelar, para siempre y eterno... Immanuel Brokaw. Pero no vestido de obscuro, no.

En cambio, como si fueran los hábitos de alguna iglesia nueva y orgullosa, llevaba pantalones bermudas. Sandalias mejicanas de cuero negro. Una gorra de béisbol de Los Ángeles Dodgers. Anteojos franceses para el sol. Y... ¡La camisa! ¡Ah, Dios! ¡La camisa! ¡Una camisa estrafalaria, toda enredaderas rozagantes y plantas atrapamoscas, toda dilataciones y contracciones Pop-Op, toda florecida y atiborrada en los intersticios, entrecruzada de animales y símbolos mitológicos!

Abierta en el cuello, aquella vasta camisa colgaba sacudida por el viento, como un millar de banderas en un desfile de naciones unidas pero neuróticas.

Pero ahora el doctor Brokaw ladeó la gorra de béisbol, y levantó los anteojos franceses buscando los asientos libres. Caminó lentamente por el pasillo, giró, se detuvo, se demoró ahora aquí, ahora allí. Susurró, murmuró, primero a este hombre, después a esta mujer, a aquel niño. Yo estaba a punto de llamarlo, cuando le oí decir: —Bueno, ¿qué te parece?

Un chico, pasmado por el efecto de anuncio de circo que provocaba el viejo, pestañeó como si necesitara un codazo. El viejo se lo dio:

—¡Mi camisa, pequeño! ¿Qué ves?

—¡Caballos! —saltó el chico, al fin—. ¡Caballos que bailan!

—¡Bravo! —El doctor resplandeció, palmeó al niño y siguió adelante.

—¿Y usted, señor?

Un joven, bastante afectado por la desenvoltura de ese invasor que venía de algún mundo estival, dijo:

—Bueno... nubes, desde luego.

—¿Cúmulos o nimbos?

—Eh... nubes de tormenta no, no. Nubes lanudas, aborregadas.

—¡Muy bien!

El psiquiatra prosiguió:

—¿Mademoiselle?

—¡Acuaplanos! —Una chica quinceañera miraba con asombro—. Hay olas, grandes. Acuaplanos. ¡Super!

Y así continuó Brokaw, recorriendo el ómnibus, y a medida que avanzaba, iba dejando atrás abortadas carcajadas y sofocadas risitas que luego se contagiaban convirtiéndose en rugidos de hilaridad. En ese momento unos doce pasajeros habían escuchado las primeras respuestas y entraron también en el juego. ¡Esa mujer veía rascacielos! El doctor frunció el ceño, suspicaz. El doctor guiñó un ojo. Aquel hombre veía crucigramas. El doctor le estrechó la mano. Este niño opinaba que las cebras eran todas ilusión óptica en un desierto africano. ¡El doctor palmeó los animales, y los animales saltaron! Esa vieja veía vagos Adanes y brumosas Evas

expulsadas de Jardines vislumbrados apenas. El doctor se instaló junto a ella un rato; conversaron en susurros animados y vehementes. Luego se levantó de un salto y siguió avanzando. ¡La vieja había visto un inquilino expulsado! ¡Ese otro joven vio a una pareja invitada a volver!

¡Perros, relámpagos, gatos, autos, nubes fungiformes, hombres que devoraban lirios atigrados!

Cada persona, cada respuesta provocaba gritos más altos. Nos encontramos todos riéndonos juntos. Este viejo encantador era un fenómeno de la naturaleza, un capricho de la Voluntad turbulenta de Dios, que juntaba en uno todos nuestros yos separados.

¡Elefantes! ¡Ascensores! ¡Despertadores! ¡Sentencias!

En el momento en que subimos al ómnibus, ninguno de nosotros quería saber nada del otro. Pero ahora, como una inmensa nevada que necesitábamos comentar, o un desperfecto eléctrico que dejaba a oscuras a dos millones de hogares y nos incitaba a todos a la charla, risa, la carcajada compartida, sentíamos que las lágrimas nos limpiaban el alma así como nos limpiaban el rostro.

Cada respuesta parecía más divertida que la anterior, y nadie se retorció en carcajadas más sonoras que ese alto y maravilloso médico que solicitaba, conseguía y curaba ahí mismo nuestros peores entripados. Ballenas. Algas marinas. Praderas. Ciudades perdidas. Hermosas mujeres. El viejo se detenía. Giraba. Se sentaba. Se levantaba. Sacudía la camisa de colores delirantes hasta que al fin me habló a mí desde arriba: —¿Usted qué ve, señor?— ¡Al doctor Brokaw, naturalmente! La risa del viejo se detuvo como si lo hubieran baleado. Se quitó los anteojos oscuros, volvió a encajárselos y me tomó de los hombros como para enfocarme mejor.

—¡Simon Wincelaus, es usted!

—¡Yo, yo mismo! —reí—. Santo cielo, doctor, yo lo hacía a usted muerto y enterrado años atrás. ¿En qué anda usted?

—¿En qué ando? —Brokaw me apretó y sacudió las manos, me palmeó levemente los brazos y las mejillas. En seguida estalló en una carcajada, perdonándose a sí mismo mientras se miraba la vasta superficie de la ridícula camisa—. ¿En qué ando? Me retiré. Me fui. Viajé cinco mil kilómetros por noche desde la última vez que usted me vio... —El aliento a menta me quemaba la cara—. Y ahora soy más conocido por aquí como... escuche... el Hombre de la Camisa Rorschach.

—¿De qué? —exclamé.

—De la Camisa Rorschach.

Brokaw, liviano como un globo de carnaval, se posó en el asiento a mi lado.

Me quedé pasmado y en silencio. Marchábamos junto al mar azul bajo un brillante cielo de verano.

El doctor miraba hacia adelante como si me leyera los pensamientos escritos en el cielo en grandes letras, entre las nubes.

—¿Por qué, me pregunta usted, por qué? Le veo aún la cara, desconcertada, en el

aeropuerto, hace años. El día en que Me Fui para Siempre. Aquel avión pudo haberse llamado el Titanic Feliz. En él me hundí para siempre en el cielo sin huellas. Y sin embargo, aquí estoy, vivo y coleando, ¿no es cierto? Ni borracho, ni loco, ni destruido por los años y el aburrimiento de los que ya no trabajan. ¿Dónde, qué, por qué, cómo ocurrió?

—Sí —dije—, ¿por qué se retiró si lo tenía todo? Talento, reputación, dinero. Ni un atisbo de...

—¿Escándalo? ¡Ninguno! ¿Por qué, entonces? Porque no fue una sino dos las gotas que horadaron esta vieja piedra. Dos gotas extraordinarias. Gota número uno...

Brokaw se detuvo. Desde los anteojos negros me echó una larga mirada de soslayo.

—Esto es una confesión —dije—. El santo y seña es: silencio.

—Una confesión. Sí. Gracias.

El ómnibus zumbaba suavemente por el camino.

La voz de Brokaw subía y bajaba con el zumbido del motor.

—Usted conoce mi memoria fotográfica, ¿no es cierto? Bendecido, maldecido por el recuerdo total. Todo lo dicho, visto, hecho, tocado, oído, yo podía evocarlo y enfocararlo de nuevo cuarenta, cincuenta, sesenta años más tarde. Y ni una vez verificaba yo mis notas sobre cualquiera de aquellas sesiones. Descubrí, muy pronto, que sólo necesitaba meterme en la cabeza lo que había escuchado. Naturalmente, guardaba cintas grabadas, pero no las escuchaba nunca. Ahí tiene el escenario, y ahora viene la impresionante historia.

»Un día, a los sesenta años, una paciente dijo una sola palabra. Le pedí que la repitiera. ¿Por qué? Había sentido de pronto un desplazamiento en los canales semicirculares, como si algunas válvulas se hubieran abierto dejando entrar aire fresco en un plano subterráneo.

»Modestia, dijo la paciente.

»Creí que había dicho bestia, comenté.

»Oh, no, doctor, modestia.

»Una palabra. Un guijarro que cae desde el borde. Y entonces... el alud. Porque yo le había oído decir claramente que él gustaba de la bestia que había en ella, lo que suena como una cazuela de sexo, cuando en realidad él le había alabado la modestia, lo que es un plato frío muy distinto, lo reconocerá usted.

»Aquella noche no pude dormir. Fumaba, miraba por las ventanas. Mi cerebro, mis oídos lo percibían todo con una rara claridad, como si acabara de curarme de un resfrío a los treinta años. Sospeché de mí mismo, de mi pasado, de mis sentidos, de modo que a las tres de la mañana me fui a la oficina y descubrí lo peor:

»¡Las conversaciones de cientos de casos que yo recordaba mentalmente, no eran las registradas en las bandas magnetofónicas ni las transcritas por mi secretaria!».

—¿Quiere decir que...?

—Quiero decir que cuando oía bestia era en realidad modestia. Pavo era en

verdad nabo. Zorro era gorro y viceversa. Escuchaba cama y alguien había dicho rama. Sueño era dueño. Tía era día. Zarpa era en realidad carpa. Rabadilla era simplemente zancadilla. Diablo era sólo establo. Sexo era nexo. Sí-vi. No-oh. Jarana-pavana. Equivocado-enamorado. Lado-vado. Dígame cualquier palabra, yo la había oído mal. ¡Diez millones de docenas de palabras mal oídas! ¡Recorrí con pánico los ficheros! ¡Santo Dios! ¡Cristo bendito!

"¡Todos aquellos años, aquellas gentes! Venerable Moisés, Brokaw, exclamé, todos estos años bajando del Monte, trayendo la palabra de Dios como una mosca en la oreja. Y ahora, ya avanzado el día, oh sabio insigne, se te ocurre consultar las piedras escritas por el rayo. ¡Y descubres que tus Leyes, tus Tablas son diferentes!

"Moisés huyó del consultorio aquella noche. Corrí en la obscuridad, desenredando mi desesperación. Me fui a Far Rockaway, quizá por el tono de lamento de ese nombre.

"Caminé junto a un tumulto de olas sólo comparable al tumulto de mi pecho. ¿Cómo, gemí, cómo puedes haber estado medio sordo toda la vida sin saberlo? Y sólo ahora te enteras, y por casualidad, ¿cómo, cómo?

"Mi única respuesta fue una ola que cayó como un trueno sobre la arena.

"Esto para la gota número uno que horadó la vieja piedra.

Hubo un momento de silencio.

Seguimos bamboleándonos en el ómnibus. Avanzábamos a lo largo de la dorada carretera de la costa, en una brisa suave.

—¿La gota número dos? —pregunté al fin, suavemente.

El doctor Brokaw levantó los anteojos franceses y la luz del sol centelleó como un cardumen de peces en toda la caverna del autobús. Miramos las flotantes figuras irisadas, Brokaw con desapego y al fin con una preocupación semidivertida.

—Percepción. Visión. Textura. Detalle. ¿No es un milagro? Nos deja pasmados en el verdadero sentido de la palabra. ¿Qué son los sentidos, la visión, la percepción interior? ¿Queremos ver el mundo, queremos verlo realmente?

—Oh, sí —exclamé.

—Respuesta irreflexiva de un joven. No, querido muchacho, no queremos. A los veinte años, sí, pensamos que deseamos ver, conocer, ser todo. Así lo pensé yo una vez. Pero he tenido los ojos débiles casi toda la vida, me he pasado la mitad del tiempo yendo al oculista para que me diera anteojos nuevos, ¿no? ¡Bueno, llega el amanecer de los lentes de contacto! ¡Por fin, decidí, me proveería de esas milagrosas lágrimas pequeñas y brillantes, esos discos invisibles! ¿Coincidencia? ¿Causa y efecto psicósomáticos? ¡Porque la misma semana que conseguí los lentes de contacto fue la semana en que se me despejó el oído! Debe de haber alguna conexión fisiológico-mental, pero no me aventuraré en conjeturas.

"Todo lo que sé es que conseguí mis pequeños lentes cristalinos de contacto, los instalé sobre los débiles ojos de un azul infantil y... *voilà!*

"¡Ahí estaba el mundo!

"¡Ahí estaba la gente!

"Y ahí, Dios nos proteja, estaban los sucios, los multitudinarios poros de la gente.

"Simon —continuó Brokaw, lamentándose suavemente, cerrando los ojos un momento detrás de los anteojos oscuros—, ¿alguna vez ha pensado, se ha enterado usted de que la gente es sobre todo poros?

Dejó que la idea me entrara en la cabeza. Lo pensé.

—¿Poros? —dije por fin.

—¡Poros! ¿Pero quién piensa en eso? ¿Quién se molesta en ir a mirar? ¡Yo, yo vi, con la visión restablecida! Mil, un millón, diez billones... de poros. Poros grandes, pequeños, pálidos, carmesíes... Todos y en todos. En la gente que pasa. En la gente que atesta los ómnibus, los teatros, las cabinas telefónicas, todos poros y poca sustancia. Poros pequeños en mujeres chiquititas. Poros grandes en hombres monstruosos. O viceversa. Poros tan numerosos como ese polvo que se desliza hacia abajo, revuelto, en los rayos de sol de la tarde, en la nave de la iglesia. Poros. Llegaron a ser una fascinación obligada y absoluta para mí. Les miraba el cutis a las señoras bonitas, no los ojos, la boca o el lóbulo de la oreja. ¿No debería un hombre observar el esqueleto de una mujer que se enquicia y desquicia dentro de la dulce almohadilla rosada de la carne? Pero no, yo veía sólo la piel como un rallador, como una criba. Toda belleza se convertía en algo grotesco y ácido. Cuando yo volvía los ojos era como si moviera en mi cráneo el telescopio de doscientas pulgadas del Palomar. ¡Dondequiera que mirara veía la luna bombardeada por meteoros, en un espantoso y magnífico primer plano!

"¿Yo mismo? Dios, la afeitada de la mañana era una exquisita tortura. No podía dejar de mirarme la cara, picada como un campo de batalla perdida. Maldición, Immanuel Brokaw, suspiraba yo, eres el Gran Cañón a pleno sol, una naranja con un billón de ombligos, una granada desnuda.

"En suma, los lentes de contacto me devolvieron a los quince años. Es decir: a un enconado montón de dudas, el horror y la absoluta imperfección. La peor edad de la vida había vuelto a obsesionarme, con un fantasma granujiento y abollado.

"Me convertí en una sombra insomne. Ah, segunda adolescencia, ten piedad, exclamé. ¿Cómo pude haber sido tan ciego durante años? Ciego, sí, y lo sabía, y siempre dije que no tenía importancia. De modo que había ido a tientas por el mundo como un miope lascivo, dejando de ver los agujeros, los tajos, las lágrimas e hinchazones de los demás, así como las mías. Ahora la Realidad me había alcanzado en la calle. Y la Realidad era: Poros.

"Cerré los ojos y me metí en cama varios días. Al fin me incorporé y proclamé, con los ojos bien abiertos: ¡La Realidad no es todo! Rechazo ese conocimiento. ¡Legislaré contra los Poros!

"Acepto en cambio las verdades que intuimos o inventamos para poder vivir.

"Vendí los ojos.

"Es decir, le pasé los lentes de contacto a un sobrino sádico que medra con

desperdicios, gente granujienta y cosas peludas.

"Me encajé de vuelta los viejos anteojos, de graduación insuficiente. Deambulé por un mundo de recobradas y suaves brumas. Vi bastante pero no demasiado. Encontré gentes fantasmales, percibidas a medias, a las que podía amar de nuevo. Vi en el espejo de la mañana un 'yo' con el que podía acostarme otra vez, admirarlo, aceptarlo como compinche. Me echaba a reír todos los días con una nueva felicidad. Bajo al principio. Después, muy fuerte.

"Qué broma, Simon, es la vida.

"¡Por vanidad compramos lentes para verlo todo y así lo perdemos todo!

"¡Y cediendo un pedacito de la llamada sabiduría, de la realidad, de la verdad, recuperamos la totalidad de la vida! ¿Quién no lo sabe? ¡Los escritores sí! ¡Las novelas imaginadas son más 'verdaderas' que todos los reportajes con datos y hechos que ustedes garrapatean en la historia del mundo!

"Pero al final tuve que enfrentar las grandes fracturas gemelas que me atravesaban la conciencia. Mis ojos. Mis orejas. Dios me libre, dije, tranquilo. ¡De los miles de personas que pisaban mi consultorio y se echaban en mis divanes y buscaban ecos en mi Caverna de Delfos, vamos, vamos, ridículo! ¡No había visto a ninguna, no había oído a ninguna claramente!

"¿Quién era esa señorita Harbottle?

"¿Qué pasaba con la vieja Dinsmuir?

"¿Cuál era el verdadero color, la apariencia, el tamaño de la señorita Grimes?

"¿La señora Scrapwight era y hablaba como el papiro de una momia egipcia que hubiera caído en mi escritorio?

"No podía imaginarlo siquiera. Dos mil días de nieblas rodeaban mis años perdidos; meras voces que llamaban, se desvanecían, se iban.

"Dios mío, había errado por la plaza del mercado con una señal invisible: *ciego y sordo*, y la gente había acudido a llenar de monedas mi escudilla de mendigo y se habían ido curados. ¡Curados! ¿No es raro eso, no es milagroso? Curados por un viejo tullido con un brazo amputado y una pierna de menos. ¿Qué? ¿Qué les había dicho yo después de haberlos oído mal? ¿Quiénes eran en realidad esas personas? Nunca lo sabré.

"Y entonces pensé: hay, cien psiquiatras en la ciudad que ven y oyen con más claridad que yo. Pero cuyos pacientes se meten desnudos en el mar o saltan a medianoche por las pendientes de los campos de juego o amarran mujeres y fuman cigarros sentados encima.

"De modo que tuve que enfrentar el hecho irreductible de una carrera exitosa.

"El cojo no conduce al cojo, gemía mi razón, el ciego y el tullido no curan al tullido y al ciego. Pero una voz desde las lejanas galerías de mi alma replicaba con inmensa ironía: ¡Tú, Immanuel Brokaw, eres un genio de porcelana, lo que significa resquebrajado pero brillante! Tus ojos cerrados ven, tus oídos tapados oyen. ¡Tus sentidos quebrantados curan en algún nivel por debajo de la conciencia! ¡Bravo!

"Pero no, no podía vivir con mis perfectas imperfecciones. No podía entender ni tolerar ese secreto de contrabando que ocultándose detrás de unas pantallas me ayudaba a trabajar de veterinario, curando a animales.

"Tenía, pues, varias opciones. ¿Ponerme de vuelta los lentes de contacto? ¿Comprar un par de audífonos para que mi oído mejorara con mayor rapidez? ¿Y luego? ¿Descubrir que había perdido contacto con la parte oculta y mejor de mi mente, que se había acostumbrado durante treinta años de ver mal y oír peor? El caos tanto para el que cura como para el curado.

"¿Seguir ciego y sordo y trabajar? Parecía un fraude espantoso, aunque mi legajo estaba recién lavado y planchado, blanco y limpio.

"Entonces me retiré.

"Hice las valijas y huí al dorado olvido para que la cera increíble se me juntara en las orejas más extrañas y terribles...

El ómnibus iba por la costa en la tarde cálida. Unas pocas nubes se movían delante del sol. Las sombras empañaban la arena y la gente estaba tendida bajo los parasoles de colores.

Me aclaré la garganta.

—¿Volverá a ejercer alguna vez, doctor?

—Estoy ejerciendo.

—Pero usted acaba de decir...

—Ah, oficialmente no, y no con consultorio y honorarios, no, eso nunca más — El doctor Brokaw reía en silencio—. Estoy acosado dolorosamente por el misterio. Es decir, cómo curé a toda esa gente imponiendo las manos y teniendo los brazos cortados a la altura del codo. Pero sigo imponiendo las manos.

—¿Cómo?

—Esta camisa mía. Usted ha visto. Usted ha oído.

—¿Cuando venía por el pasillo?

—Exactamente. Los colores. Los diseños. Una cosa para ese hombre, otra para esa muchacha, una tercera para el chico. Cebras, cabras, relámpagos, amuletos egipcios. ¿Qué es, qué es, qué es?, pregunto. Y contestan, contestan, contestan. El Hombre de la Camisa Rorschach.

"Tengo una docena de camisas como ésta en casa.

"De muchos colores, todas con dibujos diferentes. Una me la diseñó Jackson Pollock antes de morir. Uso una camisa por día, o por semana, si las respuestas son hondas, rápidas y estimulantes. Entonces, afuera la vieja y venga la nueva. ¡Diez millones de miradas, diez millones de respuestas sobrecogidas!

"¿No podría vender estas camisas Rorschach a algún psicoanalista en vacaciones? ¿Probar con los amigos? ¿Sorprender a los vecinos? ¿Excitar a su mujer? No, no. Ésta es mi broma especial, la más privada y querida. Nadie debe compartirla. Yo y mis camisas, el sol, el ómnibus y mil tardes por delante. La playa espera. ¡Y en ella,

mi gente!

"Así he andado por la costa de este mundo estival. Aquí no hay invierno, asombroso, sí, no hay invierno de descontento, parecería, y la muerte es un rumor más allá de las dunas. He caminado a mi ritmo y mi manera y venga no más y deje que el viento me sacuda la camisa como un velamen que ahora vira al norte, al sur o al sudoeste, y mire cómo se les saltan los ojos, cómo miran de reojo, con malicia, de soslayo, maravillados. Y cuando cierta persona dice cierta palabra sobre esos colores impresos en algodón, me paro. Charlo. Camino un rato con esa persona. Escudriñamos el vasto vidrio del mar. Yo le escudriño a escondidas el alma. A veces andamos horas enteras, una sesión bastante larga al aire libre. Por lo general lleva sólo un día, y como no saben con quién andan, impunes, se van todos sin saber que han sido pacientes. Caminan por la orilla oscura hacia un mañana más brillante. Detrás de ellos, el hombre ciego y sordo mueve la mano deseándoles *bon voyage* y se vuelve a su casa a devorar cenas felices, animado por la buena labor realizada.

"O a veces me encuentro a alguien medio dormido en la arena, y no es posible sacarle afuera los problemas para que mueran a la luz cruda de un solo día. Entonces, como por accidente, tropezamos una semana más tarde y caminamos por la orilla batida por la marea haciendo lo de siempre; tenemos nuestro confesionario ambulante. Porque mucho antes de los sacerdotes, los susurros y los arrepentimientos, los amigos caminaban, hablaban, escuchaban y en el escuchar-hablar se curaban las respectivas y amargas desesperaciones. Los buenos amigos intercambian entripados todo el tiempo, se regalan mutuos desánimos y así se libran de ellos.

"Recolección de desperdicios en el césped y en la mente. Con la camisa brillante y un bastón con un gancho en la punta, me dispongo cada día a... limpiar las playas. Tantos, oh, tantos cuerpos tendidos allí a la luz. Tantas mentes perdidas en la obscuridad. Trato de caminar entre ellas sin... atropelladas.

Por la ventanilla del ómnibus entraba un viento fresco y reciente, moviendo un mar de onditas en la camisa estampada del viejo.

El ómnibus se detuvo.

El doctor Brokaw vio de pronto dónde estaba y se levantó de un salto.

—¡Espere!

En el ómnibus todos se volvieron como observando la salida de un astro del espectáculo. Todos sonrieron.

El doctor Brokaw me sacudió la mano y corrió. En el extremo delantero del ómnibus se volvió, pensando cómo se había olvidado, y se levantó los anteojos oscuros y me miró desde arriba con los débiles ojos de un azul infantil.

—Usted... —dijo.

Para él era ya una bruma, un sueño puntillista más allá del horizonte visual.

—Usted... —dijo en aquella fabulosa nube de existencia que lo rodeaba y oprimía, cálida y cercana—, usted nunca me dijo. ¿Qué es? ¿Qué es?

Se enderezó desplegando aquella increíble camisa Rorschach en la que flotaban y bullían líneas y colores siempre cambiantes.

Miré. Pestañeé. Respondí.

—¡Un amanecer! —grité.

El doctor giró ante este suave golpe amistoso.

—¿Está seguro de que no es un atardecer? —preguntó, llevándose la mano a la oreja.

Miré de nuevo y sonreí. Tuve la esperanza de que Brokaw vería mi sonrisa a mil kilómetros de distancia dentro del autobús.

—No —dije—. Un amanecer. Un hermoso amanecer.

El doctor Brokaw cerró los ojos, digiriendo las palabras. Las manazas tocaron el borde de la camisa mecida por el viento. Asintió con un movimiento de cabeza. Luego abrió los ojos pálidos, saludó una vez, y bajó al mundo.

El ómnibus continuó. Miré atrás una vez.

Y allí iba el doctor Brokaw avanzando por una playa donde había un fortuito muestrario del mundo, mil bañistas a la luz cálida.

Parecía ir caminando sobre un agua de gente.

Lo último que vi de él fue que se mantenía gloriosamente a flote.

Enrique Noveno

—¡AHÍ ESTÁ!

Los dos hombres se asomaron. El helicóptero se ladeó. Abajo serpenteaba la línea de la costa.

—No. Sólo unas rocas y un poco de musgo...

El piloto levantó la cabeza, y el helicóptero remontó vuelo, girando. Los blancos acantilados de Dover desaparecieron. El helicóptero desembocó sobre unas praderas verdes y luego serpenteó hacia adelante y hacia atrás como una libélula gigante, sacudiéndose las sustancias invernales, que le escarchaban las aspas.

—¡Espera! ¡Ahí! ¡Baja!

La máquina descendió; la hierba se acercó. El segundo hombre, gruñendo, apartó el parabrisas de plástico y como si necesitara lubricante, bajó con mucho cuidado al suelo. Corrió. Perdió el aliento y aminoró instantáneamente, gritando con una voz destemplada, contra el viento:

—¡Harry!

Al oír el grito una forma andrajosa echó a correr a tumbos allá arriba.

—¡No hice nada!

—¡No es la ley, Harry! ¡Soy yo, Sam Welles!

El viejo que huía aflojó la carrera, y al fin se detuvo, rígido, en el borde del acantilado que dominaba el mar, teniéndose la larga barba con las manos enguantadas.

Samuel Welles, jadeando, subió dificultosamente detrás, pero no lo tocó, temiendo que el otro escapase.

—Harry, maldito tonto. Han pasado semanas. Tenía miedo de no encontrarte.

—Y yo tenía miedo de que me encontraras.

Harry, que había cerrado los ojos, los abrió ahora, para mirarse temblorosamente la barba, los guantes y observar luego a su amigo Samuel. Allí estaban, dos viejos, muy grises, muy fríos, sobre una elevación de piedra desnuda en un día de diciembre. Se conocían desde hacía tanto tiempo, tantos años, que habían intercambiado expresiones, pasándoselas de una cara a la otra. Las bocas y los ojos de los dos eran, pues, similares. Podían haber sido viejos hermanos. La única diferencia se manifestaba en el hombre que se había descolgado del helicóptero. Debajo de las ropas oscuras asomaba una colorida camisa hawaiana de sport. Harry trató de no mirarla.

De todos modos, ahora los ojos de los dos estaban húmedos.

—Harry, he venido a prevenirte.

—No es necesario. ¿Por qué crees que me he estado escondiendo? ¿Éste es el último día?

—El último, sí.

Allí se quedaron, inmóviles, pensándolo.

Mañana Navidad. Y ahora en la víspera, durante la tarde, zarpaban los últimos barcos. Inglaterra, una piedra en un mar de niebla y de agua, sería un monumento de mármol erigido a sí misma, escrito por la lluvia y enterrado en la bruma. A partir de hoy, sólo las gaviotas serían dueñas de la isla. Y en junio un millón de mariposas se alzaría como en una celebración y desfilaría hacia el mar.

Harry, los ojos clavados en la marea de la orilla, habló:

—¿Al atardecer, todos los malditos, estúpidos, idiotas, locos abandonarán la Isla?

—Algo parecido.

—Bastante espantoso. Y tú Samuel, ¿has venido a raptarme?

—Sería mejor decir a persuadirte.

—¿A persuadirme? Bendito Dios, Sam, ¿no hace cincuenta años que me conoces? ¿No puedes imaginar que quisiera ser el último hombre en toda Bretaña, no, no suena como es debido, en toda Gran Bretaña?

El último hombre en Gran Bretaña, pensó Harry. Señor, escucha. Tocaban a muerto. Es la gran campana de Londres oída a través de todas las lloviznas que han caído en el tiempo hasta este extraño día y esta extraña hora en que el último, el ultimísimo excepto uno, abandona este montículo de la raza, este fúnebre toque de verde, engastado en un mar de luz fría. El último. El último.

—Samuel, escucha. Mi tumba está cavada. Detesto dejarla atrás.

—¿Quién te meterá en ella?

—Yo, cuando llegue el momento.

—¿Y quién quedará para taparla?

—Bueno, ahí está el polvo para tapar el polvo, Sam. El viento se ocupará. ¡Sam, Dios! —No quería hablar y las palabras le estallaban en la boca. Le asombraba ver esas lágrimas que saltaban al aire desde los ojos pestañeantes—. ¿Qué hacemos aquí? ¿Por qué todos los adioses? ¿Por qué están los últimos barcos en el Canal y se han ido ya los últimos jets? ¿Dónde va la gente, Sam? ¡Qué ha pasado, qué ha pasado!

—Bueno —dijo Samuel Welles, con calma—, es sencillo, Harry. Aquí el tiempo es malo. Siempre lo ha sido. Nadie se atrevía a decirlo porque no se podía hacer nada. Pero ahora Inglaterra se acabó. El futuro pertenece...

Los ojos de los dos viejos se movieron juntos hacia el sur.

—¿A las malditas Islas Canarias?

—A Samoa.

—¿A las costas brasileñas?

—No te olvides de California, Harry.

Los dos rieron despacio.

—California. Qué lugar divertido. Y sin embargo, ¿no hay este mediodía un millón de ingleses desde Sacramento hasta Los Ángeles?

—Y otro millón en Florida.

—Dos millones que han bajado en los últimos cuatro años.

Asintieron a las cantidades.

—Bueno, Samuel, el hombre dice una cosa. El sol dice otra. De modo que el hombre va hacia el lugar que la sangre le indica a la piel. Y la sangre ahora dice: el Sur. Lo ha estado diciendo durante dos mil años. Pero hacíamos como que no lo oíamos. Un hombre con la primera quemadura de sol es un hombre en medio de una nueva aventura amorosa, lo sepa o no. Al fin, se tiende bajo algún vasto cielo extranjero y dice a la luz enceguedora: Enséñame, oh Dios, poco a poco, enséñame.

Samuel Welles sacudió la cabeza sobrecogido.

—¡Sigue hablando así y no tendré que raptarte!

—No, el sol puede haberte enseñado a ti, Samuel, pero no puede enseñarme a mí. Ojalá pudiera. No será divertido quedarse aquí solo. ¿No puedo convencerte, Sam, de que te quedas, el viejo par, tú y yo, como cuando éramos chicos?

Harry rozó con aspereza, con afecto, el codo del otro.

—Dios, me haces sentir como si estuviera abandonando al Rey y a la Patria.

—No. Tú no abandonas nada, porque no hay nadie aquí. ¿Quién hubiera soñado, en 1980, cuando éramos chicos, que la promesa de un eterno verano haría derramarse un día a John Bull hacia los cuatro rincones del mundo?

—He tenido frío toda la vida, Harry. Demasiados años poniéndome demasiados suéteres y nunca bastante carbón en la carbonera. Demasiados años en que en el primer día de junio no aparecía en el cielo ni siquiera una rendija de azul, ni un olor a heno en julio, ni un día seco, y el invierno empezaba el primero de agosto, año tras año. No lo puedo aguantar más, Harry, no puedo.

—Ni tienes por qué. Nuestra raza ha resistido bien. Todos ustedes se han ganado, se merecen este largo retiro a Jamaica, Port-au-Prince y Pasadena. Dame la mano. ¡Estréchala otra vez! ¡Es un gran momento de la historia! ¡Tú y yo lo estamos viviendo, ahora!

—Así es, por Dios.

—De modo que cuando te hayas ido, Sam, y te hayas establecido en Sicilia, Sidney o Navel Orange, California, cuéntales este «momento» a los nuevos. Quizá te inscriban en una columna. ¿Y los libros de historia? Bueno, ¿no habrá allí media página para ti y para mí, el último que se fue y el último que se quedó? Sam, Sam, me rompes los huesos, pero estréchala, fuerte, éste es nuestro último apretón.

Se quedaron un rato apartados, jadeando, los ojos húmedos.

—Harry, ¿vendrás conmigo hasta el helicóptero?

—No. Le tengo miedo a ese maldito invento. La idea del sol en este día oscuro puede hacerme subir y volar de aquí contigo.

—¿Qué hay de malo en eso?

—¿De malo? Pero Samuel, tengo que defender nuestras costas de la invasión. Los normandos, los vikingos, los sajones. En los próximos años recorreré toda la isla a pie, montaré guardia de Dover al norte pasando por los arrecifes de vuelta a

Folkestone, aquí de nuevo.

—¿Hitler invadirá la isla, compadre?

—Bien podrían, él y sus fantasmas de hierro.

—¿Y cómo lucharás contra ellos, Harry?

—¿Crees que ando solo? No. Quizá encuentre a César en la costa. Le gustaba la costa, de modo que dejó un camino o dos. Tomaré esos caminos y ayudado por los fantasmas de esos invasores selectos rechazaré a los menos buenos. Depende de mí, sí, confiar o desconfiar de los fantasmas, elegir o no en toda la maldita historia de la isla, ¿no es cierto?

—Así es. Así es.

El último hombre giró hacia el norte, hacia el oeste, hacia el sur.

—Y cuando haya visto que todo está bien, desde este castillo hasta ese faro, y luego de escuchar las batallas de armas de fuego en la embestida de Firth, y de tocar por toda Escocia una mísera y ácida gaita, todas las semanas de Año Nuevo, navegaré Támesis abajo y allí cada 31 de diciembre, hasta el final de mi vida, el vigía nocturno de Londres, es decir yo, sí, yo, haré la ronda de los relojes y tocaré las campanas musicales de las viejas iglesias. Naranjas y limones dicen las campanas de San Clemente. Las de Santa Margarita. Las de San Pablo. Haré bailar para ti los extremos de las cuerdas, Sam, y espero que el viento frío que sopla hacia el sur, hacia el viento cálido, donde quiera que estés, te mueva algunos pelitos grises en las orejas atezadas.

—Estaré escuchando, Harry.

—¡Escucha algo más! Me sentaré en las cámaras de los Lores y los Comunes y discutiré, perdiendo una hora para ganar la siguiente. Y diré que nunca hasta entonces en la historia, tantos debieron tanto a tan pocos, y escucharán otra vez las sirenas en discos viejos, y las cosas transmitidas por radio antes que los dos hubiéramos nacido.

«Y pocos segundos antes del primero de enero treparé a la torre del Big Ben y allí me instalaré con los ratones mientras la campana anuncia el cambio del año».

«Y en algún sitio, sin duda, me sentaré en la Piedra de Scone».

—¡No lo harás!

—¿Que no? O en el lugar donde estaba, de todos modos, antes que la despacharan al sur, a la Summer's Bay. Y tendré en la mano alguna clase de cetro, una serpiente helada quizá, atontada por la nieve en algún jardín de diciembre. Y me acomodaré en la cabeza alguna corona de papel maché. Y me nombraré amigo de Ricardo, de Enrique, pariente proscrito de Isabel I e Isabel II. Solo en el desierto de Westminster con la momia de Kipling y la historia bajo los pies, muy viejo, quizá loco, ¿no podría yo, gobernante y gobernado, elegirme a mí mismo rey de las islas brumosas?

—Podrías, ¿y quién habría de criticarte? Samuel Welles se acarició la barba de nuevo, y al fin echó a correr hacia la máquina, que esperaba. A medio camino se volvió para decir:

—Santo Dios, acaba de ocurrírseme. Te llamas Harry. ¡Buen nombre para un rey!

—No está mal.

—¿Me perdonas que me vaya?

—El sol lo disculpa todo, Samuel. Vete a donde él quiere que vayas.

—¿Pero perdonará Inglaterra?

—Inglaterra está donde está el pueblo inglés. Yo me quedo con los huesos viejos. ¡Tú te vas con la carne dulce, Sam, la hermosa piel quemada por el sol, el cuerpo con sangre, vete!

—Adiós.

—¡Dios sea contigo, también, oh tú y esa brillante camisa amarilla!

Y el viento se metió entre ellos, y aunque los dos gritaron más, ninguno oyó.

Se saludaron con un ademán y Samuel se trepó a aquella máquina que sacudía el aire y flotaba como una grande y blanca flor del verano.

Y el último hombre que había quedado atrás jadeando y sollozando, gimió entre dientes:

—¡Harry! ¿Odias el cambio? ¿Estás contra el progreso? Tú ves, ¿no es verdad?, las razones de todo esto, que barcos y jets y aviones y una promesa de buen tiempo se lleven a toda la gente. Entiendo, sí, entiendo. ¿Cómo pueden resistirse cuando un verano eterno espera del otro lado del charco?

¡Sí, sí! El viejo lloró y rechinó los dientes y se inclinó sobre el borde del acantilado para sacudirle los puños al avión que desaparecía en el cielo.

—¡Traidores! ¡Vuelvan!

¡No pueden dejar a la vieja Inglaterra, no pueden dejar a Pip y a Humbug, a Iron Duke y Trafalgar, a la Guardia Montada bajo la lluvia, a Londres ardiendo, con bombas y sirenas que zumban, el nuevo bebé allá arriba en el balcón del palacio, el cortejo fúnebre de Churchill todavía en la calle, hombre, todavía en la calle, y César que no ha ido al Senado, y unos extraños acontecimientos esta noche en Stonehenge! ¿Dejar todo esto, todo esto, todo esto?

De rodillas, al borde del acantilado, el último rey de Inglaterra, Harry Smith, lloraba solo.

El helicóptero se había ido ya, llamado por las islas augustas donde los pájaros cantaban las dulzuras del estío.

El viejo se volvió a mirar la campiña y pensó: pero si es como hace cien mil años. Un vasto silencio y una vasta soledad y ahora, muy tarde, las cáscaras vacías de las ciudades y el Rey Enrique Noveno, el Viejo Harry.

Buscó casi a ciegas en la hierba y encontró la valija de libros y unos trozos de chocolate en un saco, y alzó la Biblia y Shakespeare y un Johnson con muchas huellas de dedos y un Dickens con muchas huellas de saliva y Dryden y Pope, y se quedó allí, de pie, en el camino que daba la vuelta a Inglaterra.

Mañana: Navidad. Le deseaba bien al mundo. Las gentes ya se habían obsequiado a sí mismas con el sol en todo el globo. Suecia estaba vacía. Noruega se había inundado. Nadie vivía ya en los climas fríos de Dios. Todos se calentaban en los fuegos continentales de las mejores tierras, con vientos agradables, bajo cielos

lácteos. No más luchas sólo para sobrevivir. Los hombres, renaciendo mañana como Cristo, en lugares meridionales, habían vuelto de veras a un eterno pesebre.

Esta noche, en alguna iglesia, pediría perdón por haberlos llamado traidores.

—Una última cesa, Harry. Azul.

—¿Azul? —se preguntó a sí mismo.

—En alguna parte del camino busca tiza azul. ¿Los ingleses no se pintaron con eso algún día?

—¡Hombres azules, sí, de la cabeza a los pies!

—Nuestro fin es nuestro comienzo, ¿eh?

Harry Smith se enjaretó la gorra, sintiendo el viento frío. Saboreó los primeros copos de nieve que caían rozándole los labios.

—¡Oh niño notable! —dijo, asomándose a una ventana imaginaria en una dorada mañana de Navidad, viejo renacido y jadeante de alegría—. Delicioso niño, ¿cuelga todavía el gran pájaro, el pavo, allá en la vitrina del vendedor de aves?

—Allí está ahora colgado —dijo el niño.

—¡Ve a comprarlo! Vuelve con él y te daré un chelín. ¡Vuelve en menos de cinco minutos y te daré una corona!

Y el muchacho salió corriendo.

Y abotonándose la chaqueta, con los libros auestas, el viejo Harry Ebanazer Scrooge Julius Caesar Pickwick Pip y otros quinientos echó a andar en el tiempo invernal. El camino era largo y hermoso. Las olas sonaban como disparos en la costa. El viento era una gaita en el norte.

Diez minutos después, cuando había dejado atrás una colina, cantando, todas las tierras de Inglaterra parecían preparadas para recibir a un pueblo que podía llegar allí algún día próximo de la historia...

La ciudad perdida de Marte

EL GRAN OJO FLOTABA en el espacio. Y detrás de ese ojo, escondido en algún lugar del metal y la maquinaria, había un ojo pequeño, el ojo de un hombre que miraba y no podía dejar de mirar todas las multitudes de estrellas y los aumentos y disminuciones de luz a billones de billones de kilómetros de distancia.

El ojo pequeño se cerró con fatiga. El capitán John Wilder siguió junto al sistema telescópico que sondeaba el universo y al final murmuró:

—¿Cuál?

El astrónomo que estaba con él dijo:

—Puedes elegir.

—Ojalá fuera tan fácil. —Wilder abrió los ojos—. ¿Qué sabemos de esa estrella?

—Alfa-Cisne II. Tamaño y espectro como nuestro sol. Sistema planetario, posible.

—Posible. No seguro. Si elegimos mal la estrella, Dios ayuda a la gente que enviemos en un viaje de doscientos años para encontrar un planeta que quizá no esté ahí. No, Dios me ayude, pues la elección final es mía, y bien puedo enviarme a mí mismo en este viaje. Así que, ¿cómo podemos estar seguros?

—No podemos. No nos queda otra cosa que decidimos por lo más probable, despachar la nave y rezar.

—No eres muy alentador. Basta. Estoy cansado.

Wilder tocó un conmutador que cerró herméticamente el gran ojo, la lente-cohete del espacio que contemplaba fríamente el abismo, veía demasiado y sabía poco, y que ahora no sabía nada. El laboratorio invisible flotó a la deriva en una noche infinita.

—A casa —dijo el capitán—. Volvamos.

Y el ciego mendicante de estrellas giró en una exhalación de fuego, y desapareció.

Las ciudades fronterizas de Marte parecían muy hermosas desde arriba. Mientras descendía, Wilder vio los neones sobre las colinas azules y pensó: Encenderemos esos mundos a billones de kilómetros de distancia, y los hijos de las gentes que vivan bajo esas luces en este instante serán inmortales. Muy sencillo; si triunfamos, tendrán una vida eterna.

Una vida eterna. El cohete descendió. Una vida eterna.

El viento que soplaba de la ciudad fronteriza traía un olor a grasa. En alguna parte una máquina tragamonedas de aluminio dentado funcionaba estrepitosamente. La chatarra se oxidaba en un depósito junto al puerto de cohetes. Unos diarios viejos bailaban solos en la pista ventosa.

Wilder, inmóvil en lo alto del ascensor-grúa, tuvo de pronto ganas de no bajar. Las luces se habían convertido ahora en personas, y ya no eran esas palabras que

parecen ocupar toda la mente y pueden ser manejadas con elegante facilidad.

Suspiró. La carga de la gente era demasiado pesada. Las estrellas estaban también demasiado lejos.

—¿Capitán? —dijo alguien, detrás.

Wilder dio un paso. El ascensor bajó. Se hundieron con un chillido mudo en la tierra muy real con gente real, que estaba esperando para que Wilder eligiera.

A medianoche la caja del telegrama silbó y estalló en un mensaje proyectado. Wilder, sentado al escritorio, rodeado de cintas y tarjetas de calculadora, no lo tocó durante un largo rato. Cuando al final sacó el mensaje, lo examinó, lo arrugó, apretándolo en una mano, lo desarrugó y leyó otra vez:

ULTIMO CANAL LLENÁBASE SEMANA PRÓXIMA. INVÍTASELE
FIESTA YATE. HUÉSPEDES DISTINGUIDOS VIAJE CUATRO DÍAS
BUSCANDO CIUDAD PERDIDA. ROGAMOS RESPUESTA.

I. V. AARONSON

Wilder pestañeó y rió en silencio. Aplastó el papel de nuevo, pero se detuvo, levantó el tubo del teléfono, y dijo:

—Telegrama a I. V. Aaronson, Ciudad I, Marte. Respuesta afirmativa. No hay ninguna razón sensata, pero igual... afirmativa.

Y colgó el tubo, y se puso a contemplar esa noche que obscurecía todas las máquinas que susurraban, sonaban acompasadamente, se movían.

El canal seco esperaba.

Había estado esperando veinte mil años, y allí no había sino otra cosa que polvo, que se filtraba en mareas fantasmales.

Ahora, de pronto, el canal murmuraba.

Y ese murmullo se convirtió en aguas que se deslizan acometiendo y rebotando.

Como si un enorme puño mecánico hubiese golpeado las rocas en alguna parte, batiendo el aire y gritando «¡Milagro!», una muralla de agua avanzó orgullosa y alta —, por los conductos y se tendió en todos los lugares secos del canal y fue hacia antiguos desiertos resecos, sorprendiendo viejos muelles y levantando los esqueletos de barcos abandonados treinta siglos antes, cuando el agua se había desvanecido.

La marea dobló un recodo y levantó... un barco nuevo como la mañana misma, con tornillos de plata recién forjados y tuberías de bronce, y brillantes banderas nuevas cosidas en la Tierra. El barco, suspendido del costado del canal, llevaba el nombre *Aaronson I*.

Dentro del barco, un hombre que también se llamaba Aaronson sonreía. El señor Aaronson estaba sentado escuchando las aguas que vivían debajo del barco.

El sonido de un planeador, cada vez más cerca, y de una bicicleta motorizada, cada vez más cerca, entrecortaban el sonido del agua, y en el aire, como convocados

con una mágica sincronización, atraídos por el resplandor de las olas en el viejo canal, algunos hombres-tábanos volaban sobre las colinas en máquinas-cohetes, y colgaban suspendidos como si vacilaran ante este encuentro de vidas provocado por un hombre rico.

Frunciendo el ceño y sonriendo, el hombre rico llamó a sus hijos, les gritó ofreciéndoles comida y bebida.

—¡Capitán Wilder! ¡Señor Parkhill! ¡Señor Beaumont!

El planeador de Wilder perdió altura.

Sam Parkhill dejó la bicicleta motorizada, pues se había enamorado del yate a primera vista.

—¡Dios mío! —exclamó Beaumont, el actor, parte del friso de personas que bailaban en el cielo como abejas brillantes al viento—. He medido mal mi entrada. Llego temprano. ¡No hay público!

—¡Lo aplaudiré al bajar! —gritó el viejo, y así lo hizo; luego añadió—: ¡Señor Aikens!

—¿Aikens? —dijo Parkhill—. ¿El gran cazador?

Y Aikens se zambulló como para atraparlos con las asoladoras garras de un halcón. La vida veloz lo había pulido y asentado como una navaja y ahora el filo de Aikens cortaba el aire, cayendo, como decidido a vengarse de las gentes que estaban allá abajo y que no le habían hecho nada. Un instante antes de la destrucción, Aikens tomó altura, y chillando apenas se deslizó hasta la pista de mármol. Aikens llevaba un cinturón, de donde "colgaba un rifle. Tenía los bolsillos abultados, como un chico que acaba de salir de la bombonería. Hacía pensar que los había llenado de balas dulces y bombas raras. En las manos, como un chico malo, sostenía un arma que parecía un rayo caído directamente del puño de Zeus, pero con una marca: *Made in U.S.A.* Los ojos de cristal azul-verde menta eran sorpresas frías en la carne arrugada y ennegrecida por el sol. Lucía una blanca sonrisa de porcelana, engastada en tendones africanos. El suelo no tembló bastante cuando Aikens descendió.

—¡El león merodea por las tierras de Judá! —exclamó una voz desde el cielo—. ¡Mirad ahora los corderos llevados a la carnicería!

—¡Por el amor de Dios, Harry, cállate! —dijo una voz de mujer.

Y otros dos cometas agitaron las propias almas, esa tremenda humanidad al viento.

El hombre rico se mostraba jubiloso.

—¡Harry Harpwell!

—¡Mirad al Ángel de la Anunciación que nos envía el Señor! —dijo el hombre suspendido en el cielo—. Y lo que anuncia es...

—Está otra vez borracho —suplicó la mujer, volando delante, sin volver la cabeza.

—Megan Harpwell —dijo el hombre rico, como un empresario que presenta a su compañía.

—El poeta —dijo Wilder.

—Y la barracuda, la mujer del poeta —murmuró Parkhill.

—No estoy borracho —gritó el poeta en el viento, hacia abajo—. Estoy simplemente *volado*.

Y dejó caer tal diluvio de carcajadas que los de abajo casi alzaron las manos para protegerse.

Dejándose caer, como un dragón gordo de papel de seda, el poeta, cuya mujer había cerrado herméticamente la boca, se posó zumbando sobre el yate. Movi6 las manos como bendiciendo, y les guiñó el ojo a Wilder y a Parkhill.

—Harpwell —proclamó—. No es nombre adecuado para un poeta moderno que sufre en el presente, vive en el pasado, roba huesos de las tumbas de viejos dramaturgos, y vuela en este nuevo batidor de huevos y succionador de aire, para depositar sonetos en la cabeza de ustedes. Compadezco a los viejos santos y ángeles eufóricos que no tenían estas alas invisibles para lanzarse evoluciones como la oropéndola y en convulsiones extáticas en el aire mientras cantaban versos o se condenaban al infierno. Pobres espárragos confinados en la tierra, con las alas cortadas. Sólo los genios volaban. Sólo las Musas conocían el mareo...

—Harry —dijo la mujer, los pies en tierra, los ojos cerrados.

—¡Cazador! —exclamó el poeta—. ¡Aikens! Aquí está la presa más grande de todo el mundo: un poeta en el aire. Me desnudo el pecho. ¡Deje volar el aguijón de la abeja mielera! Bájeme a mí, Icaro, si las armas son los rayos del sol encendidos en un tubo y liberados en un solo fuego que escala el cielo y convierte sebo, pringue, pabulo y lira en simple papilla. ¡Listo, apunten, fuego!

El cazador, de buen humor, levantó el arma.

Entonces el poeta lanzó una carcajada mucho más poderosa y literalmente expuso el pecho desgarrándose la camisa.

En ese momento llegó la calma, por la orilla del canal.

Apareció una mujer caminando. La criada iba detrás. No había vehículo a la vista, y parecía casi como si las dos hubieran andado mucho desde las colinas de Marte y ahora se detuvieran.

La verdadera calma de esa entrada confirió dignidad y atención a Cara Corelli.

El poeta interrumpió el lirismo en el cielo y aterrizó.

Toda la compañía miraba a esa actriz que les devolvía la mirada sin verlos. Estaba vestida de negro; el mismo color del pelo oscuro. Caminaba como una mujer que ha hablado poco en la vida y ahora estuviera frente a ellos con el mismo sosiego, como esperando que alguien se adelantara a moverse. El viento le sopló el pelo que le caía sobre los hombros. La palidez de la cara era notable. Esa palidez, más que los ojos, miraba a todos fijamente.

Luego, sin decir una palabra, la mujer bajó al yate y se sentó adelante, como un mascarón de proa que conoce su sitio y allí va.

El momento de silencio había concluido.

Aaronson recorrió con el dedo la lista impresa de invitados.

—Un actor, una hermosa mujer que por casualidad es actriz, un cazador, un poeta, la mujer del poeta, el capitán de un cohete, un ex técnico. ¡Todos a bordo!

En la popa de la enorme nave, Aaronson extendió los mapas.

—Señoras y señores —dijo—, esto es más que una juerga, una fiesta, una excursión de cuatro días. ¡Esto es una búsqueda!

Esperó a que las caras de los otros se iluminaran, como correspondía, y que pasaran la mirada de los ojos de él a los mapas, y entonces dijo:

—Estamos buscando la fabulosa Ciudad Perdida de Marte, llamada en un tiempo Dia-Sao. La Ciudad Condenada, así la llamaban. Tenía algo terrible. Los habitantes huyeron de allí como de la peste. La Ciudad quedó vacía. Aún sigue vacía, siglos después.

—En los últimos quince años —dijo el capitán Wilder— hemos completado las cartas, los mapas y los índices tabulados de cada metro del territorio de Marte. No se puede pasar por alto una ciudad de ese tamaño.

—Es cierto —dijo Aaronson—, ustedes han trazado mapas desde el cielo, desde los campos, ¡pero desde el agua! ¡Pues los canales estuvieron vacíos hasta ahora! De modo que tomaremos las nuevas aguas que llenan este último canal e iremos a donde fueron alguna vez los barcos en los viejos tiempos, y veremos las últimas cosas nuevas que han de ser vistas en Marte. —El hombre rico continuó—: Y en algún lugar de nuestro trayecto, tan seguro como el aire que respiramos, encontraremos la más hermosa, la más fantástica, la más terrible ciudad de la historia de este viejo mundo. Y caminando por esa ciudad, ¿quién sabe?, descubriremos por qué motivo los marcianos huyeron dando gritos, como dice la leyenda, hace diez mil años.

Silencio. Luego el poeta estrechó la mano del viejo.

—¡Bravo! ¡Muy bien!

—Y en esa ciudad —dijo Aikens, el cazador—, ¿podría haber armas nunca vistas?

—Muy probable, señor.

—Bien —el cazador acunó el disparador de rayos—. Yo estaba aburrido de la Tierra, he disparado a todos los animales, he salido por falta de presas, y he venido aquí en busca de antropófagos más nuevos, mejores, más peligrosos, de toda forma o tamaño. ¡Ahora, además, nuevas armas! ¿Qué otra cosa se puede pedir? ¡Formidable!

Y dejó caer por la borda el rayo de plata azul, que se hundió en el agua clara, burbujeando.

—Salgamos de aquí.

—Sí, es cierto —dijo Aaronson—, salgamos de aquí.

Y apretó el botón que botaba el yate.

Y el agua se llevó el yate.

Y la nave avanzó hacia donde apuntaba la quieta palidez de Cara Corelli: más allá.

Mientras tanto el poeta abría la primera botella de champán. El corcho salió con un estampido. Sólo el cazador no saltó.

El yate navegó regularmente durante el día hasta la noche. Encontraron unas ruinas antiguas y cenaron allí y bebieron un buen vino importado a sesenta millones de kilómetros de la Tierra. Se señaló que había viajado bien.

Luego del vino llegó el poeta, un buen rato, y después el sueño a bordo del yate que se desplazaba en busca de una ciudad que nadie había encontrado hasta entonces.

A las tres de la mañana, inquieto, poco acostumbrado a la gravedad de un planeta que le tironeaba el cuerpo y no lo dejaba en libertad de soñar, Wilder salió a la popa y encontró allí a la actriz.

La mujer estaba contemplando las aguas que se deslizaban en oscuras revelaciones y apartamientos de estrellas.

Wilder se sentó junto a la mujer y pensó una pregunta.

En ese silencio, Cara Corelli se hizo la misma pregunta y la contestó.

—Estoy aquí en Marte porque no hace mucho, por primera vez en mi vida, un hombre me dijo la verdad.

Quizá la actriz esperaba sorprender a Wilder. Wilder no dijo nada.

El barco se movía como sobre una corriente de aceite silencioso.

—Soy una mujer hermosa. He sido hermosa toda mi vida. Lo cual significa que desde el principio la gente mintió simplemente porque deseaba estar conmigo. Crecí rodeada por las mentiras de hombres, mujeres y niños que no podían arriesgarse a desagradarme. Cuando la belleza asoma, el mundo tiembla.

"¿Ha visto alguna vez a una hermosa mujer rodeada de hombres, los ha visto asintiendo, asintiendo? ¿Ha escuchado esas risas? Los hombres ríen de cualquier tontería que diga una mujer hermosa. Se odian a sí mismos, sí, pero se reirán, dirán sí cuando es no y no cuando es sí.

"Bueno, así fue para mí todos los días de todos los años. Entre mi persona y cualquier cosa desagradable había una multitud de mentirosos. Las palabras de esos hombres me vestían de seda.

"Pero de pronto, oh, no hace más de seis semanas, ese hombre me dijo una verdad. Era algo insignificante. No lo recuerdo ahora. Pero no se rió. Ni siquiera sonrió.

"Y cuando todo hubo terminado y las palabras estuvieron dichas, supe que había ocurrido una cosa terrible.

"Yo estaba envejeciendo.

El yate se mecía suavemente en las ondas.

—Oh, habría nuevos hombres que me mentirían sonriéndome otra vez. Pero vi los años por delante, en que la Belleza de pies pequeños ya no podría golpear el suelo provocando terremotos, ni hacer de la cobardía una costumbre para gentes que por lo demás eran buenas.

"¿El hombre? Retiró esa verdad enseguida, cuando vio que me había chocado. Pero era demasiado tarde. Compré un billete de ida a Marte. Cuando llegué, la invitación de Aaronson me trajo a este nuevo viaje que terminará... quién sabe dónde.

Wilder descubrió que mientras escuchaba se había acercado tomándole la mano a la actriz.

—No —dijo ella, apartando la mano—. Nada de palabras. Nada de contactos. Nada de compasión. Nada de autocompasión—sonrió por primera vez—. ¿No es extraño? Siempre pensé que sería hermoso, un día, escuchar la verdad, quitarse la máscara. Qué equivocada estaba. No es nada divertido.

La mujer se sentó a contemplar las aguas negras y revueltas. Cuando se le ocurrió mirar de nuevo, unas horas más tarde, el asiento de al lado estaba vacío. Wilder se había ido.

El segundo día, dejando que las nuevas aguas los llevaran a donde ellas quisieran, navegaron hacia una elevada hilera de montañas y almorzaron, de paso, en un viejo santuario y cenaron esa noche en otra ruina. No se habló mucho de la Ciudad Perdida. Estaban seguros de que no aparecería nunca.

Pero el tercer día, sin que nadie dijera nada, sintieron la cercanía de una vasta Presencia.

El poeta fue quien al fin lo expresó con palabras.

—¿Está Dios en alguna parte canturreando despacito?

—Qué ridículo eres —le dijo su mujer—. Parece que no pudieras hablar con naturalidad ni siquiera cuando chismeas.

—¡Diablos, escuchen! —exclamó el poeta.

Entonces escucharon.

—¿No sienten como si estuvieran a las puertas del horno de una cocina gigantesca, como si dentro, en alguna parte, confortablemente caliente, con las manazas enguantadas de harina, oliendo a maravillosas tripas y milagrosas vísceras, ensangrentado y orgulloso de la sangre, Dios cocinara en alguna parte la cena de la Vida? En ese sol como una caldera, borbotea un caldo para que la vida florezca en Venus; en esa cuba, bulle un caldo de huesos y corazón nervioso para animales de planetas desaparecidos hace diez billones de años-luz. ¿Y no está Dios contento de sus fabulosas obras en la gran cocina del Universo, donde ha preparado el menú de una historia de festines, hambrunas, muertes y nuevas germinaciones durante un billón de billones de años? Tóquense los huesos. Este canturreo, ¿no les sacude la médula? Por lo demás, Dios no sólo canturrea: canta en los elementos. Danza en las moléculas. La eterna celebración nos conmueve. Hay alguien cerca. Atención.

El poeta se llevó el gordo dedo índice a los labios protuberantes.

Y ahora todo era silencio, y la palidez de Cara Corelli iluminaba las aguas que se obscurecían.

Todos lo sintieron. Wilder. Parkhill. Fumaban, disimulando. Echaban humo.

Esperaban en la oscuridad.

Y el canturreo se fue acercando. Y el cazador, oliéndolo, se acercó a la actriz silenciosa en la proa del yate. Y el poeta se sentó a escribir las palabras que había dicho.

—Sí —dijo, mientras salían las estrellas—. Está casi sobre nosotros. Sí-tomé aliento—, ha llegado.

El yate entró en un túnel.

El túnel entraba en una montaña.

Y allí estaba la Ciudad.

Era una ciudad dentro de una montaña con praderas alrededor y un cielo de piedra encima, extrañamente coloreado e iluminado. Y había estado perdida y había seguido perdida por la simple razón de que la gente había tratado de descubrirla volando o desenmarañando caminos, mientras todos los canales que llevaban a la ciudad seguían esperando a que los simples caminantes los recorrieran como alguna vez los había recorrido el agua.

Y ahora el yate lleno de gente extraña de otro planeta tocaba un antiguo muelle.

Y la Ciudad se conmovió.

En los viejos tiempos, las ciudades estaban vivas o muertas según estuvieran habitadas o no. Era así de sencillo. Pero en los últimos tiempos de la vida de la Tierra o Marte, las ciudades no morían. Dormían. Y en fantasiosas cavilaciones y ovillados sueños, recordaban cómo habían sido antes o cómo podían ser otra vez.

Así, cuando uno por uno, los miembros del grupo bajaron al desembarcadero, sintieron la presencia de un verdadero personaje: la oculta, aceitada, metálica y brillante alma de la metrópolis que se deslizaba en una caída de fuegos artificiales mudos y escondidos, despertando del todo.

El peso de las nuevas personas en el desembarcadero provocó un suspiro mecánico. Todos se sintieron como en una balanza de precisión. El desembarcadero se hundió un millonésimo de pulgada.

Y la Ciudad, la maciza Bella Durmiente nacida de un mecanismo de pesadilla, sintió ese contacto, ese peso, y ya no durmió más. Un trueno.

En una pared de treinta metros de alto había una puerta de veinte metros de ancho. Esa puerta, de dos batientes, retrocedió entonces estruendosamente, ocultándose en la pared.

Aaronson dio un paso adelante. Wilder se movió para detenerlo. Aaronson suspiró.

—Capitán, nada de consejos, por favor. Nada de advertencias. Nada de patrullas de avanzada para espantar a los villanos. La Ciudad quiere que entremos. Nos da la bienvenida. No va a imaginarse usted que hay alguien vivo ahí dentro, ¿verdad? Es un lugar robot. Y no ponga cara de pensar que es una bomba de tiempo. ¿Hace cuánto? Veinte siglos, que no conoce juegos ni diversiones. ¿Lee usted los

jeroglíficos marcianos? Esa piedra angular. La Ciudad fue construida por lo menos hace mil novecientos años.

—Y abandonada —dijo Wilder.

—Lo dice como si hubiera caído una peste sobre ella...

—Una peste no —Wilder se agitó incómodo, sintiendo que la balanza del suelo se le movía bajo los pies, pesándolo—. Algo. Algo...

—¡Vamos a buscarlo! ¡Adentro todos! Solos y en parejas, los habitantes de la Tierra franquearon el umbral. Wilder fue el último. Y la Ciudad tuvo más vida.

Los techos de metal de la ciudad se abrieron como pétalos.

Las ventanas temblaron abriéndose como párpados, y miraron.

Un río de aceras murmuró y les lavó suavemente los pies; arroyuelos mecánicos que centelleaban por toda la Ciudad.

Aaronson observó complacido las marcas metálicas.

—¡Bueno, gracias a Dios, me he quitado un peso de encima! Yo iba a invitarlos a un picnic a todos ustedes. ¡Pero ahora dejo el asunto en manos de la Ciudad! ¡Los encuentro aquí de vuelta dentro de dos horas y compararemos nuestras notas! Adelante.

Y diciendo esto saltó a la móvil alfombra de plata que se lo llevó velozmente.

Wilder, alarmado, se adelantó para seguirlo. Pero Aaronson, jovial, le gritó:

—¡Venga, el agua está deliciosa!

Y el río de metal los arrebató, ondulando.

Y uno a uno fueron entrando en la acera móvil. Parkhill, el cazador, el poeta y su mujer, el actor y luego la mujer hermosa y la criada. Flotaban misteriosamente como estatuas en fluidos volcánicos, que los llevaban a alguna parte, o a ninguna parte, no podían saberlo.

Wilder saltó. El río lo tomó suavemente por los zapatos, y Wilder anduvo por las avenidas y los recodos de los parques y los fiordos de los edificios.

Y detrás, el desembarcadero y las puertas quedaron desiertos. No había ninguna huella. Era casi como si no hubiesen estado nunca allí.

Beaumont, el actor, fue el primero en abandonar el sendero móvil. Le llamó la atención un determinado edificio. Y, lo supo después, había saltado y se había acercado, husmeando.

Sonrió.

Porque ahora sabía dónde estaba, a causa del olor que salía del edificio.

—¡Lustrador de bronces, Dios mío, y esto significa una sola cosa!

Un teatro.

Puertas de bronce, barandillas de bronce, aros de bronce en cortinas de terciopelo.

Beaumont abrió la puerta del edificio y entró. Husmeó y lanzó una fuerte carcajada. Sí. Ni un cartel ni una luz, sólo el olor, la química especial de los metales y el polvo libre de un millón de entradas rotas.

Y sobre todo... escuchó. El silencio.

—El silencio que espera. No hay en el mundo otro silencio así. Sólo en los teatros. Las partículas mismas del aire se excitan ahí en la espera. Las sombras se sientan y contienen el aliento. Bueno... listo o no... allá voy...

El vestíbulo era un fondo marino de terciopelo verde.

El teatro mismo: un fondo marino de terciopelo rojo, sólo obscuramente percibido cuando abrió las puertas dobles. En algún lugar, más allá, había un escenario.

Algo se estremeció como una enorme bestia. La respiración del actor la había soñado viva. El aire de la boca entreabierta movía el telón a treinta metros de distancia plegándolo y desplegándolo suavemente en la obscuridad, como alas inmensas.

Vacilando, el actor dio un paso.

Una luz empezó a aparecer en todo el alto cielo raso donde un cardumen de milagrosos peces prismáticos nadaban sobre sí mismos.

La luz oceánica jugaba en todas partes. El actor se quedó de pronto sin aliento.

El teatro estaba colmado de gente.

Había mil personas inmóviles, sentadas en la falsa obscuridad. Es cierto, eran pequeñas, frágiles, más bien oscuras, usaban máscaras plateadas, pero eran... personas.

El actor supo, sin preguntarlo, que habían estado sentadas allí durante diez mil años.

Sin embargo no estaban muertas.

Estaban... tendió una mano. Golpeó con la punta de los dedos la muñeca de un hombre sentado junto al pasillo.

La mano tintineó suavemente.

Tocó el hombro de una mujer. Repicó. Como una campana.

Sí, habían esperado algunos miles de años. Pero las máquinas tienen la propiedad de saber esperar.

El actor dio otro paso y quedó petrificado.

Un suspiro había pasado por la multitud.

Era como el sonido primero y leve de un niño recién nacido poco antes de ese momento en que realmente succiona, bala y se sacude la gimiente sorpresa de estar vivo.

Mil suspiros semejantes se desvanecieron en las cortinas de terciopelo.

Debajo de las máscaras, ¿no había mil bocas abiertas?

Dos se movieron. Beaumont se detuvo.

Dos mil ojos pestañearon en la obscuridad de terciopelo.

Beaumont se movió de nuevo.

Mil cabezas silenciosas giraron en los dientes de las ruedas, antiguas pero bien aceitadas.

Lo miraron.

Un frío inextinguible invadió al actor.

Se volvió para correr.

Pero los ojos no lo soltaron.

Y desde el foso de la orquesta: música.

El actor miró y vio, levantándose lentamente, un enjambre de instrumentos, todos extraños, todos de formas grotescamente acrobáticas, que eran rasgueados, sopladados, tocados y masajeados afinadamente.

El público, con un movimiento, volvió la mirada al escenario.

Una luz relampagueó. La orquesta lanzó un sonoro acorde de fanfarrias.

El telón rojo se entreabrió. Un reflector se clavó en el centro, resplandeciendo sobre un estrado vacío donde había una silla vacía.

Beaumont esperó. —No apareció ningún actor.

Un movimiento. Varias manos se levantaron a derecha e izquierda. Las manos se juntaron, prorrumpiendo en un aplauso suave.

La luz del reflector salió entonces del escenario y deambuló por el pasillo.

Las cabezas del público se volvieron siguiendo el vacío fantasma de la luz. Las máscaras centelleaban suavemente. Los ojos resplandecieron detrás de las máscaras, con un cálido color.

Beaumont retrocedió.

Pero la luz se acercaba constantemente. Pintaba en el piso un cono romo de blanco puro.

Y se detuvo, picoteando, a los pies del actor.

El público se volvió, aplaudió todavía más. El teatro resonó, rugió, rebotó en una marea incesante de aprobación.

Todo se disolvía dentro de Beaumont, pasando del frío al calor. Se sentía como si lo hubieran echado desnudo bajo un chaparrón de verano. La tormenta lo lavaba con gratitud. El corazón le saltaba en grandes latidos compulsivos. Los puños se le iban solos. El esqueleto se le aflojó. Esperó un momento más largo, con la lluvia empapándole las mejillas levantadas y agradecidas y martilleándole los párpados hambrientos, que se estremecían cerrándose, y entonces se vio a sí mismo, como un fantasma en un muro almenado, llevado por una luz fantasmal, que se asomaba, caminaba, se deslizaba, moviéndose por el declive, bajando hacia una hermosa ruina, ya no caminando sino dando zancadas, no dando zancadas sino corriendo a toda velocidad, y las máscaras que brillaban, los ojos encendidos de deleite y fantástica acogida, las manos que volaban en el aire agitado en un vuelo recto de tiro de rifle con alas de paloma. Sintió que los zapatos le tropezaban con los escalones. El aplauso se cerró apagándose.

Beaumont sintió un nudo en la garganta. Después subió lentamente los peldaños y se detuvo a la luz mientras un millar de máscaras se clavaban en él y dos mil ojos observaban, y se sentó en la silla vacía, y el teatro se obscureció todavía más y la inmensa respiración del vientre-hogar salió suavemente por las gargantas de metal de lira, y sólo se oyó el sonido de una colmena mecánica que funcionaba alimentada con

almizcle mecánico en la obscuridad.

Beaumont se tomó de las rodillas. Se dejó ir. Y al final dijo:

—«Ser o no ser»... El silencio era absoluto.

Ni una tos. Ni un movimiento. Ni un susurro. Ni un parpadeo. Todo era espera. Perfección. El público perfecto. Perfecto, por siempre jamás. Perfecto. Perfecto.

Beaumont echó las palabras lentamente en aquel estanque perfecto y sintió cómo las olitas silenciosas se dispersaban y desaparecían. —... «ése es el problema».

El actor hablaba. El público escuchaba. Beaumont sabía que nunca lo dejarían irse. Lo derrotarían insensiblemente con el aplauso. Se dormiría con el sueño de un niño y se levantaría para hablar de nuevo. Todo Shakespeare, todo Shaw, todo Moliere, cada trozo, migaja, terrón, pieza, pedazo. ¡El mismo en el repertorio! Se levantó para terminar.

Entonces, pensó: ¡Entiérrenme! ¡Cúbranme! ¡Húndanme profundamente!

Obediente, el alud bajó la montaña.

Cara Corelli encontró un palacio de espejos.

La criada se quedó afuera.

Y Cara Corelli entró.

Mientras caminaba por un laberinto, los espejos le llevaron un día, luego una semana, luego un mes, luego un año, luego dos años de la cara.

Era un palacio de espléndidas y consoladoras mentiras. Era como ser joven una vez más. Era estar rodeada por todos aquellos altos y brillantes hombres espejos que nunca más en la vida le dirían la verdad.

Cara caminó hasta el centro del palacio. En el momento en que se detuvo se vio a sí misma a los veinticinco años, en cada uno de los altos y relucientes espejos.

Se sentó en el medio del brillante laberinto. Resplandecía de felicidad.

La criada esperó afuera, quizá una hora. Y después se fue.

Aquel era un sitio oscuro con formas y tamaños aún no vistos. Olía a lubricante, sangre de lagartos antiguos con dientes de engranajes y ruedas, tendidos y silenciosos en la obscuridad, esperando.

Una puerta titánica se deslizó ruidosamente como una cola blindada barriendo el piso, y Parkhill se encontró en el viento bien aceitado que soplaba alrededor. Se sintió como si alguien le hubiera aplastado una flor blanca sobre la cara. Pero era sólo la súbita sorpresa de una sonrisa.

Las manos vacías le colgaban a los lados y se adelantaban en ademanes impulsivos y del todo inconscientes. Mendigaban el aire. Así, chapoteando en silencio, se dejó ir al Garaje, Depósito de Máquinas, Taller de Reparaciones, a lo que fuera.

Y lleno de santo deleite y de una santa y no santa alegría infantil ante todo lo que veía ahora, dio unos pasos y se volvió lentamente.

Porque hasta donde alcanzaban los ojos, había vehículos.

Vehículos que corrían por el suelo. Vehículos que volaban por el aire. Vehículos que tenían las ruedas preparadas para ir en cualquier dirección. Vehículos de dos ruedas. Vehículos de tres, cuatro, seis, ocho ruedas. Vehículos que parecían mariposas. Vehículos que parecían antiguas bicicletas motorizadas. Había allí tres mil en hilera, cuatro mil que brillaban, preparados. Había otros mil volcados, las ruedas al aire, las vísceras expuestas, esperando que los repararan. Otros mil encaramados en montacargas como arañas, los amados reversos a la vista, y los discos, tubos, engranajes intrincados, delicados, necesitaban que los tocaran, los destornillaran, les pusieran válvulas nuevas, cables nuevos, los aceitaran, los lubricaran delicadamente...

A Parkhill le picaban las palmas de las manos.

Caminó a través del prístino olor de los charcos de aceite entre los muertos y los que esperaban la resurrección, reptiles mecánicos blindados, antiguos pero nuevos, y cuanto más los miraba más le dolía la boca de tanto sonreír.

La Ciudad era una ciudad cabal, y hasta cierto punto se mantenía a sí misma. Pero en algunos casos las mariposas más raras de telaraña metálica, aceite gaseoso y sueños osados caían por tierra; las máquinas que reparaban las máquinas envejecían, enfermaban, se deterioraban. Allí estaba entonces el Garaje de las Bestias, el soñoliento Depósito de Huesos de Elefante donde unos dragones de aluminio arrastraban las almas oxidadas, esperando que hubiese quedado alguna persona viva entre tanto metal activo pero muerto, y que esa persona enderezara las cosas. Un Dios de las máquinas que dijera: ¡Tú, ascensor-Lázaro, levántate! ¡Tú, planeador, resucita! Y ungiéndolos con aceite de leviatán, les diera unos golpecitos de llave inglesa y los enviara hacia una vida casi eterna en el aire y los senderos de mercurio.

Parkhill anduvo entre novecientos hombres y mujeres robots destruidos por simple corrosión. Él los curaría del óxido.

Ahora. Si empezaba ahora, pensó Parkhill, enrollándose las mangas y contemplando un corredor de un buen kilómetro de largo, con máquinas que esperaban el taller, el montacargas, el ascensor, el almacenamiento, el tanque de aceite y un manojo de herramientas desparramadas que brillaban listas para que él las empuñara; si empezaba ahora, podía abrirse camino hasta al final de treinta años de trabajo gigantesco y continuo, ¡de accidentes, choques y reparaciones!

Un billón de pernos que ajustar. ¡Un billón de motores que reparar! Un billón de tripas de hierro para meterse debajo, como un huérfano poderoso, chorreando aceite, solo, solo con los siempre hermosos inventos, pertrechos y milagrosos dispositivos que nunca respondían, y se sacudían zumbando como pájaros.

Las manos de Parkhill quedaron en suspenso sobre las herramientas. Tomó una llave inglesa. Encontró un carrito bajo de cuarenta ruedas. Se tendió en el carrito. Bogó por el garaje en una larga y silbante recorrida. El carrito se precipitó hacia adelante.

Parkhill desapareció debajo de un gran coche de algún modelo antiguo.

Fuera de la vista, se lo podía oír trabajar en las tripas de la máquina. Tendido de espaldas, le hablaba continuamente. Y cuando al fin la palmeó despertándola a la vida, la máquina le respondió.

Los senderos de plata corrían siempre a alguna parte.

Hacía miles de años que corrían vacíos, llevando sólo polvo a destinos remotos, entre los edificios soñadores y altos.

Ahora, en una acera móvil, Aaronson viajaba como una estatua envejecida.

Y cuanto más lo impulsaba el camino, más rápidamente se mostraba la Ciudad, más edificios pasaban, más parques surgían a la vista, más se le desvanecía la sonrisa a Aaronson. De pronto le cambió el color de la cara.

—Un juguete —se oyó murmurar. El murmullo era antiguo—. Otro —y aquí la voz de Aaronson era tan baja que desapareció—... sólo otro juguete.

Un superjuguete, sí. Pero la vida de Aaronson estaba llena de juguetes semejantes y siempre había sido así. Si no era alguna máquina tragamonedas era la que entregaba mercancías del tamaño siguiente o un tocadiscos estereofónico con altoparlantes elefantiásicos. Luego de toda una vida de manejar el papel de lija metálico, sentía los brazos gastados hasta el hueso, y los dedos eran simples botones. No, no tenía manos ni muñecas. ¡Aaronson, el Niño-Foca! Las tontas aletas aplaudían a una ciudad que era, en realidad, nada más y nada menos que una máquina tragamonedas de tamaño económico, y que graznaba con una respiración idiota. ¡Y él conocía la canción! Que Dios los ayudara. Él conocía la canción.

Pestañeó sólo una vez.

Un párpado interior bajó como acero frío.

Se volvió y anduvo por las aguas plateadas de la acera.

Encontró un río móvil de acero que lo llevó de vuelta a las Grandes Puertas.

En el camino se encontró con la criada de la Corelli, que andaba perdida en su propia corriente de plata.

En cuanto al poeta y su mujer, la batalla permanente que libraban despertaba ecos en todas partes. Gritaron por treinta avenidas, hicieron crujir los vidrios de doscientas tiendas, batieron las hojas de setenta variedades de arbustos y árboles en los parques, y sólo callaron ahogados por la cercanía de un estruendoso surtidor que lanzaba al aire metropolitano una andanada de claros fuegos artificiales.

—La cosa es —dijo la mujer, puntuando una de las respuestas más sucias del poeta— que sólo has venido para meterle mano a la mujer más próxima y rociarle los oídos con mal aliento y peores versos.

El poeta murmuró una palabrota.

—Eres peor que el actor —dijo la mujer—. Siempre lo mismo. ¿No puedes callarte nunca?

—¿Y tú? —gritó el poeta—. Ah, Dios, estoy hecho una pasta por dentro. ¡Cállate, mujer, o me arrojo a la fuente!

—No. Hace años que no te bañas. ¡Eres el cerdo del siglo! ¡Tu retrato adornará el mes próximo el Anuario del Porquerizo!

—¡Esto es ya lo último!

Las puertas se golpearon en un edificio.

La mujer retrocedió y golpeó las puertas con los puños. Las puertas estaban cerradas.

—¡Cobarde! —chilló—. ¡Abre!

Una palabrota llegó rebotando, débil.

—Ah, escucha este dulce silencio —susurró, en la obscuridad que era como un caparazón.

Harpwell se encontró en una consoladora vastedad, en un edificio amplio como un vientre, sobre el que pendía una marquesina de pura serenidad, un vacío sin estrellas.

En el centro de ese recinto que era aproximadamente un círculo de sesenta metros, había un dispositivo, una máquina. La máquina tenía diales, reóstatos, conmutadores, un asiento y un volante.

—¿Qué clase de vehículo es éste? —susurró el poeta, pero se acercó más y se inclinó para tocar—. Cristo crucificado y compasivo, ¿a qué huele? ¿A sangre y nuevas tripas? No, porque está limpia como la camisa de una virgen. Sin embargo me da en la nariz. Violencia. Simple destrucción. Siento que ese maldito esqueleto tiembla como un nervioso mastín de raza. Está llena de cosas. Probemos un poco.

Se sentó en la máquina.

—¿Qué es lo que toco primero? ¿Esto?

Movió un conmutador.

La máquina sabueso de los Baskerville gimió como un perro dormido.

—Buena bestia.

—El poeta tocó otro conmutador.

—¿Cómo te va, animal? Cuando el maldito invento está en plena marcha, ¿adónde va? No tienes ruedas. Bueno, sorpréndeme. Yo me atrevo.

La máquina se estremeció.

La máquina dio un salto.

Corrió. Se precipitó.

El poeta se aferró al volante.

—¡Santo Dios!

Porque estaba ahora en una carretera corriendo velozmente.

El aire lo inundaba. Arriba, el cielo relampagueaba con colores fugitivos.

El velocímetro marcaba cien, ciento veinte.

Y la carretera extendía su cinta, se le acercaba como un relámpago. Ruedas

invisibles chasqueaban y resonaban en un camino cada vez más irregular.

A lo lejos, adelante, apareció un coche.

Corría velozmente. Y...

—¡Viene por la mano que no le corresponde! ¿Lo ves, mujer? La que no le corresponde.

Recordó entonces que su mujer no lo acompañaba esta vez.

Estaba solo en un coche que corría —ahora a ciento cincuenta kilómetros por hora— hacia otro coche que se acercaba a una velocidad parecida.

Hizo girar el volante.

El vehículo se desplazó a la izquierda.

Casi instantáneamente el otro coche hizo un movimiento compensatorio y se corrió a la derecha.

—Ese maldito estúpido, en qué estará pensando... ¿dónde está el condenado freno?

Harpwell buscó con el pie en el piso. No había freno. Extraña máquina, realmente. Corre todo lo rápido que uno quiera, ¿pero cómo se detiene? ¿Disminuye sola la velocidad? No había frenos. Nada más que... aceleradores.

Toda una serie de botones redondos en el piso, que aumentaban la potencia del motor.

Ciento cincuenta, ciento ochenta, doscientos kilómetros por hora.

—¡Santo Dios! —chilló Harpwell—. ¡Vamos a chocar! ¿Qué te parece, muchacha?

Y en el último instante anterior a la colisión, pensó que a ella le gustaba mucho.

Los coches chocaron. Vomitaron llamas gaseosas. Se deshicieron en astillas. Dieron varias vueltas. El poeta se sintió proyectado en todas direcciones. Era una antorcha lanzada al cielo. Los brazos y piernas le bailaban un rigodón loco en el aire mientras sentía que los frágiles huesos le estallaban en éxtasis de agonía. Al fin, aferrado a la muerte como a una compañera oscura, gesticulando, cayó en una negra sorpresa, deslizándose hacia otras nadas.

Quedó allí en el camino, tendido y muerto.

Estuvo muerto un largo rato.

Después abrió un ojo.

Sintió el lento brasero debajo del alma. Sintió que el agua burbujeante se *alzaba*, a las alturas de su propio espíritu, como una infusión de té.

—Estoy muerto —dijo—, pero vivo. ¿Ves todo esto, mujer? Muerto pero vivo.

Se encontró sentado en el vehículo, tieso.

Estuvo allí sentado durante diez minutos pensando en todo lo que había ocurrido.

—Veamos —cavilaba—. ¿No fue interesante, por no decir, fascinante? ¿Por no decir casi regocijante? Me refiero, desde luego, a que me sacó todo de adentro, me hizo salir el alma temerosa por una oreja para metérmela por la otra, me cortó el aliento y me desgarró las entrañas, me rompió los huesos y me sacudió el cerebro,

pero, pero, pero, mujer, pero, pero, pero, mi querida y dulce Meg, Meggy, Megan, me gustaría que hubieses estado, te hubiera sacudido la nicotina de esos pulmones tuyos de burra y te hubiese molido en el tuétano el moho sepulcral de la mezquindad. Veamos ahora, mujer, echemos una mirada a Harpwell-mi-marido-el poeta.

Movió las perillas.

Aporreó el poderoso motor.

—¿Probamos otra diversión? ¿Probamos otra aguerrida excursión de picnic? Vamos.

Y puso el coche en marcha.

Casi enseguida, el vehículo corría a ciento ochenta y luego a doscientos veinte kilómetros por hora.

Casi enseguida apareció adelante el coche opuesto.

—Muerte —dijo el poeta—. ¿Estás siempre ahí, entonces? ¿Andas rondando? ¿Este es el lugar donde buscas? ¡Probemos tu coraje!

El coche corría a toda velocidad. El otro coche se precipitaba como un bólido.

El poeta dobló a la otra pista.

El otro coche lo siguió, avanzando hacia la Destrucción.

—Sí, ya veo, bueno, ahora así —dijo el poeta.

Y movió una perilla y apretó otro acelerador.

En el instante antes del choque, los dos coches se transformaron. Envueltos en velos ilusorios, se convirtieron en *jets* en el momento de despegar. Con un chillido, los dos *jets* arrojaron llamas, desgarraron el aire, gimieron al pasar la barrera del sonido, en una sucesión de explosiones que culminaron en otra, la más poderosa de todas, cuando las dos balas chocaron, se fundieron, se entretejieron, entrelazaron sangre, mente y negrura eterna, para caer luego en una red de medianoche, extraña y apacible.

Estoy muerto, pensó Harpwell de nuevo.

Y es agradable, gracias.

Se despertó sintiendo una sonrisa en la cara.

Estaba sentado de nuevo en el vehículo.

Dos veces muerto, pensó, y cada vez se sentía mejor. ¿Por qué? ¿No es curioso? Raro y más que raro. Rarísimo.

Aporreó de nuevo el motor.

¿Qué sería esta vez?

¿Una locomotora? se preguntó. ¿Por qué no un tren negro y ruidoso de los tiempos primitivos?

Y él, un maquinista, no se detenía. El cielo vacilaba y las pantallas de cine o lo que fuesen arremetían con rápidas imágenes de humo y un silbato de vapor y una rueda enorme dentro de una rueda en una vía tortuosa, y la vía que trepaba por las colinas y allá lejos, de lo alto de la montaña, otro tren que llegaba, negro como una manada de búfalos, arrojando volutas de humo, por las mismas vías, el mismo

camino, viniendo al encuentro de un fantástico accidente.

—Ya veo —dijo el poeta—. Empiezo a ver. Empiezo a saber qué es esto y para qué les sirve a las gentes como yo, los pobres y errantes idiotas, confusos y engañados quizá por sus madres apenas salieron al mundo, abrumados por la culpa cristiana y enloquecidos por la necesidad de destrucción, y recogiendo aquí un magro salario de heridas y allá de cicatrices, y más allá un mayor agravio portátil en forma de mujer, pero hay algo seguro: queremos morir, queremos que nos maten y aquí está lo adecuado, en una forma de pago conveniente y rápido. ¡De modo que paga, máquina, distribuye, dulce y encantador invento! ¡Arrebata, muerte! Soy tu hombre.

Y las dos locomotoras se encontraron y treparon una sobre otra. Subieron por una negra escala de explosión, movieron y entrecruzaron los pistones y se embadurnaron las lustrosas barrigas de negro y se frotaron las calderas, y sacudieron bellamente la noche en un solo remolino de metralla y llamas. Luego las locomotoras, en una pesada danza de raptó, se abrazaron y fundieron con violencia y pasión, hicieron una monstruosa reverencia y cayeron de la montaña y tardaron mil años en llegar al fondo de los pozos rocosos.

El poeta despertó e inmediatamente tomó las palancas. Canturreaba entre dientes, aturdido. Entonaba canciones disparatadas. Le relampagueaban los ojos. El corazón le latía rápidamente.

—¡Más, más, ahora lo veo, ahora sé lo que debo hacer, más, más, por favor, oh Dios, más, pues la verdad me liberará!

Pisó tres, cuatro, cinco pedales.

Manoteó seis conmutadores.

El vehículo era auto-el-locomotora-deslizador-proyectil-cohete.

El poeta corría, echaba vapor, rugía, se remontaba, volaba. Los coches atropellaban. Las locomotoras acometían. Los *jets* atacaban. Los cohetes silbaban.

Y en una descabellada orgía de tres horas, Harpwell chocó con trescientos autos, se encontró con veinte trenes, hizo volar diez deslizadores, estallar cuarenta proyectiles, y en la lejanía del espacio, en una ceremonia final entregó el alma gloriosa junto con un cohete interplanetario que iba a trescientos mil kilómetros por hora, chocó con un meteoro de hierro, y se fue lindamente al infierno.

En conjunto, Harpwell calculó que había sido destrozado y reconstituido en unas escasas y breves horas poco menos que quinientas veces.

Cuando todo terminó, se quedó sentado sin tocar el volante, los pies lejos de los pedales.

Luego de media hora de estar sentado allí, Harpwell empezó a reírse. Echó la cabeza hacia atrás y lanzó gritos de guerra indios. Se levantó, sacudiendo la cabeza, más borracho que nunca, verdaderamente borracho ahora, y supo que así estaría siempre, y que nunca más necesitaría beber.

He sido castigado, pensó, realmente castigado al final. Realmente herido al final, y herido bastante, una y otra vez, de modo que nunca más necesitaré que vuelvan a

herirme, nunca más necesitaré ser destruido, nunca más tendré que aceptar otro insulto, ni recibir otra herida ni solicitar un agravio. Dios bendiga el genio del hombre y a los inventores de estas máquinas, gracias a las cuales el culpable puede pagar y quedar al fin libre del obscuro albatros y de la carga terrible. Gracias, Ciudad, gracias, viejo planeador de almas necesitadas. Gracias. ¿Y cuál es la salida?

Una puerta se abrió.

La mujer de Harpwell estaba esperándolo.

—Bueno, aquí estás —le dijo—. Y todavía borracho.

—No —contestó el poeta—. Muerto.

—Borracho.

—Muerto, bellamente muerto por fin. Lo cual significa, libre. No te necesito más, querida Meg, Meggy-Megan. Tú también quedas liberada, como una espantosa conciencia. Vete a perseguir a algún otro, muchacha. Ve a destruir. Te perdono los pecados que has cometido conmigo, porque al fin yo me he perdonado también. Me he soltado del anzuelo cristiano. Soy el muerto querido y errante, que por fin puede vivir. Ve y haz lo mismo, oh señora. Dentro de ti. Sé castigada y libérate. Plasta la vista, Meg. Adiós.

Harpwell se alejó.

—¿Adónde crees que vas? —gritó la mujer.

—Bueno, salgo a la vida y a la sangre de la vida, feliz al fin.

—¡Vuelve aquí! —chilló la mujer.

—No puedes detener a los muertos, pues van y vienen por el universo, felices como niños en el campo obscuro.

—¡Harpwell! —rebuznó ella—. ¡Harpwell!

Pero Harpwell se había metido en un río de metal plateado.

Y dejó que el amado río se lo llevara riendo, hasta que las lágrimas le brillaron en las mejillas, cada vez más lejos del chillido y el rebuzno y el grito de aquella mujer, ¿cómo era que se llamaba?, no importa, que había quedado allá atrás, que había desaparecido.

Y cuando llegó a la Puerta caminó a lo largo del canal en el hermoso día, encaminándose a las ciudades lejanas.

En ese momento, iba cantando todas las viejas canciones que había oído a la edad de seis años.

Era una iglesia.

No, no era una iglesia.

Wilder dejó que la puerta se cerrara.

Se quedó de pie en la obscuridad de la catedral, esperando.

El cielo raso, si había cielo raso, respiraba en un gran suspenso, flotaba allá arriba, inalcanzable.

El piso, si había piso, era sólo algo firme, debajo. Era negro, también.

Y entonces aparecieron las estrellas. Era como aquella primera noche de la infancia, cuando su padre lo había sacado de la ciudad, llevándolo a una colina donde las luces eléctricas no podían empujarse el Universo. Y había mil, no, diez mil, no, diez millones de billones de estrellas que colmaban la oscuridad. Las estrellas eran multifacéticas y brillantes, y eran indiferentes. Ya entonces lo supo: eran indiferentes. Si respiro o no respiro, si vivo o muero, es indiferente para esos ojos que miran desde todas partes.

Y había tomado la mano del padre, y la había apretado como si pudiera caerse en aquel abismo.

Ahora, en ese edificio, sentía de nuevo el viejo terror y el viejo sentido de la belleza y el viejo llamado silencioso a la humanidad. Las estrellas lo llenaban de compasión; los hombres eran tan pequeños y estaban perdidos en tanta grandeza.

Entonces ocurrió otra cosa.

Debajo de los pies de Wilder el espacio se abrió y dejó pasar otro billón de chispas de luz.

Quedó suspendido como una mosca sobre un vasto lente telescópico. Caminó en un agua de espacio. Estaba de pie en la córnea transparente de un ojo enorme, y alrededor, como de noche en invierno, debajo de los pies y sobre la cabeza, en todas direcciones, no había nada más que estrellas.

De modo que al fin era una iglesia, era una catedral, una multitud de vastos santuarios universales; aquí el culto de la Nebulosa de la Cabeza de Caballo, allá la galaxia de Orion, y allá Andrómeda, como la cabeza de Dios, contemplada con vehemencia y lanzada a través de las oscuras y crudas sustancias de la noche para apuñalarle el alma, retorcerla, y clavársela en el reverso de la carne.

Dios, en todas partes, lo miraba fijamente con ojos que no se cerraban ni pestañeaban.

Y él, Wilder, como un fragmento bacteriano de la misma Carne, le devolvía la mirada, y apenas retrocedía.

Wilder esperaba. Y un planeta flotó en el vacío. Giró una vez con una cara redonda, otoñal y madura. Dio una vuelta y se puso encima de Wilder.

Y Wilder estaba ahora de pie sobre un lejano mundo de hierba verde y de grandes árboles lujuriantes, donde el aire era fresco y corría un río como los ríos de la infancia, de reflejos de sol y de peces saltarines.

—¿Mío? —preguntó al aire simple, a la simple hierba, a la larga simplicidad del agua que corría en la arena baja.

Y el mundo respondía sin palabras: tuyo.

Tuyo sin el largo viaje y el tedio, tuyo sin noventa y nueve años de vuelo desde la Tierra, durmiendo en cámaras de vidrio, alimentándose con un fluido que le metían en las venas, soñando pesadillas en que la Tierra se perdía y desaparecía. Tuyo sin tortura, sin dolor, tuyo sin tanteos, fracasos y destrucción. Tuyo sin sudor y miedo. Tuyo sin lágrimas. Tuyo. Tuyo.

Pero Wilder no tendió las manos, aceptando.

Y el sol se obscureció en el cielo ajeno.

Y el mundo se borró debajo de los pies de Wilder.

Y sin embargo otro mundo emergió y pasó en un largo desfile de glorias todavía más brillantes.

Y este mundo giró también, sopesándolo. Y allí los campos eran del verde más profuso, las montañas estaban coronadas por nieves derretidas, en los campos lejanos maduraban extrañas cosechas y las guadañas esperaban al borde del camino a que Wilder las levantara y moviera, segando, y viviera la vida de algún modo.

Tuyo. Eso decía el más leve roce del aire en el vello del interior de la oreja. Tuyo.

Y Wilder, sin sacudir la cabeza, retrocedió. No dijo que no. Lo pensó solamente.

Y la hierba se secó en los campos. Las montañas se desmoronaron.

Los vados de los ríos se volvieron polvo.

Y el mundo se apartó.

Y Wilder se quedó de nuevo en el espacio donde Dios había estado antes de crear un mundo, a partir del Caos.

Y al final Wilder habló y se dijo a sí mismo:

—Sería fácil. Oh Señor, sí, me gustaría. Nada de trabajo, nada, sólo aceptar. Sin embargo... Tú no puedes darme lo que quiero.

Miró las estrellas.

—Nada puede darse, nunca.

Las estrellas empezaron a obscurecerse.

—Es realmente muy sencillo. Tengo que pedir prestado, tengo que ganar. Tengo que tomar.

Las estrellas se estremecieron y murieron.

—Muy amable, gracias, no.

Todas las estrellas habían desaparecido.

Wilder se volvió y sin mirar hacia atrás, caminó en la sombra. Golpeó la puerta con la palma. Salió de la Ciudad.

Se negó a escuchar si el universo maquinal gritaba detrás de él en un gran coro, todo gritos y heridas, como una mujer rechazada. Los cacharros de una vasta cocina robot cayeron al suelo. Cuando se oyó el ruido, Wilder ya no estaba.

Era un Museo de Armas.

El cazador caminó entre las vitrinas.

Abrió una vitrina y sacó un arma que parecía la antena de una araña.

El arma zumbó, y un vuelo de abejas metálicas salió chisporroteando por la boca del rifle, voló y se clavó como un aguijón en el blanco de un maniquí a unos cincuenta metros, y luego cayó sin vida, repicando en el piso.

El cazador asintió con admiración, y volvió a poner el rifle en la vitrina.

Anduvo de un lado a otro merodeando, curioso como un niño, probando armas

aquí y allá, armas que disolvían el vidrio o fundían el metal en brillantes charcos de lava amarilla.

—¡Excelente! ¡Magnífico! ¡Absolutamente grandioso! Las exclamaciones del cazador resonaban una y otra vez a medida que iba abriendo y cerrando de golpe las vitrinas. Al fin se decidió.

Era un arma que, sin alboroto ni furia, destruía la materia. Uno apretaba el botón, había una breve descarga de luz azul, y el blanco sencillamente desaparecía. Nada de sangre. Ninguna lava. Ninguna huella.

—Muy bien —anunció el cazador, abandonando la Casa de las Armas—, tenemos el arma. ¿Pero qué pasa con la Presa, la Bestia Mayor en la Larga Cacería? Saltó a la acera móvil.

Una hora después había dejado atrás un millar de edificios, atisbando en un millar de parques públicos sin mover el dedo.

Se desplazó incómodo de un sendero a otro, cambiando las velocidades ahora en una dirección, luego en otra. Hasta que al fin vio un río de metal que corría bajo tierra.

Instintivamente saltó hacia el río.

La corriente metálica lo llevó al vientre secreto de la Ciudad.

Allí todo era caliente obscuridad de sangre. Allí extrañas bombas movían el pulso de la Ciudad. Allí se destilaban los humores que lubricaban los caminos y movían los ascensores y animaban las oficinas y las tiendas.

El cazador se agazapó en el camino. Miraba de reojo. La transpiración se le juntaba en las palmas de las manos. El dedo aceitaba el gatillo, resbalando.

—Sí —susurró—. Por Dios, ahora. Es ésta. La Ciudad misma... la Gran Bestia. ¿Por qué no lo pensé? La Ciudad Animal, la terrible presa. Tiene hombres para el desayuno, el almuerzo y la cena. Los mata con máquinas. Les mastica los huesos como palitos de pan. Los escupe como palillos de dientes. Vive mucho después de que han muerto. La Ciudad, por Dios, la Ciudad. Bueno, ahora...

El cazador se deslizó a través de cavernas oscuras de ojos de televisión que le mostraban senderos y torres altas.

Se hundió más profundamente en el vientre del mundo subterráneo a medida que el río bajaba. Pasó junto a un enjambre de calculadoras que charlaban en un coro maníaco. Se estremeció cuando una nube de papel picado salió de una máquina y le cayó encima como una nieve susurrante.

Levantó el arma. Disparó.

La máquina desapareció.

Disparó de nuevo. La estructura de otra máquina desapareció también.

La Ciudad chilló.

Primero muy bajo y luego muy alto, después, subiendo, cayendo como una sirena. Las luces relampagueaban. Las campanas tocaron la alarma. El río metálico se estremeció bajo los pies del cazador, corrió más lentamente. El cazador disparó a las

pantallas de televisión, resplandecientes y blancas; allá arriba las pantallas pestañearon y se desvanecieron.

La Ciudad chilló y chilló hasta que el cazador se enfureció, y de la médula de los huesos le salió un polvo negro de demencia.

No vio, hasta que fue demasiado tarde, que el camino lo llevaba a las crujientes fauces de una máquina que cumplía alguna función ya olvidada hacía siglos.

El cazador pensó entonces que apretando el gatillo la boca terrible desaparecería. De hecho desapareció. Pero mientras el camino se aceleraba y el cazador giraba y caía cada vez más rápido, se dio cuenta al fin de que el arma no había destruido nada. Sólo había vuelto invisible lo que había estado allí, y seguía estando allí.

Lanzó un grito tan terrible como el grito de la Ciudad. Arrojó el arma en un último golpe. El arma se deshizo en engranajes y ruedas dentadas y cayó, retorciéndose.

Lo último que vio el cazador fue un profundo pozo de ascensor que quizá se hundía un kilómetro en la tierra.

Supo que tardaría un minuto y medio en chocar con el fondo. Gritó.

Lo peor era que sería consciente... durante toda la caída...

Los ríos se agitaron. Los ríos de plata temblaron. Los senderos, sacudidos, convulsionaron las vecinas orillas de metal.

Wilder, que se iba, quedó tendido casi por el impacto.

Ignoraba la causa. Quizá, muy lejos, hubo un grito, un murmullo terrible que se desvaneció enseguida.

Wilder siguió. La senda plateada continuaba avanzando. Pero la Ciudad parecía suspendida, boquiabierta, tensa, y apretaba los músculos enormes y variados.

Wilder echó a caminar, mientras el sendero se lo llevaba.

—Gracias a Dios. Ahí está la Puerta. Cuanto antes salga de este sitio, mejor que mejor...

La Puerta estaba allí, en efecto, a menos de cien metros. Pero en ese instante, como si hubiera oído la declaración de Wilder, el río se detuvo, se estremeció, y enseguida empezó a retroceder, llevando a Wilder donde no quería ir.

Incrédulo, Wilder giró, y cayó. Se aferró a los bordes del sendero móvil.

La cara apretada contra la red vibrante del pavimento, que corría como un río veloz, Wilder oyó debajo los engranajes y poleas de unas máquinas que zumbaban y gruñían, siempre rezumando, siempre soñando viajes y excursiones insensatas. Debajo del metal tranquilo, avispas en línea de combate clavaban los agujones y zumbaban, abejas perdidas murmuraban y caían. Abrumado, Wilder vio que la Puerta se perdía detrás. Recordó al fin el peso extra que llevaba en las espaldas, el equipo de reacción que podía darle alas.

Manoteó el conmutador que tenía en el cinturón. Y justo antes que el sendero lo arrastrara a los cobertizos y paredes del museo, Wilder estaba en el aire.

Volando, planeó, y nadó en el aire hasta quedar suspendido sobre Parkhill que miraba hacia arriba, cubierto de grasa y sonriendo con la cara sucia. Más allá de Parkhill, en la Puerta, estaba la criada, asustada. Todavía más lejos, cerca del yate en el muelle. Aaronson daba las espaldas a la ciudad, deseando irse.

—¿Dónde están los otros? —gritó Wilder.

—Oh, no volverán —dijo Parkhill, con naturalidad—. Así parece, ¿no es cierto? Quiero decir, es un sitio formidable.

—¿Formidable? —dijo Wilder, planeando hacia arriba, hacia abajo, dando vueltas lentamente, aprensivo—. ¡Tenemos que sacarlos! No es un sitio seguro.

—Es seguro si a uno le gusta. A mí me gusta —dijo Parkhill.

Y entretanto se iba formando un terremoto en el suelo y en el aire, que Parkhill decidió ignorar.

—Usted se va, naturalmente —dijo, como si no pasara nada malo—. Yo sabía que iba a ocurrir. ¿Por qué?

—¿Por qué? —Wilder giró como una libélula en un estremecido viento de tormenta. Sacudido hacia arriba, hacia abajo, lanzaba sus palabras a Parkhill que no las esquivaba, y sonreía, aceptándolas—. Santo Dios, Sam, ese sitio es el infierno. Los marcianos han sido bastante sensatos como para Irse. Vieron que se les había ido la mano. ¡La Ciudad maldita lo hace todo, es decir, demasiado! ¡Sam!

Pero en ese instante, los dos miraron alrededor y arriba. El cielo se iba cubriendo con un caparazón. Como flores inmensas, las cúspides de los edificios se cubrían de pétalos. Las ventanas se cerraban. Se oían portazos. En las calles rebotaba el ruido de los cañones.

La puerta se cerraba con un trueno.

Las mandíbulas gemelas de la puerta se movían estremeciéndose.

Wilder dio un grito, giró en redondo y bajó.

Oyó debajo a la criada, y vio que le tendía los brazos. Entonces, en picada, la alcanzó. Pateó el aire. El *jet* los levantó a los dos.

Como una bala que va hacia el blanco, Wilder aceleró hacia la Puerta. Pero un instante antes de llegar allí las Puertas se juntaron ruidosamente. Wilder apenas alcanzó a cambiar de dirección, subiendo a lo largo del metal mientras toda la ciudad se sacudía con el rugido del acero.

Parkhill gritaba desde abajo. Y Wilder volaba hacia arriba, a lo largo de la pared, buscando por todos lados.

El cielo se iba cerrando aquí y allá. Los pétalos bajaban, bajaban. Sólo quedaba un pequeño fragmento de cielo pétreo, a la derecha. Allí fue Wilder, como una exhalación. Y dando puntapiés, pasó al otro lado, volando, mientras la última plancha de acero volvía a su sitio, y la Ciudad quedaba encerrada en sí misma.

Wilder quedó un momento suspendido en el aire, y luego bajó a lo largo de la pared exterior hacia el muelle donde estaba Aaronson, junto al yate, contemplando las enormes Puertas cerradas.

—Parkhill —murmuró Wilder, mirando la Ciudad, las paredes, las Puertas—. Loco. Maldito loco.

—Locos, todos ellos —dijo Aaronson y se apartó—. Locos. Locos.

Esperaron un momento más y escucharon la Ciudad que zumbaba, viviente, encerrada en sí misma, la boca inmensa llena de unos pocos trozos de calor, unas pocas personas perdidas y ocultas allí en alguna parte. Las Puertas permanecerían cerradas ahora, para siempre. La Ciudad tenía lo necesario para seguir un largo tiempo.

Wilder se volvió a mirar el lugar, mientras el yate los llevaba de vuelta fuera de la montaña, canal arriba.

Un kilómetro más adelante, pasaron junto al poeta que caminaba solo a la orilla del canal. Le hicieron señas para que subiera.

—No. No, gracias. Tengo ganas de caminar. Es un lindo día. Adiós. Sigán.

Las ciudades estaban adelante. Pequeñas ciudades, que eran gobernadas por hombres. Wilder oyó una música de cobres. Vio las luces de neón en la oscuridad. Reconoció los depósitos de chatarra en la noche nueva, bajo las estrellas.

Más allá de las ciudades estaban los cohetes plateados, altos, esperando que los dispararan hacia el desierto estrellado.

—Verdaderas —susurraban los cohetes—, cosas verdaderas. Verdaderos viajes. Verdadero tiempo. Verdadero espacio. Nada de regalos. Nada gratis. Mucho trabajo duro.

El yate llegó al desembarcadero.

—Cohetes, santo Dios —murmuró Wilder—. Esperen a que les ponga la mano encima.

Corrió en la noche, sólo para eso.

Cristo Apolo

CANTATA CELEBRANDO EL OCTAVO DÍA DE LA CREACIÓN Y LA PROMESA DEL NOVENO

Una voz habló en la oscuridad
y se hizo la Luz.
Y convocadas por la Luz sobre la Tierra
las criaturas nadaron
y avanzaron hacia la orilla
y vivieron en la soledad del jardín.
Todo esto lo sabemos.
Los Siete Días están escritos en nuestra sangre
con mano de Fuego.
Y ahora nosotros, hijos de los siete días eternos,
herederos de éste, el Octavo Día de Dios,
el Largo Octavo Día del Hombre,
estamos de pie en el Tiempo,
en la nieve que cae,
y oímos los pájaros de la mañana,
y mucho deseamos alas,
y miramos las señales de las estrellas
y necesitamos de ese fuego.

En este tiempo de Navidad
celebramos el Octavo Día del Hombre,
el Octavo Día de Dios,
dos mil millones de años sin fin
desde el primer amanecer sobre la Tierra
hasta el último amanecer de nuestra Salida.
Y el Noveno Día de la Historia de Dios
y la carne de Dios que se llama a sí misma Hombre
se consumirán en alas de fuego
reclamados por el sol y las lejanas hogueras de la luz solar.
Y el amanecer del Noveno día
nos revelará en la luz y en audaces conjeturas
sobre una orilla aún más lejana.

Buscamos allí nuevos Jardines para conocernos a nosotros mismos,

Buscamos nueva Soledad,
y nos lanzamos en una búsqueda errante.
Las misiones Apolo avanzan y Cristo busca,

y nos preguntamos mirando las estrellas:
¿las conoció Él?

¿En alguna lejana Profundidad universal
holló el Espacio,
visitó mundos más allá de nuestro sueño cálido como la sangre?
¿Bajó a la solitaria orilla de un mar
semejante a Galilea,
y hay Pesebres en mundos lejanos que conocieron Su luz?
¿Y Vírgenes?
¿Y dulces declaraciones?

¿Y Anunciaciones? ¿Y Visitaciones de huéspedes angélicos?
Y, vasta luz estremecida entre diez mil millones de luces,
¿hubo alguna Estrella muy parecida a la estrella de Belén
que traspasó los ojos de reverencia y revelación,
una mañana fría y muy extraña?

En mundos errantes y perdidos
¿se reunieron los Hombres Sabios al alba,
entre los vapores nebulosos de la Bestia,
en un lugar con paja ahora convertido en Santuario,
para contemplar a un Niño más extraño que el nuestro?

¿Cuántas estrellas de Belén arden brillantes
más allá de Orion y del arco enceguecedor del Centauro?
¿Cuántos milagros de nacimiento inocente
han bendecido esos mundos?

¿Tiembra allí Herodes
en temible facsímil de nuestro oscuro y asesino Rey?
Ese loco guardián de un reino imaginario,
¿envía a extraños soldados
a matar a los Inocentes
de otras comarcas,
más allá de la Nebulosa de la Cabeza del Caballo?

Así ha de ser.

Porque en este tiempo de Navidad,
en el largo Día que totaliza Ocho,
vemos la luz, conocemos la oscuridad;
y las criaturas elevadas, nacidas, liberadas de tanta noche,
de cualquier mundo o tiempo o circunstancia,
deben amar la luz;
así, los hijos de todos los soles innumerables y perdidos
deben temer la oscuridad
que se funde ensombreciendo el aire
y estremece la sangre.
Qué importa el color, la forma o el tamaño
de seres cuyas almas son como carbones palpitantes;
en largas medianoches
necesitan salvarse de sí mismos.

¡Así, en lejanos mundos, bajo nevadas profundas y claras,
imaginad cómo el final de algún año oscuro
puede celebrarse dando a luz un niño milagroso!

¿Un niño
nacido en los develados misterios de Andrómeda?
¡Contad, pues, las manos, los dedos,
los ojos, los miembros increíblemente santos!
¿La suma de todos?
No importa. Basta.
Dejad que el Niño sea un fuego tan azul como el agua bajo la Luna.
Dejad que el Niño juegue libremente en las olas con peces de apariencia humana.
Dejad que la tinta de los calamares le habite la sangre.
Dejad que la piel reciba las ácidas lluvias de la química,
cayendo en tormentas de pesadilla que limpian quemando.

Cristo deambula por el Universo,
carne de estrellas,
asume formas de criatura
para adecuarse a los más suaves elementos,
se viste de carne más allá de nuestra vista.
Allí camina, se desliza, vuela, tropezando extrañado.
Aquí conduce a los Hombres.

Entre los diez trillones de haces luminosos
hay un billón de rollos bíblicos
con jeroglíficos grabados en la divina abundancia de los mundos;

en alfabeto innumerable,
lenguas que no son del todo lenguas
suspiran, silban, se maravillan, claman,
pues Cristo se manifiesta en un tonante cielo carmesí.

Camina El sobre las moléculas de los mares,
hirvientes viveros animales,
caldo enloquecido y hervor y crecimiento de levadura.
Allá Cristo es conocido con muchos nombres.
Nosotros lo llamamos así.
Ellos lo llaman de otra manera.
Su nombre en cualquier boca sería una dulce sorpresa.
El viene con regalos para todos:
aquí, pan y vino;
allá, alimentos innombrables,
desayunos en que los buenos bocados caen de las estrellas
y Ultimas Cenas provistas de la materia de los sueños.
Y allí están en tiempos anteriores a la crucifixión del Hpmbre.
Aquí hace mucho que ha muerto.
Allá todavía no ha muerto.

Sin embargo, aun en la inseguridad y en la duda total,
el hombre asustado en la Tierra mira alrededor
y se viste de acero
y usa el fuego
y se admira a sí mismo en el gran vidrio del Vacío indiferente.
El hombre construye cohetes
y va a horcajadas en el trueno
en humildes avances
y orgullos muy comprensibles.
Temiendo que todo lo demás dormite,
que diez mil millones de mundos yazgan quietos,
nosotros, agradecidos por el Premio y beneficio de la vida,
vamos a ofrecer el pan y a vendimiar el vino;
queremos la sangre y la carne de Él
para otras estrellas y los mundos de alrededor.

Despachamos santa carne
para visitaciones extrañas,
enviamos huéspedes angélicos
a vastos mundos
para contar que caminamos sobre las aguas del profundo Espacio,

llegadas, veloces partidas
del hombre más milagroso
que llevando a Dios apretado en cada célula
hace palpitar la santa sangre
y camina por la marea creciente
y la orilla oceánica del Universo.

Un milagro de pez
engendramos, reunimos, construimos y desparramamos
en metales a los vientos
que circundan la Tierra y deambulan en la Noche más allá de todas las Noches.
Nos elevamos, todos arcangélicos, alimentados de llamas,
en vasta catedral, ábside aéreo, bóveda descubierta
de constelaciones, todas ciego deslumbramiento.

Cristo no ha muerto
ni Dios duerme
mientras el Hombre despierto
avanza a zancadas en lo Profundo
para nacer nosotros mismos de nuevo
y sacar el amor
del miedo de extraviarnos
en la Tierra desgastada.
Recogida una cosecha, lanzamos la simiente para una nueva maduración.
Terminando así la Muerte
y la Noche
y la cesión del Tiempo
y el llanto sin sentido.

Buscamos pesebres en las Pléyades
donde el hombre, errante niño de carne divina,
pueda yacer con aquellos semejantes a quienes
una vez rodearon y adoraron la inocencia.

¡Nuevos Pesebres están esperando!
Nuevos Sabios discernen
nuestros huéspedes de maquinarias
que escriben vida inmortal
y la firman Dios.
Abajo, abajo, cielos remotos.

Y después de correr e irse, llegar y acostarse a dormir

en alguna mañana profunda de invierno
a diez mil millones de años-luz
de donde ahora estamos y cantamos,
habrá tiempo de proclamar eternas gratitudes,
tiempo de conocer y ver y amar el Don de la Vida misma,
siempre menoscabada,
siempre restablecida,
salida de una mano y vuelta a la otra
del Señor.

Entonces despertaremos de aquella lejana, perdida
pesadilla del cuidado de la Bestia
y veremos nuestra estrella celebrada de nuevo en un Oriente
más allá de todos los Orientes,
más allá de una cellisca tamizada por las estrellas.

¡En esta época de Navidad
piensa en aquella Mañana que te espera!
¡Por eso, deja salir todos tus temores, tus gritos,
tus lágrimas, tu sangre y tus plegarias!
Todo abotagado e hirsuto un día
volverás a nacer
y oirás la Trompeta que irrumpe en el aire tembloroso de cohetes,
todo humilde, todo despojado
de orgullo, pero libre de desesperación.
¡Escucha ahora! ¡Oye ahora!
¡Es la mañana del Noveno Día!

¡Cristo se levanta!
¡Dios sobrevive!
¡Recógete, Universo!
¡Mirad, estrellas!
¡En los exultantes países del Espacio,
en una súbita, simple pradera,
mucho más allá de Andrómeda!
¡Oh Gloria, Gloria, una Nueva Navidad
arrancada del pozo mismo y de la orilla de la Muerte,
arrebatada a su garra universal,
a sus dientes, a su más frío aliento!
Bajo un sol muy extraño,
oh Cristo, oh Dios,
oh hombre soplado en las materias más increíbles,
eres el Salvador del Salvador,

el pulso de Dios y el compañero del corazón,

¡tú!, el Huésped que El levanta
a lo alto en la consagración,
su amada necesidad de conocer y tocar y decirse maravillas
a Él mismo.

¡En este Tiempo de Navidad
prepárate,
en este santo tiempo
has de saber que tú mismo eres el más raro!

¡Más allá del vasto Abismo
mira a los que han llegado a Sabios,
reunidos con sus dones
que no son sino Vida!
Y Vida que no conoce fin.
Contempla los cohetes, más que plumas, en el aire,
todos semilla que salva una santa semilla
y la esparce aquí y allá en la Oscuridad indiferente.

¡En este tiempo de Navidad,
en este santo tiempo de Navidad,
como Él, tú eres el hijo de Dios!
¿Un hijo? ¿Muchos?
Todos están reunidos ahora en Uno
y despertarán mecidos por el aliento de la Bestia del verano
que calienta al niño dormido para la vida eterna.

Has de ir allá,
al largo invierno del Espacio
y tenderte en agradecida inocencia
para dormir al fin.
¡Oh Nueva Navidad,
oh Dios que mueves lo lejano!
¡Oh Cristo, de muchas carnes, hecho uno,
abandona la Tierra!
Dios mismo clama.
Él va a preparar el Camino
para tu nuevo nacimiento
en un nuevo tiempo de Navidad,
en un sagrado tiempo de Navidad,

en este Nuevo Tiempo de Navidad.

¿De todo esto te abstienes?

No, Hombre. No cavilarás, ni te preguntarás.

No, Cristo. No te detendrás.

Ahora.

Ahora.

Es el Momento de Irse.

Levántate y anda.

Nace. Nace.

Bienvenida la mañana del Noveno Día.

Es el Momento de Irse.

¡Alabado sea Dios por esta Anunciación!

¡Canta alabanzas,

regocíjate!

¡Porque es tiempo de Navidad,

y el Noveno Día,

la Eterna Celebración!



RAY DOUGLAS BRADBURY. (Waukenaun, Illinois, 1920 — Los Ángeles, California, 2012). Novelista y cuentista estadounidense conocido principalmente por sus libros de ciencia ficción. Alcanzó la fama con la recopilación de sus mejores relatos en el volumen *Crónicas marcianas* (1950), que obtuvieron un gran éxito y le abrieron las puertas de prestigiosas revistas. Se trata de narraciones que podrían calificarse de poéticas más que de científicas, en las que lleva a cabo una crítica de la sociedad y la cultura actual, amenazadas por un futuro tecnocratizado. En 1953 publicó su primera novela, *Fahrenheit 451*, que obtuvo también un éxito importante y fue llevada al cine por François Truffaut. En ella puso de manifiesto el poder de los medios de comunicación y el excesivo conformismo que domina la sociedad.

Pero Bradbury no sólo cultivó la ciencia ficción y la literatura de corte fantástico, sino que escribió también libros realistas e incluso incursionó en el relato policial. Su prosa se caracteriza por la universalidad, como si no le importara tanto perfeccionar un género como escribir acerca de la condición humana y su temática, a través de un estilo poético.

Aparte de los mencionados, son también muy conocidos títulos como *El árbol de las brujas* o *Cementerio para lunáticos*.